

José  
Negrón Valera

# Un loft para Cleopatra



Fundación Editorial



elperroy larana





# Un loft para Cleopatra

Fundación Editorial



elperroy larana

© José Negrón Valera

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela / 1010.

Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399.

**Correos electrónicos**

comunicacionesperroyrana@gmail.com

atencionalescritorfepr@gmail.com

**Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibros

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

**Diseño de portada**

Arturo Mariño

**Diagramación**

Mónica Piscitelli

**Edición**

Marco Aurelio Rodríguez

**Corrección**

Zorayda Coello

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017000287

ISBN 978-980-14-3679-9

José  
Negrón Valera

# Un loft para Cleopatra





—Érika Ortega Sanoja, ¿quieres casarte conmigo?





Estamos tan acostumbrados  
a disfrazarnos para los demás,  
que al final terminamos disfrazándonos  
para nosotros mismos.

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

## **De quiénes somos y cómo llegamos...**

Son dos los motivos por los cuales mi esposa es como es: su segundo nombre y su primer apellido. Rosa Cleopatra Carter Becerra, así la bautizaron. Muchos no me creen cuando les digo que al conocerla se presentó combinando esas palabras como si se tratara de algo novedoso y elegante. Nunca decía su nombre completo y se ruborizaba cada vez que sus profesores la nombraban en clase. Su forma de protestar ante tamaño insulto era levantar la mano con desgana y una rabia inmensa, “desde el preescolar”, confesó su mamá cierta vez. Tanto le molestaba su nombre que bien temprano se puso a sí misma el apodo de C.C. Soportó —esto sí me lo dijo ella— que se burlaran llamándola Cocos Chanel, porque le gustaba como se escuchaba el siseo en el aire, y más aún porque pensaba que esas dos letras representaban el que debió ser su verdadero y único título: Cleopatra Carter.

Pasó mucho tiempo para que me enterara de la historia oculta detrás de su nombre; sin embargo, la versión que

me acompañó desde que la conocí me conducía a 1963, año en el que a Elizabeth Taylor no solo se le ocurrió interpretar a la reina del antiguo Egipto, sino dejar una terrible obsesión en Charles, el jefe de la familia Carter Becerra. El pobre no encontró mejor manera de sacudirse el impacto que le ocasionaba aquella mujer imposible que venir a Venezuela a trabajar en una empresa petrolera. Llegó a principios de los setenta y alcanzó un mediano éxito económico durante las dos décadas que siguieron a su llegada, hasta que se le atravesó la crisis bancaria de 1994, cuando se vino a pique y enterró sus sueños de éxito junto con su buen humor.

Charles me odiaba, y aunque nunca le tuve mala fe, traté de evitarlo siempre que pude. Claro que pocas veces lo conseguí, pues el mundo de Cleo —así llamo a Rosa Cleopatra en casa— está ligado al amor por su padre y por todas las historias del norte y las dificultades que pasó para poder adaptarse a la vida en el Delta. Él es su principal referente y faro sentimental. Su mamá, por su parte, representa mi salvación de los domingos y durante las fiestas familiares, ya que es mucho menos opresiva y tiene la virtud de no estar siempre esperando algo de mí. Sin embargo, el problema es que Rosa Cleopatra la odia. No se trata en absoluto de una relación disfuncional, sino más bien de un karma mezclado con maldición gitana y tierra de muerto y... bueno..., constantemente estoy en el medio. ¿Haciendo qué?, pues mediando. ¡Ah, por cierto!, el nombre de Rosa se lo debe a su madre, así como los genes caribeños que se engulleron por completo cualquier posibilidad de que Cleo

tuviera una ligera naricita o una tez anglosajona. Siempre sintió desprecio por su linaje materno.

Al pensar en Cleo me llegan las mismas preguntas: ¿cómo terminé en ese lugar? ¿Cómo fue posible que ella lograra vencer mi temor natural al endeudamiento bancario? ¿Cómo fue posible que me embarcara en semejante locura? Es imposible responder a esto sin hacer uso del pasado, ese que está en mi mente y que de seguro es distinto al que otros recuerdan. Volver atrás es a veces mentir, pero no hay otra manera de reconstruir el camino. Si ella contara la historia es posible que fuera otro el recorrido, las anécdotas tendrían un color diferente y su voz, que tanto resuena en mis recuerdos, tendría un tono quizá más dulce. En cualquier caso, ambos coincidiríamos en que nuestro ascenso vertiginoso solo fue posible por una conjunción de circunstancias sobrenaturales que favorecieron sus deseos. No encuentro otra explicación.

Cierta mañana, Rosa Cleopatra se despertó diciendo:

—¡Álvaro, soñé que nos mudábamos al este del este...!

Sin siquiera cepillarse los dientes, comenzó a hablarme de cosas que me recordaban a esos dibujos del paraíso que aparecen en muchos de los libros de religión. Ella seguía con su bla, bla, bla y de vez en cuando la escuchaba decir:

—Solo imagínate a Carlota. —Carlota es el nombre que llevará nuestra futura hija, a la que apela para manipularme cuando presiente que voy a negarme con un argumento financiero a alguno de sus deseos—: Piensa en Lucas corriendo por el jardín. —Lucas es el nombre de nuestro perro imaginario, al que siempre recurre para... bueno... ya saben qué.

Normalmente todo empieza así, con un sueño que me hace levantar de la cama y modificar los planes del día. Me hace cambiar la chemise y el *blue jean* por una camisa a rayas y unos pantalones de vestir y pide, además, que me peine con el cepillo y no con las manos. Luego, va directo hacia mi cartera, la vacía y lo pone todo en una Tommy Hilfiger que me regaló hace tres navidades y que nunca uso porque no le cabe nada. Es el disfraz para salir a ver apartamentos. Diría que es el disfraz que me pone cada vez que vamos a perseguir sus sueños. Pues bien, me meto en el personaje, me pongo al volante y voy adonde me diga.

Ella va revisando el celular y haciendo comentarios sobre las últimas ofertas o unas buenas “oportunidades de inversión”, su eufemismo preferido para decir: “Álvaro, vamos a tener que partirnos el culo durante veinte años, pero no importa, tendremos lo que deseamos”. Entonces comenzamos el periplo por los diferentes lugares donde se van alzando los nuevos conjuntos residenciales. Mentalmente programo mi cerebro como si se tratara de una página web y pongo la opción “ordenar de lo más barato a lo más caro”. Desde luego, en mi pantalla imaginaria se despliegan algunos desarrollos en el oeste de la ciudad –nada malos a mi juicio–, pero que serán desechados de inmediato. De todos modos, trato de acercarme a ellos mientras Rosa Cleopatra va ocupada con su celular y con los análisis económicos que narra emocionada, mientras sueña con metros y metros cuadrados y cocinas de revista. Pero Rosa es como un perro de caza y, al darse cuenta de que la ciudad va cambiando de color, exclama:

—¿Adónde vas? ¡Hazme el favor, deja la pichirrería y coge la autopista!

Es allí donde mi mente se adapta a las exquisitas e inútiles pretensiones de mi mujer. Será lo mismo de todos los fines de semana: rodar y rodar, ver terrenos, visitar promotoras inmobiliarias donde nos endulzan con café y galletas hasta que nos agarran por las bolas, nos hablan de cuotas iniciales y de lo *nice* que son los créditos profuturistas... Y desde luego, como es lo habitual, Rosa irá pasando del éxtasis más supremo a la miseria más terrible, cuando —con el mayor dolor de la vida— tenga que aterrizarla con la calculadora que tengo en mi teléfono, que es mucho más fiel y sincera que una cachorra Shih Tzu.

Pero ese día no se iba a parecer a ningún otro. Ese sábado 30 de marzo, con el sol más espléndido que haya aparecido ese año y con el cielo despejado de nubes, Rosa Cleopatra Carter Becerra estaría decidida a lanzarse a la mayor de sus aventuras, su gran apuesta. Se iba a librar de mi “nubenegrismo” —una categoría patentada por su ágil mente— y me ordenaría ir más allá de los límites de nuestras expectativas más salvajes. No sospeché nada hasta que la autopista fue alejándonos de los apartamentos de la *clase trabajadora con algún ahorro en dólares* y nos internó en el territorio desconocido e inhóspito de las residencias chic de aquellos que conforman la *clase para quienes trabajan los que tienen algún ahorro en dólares*. Íbamos directo al matadero, pero ya era muy tarde para volver atrás. Un frío me empezó a helar desde el dedo chiquito del pie y me llegó hasta la nuca, cuando los carros empezaron a parecer

naves espaciales y los árboles de las calles parecían más podados que las figuras que tenía el Hombre Manos de Tijeras en su patio. Rosa Cleopatra ordenaba:

—Derecha... Izquierda... Sigue recto... Ahora, después del semáforo.

No paraba de dirigir como si estuviese poseída por la maldición de la brújula de Blair, la cual le hacía poner cara de loca y apretar la mandíbula con fuerza. Su actitud me alertaba a no hacer ningún comentario y mucho menos regresarla al mundo de la cordura. Sabía que no iba a poder luchar contra ella, así que apliqué una de judo matrimonial para usar su propia demencia a mi favor. Solo tendría que esperar y extender las manos para recogerla cuando la realidad se le viniera encima como una avalancha de sentido común.

Para ser honesto, no tenía la menor idea de que la ciudad se extendía tanto al este. Ignoraba por completo que la conjunción entre ingeniería e intereses financieros había logrado colonizar en tan poco tiempo la inmensa masa vegetal que en los mapas de las estaciones del Metro figuran como zonas protegidas. En cualquier caso, esas ideas ocupaban mi mente no porque estuviese considerando ingresar a Greenpeace, sino porque deseaba continuar predisponiéndome contra los deseos de Cleo.

En el horizonte se alzaba un centro comercial no muy grande, pero deslumbrante con sus vidrios cromáticos y curvas interestelares. No pude criticar nada. Debía reconocer que todo era elegante y estaba bien organizado, una leve queja me habría convertido en un puto retrógrado.

Fue como estar yendo al castillito de Mickey Mouse sobre una alfombra voladora. Podía sentir la energía que desprendía mi esposa, con sus manos crispadas por los nervios, mientras recorríamos esos estacionamientos no aptos para claustrofóbicos, ni para quienes rasparon los cursos de geometría elíptica.

Percibí la primera señal de alarma cuando el *valet parking* me observó con extrañeza al estacionarme. Eché un vistazo por encima de los vehículos allí estacionados y supuse que se estaba preguntando qué hacíamos allí en esa limusina de la clase popular. Debí haber obedecido a mis instintos, pero preferí adormecerlos mientras le rogaba a Cleo que, pasara lo que pasara y dijeran lo que dijeran, no nos embarcáramos en locuras; que al menos me diera tiempo de estudiar la situación por la noche, que es el momento en que más me gusta pensar mientras juego Play Station y puedo meditar sobre los desafíos de la monogamia y la crisis del hombre actual.

De inmediato dijo que sí. Segunda señal de alarma. Las únicas circunstancias en las que aceptaba mis condiciones eran aquellas en que la decisión ya estaba tomada. Subimos al ascensor y, al mismo tiempo en que los números aparecían y desaparecían en el tablero, en mi mente se encendió un bombillito... Comencé a percatarme de la emboscada que me tendía... Pasó como en esas películas donde casi al final el protagonista con cara de gafo reconstruye el rompecabezas, se da cuenta de lo idiota que ha sido y entonces se pregunta lo mismo que todos los gafos de este planeta: ¿cómo no me di cuenta antes...?



Entonces entendí por qué la noche anterior había sido tan sencillo convencerla para tirar; por qué me había preparado el desayuno con tanta mística; por qué había permitido que nos bañáramos juntos en la mañana; y por qué me comentó –video incluido– que el Barcelona había goleado al Atlético.

Caminábamos por los encerados pasillos del centro comercial –o del *mall*, como me corregía ella–, y pude notar cómo la dulce ingeniera Rosa Cleopatra Carter Becerra se iba transfigurando en la aristocrática Cleopatra Carter. Era visible por la manera en que respingaba su nariz y por la desmedida cadencia con que levantaba sus tetas –no de gratis la llamaban Cocos Chanel en el bachillerato–, pero también porque dejaba de mirarme y con su lenguaje corporal comenzaba a halarme de una correa invisible para que la siguiera con la docilidad y gracia de un perro afgano.

Yo no hacía ningún esfuerzo por interferir en su *performance* porque estaba convencido de que ella necesitaba vivir esos momentos para poder drenar lo que siempre había llevado por dentro. Quiero contextualizar esto último: en Cleo, esa disposición a asumirse o mimetizarse con la clase alta era de un automatismo preocupante. Constantemente sostenía que era muy posible que en su vida pasada hubiera sido princesa; sí: P-R-I-N-C-E-S-A, ni más ni menos. ¿Y saben con qué pruebas sustentaba su teoría? (tambores, por favor): con que, a pesar de haber nacido en Venezuela y de haber pasado parte de su vida viviendo en la UD3 de Caricuao –no le comenten jamás que lo dije–, ella sentía una predilección irrefrenable por los

sabores exóticos como el kiwi, los dátiles y el azafrán. No me jodas... Es decir, que si alguna vez llegas a probar el caviar y te gusta, ¿esa sería una señal de que tienes una conexión astrológica con los zares rusos? ¡Por favor...! Siempre viví con el temor de que algún día, víctima de los antojos típicos del embarazo, me mandara a buscar en plena madrugada un faisán bañado en salsa de arándanos. Nunca he visto un puto arándano en mi vida. Si hasta una vez, en un viaje que hicimos al exterior, me hizo tragar un servicio carísimo de caviar y tuve que confesarle, con toda la sinceridad del caso, que esa vaina no le ganaba a las huevas de lisa de Carúpano. Por supuesto, me odió.

La seguí hasta unas lujosas oficinas que estaban ubicadas en la planta alta del centro comercial. No había visto tanta suntuosidad en vivo. Quizá por televisión, cuando presentan las oficinas de los magnates de Nueva York o el apartamento de algún actor famoso. No exagero: el estómago se me encogió. Cleo percibió mi aprehensión y tensó la correa con su segunda frase favorita:

—Contrólate. —La primera frase favorita era: “Álvaro, no empieces”.

Una secretaria súper *sexy* salió a recibirnos. Volteé los ojos hacia el techo y a veces fingía mirar las plantas ornamentales para no ser atrapado en una miradera impertinente, aunque más tarde me di cuenta de que era un gesto inútil, pues Cleo no estaba en lo absoluto pendiente de mí, sino que conversaba muy concentrada sobre “ese proyecto de última generación que estaba en fase de entrega”. Al principio, la recepcionista/secretaria/modelo no parecía

entender de qué hablaba Cleo, pero cuando se dio cuenta de a qué se refería le dijo de manera fulminante:

—Pienso que para personas como ustedes es mejor considerar otra cosa.

¡Uy, uy, uy...! Esa pobre mujer no sabía qué demonio había invocado. Nos había lanzado su ojo clínico, discriminándonos —de seguro que por nuestra ropa de poliéster—, y como no vio la fibra de casimir nos echó al bote de la basura. Grave error. No había nada que indignara más a Cleo que la trataran como a una pobretona. Podría soportar lanzarse a una piscina de lava o ser mordida por hormigas carnívoras, pero no aguantaba un segundo la más ligera, imperceptible y descuidada insinuación de que no podía pagar el precio de algo. Entonces se le salieron —solo un poquito— sus ancestros de Caricuao y se irguió mucho más de lo que ya estaba y afiló los ojos mucho más de lo que ya los tenía, respingó la nariz con más elegancia e infló más las tetas y el culo con un convincente giro de su torso. Créanme que no tuve necesidad de intervenir, ella se bastaba solita. Fue poco a poco subiendo el tono, empequeñeciéndolo a la pobre secretaria con su famoso dedo índice y su aún más famoso movimiento pendular, cuando un hombre de unos cuarenta y tantos años salió por una puerta de cristal e intervino antes de que las cosas se pusieran al nivel de “alguien llame a la policía”.

El tipo usaba tirantes y llevaba la camisa arremangada. Se identificó como el dueño de la oficina y escuchó atentamente la exposición de Cleopatra Carter sobre su intención de entrar a esta codiciada obra que construían.

El sujeto rió y se lanzó un minidiscurso sobre cómo hacían falta en el país más espíritus como el de *mademoiselle* Cleopatra, y decía estar convencido de la posibilidad de ajustarse a los deseos de tan motivada clienta. Claro que todo lo dijo –el muy hijo de puta– sin apartar la vista de las tetas de mi mujer. Cuando el muy maricón –por favor, ¿quién carajo usa tirantes en pleno siglo *xxi*?– se dignó a mirarme, preguntó:

—¿Y el señor es...?

Entonces sale, no mi esposa Cleo, sino la infanta Cleopatra, a enarbolar toda la vergüenza que siente porque no soy más que un técnico superior en contabilidad y dueño de una franquicia de comida rápida, y se adelanta a responder:

—Empresario Álvaro González. –No era la primera vez que lo hacía. Ya otras (muchas) veces había tenido que aguantarme su pena ajena. Pero lo que sí fue nuevo en esta ocasión, y que debí haber advertido como una tercera y fatal señal de alarma, fue que nunca pronunció la palabra “esposo”.

Entramos a la oficina del güevon de los tirantes, que se identificó como Jacques Leroux –supongo que eso habrá excitado a Cleopatra hasta la médula–. Nos acercó a una maqueta muy hermosa que –hay que reconocerlo– mostraba las bondades del añorado condominio que ambos, al unísono, llamaron –corrigiéndome– San Marino Loft. Mientras Jacques se babeaba al hablar de los *jacuzzis* privados, las saunas y las áreas verdes que servían “hasta casi para jugar polo”, Cleopatra se sumergía en una especie de

éxtasis que le enrojecía las mejillas y la ponía a mover las tetas con más ritmo cada vez. Jacques metía una que otra palabra francesa (el muy pendejo) para describir algún detalle del condominio, perdón, del *looooooooft*, y después se disculpaba diciendo que a veces se le confundían los idiomas por culpa del *jet lag* o cualquier otra mariconería.

Hasta ese momento no tenía la menor idea de cómo Cleo había dado con aquel proyecto y por qué me lo había ocultado (aunque eso último puedo suponerlo). Jacques pareció leer mis pensamientos y preguntó justo eso. Entonces Cleo, como si le hubiesen apretado algún botón de propulsión, se lanzó una larga cantaleta sobre el destino, la constancia y el trabajo duro, las cosas que uno se merece, uniendo todo a asuntos que hasta tocaron la metafísica y algún profeta oriental. Luego terminó el cuento con “y fue cuando vi su entrevista en la tele y quedé enamorada de... su visión”. ¡Ah!, me dije, así que esa era la bendita entrevista que tenía grabada en el decodificador del televisor y que me pedía no borrar. ¡Bien hecho, Álvaro, ahora sí que tienes el alicate en los testículos! Vi que todo estaba decidido y que tendría que cumplir la condena de atarme a un crédito impagable por la próxima década. Sin embargo, allí estaban Jacques y su voracidad mercantil oculta tras su cursilería europea para salvarme. Nos ofreció asiento y comenzó la carnicería. Me pareció estar metiéndome en un negocio para apartar un puesto en el arca del juicio final. La obra había costado muchísimo y por lo tanto las localidades debían ser vendidas a precio de mercado, para honrar no solo los compromisos financieros sino “el ingenio

y talento del habilidoso arquitecto, artista visionario...”, y dijo otra verga en francés que no entendí, pero que se suponía era el nombre del que diseñó el edificio.

Pude ver que la llama de Cleo se desvanecía un poco y de veras sentí dolor. Sabía que el asunto era inalcanzable, pero tampoco quería ver ese rostro de tristeza. Así que la tomé de la mano y le propuse que no desecháramos nada y que nos tomáramos esa noche para decidir. Por sus ojos, por la manera en que apretó mi mano, sabía que estaba en lo correcto, y también sabía que esa noche habría sexo remalditamente salvaje. Dejamos la oficina escoltados por el mismo Jacques, quien no perdió la oportunidad de recostárselo a Cleo, disfrazando su lascivia con un abrazo que –según él– tenía que ver con la profunda impresión que le causaba el “alma firme” de esa venezolana.

En el carro le dejé claro a Cleo que esas babosadas del *coaching* sexual que usaba el tal Jacques para engatusarla no me las iba a calar. Pero la mujer no escuchó ni papa porque estaba distraída en su propias fascinaciones pensando quién sabe qué cosas, pero con una sonrisa que no le cabía en el rostro y que en el fondo me hacía sentir feliz. Ese día manejamos un rato más por la ciudad, dando vueltas sin rumbo alguno. Simplemente disfrutábamos: Cleo con la posibilidad de cumplir su sueño, y yo con la tranquilidad de no sentir que se estaba muriendo por dentro. Ella pasó la tarde hablando de Mauricio y de un potencial Matías, pero le advertí –sin ánimos de aguafiestas– de los peligros de extender la familia imaginaria, porque eso iba a implicar también más espacio. Estuvo de acuerdo y asumió el

asunto con la mayor de las seriedades; paró la cuenta en solo un hijo varón y en un perro también macho, gracias a Dios.

Esa noche tiramos como hacía tiempo que no lo hacíamos y como creo que jamás lo volvimos a hacer. Era esa clase de momentos que te permiten rebobinar las sensaciones y encontrarte de nuevo tan fresco como el primer día. Pude al fin acostarme a su lado sin sentir que estaba incómoda ni con deseo de darse un baño ni ponerse su pijama favorita, cuyo diseño de monja carmelita parecía un anuncio de: “Hoy no fío, mañana sí”. La plenitud de esos minutos poscogida llegaron a hacerme sentir un poco afeminado, al punto de recordar detalles de los artículos que aparecen en las revistas del corazón y que casi siempre se titulan: “¿Se acabó la chispa? 10 consejos para encender la llama”.

La debilidad sentimental, que por supuesto no iba a discutir ni admitir fuera de esa cama, era comprensible vistas las oportunidades —cada vez más escasas— de que el invisible cinturón de castidad de Cleo abriera sin la necesidad de que tuviera que desplegar una estrategia previa de al menos dos meses de arduo trabajo. Pero quizá lo que me perturbaba era saber que el sexo, las caricias, los besos, la buena racha de noches seguidas, no eran sino el complemento de la puesta en marcha del articulado plan de Cleo para alcanzar el único orgasmo que deseaba: vivir en el recondenado San Marino Loft.

Mis sospechas se vieron confirmadas cuando, nada más terminar, dejó de mirar el techo, recuperó el aliento e inmediatamente desplegó sobre la cama, sobre mi cuerpo

todavía sudado, su mapa para la conquista del este. Tenía las cosas tan amasadas en su mente que no tuve tiempo ni de sacar mi preciada calculadora. Su primer paso consistía en despalillar el fondo de ahorros en dólares que teníamos en un banco en Panamá y que, por cierto, me obligó a abrir cinco años atrás, bajo el alegato de que “la tiranía comunista que nos gobernaba tenía previsto estatizar nuestros bienes”. Era obvio que no pensaba acotar la incongruencia que implicaba tal decisión, y menos aún hacerle notar que todavía aguardábamos a que se cumpliera el *top ten* de las profecías apocalípticas de su padre con respecto al gobierno de turno. Quería que fuese ella quien demostrase en una suerte de revelación que era posible trazar algún punto de honor, o de orden, en la maraña de tragicómicas decisiones que deseaba tomar. Pero ese momento nunca llegó y, por el contrario, le puso más excitación a la sonrisa y a los planes. Llegó a pedirme que cerráramos dos de las sucursales que habíamos abierto recientemente y —lo que fue el colmo del ridículo— que vendiéramos nuestra casa (único-patrimonio-sólido-con-el-que-contábamos) para irnos a vivir con sus padres mientras cerrábamos el trato.

Después de escucharla con atención, me levanté en la cama, en pelotas como estaba, y despotiqué como pude en torno a su desesperación de saciar el complejo de niña rica y marcar ya mismo una línea roja que era imposible cruzar.

—No pienso ir a vivir un segundo, ni compartir un átomo de espacio con la amargura viviente de tu papá —me escuché decir.



La línea fue sólida y contundente, pero no traspasó las fibras de mi cerebro ni tampoco se embarcó en el viaje a través de las cuerdas vocales. De más está decir que el *show* de levantarme sobre el colchón y defender mi posición como si fuese El Álamo tampoco ocurrió. Lo que sí tuvo lugar fue la visión de mi tranquila y perfecta vida siendo masticada por las mandíbulas del francesito y cagada más tarde en algún baño de mármol. Opté por alcanzar mi Play Station y evadirme asesinando zombis urbanos, que esta vez parecían vestir con tirantes y perfumarse con alguna puta colonia de Jean Paul Gaultier.

Veinticinco minutos después –y luego de trescientos zombis destrozados–, Cleo fue hasta la sala y se sentó a mi lado. Empezó a acariciarme la entrepierna, a decirme que todo estaría bien y casi logra convencerme, a no ser porque el videojuego seguía encendido y yo me veía reflejado de pronto en todos los muertos vivientes que iban cayendo presa de una metralla infinita. Aparté su mano y le dije cuanto pensaba, pero claro que en tono suave y conciliador. Le expliqué las volubilidades de la economía venezolana y el hecho de que era muy difícil tratar de vivir felices si debíamos trabajar la vida entera para pagar un crédito. Comenzó a llorar y a decirme que tenía toda la razón, que la perdonara, que la culpa la tuvo ese sueño que parecía tan real y que nunca fue su intención hacerme sentir miserable, que ya se acostumbraría y agradecería lo que Dios le había dado, que se sentía egoísta... Siguió así un buen rato, mientras los zombis me comieron el cerebro por no prestar más atención a la pantalla. Me manipulaba –de

verdad que lo sabía—; sin embargo, algo se activaba dentro de mí y no podía negarlo, un medio dolor en el hígado que parecía más bien una reacción alérgica a sus lágrimas, a su desdicha. Puede que me sintiese mal porque siempre creí que ella merecía alguien mejor que yo. Un ingeniero geofísico con el cual pudiera dialogar de los avatares de su profesión o un rico millonario como el tal Jacques Leroux, que la llevara a París a atragantarse de joyas Cartier y dar paseos por el Sena. Es posible que esa fuese la razón. Pero creo que jugó en esa ocasión la idea más íntima de que no podía vivir temiéndole al mundo y jugando seguro, y de que era la hora de abandonar mi zona de confort. Le tomé la mano y dije:

—¿Sabes qué? ¡Hagámoslo!

Después de esa decisión pude haber tirado otra vez. Quizá hasta habría sido posible pedirle uno que otro movimiento perverso, pero no tuve más ganas. Esa noche me invadió una impotencia (¿psíquica, así la llaman?) que me lanzó largo a largo en la cama, sin posibilidad de dormir ni de alcanzar la tranquilidad. Por el contrario, Cleopatra, feliz de haber alcanzado su objetivo, se abalanzó sobre la computadora y pasó toda la madrugada haciendo complicados cálculos financieros y diseñando un sofisticado calendario de futuras obligaciones crediticias y legales. Cuando al fin se fue a la cama, el sol ya llegaba. Fue la primera vez en la vida, aunque no la última, en que me sentí un poco muerto.

\* \* \*

Tardamos una semana en organizar los papeles y poner la casa en venta. Después volvimos a la oficina de

Jacques Leroux para acordar los términos de la compra y comenzar un proceso que no debía llevar más de un mes, el tiempo máximo que pensaba podría vivir con los padres de Cleo. Ese día no estaba el pendejo de Leroux y fuimos atendidos por otro de sus socios, al que ni siquiera le presté atención cuando dijo su nombre. Este no llevaba tirantes, pero sí una corbatica de lazo que puso la vara alta en cuanto a mariconadas se refiere. El hombre se dio cuenta de que le miraba la corbata y en vez de decirme —como se supone dicta el código no escrito de los machos— “¿Qué coño miras? ¿Se te perdió uno igual?”, más bien me preguntó si me agradaba el color y no supe qué hacer, por lo que le dije una vaina que supongo es algo de la parte yin, de la zona rosa, de la reserva de extrema sensibilidad que llevábamos por dentro los hombres y que se te sale de vez en cuando (y mucho más cuando estás acorralado):

—Es linda —solté. Cleo dejó de revisar los papeles de la compra y me miró de reojo con el ceño fruncido y la boca torcida; telepáticamente me lanzó un claro, electrizante y avergonzante: “¡Ayyyyyy vale, recoge las plumas...!”.

El hombre sonrió, cogió impulso y comenzó a echarme el cuento de que estamos en plena moda *vintage* y de que en esta temporada el estilo de Tokio está más a la vanguardia que el de París y Londres. Cuando el tipo ya abría las alas para comenzar a pedirme que tocara las finas fibras con que era posible confeccionar los pantalones de caballero, lo atajé en seco diciéndole:

—Discúlpeme, pero debo atender esta llamada.

Salí de la oficina, o mejor decir huí de ella, y me quedé una hora esperando a Cleo en un restaurante de la mezzanina. Ella, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de burlarse de mis refinados gustos y tuve que soportar unos cuantos minutos a que terminara de conjugar todas las formas posibles de chistes que incluyeran la palabra plumas, lentejuelas, etcétera. Le dije lo políticamente incorrectas que eran esa clase de bromas y que no era homofóbico, sino que simplemente no sabía cómo carajo comportarme ante tanta finura. Aproveché de comer mientras ella me explicaba los términos de la compra y tardé al menos dos bocados en comprender que no estábamos metiéndonos en un negocio sino en una cadena perpetua.

Intenté no perder el control mientras le explicaba paso a paso a la letrada y autosuficiente Cleopatra que las cláusulas de la venta contenían tantas veces las palabras “ajustes”, “cuotas extraordinarias”, “intereses variables” e “indexación”, que en lugar de un contrato inmobiliario aquello se parecía más al papel donde se le vende el alma al diablo. Quería regresarme y arrancarle la corbata de una patada a ese imbécil, pero una vez más Cleopatra me dijo:

—Lo vamos a lograr. —No entendía sobre qué base justificaba su optimismo, pues para mí el asunto no admitía un trozo de esperanza.

Era seguro que el mes que viviríamos con sus padres se convertiría en un purgatorio del cual tardaríamos mucho tiempo en recuperarnos. Sin embargo, algo extraordinario tuvo lugar dos semanas después de la firma de

ese contrato; un hecho imprevisible que me hizo creer en cuanto dios existiera en los cielos.

Ayudaba a unos empleados a picar las cebollas que se servirían durante el almuerzo, cuando eché un vistazo a las noticias y adivinen quién aparece en pantalla: ¡Jacques Leroux!, el mismísimo francesito chupasangre. Se encontraba esposado ante las cámaras, mientras el *banner* al pie de la pantalla rezaba: “Desarticulada banda de constructores que lavaba dinero del narcotráfico”. Pensé que me iba a desmayar. Me vi rodar por el suelo y de allí directo al hueco del cementerio junto a la totalidad del dinero que habíamos invertido. Los muchachos me ayudaron a sentarme y trajeron agua con azúcar. Cada vez que intentaba abrir la boca los avispados esos me la atapuzaban mientras susurraban que estaba más pálido que Gasparín. Finalmente pude decir:

—Celular... el celular... —Pero justo cuando agarré el teléfono este sonó. Vi el número de Cleo reflejarse en la pantalla; sin embargo, no fue su voz la que escuché sino la de un hombre informándome que la habían llevado de emergencia al servicio médico de la compañía.

Cuando llegué la vi aún dormida en la camilla. Le tomé la mano y despertó medianamente; se puso a llorar. Era un llanto verdadero y suave, muy desgarrador; casi no emitía ruido, pero las lágrimas le bajaban a montones empapándole la blusa. Le dije que las cosas estarían bien, que íbamos a salir de esa, pero ella no paraba de lagrimear y de culparse. La abracé un rato largo, hasta que sentí que se calmaba. Pidió agua y se recostó de nuevo. Le acaricié el

cabello. Mientras ella clavaba los ojos en la lámpara fluorescente, comenzó a decir:

—Odié ese lugar...

—Cleo... Vamos... Trata de descansar.

—Ese apartamentucho de Caricuao; odié vivir allí...

—Ah, ya... Bueno, ya no vives ahí...

—Tú no entiendes, Álvaro. No puedo volver atrás....

No sé qué carajo le habrá pasado durante los años que vivió en ese sitio. Lo que sí quedaba claro era que el asunto no la abandonaba y estaba causándole una severa crisis. Le juré que las cosas iban a aclararse y que tuviese confianza en que saldríamos fortalecidos de esa situación. Me encomendó ir de inmediato hasta la oficina de Leroux y averiguar lo que pudiese, cuestión que hice una hora después.

El lugar estaba atiborrado de hombres encorbatados que pedían explicaciones a los policías que custodiaban la puerta. Uno de ellos —que aclaró no ser detective sino fiscal—, preguntó si existía allí algún propietario del edificio San Marino. Me sentí estúpido cuando comencé a abrirme paso entre la gente con mi mano arriba, diciendo:

—... *loft*..., es *loft* San Marino.

El hombre me lanzó una mirada burlona y contuvo las ganas de carcajearse:

—Sí, ese, el San Marino. ... Pase por allá.

Al fondo de la oficina, donde debía estar la secretaria, se hallaba un sujeto calvo, de lentes, que repasaba una y otra vez un montón de papeles. Le di las buenas tardes y apenas si me prestó atención. Guardé silencio mientras el tipo continuaba revolviendo documentos y cuando

me aprestaba a interrumpirlo, preguntó: “¿Nombre?”. Se lo dije. “¿Contrato?”. Le alcancé una copia. Me dijo que esperara afuera quince minutos. Pasaron cinco horas. Al transcurrir ese tiempo, la oficina se fue vaciando de aquellos hombres de traje que, por lo que pude escuchar, eran abogados que representaban a quienes habían comprado apartamentos al delincuente de Leroux. En el momento en que estaba preparándome para pernoctar en los pasillos del centro comercial apareció el sujeto que horas atrás me había atendido en el puesto de la secretaria y me pidió pasar. Lo que me diría a continuación concentraba la mayor sarta de extrañezas y buena fortuna de la que pueda alguien alardear en esta vida y son, en resumen, las razones por las que pasé de esclavo perpetuo de la deuda a flamante dueño de un apartamento de cuatrocientos metros cuadrados en “la sucursal del cielo”.

## Humanos parodia

Contrario al pesimismo militante que mantuve en un principio, apenas si tuve que vivir un mes en la villa de la amargura. Estuve tentado a pensar —en la medida en que me iba enterando de los detalles de la estafa de Leroux— que en otra vida debí haber sido el que hizo la lista de Schindler, o al menos el que prestó el papel y mecanografió los nombres de la gente que se salvó de la matazón. A lo mejor fui quien le dijo a Bolívar: “¡Epa, general! ¡Ese Santander le quiere dar chuleta!”. O es posible que simplemente haya sido el que dijo: “Tú tocas fino, toma estas cuantas monedas de oro para que te dediques a componer. ¿Cómo dijiste que te llamabas? ¿Mozart...?”. Algo bueno debí haber hecho, porque me enteré de que Leroux había engatusado a un montón de la clase media (pendeja) caraqueña y jamás construyó nada, a excepción de: adivinen el edificio... ¡Exacto! El San Marino Loft.

Aproveché ese tiempo en casa del viejo Charles y de Rosa (mamá) para asistir religiosamente a las reuniones de los estafados que organizaba la Fiscalía conjuntamente



con el Gobierno, y en verdad que nunca agradecí tanto mi suerte. En la última de ellas —la más concurrida—, llegué hasta un área de seguridad donde me preguntaron mi nombre, ojearon unas listas y me pasaron derechito a una zona vip donde si acaso estábamos veinticinco personas. Muy diferente, por cierto, al área de los pobres diablos que juntaban como ganado bajo unos grandes toldos blancos, y que lucía como un campamento de refugiados. Las reuniones comenzaban con una intervención de un funcionario de la Fiscalía, quien daba detalles sobre el procedimiento jurídico. Aclaradas las dudas, hablaba el representante del Ministerio de la Vivienda, quien abandonaba cualquier etiqueta y recato y destrozaba a los estafadores con unas citas de Marx y el Che. Seguía así por horas haciendo un recuento sobre la “podredumbre estructural” del capitalismo, al tiempo que remarcaba que Adam Smith, “y eso está comprobado históricamente”, era un regrandísimo jalabolas de los Leroux de su época. Los estafados vip se mantenían en silencio con su mejor cara de póker, sin aplaudir ningún pasaje del discurso aunque a veces el tipo se lo mereciera, sobre todo cuando gritaba sin miedo a que se le fueran los gallos:

—¡Horror a la oligarquía!

Fue evidente que los estafados vip se calaban al tipo del ministerio no porque creyeran que Satán viviese en Wall Street, sino porque el Gobierno —y créanme que esto solo se ve en un país como este— iba a condonarles la deuda y entregarles los apartamentos, solo para demostrar “la maldad intrínseca del empresariado venezolano”.

Para ser ciento por ciento honestos, me pareció un exabrupto que por las travesuras narcofinancieras del francésito el apartamento nos saliese gratis. Pero luego recordé que la aventura de Rosa Cleopatra nos había chupado la mitad de nuestro patrimonio y no pude sino –tras un breve suspiro– guardarme muy, muy, pero muy adentro las cavilaciones morales. Sin embargo, esos cuestionamientos éticos continuaron y mientras la gente era citada para entregarles las llaves y el título de propiedad al canto de “El cielo encapotado anuncia tempestad...”, pues me preguntaba qué llevaba al Gobierno a ser tan piadoso con estos tipos que me rodeaban. Okey, está bien que sea benevolente conmigo, el hijo ‘e Pepe, que bastante he madrugado para levantar un negocio de comida rápida, pero ¿con los otros? ¿Con esos que, a juzgar por sus ropas de marca y sus relojes que parecían tapas de mayonesa, no merecían la piedad gubernamental? No sé, simplemente no lo entendía en aquel entonces y aún no lo entiendo.

El corazón se me iba acelerando mientras los ricachones, futuros vecinos, se levantaban de sus sillas, respiraban hondo y se acercaban hasta la reencarnación de Lenin para recibir las llaves. Hacían un tamaño esfuerzo (los delataba la transpiración) cuando los fotografiaban y filtraban hasta sus oídos las palabras: “Esto solo es posible en Revolución”. No obstante, cuando terminaba el pequeño acto y podían al fin quitarse el disfraz comprado en la tienda “Hipocresía & algo más...”, su verdadera risa se elevaba mientras abandonaban la escena –llave en mano– con el documento de exoneración de la deuda. Era como si juntaran las frases

“qué mantequilla”, “qué papaya” y “qué manguangua”, las mezclaran en una licuadora y se las dieran a beber. Ni la marihuana que cultivaba Bob Marley en el patio de su casa les hubiese causado una risa tan placentera.

Es posible que lo mejor de ese día no haya sido en sí mismo haber recibido las llaves, sino haber encontrado a un otro parecido a mí, uno que no era como los que nos rodeaban. El hombre me ubicó en su radar y, quizá llevado por la misma urgencia que yo sentía de hablar con alguien, vino a sentarse a mi lado sin mucho protocolo. Su manera de romper el hielo fue a través de un ligero comentario sobre el clima:

—Vergación de calor... Ando más derretío que BonIce en fogón –dijo.

Jerónimo Duncan Tercero tendió su mano y, luego de burlarse de unos cuantos “sifrisaurios” y “tequeños crúos”, sintió la necesidad de comentarme la historia de su vida, mientras esperábamos que fuese nuestro turno para firmar los documentos. Supongo que pasó toda la tarde con esa incontinencia verbal y sintetizó de una manera admirable una historia familiar que, según él, podía rastrear-se hasta el mismito momento en que Alonso de Ojeda y Colón despescuezaron a los indios que vivían en la cuenca del Lago de Maracaibo. A pesar de la manera tan gráfica con la que habló de esa época, no dudó en hacer un salto de un poco más de quinientos años para decirme que más allá de lo que pudieran creer “y de lo que pensó el trimardito del Leró”, él no pertenecía a la realeza. Explicó que no era Jerónimo Tercero porque le anteciedera una

estela admirable o una monarquía con conexiones europeas, sino porque Tercero era ciertamente su apellido. Reí un poco, lo que pareció no gustarle. Me disculpé y continuó. Era el tercero de sus hermanos. Siempre quedaba de tercero en los campeonatos de bolas criollas. Fue en tercer grado donde vivió la mayor vergüenza de su vida, al vomitar ante toda la clase justo en una exposición sobre los alimentos, y por último, se hizo rico cuando en un viaje a Miami pegó un triple que tenía años acumulándose. No había necesidad de que lo dijera, pero lo dijo:

—Siento una verga arreacha por ese número —le pregunté, para completar el círculo, qué significaba su segundo nombre y no tardó en responder—. Es que mami y papi se conocieron trabajando en la Duncan.

Luego aprovechó que se había armado una medio trifulca en el área no vip para mentarle la madre a Leroux y soltarme cómo fue que lo había conocido. El cuento no comenzó con el premio gordo de la lotería sino cuando llegó a Venezuela luego de aquel golpe de suerte. Como si hubiese acontecido un milagro, a su casa, en Maracaibo, empezaron a llegar gentes de todas partes pidiéndole una “ayudaíta”. Le salieron hasta debajo de las piedras los primos, los tíos, las tías abuelas, las exnovias embarazadas. Supo entonces que debía marcharse y se vino a Caracas para encontrar algo de paz y una casa que se adaptara a sus necesidades. Y es que Jerónimo tenía una familia inmensa: esposa y cinco hijos con un rango de edades entre los tres y los dieciocho años.

Llegó, no al edificio que visité con Rosa Cleopatra, sino a otras oficinas que estaban ubicadas en una quinta por La Castellana. Echó el cuento a todo gañote y fue imposible que una doña muy emperifollada no se viese incluida en la historia contra su voluntad. Dada la manera en que miraba con desdén a Jerónimo Tercero, creo que su mente captó el relato luego de filtrar algunas transgresiones verbales.

—Yo llegué a la verga esa y le di al timbrecito. Había un calor de la verga y tenía ganas de irme par' coño. Pero en el televisor apareció una coña y empezó a metéme una cotorra pa' que me fuera y yo me le arreché. Ahí fue que le dije: “¿Vos sabéis cómo es la verga? Yo soy Jerónimo Duncan Tercero y me abris esa verga”. La mardita por fin me abrió. Debo reconocer que estaba más buena que'r coño. Era mollejúa, la coño e' madre y tenía las mechas recién pintá. Me metió en una oficina arrechísima y después llegó un mariquito. Se me salió un “Ay, veerga”. Me metió otra cotorra más pa' que le diera los cobres. Le dije: “Está bien, pero cuidao y me echáis una verga”. Se espepitó de la risa —arbolario, er' mardito—. Igual, me enseñó unas casitas vergatarias que lo que me gustaron fue verga. Después llegó otro más parcha todavía y me echó mal de ojo. Me arrechó la verga, así que lo jodí por el moñito que cargaba: “Te parecéis a la pantera rosa”, le dije. El muy güevon se hizo el sueco y me sacó el culo. Los bichitos decían algo sobre una “measón” y como desde la mañana tenía revueltas las tripas, les dije que me prestaran el guartercló. Pero parecía que hablaba chino, así que les repetí: el

guaterclooó, mardito... Decíme dónde está que no respondo... El sanitario estaba rodeao de un verguero ‘e matas. Me recordó al patio de mi tía Teódula a que’r Saladillo. Tenía el barro flojo, hermano, y te juro que pensé que me iba a morir reventao. Le recé a la Chinita y le pedí que me hiciera el milagro. Después me zampé dos Loperam y me devolví adonde estaban los pendejos esos. Pero cuando llegué, el más pato no estaba. “No voy a regatear con vos”, le dije al de los tirantes. “Te pongo los cobritos en la mano si me dais todo el tercer piso”. El Leró se alborotó y volvió a decir mariqueras, se me aventó encima y me llenó toda la guayabera ‘e pachulí. Er coño ‘taba más contento que mujer en Farmatodo.

Si Manuel Carreño, el autor del célebre *Manual de urbanidad y buenas maneras para jóvenes de ambos sexos*, se diera a la tarea de traducir las palabras de Jerónimo, es posible que el resultado habría sido el siguiente: “Llegué hasta las oficinas y comencé a tocar el intercomunicador. En ese momento, el sol estaba en su apogeo y nadie salía a recibirme. De pronto, una mujer apareció en la pequeña pantalla del dispositivo y dijo que no atendían sin citas previas. Como sé lo que tienen en la mente esta clase de sujetos, le dije mi nombre completo. Al poco tiempo, no más de cinco minutos, la mujer que antes me había hablado a través de la pantalla fue a recibirme. Era altísima y su cabello reflejaba los rayos de la media tarde. Me condujo hasta el vestíbulo decorado a la usanza de Luis XVI. Luego salió a recibirme un entusiasta sujeto que llevaba tirantes y se hacía llamar Jacques Leroux. Al escuchar las

características del inmueble que andaba buscando, me respondió que creía tener justo lo que yo necesitaba para realizar mi inversión. Le hice saber que suelo ser muy cauteloso a la hora de hacer negocios. El hombre se carcajeó ruidosamente y luego me mostró una bella maqueta del proyecto. Me enamoré de la edificación. Al tiempo que conversábamos sobre el precio, apareció otro individuo que lucía corbatín y me miró con recelo. Para entrar en confianza, hice una breve mención sobre el color de su corbata. El hombre simplemente me ignoró y comenzó a hablar con Leroux. Conversaron un tiempo en francés y no entendí prácticamente nada, a excepción de la palabra *liaison*. Lo cual me recordó que necesitaba ir al baño. Les pregunté dónde quedaba el sanitario. Al ver sus caras de extrañeza, fui más enfático al referirme al lugar al cual necesitaba ir. Ellos no pusieron ninguna objeción y me señalaron una puerta cercana a un lugar repleto de flores silvestres. Ciertamente rememoraba los jardines colgantes de Babilonia. Mientras cumplía con mis urgencias fisiológicas, aprovechaba para entretenerme en asuntos en extremo filosóficos. Al terminar regresé a la reunión. Leroux se encontraba solo. Expuse de inmediato mi interés en hacerme con toda la tercera planta y dije que pagaría de contado. Leroux exclamó en francés: *‘Dieu n’est pas mort, il vit dans un pays sous développé’*. Extendió la mano y casi llorando expresó: “Trato hecho”.

No había duda de que Jerónimo me había salvado el día, aunque para ser justo, y ahora que veo todo en retrospectiva, puedo entender que no solo me brindó apoyo en

ese momento, sino que en términos generales hizo llevar el tiempo que pasé en el San Marino Loft. Fue mi bote salvavidas cuando al fin pude mudarme y comenzaron mis encuentros del tercer tipo con quienes serían mis nuevos vecinos. Rosa Cleopatra, desde luego, jamás compartió el entusiasmo que sentía por esta nueva amistad. Es más, odiaba a Jerónimo y mucho más a su esposa Eurídice. Decía que ese era el problema de los juegos de lotería, pues permitían que unos pata en el suelo se volvieran ricos de la noche a la mañana, sin vivir el proceso de adaptación y “evolución” necesario que toda persona de clase, abolengo y alcurnia debía tener. Esas tres putas palabras –que tanto rebotaban en la mente de Rosa Cleopatra, y que vivía gargareando para limpiarse las incomodidades que le causaban gente como Jerónimo– bien merecen por sí mismas un diccionario completo, una biblia que reúna en parábolas y anécdotas el mecanismo ideal que, se supone, muestra la vía correcta para acceder a la riqueza. Mi teoría es que esas tres palabras, y podríamos sumar otras como crema y nata, gente buena o Venezuela decente, son el legado venenoso de la única responsable, la cosa que se convirtió en la guía moral, espiritual y amorosa de muchas mujeres (y hombres) de esta tierra, el proyecto tercermundista para la educación sentimental: la telenovela. No llegué a esta conclusión por mi propia cuenta, necesité de una pequeña terapia de choque. Antes de que Elena llegara a mi vida, cuando todavía una vez que otra acompañaba a Rosa Cleopatra a ver algún culebrón, donde la protagonista quedaba loca, ciega o sin herencia antes de conseguir



su merecida reivindicación social, esto es, casarse con el tipo rico, aún me dejaba atontar por la manera en que los exitosos millonarios siempre aleccionaban al pobre dejándole bien claro que la única vía de alcanzar la felicidad es dejándose penetrar el c...erebro por la manera en que ellos conciben que debe ser la existencia.

A veces recuerdo a Cleo abriendo los ojos como dos bolondronas cuando empezamos a conocer a nuestros vecinos y sus maneras refinadas. Sentía en ella una especie de fascinación alocada, pero también la aceptación de que por más que se esforzara no iba a ser igual a ellos, y ese creo que fue el sentimiento, la inoculación de esa idea, lo que hizo que sobreviniera el desastre. Es verdaderamente triste la forma en que terminó todo. Nadie hubiese esperado ese final para esta historia, pero la vida no es como Disney.

\*\*\*

Fui uno de los últimos en recibir los papeles en el acto de entrega de los títulos de propiedad. Accedí de buen ánimo a tomarme la foto, mientras mostraba un pesado llavero del cual colgaban algunas insignias metálicas. Después llamaron a Jerónimo y este sí no tuvo recato en dejarse entrevistar, fotografiarse y hablar mal de “Leró” mientras alzaba todas sus llaves, batiéndolas en el aire al tiempo que amenazaba con demandarlo por los próximos cien años. El hombre del Ministerio de la Vivienda concluyó el acto con alabanzas a Jerónimo y a sus palabras, casi insinuando, o más bien diciéndolo por todo el cañón, que aquello parecía la versión marabina de *Mi delirio sobre el Chimborazo*.

Intercambiamos números telefónicos y nos despedimos. Yo abordé mi carro Toyota y Jerónimo se fue en una camioneta con unos cauchos tan grandes y unos rines tan estrafalarios que de igual modo habría podido haber tuneado una gandola de recoger basura y nadie habría notado la diferencia. Silbé y canté por todo el trayecto hasta la casa de los padres de Rosa Cleopatra. Ya estando allá les conté hasta los más mínimos detalles. Rosa mamá sonreía contenta, pero no hacía gran alboroto. Se mantenía en una posición sumisa, trayéndonos de beber y comer sin intervenir demasiado. Charles sí se acomodó junto a su hija para escuchar el relato, mientras que sus ojos me lanzaban rayos láser queriendo con ellos desaparecerme del mapa. Yo sabía en lo que andaba su mente aunque no lo dijera. Era el trato habitual que ocultaba bajo su piel de tejano pasivo-agresivo. No sé qué afrenta cometí aparte de haberme empatado con Rosa Cleopatra; tampoco sé qué esperaba de mí o qué debía hacer para que bajara su maldita guardia y dejara de tratarme como si fuese del Vietcong. Nunca me lo dijo; admito que fue un error haberle enviado a su correo electrónico documentales donde demostraban que el supuesto primer viaje a la Luna fue grabado en un estudio de televisión, o que era pura paja lo de las armas químicas en Iraq. Incluso habría entendido de veras su odio si en aquel Halloween que celebramos por iniciativa de Rosa Cleopatra le hubiese llegado el disfraz de Ku Klux Klan que le mandé a hacer. Se salvó de recibirlo porque Cleo vio la caja antes y supo que aquello significaría la guerra a muerte.

A pesar de que nunca lo reconocí, tal vez era lo que yo deseaba: explotar el rollo y que se definieran los bandos de una vez por todas en esa casa. Sin embargo, esa oportunidad nunca llegó y tuve que soportar la especie de fúrica tolerancia del viejo. Así sería de “puente roto” que no mostró ni la más leve sonrisa cuando le puse en el televisor de sesenta pulgadas —que por supuesto yo le compré— las lujosas y bien ubicadas estancias del San Marino Loft. En vez de satisfacción, lo que tuve que soportar aquel día fue la cantaleta del amargado Charles sobre la barbarie que se avecinaba en el país. Pero eso no ocurrió con estrépito y dramatismo; como todo en él, la cosa fue cogiendo impulso a través de los tragos de *whisky* que se iba metiendo de a poquito y haciéndose el loco, como si nadie se diera cuenta de su obvia fascinación por la bebida.

Entonces, en un punto donde dejaba de darle vueltas a la mesa y las orejas se le ponían rojitas de la borrachera, comenzaba su archiconocido, inigualable e incomprensible listado de las diez teorías conspirativas más espantosas que llevaban quince años sin demostrarse. Hizo un admirable compendio de historia paranoica donde acusó a Lenin de ser el culpable del ochenta por ciento de las cosas malas que le habían ocurrido. Después, daba un paseo por los archipiélagos gulags del Caribe y terminaba con un recuento de los rituales cuasistasánicos que tenían lugar a dos cuadras del metro de Caño Amarillo. Me lo calaba solo porque Rosa Cleopatra me lo rogaba, a través de gestos aéreos que imploraban paciencia y una Zona Libre donde el gran Charles pudiera aterrizar su Boeing proveniente de

la isla Frustración. En esos momentos me convertía en el relleno sanitario perfecto de su alma intoxicada y la única que parecía tener un átomo de piedad era la suegra, que sin proferir palabra alguna me encasquetaba, muy comprensiva, un tarro de tilo mezclado con Xanax. Lo peor de toda la historia es que nunca le llevé la contraria, jamás le dije que la culpa la tenían sus pésimas decisiones financieras de antaño, o que si tan mal la estaba pasando regresara a la tierra que lo había parido. A cambio de eso, por cada párrafo que le dedicaba a mis planes de vida, él se tomaba media hora de alucinaciones y reproches político-fantasmagóricos. De todos modos, como ya tenía la piel callosa de tanto palo recibido, prefería enfocarme en decir que el San Marino Loft era considerada la obra de ingeniería residencial más visionaria de la época y que, además (y ese comentario lo hice para éxtasis de Cleo, palabrita *fancy* incluida), compartiríamos con los más “granado” de la sociedad capitalina.

Esa fue la tónica en la que transcurrieron la mayoría de las noches que permanecimos en ese lugar. Yo, escuchando las nuevas actualizaciones que eran añadidas a sus complots para hacerlo infeliz. Rosa mamá, metida en la cocina ocupada con cualquier azulejo manchado de grasa, y Cleo entretenida en su laptop decorando vía digital los espacios del nuevo apartamento. Desde que nos instalamos supe que la mejor vía para la sobrevivencia era salir muy temprano y llegar muy tarde. Ponía cualquier excusa para acortar el tiempo de convivencia y ser invisible. Sin embargo, cuando ya lo único que me faltaba era decir que

había sido abducido, decidí cambiar mi estrategia de avestruz y pasar a la ofensiva. Ardió en mi mente el grito suicida “¡bansaaaiiii!” y mi voz articuló un:

—¿Qué te parece si nos vamos a ver el beisbol en algún local?

Cuando esas palabras rasgaron el aire del castillo Monotonía, la mirada harto pensativa de Cleo me hizo flaquear. Su expresión era un cruce de incredulidad con alegría contenida y la idea de que alguien terminaría ahogado en el río Guaire. Calmé sus miedos explicándole que estaba cansado de vivir la misma dinámica día tras día:

—Es como estar en la puta película del día de la marmota —argumenté.

Lo que no le revelé a Cleo fue que mi objetivo oculto era aprovechar la noche previa a la mudanza para sacarme de adentro una pregunta que había guardado desde el primer instante en que conocí a su padre (y a su típica, silenciosa y brutal mirada de “así que este es el regrandísimo *motherfucker* que se coge a mi hija”).

Gracias a la intervención de Cleo, Charles aceptó salir conmigo. El tipo se puso una chaqueta mientras murmuraba maldiciones en inglés y bajó en el ascensor sin levantar la mirada. Estaba fundido de la rabia. En el trayecto al local pasé la mitad del tiempo buscando conversación y, como nunca la obtuve, aproveché la otra parte del tiempo para recordar mentalmente a la madre que lo había parido. A decir verdad, estaba comenzando a pensar que había cometido un error de cálculo. Creí que sería posible una o dos horas de batalla, pero me iba a ser imposible soportar

una noche entera tratando de sacarle una sonrisa a Darth Vader.

Estacioné el vehículo en una calle y le lancé la recta de doscientas millas que había estado preparando desde siempre: “¿Por qué me odias?”. Lo que respondió fue tan convincente y sorpresivo que no tuve ganas sino de darle vuelta al carro y perderme el juego de beisbol. Por lo que a mí concernía, esa noche ya habían ganado los Yankees. Así fue como pasé otra noche sin dormir, por culpa de otro miembro de la familia Carter Becerra. Tamaño control tenían ellos sobre mi insomnio, los muy hijos de puta. Eran capaces de invocarlo cuando les diera la gana y sin responder por las consecuencias. Rosa Cleopatra lo hacía a través de sus epilépticos y cíclicos caprichos financieros, y ahora era el viejo Charles, haciendo uso de la infaltable carta de las revelaciones familiares. Esa fue la primera de las cosas íntimas y secretas que me confesó. La segunda vendría cuando se cumpliera la primera –pero eso no lo sabía yo en ese entonces–. Al menos por esa noche, solo tendría que lidiar con la noticia de que le restaban menos de seis meses de vida.

\*\*\*

Rosa Cleopatra decidió que llegáramos al San Marino sin toda la parafernalia de la mudanza. Hasta ese momento nunca habíamos estado en el *loft*, pues el Gobierno lo tenía en una especie de cuarentena mientras finiquitaban algunos detalles de la construcción. Pero el día solar 31 pudimos partir a nuestro palacio privado para disfrutar de los favores del destino. Ese día estuve menos avisado que otras veces y Cleo me lo hizo saber. Se molestaba porque

pensaba que mi distracción obedecía al hecho de quedar excluido de las decisiones de decoración. Me pedía concentrarme en mantener más atención a la ruta y manejar en equipo para que ella pudiese recordar el camino. Puse el máximo empeño para no quedar expuesto ante Cleo. En la próxima falta iba a atravesarme con su lanza puntiguda y sacarme alguna confesión a través de su infaltable: “Se trata de alguna mujer, ¿verdad? Dímelo, Álvaro. ¿Hay alguien más en tu vida?”. Ponía el listón muy alto para que cualquier dato, bajo la línea de tan extrema circunstancia, fuese menos nocivo a la hora de ser revelado. La pobre no tenía la menor idea de que el viejo Charles ahora se convertía en un inquilino permanente de mi cabeza, menos aún podía sospechar siquiera que fuese capaz de ocultarle que su padre moriría pronto.

—Siempre he querido una mesa de *pool* —le dije. Ella resopló con desconfianza y entrecerró los ojitos hasta casi desaparecerlos. Se me revolió el estómago.

—Eso sí que no. Ya hemos hablado al respecto... En ese espacio haremos un *lounge* —contestó satisfecha de haber sofocado con gracia mi intento de sublevación.

Respiré aliviado por el éxito de la coartada, pero no quise darle espacio a la contraofensiva. Cerré la conversación con algo antiguo y que —según *National Geographic*— fue el descubrimiento clave que permitió a los machos cromañones triunfar sobre sus ilusos y optimistas competidores neandertales. Me refiero a la frase: “Sí, mi amor. Lo que tú digas”. Fue efectiva hace cincuenta mil años

tanto como ahora. Cleo se hinchó orgullosa de su victoria y no preguntó más.

Al salir ileso, juré no flaquear de nuevo. Ella iba haciendo observaciones sobre la vía y le contestaba de inmediato, agregando uno que otro detalle curioso para hacerla meditar. Nada de chistes o banalidades, pero sí la verdad acerca de cuánta energía creativa y voluntad política se había invertido en construir grandes y bellas autopistas para esta zona de Caracas, olvidando el pasado colonial y las herencias verticales de lo que en bachillerato llamaban el “éxodo campesino”. Rosa Cleopatra decía, muy metida en sus reflexiones sociológicas, que no entendía por qué no se devolvían todos al campo otra vez y se ponían a producir, “con lo bonito que es sembrar”. Supongo que aquella expresión de mitificación de la vida del campo la decía por su maravillosa experiencia agroproductiva, que se reducía a hacer crecer cinco cebollines y un ajoporro en dos porrones de mayonesa, o a las veces que comía aguacate y juraba que sembraría la semilla en el matero de la ventana. Por supuesto, todas esas ensoñaciones terminaban literalmente en la basura, cuando pasado un tiempo los mosquitos se multiplicaban y la semilla se tostaba en la esperanza vana de que algún día volvería a ser un árbol.

Rosa Cleopatra era así, con sus opiniones entre filosóficas y novelescas sobre la sociedad, debatiéndose al compás de sus quejas sobre el pasado y el futuro. Del presente no se quejaba, pues prefería actuar: “el presente nos pertenece...”, decía citando un libro que culpaba a la vaca de algo: a veces, cuando medio le metía a un sofisticado ponche de



*whisky* llamado Baileys, me salía con que le encantaba el cambio y la ley de atracción. En resumen, sus opiniones sobre Caracas terminaban transformadas en una conjunción rara que estaba a mitad del prejuicio racial, las falsas memorias y la física cuántica. Era muy chistoso escucharla, porque a pesar de ser ingeniero geofísico y de haber pasado todos sus años en la capital, parecía haber borrado de su cabeza los sucesos más trágicos que significan las contradicciones de la vida real. Incluso llegó a decirme, a medida que nos internábamos en las calles diseñadas con evidente vocación urbanística, que la pobreza era un asunto mental, así como lo pueden ser las limitaciones psicológicas que a veces nos ponemos para no emprender alguna tarea en el ámbito laboral o sentimental. Una suerte de obstáculo espiritual, responsabilidad directa del individuo y no de terceros. Sabía que aquellas frases las había sacado de tanto ver los discursos de Steve Jobs y de leer sobre programación neurolingüística, pero también por culpa del viejo Charles y, sobre todo, de su propio trabajo.

Rosa Cleopatra se partía el lomo para una empresa petrolera multinacional, donde ella era la más autóctona. El resto de sus compañeros transnacionales estaban a un paso de ser considerados raza aria y a segundos de fundar su propio club exclusivo, donde solamente podrían entrar quienes tuvieran en el apellido algo de Schwarzenegger y mucho de Powell. Tanta era la presión que le ejercía sobre su ego esa compañía, que una noche, mirando la luna llena (no podía ser de otra forma, ¿verdad?), me confesó que se sentía como una guacamaya. Es decir, sabía por las

miradas de sus compañeros de trabajo que no era fea; sin embargo, tenía a su entender una clase de gracia exótica, pero no una belleza que pudiese ser verdaderamente considerada como tal. Esto, en traducción del idioma cleopatrense, significaba que había sacado más de los genes rebeldes de su madre venezolana y no tantos, o casi nada —según ella—, de su grácil y estilizado padre tejano.

De cualquier modo, y a pesar de sus melcochas sentimentales, me entretenía la manera en que veía las cosas del mundo, a no ser cuando se ponía a hablar de mi familia y de su incapacidad para comprender por qué mi padre fue el único español que no hizo dinero en este país. Le repetía la historia familiar del clan González Nieto, a ver si algún día me dejaba en paz con el tema.

Contaba lo que más o menos la gente conoce, incluso ella. Claro que remontándome unas cuantas décadas atrás, hacia los años cincuenta, que fue el tiempo en que mi abuelo vino huyendo de la pobreza provocada por la Segunda Guerra Mundial. Llegó con prácticamente nada, pero armado de pericia técnica y con la suerte de contar con un Gobierno de puertas abiertas para todo lo que oliera a Europa. Abrió un modestísimo taller para hacer zapatos en la parroquia La Candelaria, muy cerca de la plaza. Mi padre fue su primer ayudante, junto con mi tío y mi propia abuela. El negocio era absolutamente familiar y no contrataba a nadie a excepción de los diciembres cuando el trabajo aumentaba y a regañadientes, según me cuenta Papá, el abuelo consentía contratar venezolanos para las

labores más pesadas como la limpieza del taller o el caleteo de las mercancías.

El taller prosperó hasta más o menos principios de los setenta, que fue cuando llegó la mala racha de los González. De veras hay que tener mala suerte para irse a la bancarrota justo en la época en que el pequeño país caribeño era bautizado como una prometedora segunda Arabia Saudita. No estaba en los cálculos de mi travieso abuelito que la amante le saliera respondona y rompiera su código de silencio. Una tarde llegó al taller una negra altísima, según cuenta mi papá, y presentó a sus hijos naturales en busca del reconocimiento español. Habló de los detalles íntimos y de sus derechos y necesidades insatisfechas. Fue el principio del acabose. Se armó la guerra de los cinco años, donde el negocio fue despedazado entre la ira de la abuela y los abogados de la amante de mi abuelo. Él se deprimió muchísimo y buscó consuelo en el maná que brotaba de la Rioja y la Ribera del Duero. No volvió a dejar el alcohol nunca más. Mi abuela se metió también en los pantanos sulfurosos de la desdicha y allí pernoctó hasta que un ACV la sacó de la tierra. Por su parte, Papá y mi tío tuvieron casi que vivir de la caridad y luego aceptar trabajar como zapateros de un español mucho más centrado en los negocios y menos en los placeres de la carne. De esa forma pudieron salir un poco a flote. Sin embargo, jamás recuperaron la solvencia económica y quedaron excluidos del *ranking* no oficial que el valle de Caracas erige en honor a los emprendedores venidos de ultramar.

Cuando tuve la edad para entender las cosas, mi padre me pidió encarecidamente que estudiara para que así le entrara a los negocios con ciencia y razonamiento, alejándome de las tentaciones obvias que escondían las curvas de la mujer venezolana. Nos prohibió bajar a Barlovento, revelando tiempo después que fue esa tierra la que embozó al abuelo. Recuerdo que al llegar de su trabajo, por las noches, repasaba con nosotros las lecciones de matemática y aprovechaba para contarnos todas las desventuras de su familia como si se tratara de la épica de Cristóbal Colón. A mi hermano mayor lo ladillaban las historias, pero a mí, en cambio, me complacía imaginar al abuelo, a quien conocí en sus últimos y más deprimentes años, atravesando las cuencas y estrechos de las riberas caribeñas, pidiendo ser atado a un mástil para huir del caoba brillante y brutalmente encantador de las sirenas de estas costas. Las historias tuvieron su efecto. Pasé la infancia temiendo acercarme a la tierra ignota y poblada de peligros que se abría más allá de los límites de Caucagua, e incluso llegué a pensar que las imágenes contradictorias que llegaban por los noticieros en la época de Carnavales y Semana Santa eran propaganda para atraer inocentes víctimas. Por buena fortuna, la mentira duró hasta el bachillerato, cuando tuve la oportunidad de estudiar con un muchacho de padres árabes, quienes tenían un negocio de lanchas por Higuero, así que al fin visité ese “infierno” y, pues, ya no conseguí mejor lugar para ir a vacacionar.

Sin embargo, mis padres no cesaban de aplicarse en serio para evitar la mala suerte de la familia e hicieron

incrédulos esfuerzos por garantizarnos la mejor educación. Nos inscribieron en un colegio de los mejores que pudieron pagar y nos deslocalizaron hacia la zona de La Trinidad con el fin de ir escalando posiciones. Constantemente usaban palabras que parecían sacar de un manual de agentes secretos para describir la experiencia que viviríamos —aunque creo que lo hacían más bien para que pudiésemos comprender el porqué de sus acciones—. Apenas al cumplir los doce años, en su léxico comenzaron a surgir las palabras: aclimatarse, mimetizarse con el entorno, observación-descripción, contactos, información y otras por el estilo. Nos pintaban el lugar como el primer paso hacia nuestra nueva vida y nos prevenían en torno a ser comprensivos y aplomados cuando quisieran burlarse por el lugar donde vivíamos.

Este último consejo no lo calibré en su justa dimensión hasta que pisamos el colegio y entendí de qué se trataba realmente la frase: “nido de sifrinós”. Reconozco que no me costó en lo absoluto adaptarme y, ahora que lo pienso, la época pasó verdaderamente rápido. No conservo muchas amistades de aquel entonces, pero las que tengo son buenas. El que sí la pasó mal en serio fue mi hermano mayor. Era huraño a extremos insospechados y nunca se adaptó. Peleaba permanentemente, casi siempre. Las tardes eran para él una oportunidad para reeditar las victorias bolcheviques sobre los zares hijos de papi y mamá. Hizo famoso uno de los callejones contiguos al colegio, al que llegaban alumnos de toda la zona para lavar con sangre las ofensas diarias que le propinaba a su clase

acomodada ese “marginal de mierda”. Nunca perdió una pelea, aunque llevó coñazos que jode. Lo más impactante es que tiró como nunca —el muy hijo de puta—, pues para las “muchachas bien” era una especie de cavernícola incomprendido con una herencia noble que no lograba aceptar. Para mí era un héroe y un villano a partes iguales. No quería que lo molieran a palos, pero tampoco que por su culpa me dejaran por fuera de más del cincuenta por ciento de las rumbas que se organizaban.

Cuando Papá nos iba a buscar en su Dodge Dart Custom las primeras veces (después le rogué que nos dejara llegar en autobús), discutíamos sobre la inconveniencia de mantener su “guerra a muerte contra la burguesía” (literalmente la llamaba así). Papá se pegaba unos arrecherones y le echaba la culpa al grupito bohemio que se ponía a tocar canciones de la trova cubana en el bulevar de Bellas Artes. Le prohibió a Manuel, mi hermano, que los frecuentara y además, so pena de quitarle el apellido (como si eso fuera una verdadera amenaza), le conminó a dejar la violencia y enfocarse en los estudios. A veces, antes de irnos a dormir, le preguntaba a Manuel por qué tenía que ser tan amargado y le recomendaba que bajara la guardia para hacer más fácil la vida de todos. Él no me contestaba, lo oía resoplar en la parte superior de la litera, cuasi articulando respuestas, más a sí mismo que a mí, y luego se dormía con una declaración de principios que variaba dependiendo del ciclo de la luna:

—No voy a dejarme joder por esos güevones —decía, cuando el satélite estaba creciente. Y—: Grábate algo: ellos nos odian —concluía, durante el ciclo menguante.

Cuando al fin salió del bachillerato, se negó a ir a la fiesta de graduación y tampoco quiso aceptar que nuestros padres se endeudaran para costear el pequeño capricho que se les metió a sus compañeros de estudios: celebrar el fin de la secundaria con un crucero por el Caribe.


Sufrió como sufre todo primogénito, aguantando sobre sus hombros las mayores expectativas paternas. Y es que Papá quería que fuese abogado, pues a su juicio en un país con tanta inestabilidad era necesario contar con dicha sabiduría. Pero Manuel tuvo en mente otra cosa y se perdió de la casa por dos años. Al regresar dijo que su vocación era la filosofía y eso fue lo que estudió. Aquella decisión me provocó una severa crisis; transitoria, pero crisis al fin. Desde el lado izquierdo de la balanza estaban los terrores típicos de los padres, concentrados casi todos en premisas materiales, donde la pregunta “¿Y de qué vas a vivir?”, es clásica. Por el otro lado, la vocación o inclinaciones naturales. Es decir, siempre tuve una cierta fascinación por la historia, por las batallas de Napoleón, por los altibajos de los seres bíblicos o por la propia narrativa familiar. Sin embargo, mantenía el gusto bien escondido en un rincón del corazón destinado a los *hobbies*, y nunca lo dejé reposar y madurar en la parte seria destinada a lo que se supone te hace un hombre hecho y derecho. Papá, y luego Mamá se unió a la cruzada, me pidió estudiar administración de empresas para que dejara el vulgar

empirismo que tanto dolor trajo a su familia. Y así lo hice, sin poner ninguna objeción. Creo que en el fondo no quería ser considerado un perdedor, esa es la verdad. Veía la mirada de Papá al ver a mi hermano en la mesa durante las cenas, luego de su regreso, y ya no había esperanza en ella. Era como si contemplara a un ser extraño, una decepción viviente. No quería eso para mí. A veces solo miraba, pero en otras ocasiones, y no pocas, intervenía en los largos monólogos que se lanzaba Manuel sobre los presocráticos y le preguntaba de qué coño servían las güevonadas de las que hablaba, y que si con eso podía ir al supermercado y comprar dos litros de leche. Manuel a veces aguantaba la pela. Sonreía y miraba su plato, se atragantaba de pan y volvía a sonreír. Pero otras veces, y no pocas, comenzaba a discutir con Papá sobre qué coño le había dejado el partirse el culo durante cincuenta años de su vida. Y con ese cuestionamiento empezaba la plomamentazón. Los dos se enfrentaban desde sus trincheras lanzando los cuchillos, pero luego subían la intensidad y pasaban a las bombas nucleares. Seguían así media hora, hasta que Mamá se ponía a llorar y les pedía algo de paz. Esos espectáculos hirieron de muerte las cenas familiares. Las cosas no volvieron a resultar como antes y, junto con la llegada de las respectivas novias, lo que conocí como la vida familiar terminó por desaparecer.

Rosa Cleopatra escuchó paciente y me preguntó por qué siempre tenía que mezclar la historia del fracaso económico de mi familia con los detalles del bachillerato y las rupturas sentimentales entre padres e hijos.



—Lo único que te faltó fue repetir la historia del Atari 2600 —dijo con fastidio. Pensé que tenía razón, no por la forma en que entrelazaba las historias sino porque había olvidado comentar el asunto de los videojuegos, y la habría repetido a no ser porque el San Marino Loft era ya visible a unos cuantos metros.

Para llegar al *loft* era necesario bajar una pequeña colina y conectar una inmensa avenida de dos canales en cada sentido. Había palmeras medianas y trinitarias que adornaban las aceras. Los faroles eran inmensos y se alimentaban de la propia energía solar. Los terrenos que rodeaban la edificación estaban repletos de obras inconclusas y en algunos podían verse vallas caídas donde asomaba la cara del miserable de Leroux disfrazado de ingeniero civil, con la leyenda: “Vive tu sueño”. Aunque era la vez primera que entraba en aquellos predios, no me eran ajenas ninguna de esas imágenes. Jerónimo Tercero se había mudado dos semanas antes y me mantenía al tanto de todos los detalles a través del celular. La última de las fotos que me envió era sobre una parte del cielo apreciable desde su balcón. En ella podían verse unos objetos voladores, al menos diez, que parecían querer establecer algún tipo de comunicación con los seres terrícolas. Pero Jerónimo Duncan Tercero, riéndose a carcajadas, o bueno escribiendo jajaja-jajajaja + , me explicó que:

—En esa verga se la pasan los marditos de aquí, volando drones. —Masedonio (su hijo segundo, y supongo que la “s” se la debe a ese hecho) dice que parecen zamuritos.

Ese día el San Marino Loft no era sobrevolado por las máquinas, así que Rosa Cleopatra tuvo que conformarse con la fotografía pixelada que enviara Jerónimo para, luego de un rápido estudio, concluir que “obviamente se trataba de novedosos drones”. En su cara se reflejaba la creciente preocupación que le generaba el edificio y no estaba dispuesta a que su primera experiencia estuviese empañada por cualquier cosa que pudiera arruinarla, incluida la idea de que bajo la sombra del enjambre de los artefactos volantes, desde la distancia, y con el rabillo del ojo, el paisaje le pudiese recordar –aunque fuera lejana, muy lejanamente– a un botadero de basura. ¿Metáfora cruel de la vida? Quién sabe.

Lo cierto es que la carretera nos empujaba hacia el San Marino y, en menos tiempo de lo que pude calcular desde lo alto de la colina, estuve frente a la gran puerta del estacionamiento. Empecé a tantear el manojito de llaves buscando el control remoto que venía en él, pero el aparato era confuso o al menos eso me parecía bajo la presión que me causaba Rosa Cleopatra por entrar. Apreté una o dos veces e intenté el viejo truco de poner el control bajo la barbilla para que, según la ciencia popular, las ondas viajaran con mayor eficacia, pero nada funcionó. Rosa atendía a mi acto y en su expresión iban agolpándose las ganas de decirme que no fuera tierrúo, pero optó –cosa que agradezco– por apretar la mandíbula y quitarme el control. Empezó entonces la función de la ingeniera que piensa que todos los mecanismos y artefactos eléctricos, fotoeléctricos y de mecánica compleja deben obedecerle. Apretó mil veces los

benditos botones hasta que se obstinó y dejó escapar algo que hacía más o menos dos días que no me decía:

—¡Álvaro, ya lo echaste a perder!

En eso, un hombre nos hizo señas desde la parte frontal del carro. Estaba trajeado como un policía de Beverly Hills (nunca he ido a California, pero vi la película de Eddie Murphy, así que tenía mi referencia). Rosa Cleopatra, imbuida por la paranoia, me dijo que tuviera cuidado, pero le dije que nadie iba a venir a robarnos metido en semejante disfraz. Bajé la ventana y el hombre se acercó, se quitó la gorra e hizo una especie de reverencia con la mano, dijo que su nombre era Teófilo Blanco. Era el encargado de la seguridad del San Marino Loft y le reportaba al señor Tercero y al señor Casiraghi. Rosa Cleopatra se perdió un poco entre las edulcoradas palabras de Teófilo y me apresuré a aclararle que se trataba del vigilante. Teófilo tosió un poco y alzó el dedo índice (con respeto, eso sí) para corregirme:

—Seguridad, señor, guardia de seguridad.

Se convertía nuestro amigo Teófilo en la primera prueba de que entrábamos al territorio donde la jerarquía y los títulos nobiliarios, comprados o adquiridos, tenían su honda significación. Le contesté molesto:

—Sí, ajá. Dígame cómo entrar.

Un segundo de silencio y luego salió Rosa a darme un toquecito técnico en el codo, uno suave que me avisa cuando he sido un tanto rudo. Teófilo también lo resintió y cambió la expresión. Su rostro ahora adquirió un rictus más serio, el de la costumbre de tratar con sujetos como

yo. Pidió mi nombre y apellido y hurgó en una tableta de diez pulgadas que sacó de un bolsillo. Confirmó nuestra identidad y luego nos pidió poner nuestra huella en la pantalla. Al atravesar el portón y aproximarme al estacionamiento, fui presa de un encantamiento que no logro explicar, algo que me hinchaba el pecho y me puso feliz: me sentía “mejor persona”. Pero al dar vueltas en el amplio estacionamiento buscando nuestro puesto comencé a registrar un ligero malestar que Rosa pudo percibir. Preguntó si me sentía bien; me perdí un segundo en su pregunta y no supe qué responder —en el fondo, parecía haberme quedado rezagado en el portón con Teófilo tratando de explicarme o explicarle por qué había sido tan seco, ¿tan arrogante?—. No, no podía ser... puede que estuviese exagerando. Quizá no fue nada grave. De igual modo, debí prestar mayor atención a ese hormigueo en el pecho, puesto que quizá habría podido subir la guardia un poco más y darme cuenta de que los lugares suelen ejercer un influjo extraño sobre las personas, un efecto que es muy difícil describir o advertir.

Pude sacudirme esos pensamientos al encontrar los puestos del estacionamiento en el segundo sótano. Estaban bellamente demarcados con pintura fluorescente que al contacto con las luces halógenas le daban un aspecto de portal dimensional. Cualquier cosa nos llamaba la atención y agradaba: el asfalto, los extintores de incendio, tan rojos y limpios, la inexistencia de humedad, el resto de los vehículos tan a la moda, tan del año. Rosa Cleopatra incluso acotó que, al activar la alarma del carro, el eco parecía

retumbar con la gracia de un címbalo húngaro. En otras circunstancias le hubiese dicho: “¡Épale! Ya va, ¿y esa palabrita? ¿De qué película la sacaste?”, pero como estábamos en modo encantamiento la dejé pasar. Tomamos el ascensor, colocamos la pequeña llave y activamos la máquina de los deseos. Fuimos hasta el piso cinco y aun cuando ya lo sabíamos en teoría, no estábamos preparados para la experiencia. Menos mal que no éramos escoltados por la gente de alcurnia, porque de haber ocurrido habrían contemplado el espectáculo circense de la mujer con el timbre vocal más agudo de la galaxia:

—¡Llega hasta la sala! ¡Llega hasta la sala!

Las puertas del ascensor se abrieron y nos deslumbró el gran ventanal, la inmensa plataforma desde la cual podíamos admirar a los minúsculos seres que vivían en las faldas de El Ávila. El lugar era espacioso y la luz natural resaltaba los motivos de acero industrial incrustados en las paredes de concreto vaciado, ladrillos envejecidos que iban del piso hasta el final del techo de doble altura. A la derecha podíamos ver la escalera que conducía a la segunda planta, y más a la derecha otra sección de la sala. Cleo caminaba con cuidado, como si no quisiera tropezarse con los muebles que en su imaginación iba colocando aquí y allá. Por un breve instante, salí del encantamiento cuando empezó a decir:

—En este lugar, el sofá de piel... En esta esquina, la lámpara Karibú; en aquella, la Manhattan...

Yo, por supuesto, inmediatamente empecé a rebuscar mentalmente en el camión de la mudanza y no encontré

nada que rimara con Karibú. Allí fue cuando Cleopatra Carter me comió entero con la mirada de “Lo quiero todo nuevo, Álvaro”. Pensé que me desvanecía, que iba a caer en el piso, en el bello piso de parqué, y que despertaría en casa con un té al lado y Cleo diciéndome: “Despierta, Álvaro, todo ha sido un mal sueño”. Pero no, me mantuve en pie, inmóvil, soportando el peso de la mirada de Cleo. Ni tiempo tuve de sacar la calculadora, porque puso un dedo en mi boca y me dijo:

—Lo tengo todo resuelto.

Resolver significaba que tenía ahorrados unos dólares de algunos viajes que había hecho para la compañía. La ubicación del dinero y su existencia eran hasta ese momento desconocidas para mí, pero no para el máximo de sus asesores, el afanoso albañil que le prestaba todo el cemento que necesitaran sus más alocadas pretensiones, el archi... remalparido de su mejor amigo: Pedro Contreras-Foucault, así, con guión incluido, para que quede bien claro que tiene algún gen que le permite entrometerse en cuanta decisión de pareja tuviera lugar en mi casa. Hice las preguntas de rigor aunque sabía de antemano las respuestas inmediatas y las que seguirían a cuestionamientos posteriores.

El asunto era este: Pedro Pedrito, ingeniero como ella, era a su vez un excelso emprendedor al que le gustaba dár-selas de *broker* y metía uno que otro dólar en la Bolsa de Valores de Caracas (antes del control cambiario), y así se hizo con algún capital. Viajaba fuera del país cada vez que había un feriado y se traía sus discos duros repletísimos de

*selfies* aburridísimas y mal tomadas. Una foto en Praga; otra en la Torre de Pisa (que siempre rogué se le viniera encima); recostado como una morsa en las cristalinas aguas de Bora Bora; muerto del puto frío en algún lugar de Austria y así por el estilo durante dieciséis *gigabytes* de intragable arrogancia. Rosa Cleopatra lo idolatraba a morir. Varias veces le advertí que si algún día pensaba en montarme cachos, no lo hiciera con semejante espécimen. Ella se reía. Me juraba que él era gay y volvía a reírse de mis “ocurrencias”. Yo la veía carcajearse y lanzarse en la cama sonreída de “mis locuras”, pero en mi mente lo único que estaba presente eran las miraditas porno-asesinas que el Pedro Pedrito lanzaba directamente al culo de Rosa, como si fuesen los misiles que perseguían el Octubre Rojo. El tipo confundía mi paciencia gandhiana con la estupidez y juré que si en algún momento lo volvía a encontrar apretujando a Rosa Cleopatra con su cara de “nadie se da cuenta de que soy un sádico-de-clóset”, lo iba a moler a patadas. En todo caso, allí estaba Cleo hablándome de que el tipo la había súper asesorado en todo lo referente a cómo hacer rendir sus dólares guardados. Que no debía preocuparme en lo absoluto, pues el tal Pedro o *Peter*—como ella le decía por cariño— y que sonaba *Pítar* (así, con un tonito como medio excitado), estaba ya entrometido en una transacción ultrareconstruccionista que nos daría la posibilidad de remodelar absolutamente el *loft* sin necesidad de que mis negocios de comida rápida sufrieran un ápice. El asunto me sonó tan convincente que de pronto olvidé el odio que sentía por la oveja más pervertida de los Foucault.

Seguimos explorando el *loft*... Hacia la izquierda de la sala (este Leroux era bastante simbólico), pudimos dar con la cocina que, por suerte, estaba al ochenta por ciento acabada. Dos aspectos del lugar me produjeron una pequeña sensación similar a la que registré en el encuentro con Teófilo —no es que desconociera estos detalles—, pero al verlos materializados frente a mí provocaron que reconfigurara muchas cosas en mi cabeza, asuntos que en ese momento no calibré perfectamente pero que, con el transcurso de los meses, sirvieron para convertirme en lo que soy. Una de las puertas de la cocina daba a un pequeño cuarto y otra de las puertas daba a un pasillo fuera del apartamento que conducía a un segundo ascensor. Las áreas de servicio, esa es la denominación que aparecía en los planos, en la impersonal maqueta. Entonces Rosa Cleopatra se cruza de brazos y pone esa boquita cuasi filosófica y dice que Leroux pensó en todo y que es justo lo necesario para que “la servidumbre llegue directamente, sin necesidad de interrumpir la vida familiar”.

De pronto torcí un poco la cara y el ceño se me refrunció, pensando que ahora lo que faltaba era que Cleopatra Carter bautizara como “criada” a la mujer que nos ayudaba en la casa y la llamara a través de una campanita. Quise atajarla pero ella ya había despegado en un globo aerostático y se encontraba muy por encima del piso, y seguro que de haber hecho uso del rifle cable-a-tierra y de las balas mata-pasiones, Cleo purgaría su mala conciencia con la peliculita de Will Smith, esa que ha visto mil veces y que es como su jarabe espiritual para decirse a sí misma que si



alguien está en la base de la pirámide, es porque no se ha esforzado lo suficiente. Pero como no me iba a calar que me clavara de nuevo ciento veinte minutos de sufrimiento, preferí no hacer comentarios y dejarla un rato en su papel de Maléfica. Lo que sí estaba claro para mí desde un principio es que no iba a permitir que se le metiera la idea de ponerle un uniforme a la *otra* Cleo. Rosa Cleopatra casi muere cuando llegó hasta nuestra puerta por recomendación de uno de los cocineros del local que está en Plaza Venezuela. Se presentó con su acento marcado, diciendo que la cosa se estaba poniendo complicada en Colombia y que necesitaba trabajo. Cuando dijo su nombre, Rosa Cleopatra aguantó la respiración; no podía creer que fuese posible que coincidieran en dos actas de nacimiento, en el mismo continente, en dos países con un prócer fundador común, un nombre similar para dos personas tan dispares. Pero respiró ya tranquila cuando vio los papeles de identidad y se dio cuenta de que se ahogaba en un vaso de tonterías, pues nuestra amiga costeña respondía al nombre de Cleofelina Salgado. ¡Ufff! Tamaña casualidad... Así que cuando todavía estaba fresca la sonrisa en el rostro de Rosa al constatar que seguía reteniendo el título único, le salí al paso y propuse llamarla Nina. Ambas aceptaron gustosas. De eso hace ya cinco años. Creo que hice un comentario sobre ella, una broma o algo por el estilo, una ligera mención solo para introducir el asunto y pegar primero, pienso que dije:

—Imagina a Nina cuando vea cuánto espacio y un ascensor para ella sola. Cuánta libertad... A veces ni

sabremos que está aquí. ¡Piensa —hice una pausa— en su uniforme!

Rosa Cleopatra sacudió la cabeza, y puso los ojos en mí:

—¿De qué coño hablas, Álvaro?

Encogí los hombros:

—Del uniforme —respondí. Esta vez Rosa dirigió su mirada hacia las molduras del techo y, sin descruzar los brazos, concluyó:

—Ya veremos, ya veremos.

Abandonamos la cocina junto con mi hombría y empezamos a subir las escaleras de la segunda planta. Conforme ascendíamos la luz parecía cobrar una mayor vitalidad, era como si de veras nos estuviesen abriendo las puertas del cielo y los querubines con sus arpas nos dijeran que éramos bienvenidos. Al ver el cuarto principal supe que mis días de vivir con la cinta métrica cada vez que compraba un colchón habían concluido. El baño, además, parecía estar diseñado para abandonar el mundo de afuera y entregarse al éxtasis de contemplar las luces de la ciudad acompañado por las burbujas del *jacuzzi*. Rosa Cleopatra estaba absolutamente ensimismada, sin decir ningún comentario; eso me preocupaba y bastante. Cuando algo así acontecía en ella, hablo de la mirada-de-leona-que-ha-visto-a-la-gacela-cojear, era porque su mente ya había trazado nuestro destino para los próximos cincuenta años. Después de la noche trágica vendría a mí este momento específico y la respuesta a mi pregunta “¿qué pensaste al entrar al cuarto principal?”, me dejaría aturdido para siempre. De todos modos no la culpo, si ella se hubiese interesado en lo que yo pensaba en ese momento, de seguro

tampoco le habría gustado. Y es que, a pesar de disfrutar de lo que veía, de entender el tamaño de mi suerte, había algo que no me dejaba estar absolutamente tranquilo. Era una especie de cosquilleo que ya no tenía que ver con el desaire que le había hecho a Teófilo o con el uniforme color crema que se pondría Nina: era la sensación de que ese lugar no me pertenecía en lo absoluto, que no permanecería allí mucho tiempo.

Caímos en un silencio extraño. De pronto me sentí desconectado, pero no solo de la experiencia del apartamento sino de la propia Cleo. Es posible que la razón haya sido que ella seguía manteniendo los brazos entrelazados y que ya no conversaba sobre las posibles remodelaciones. Pensé en interferir en sus pensamientos, adelantando con levedad algunas ideas sobre el edredón o algo que le escuché alguna vez sobre sábanas de hilo egipcio, pero no tuve oportunidad porque el timbre de la casa sonó. Hizo eco en toda la estructura y llegó a mis oídos, acompañado de una potente extrañeza. Mientras me dirigía a la planta principal, me pregunté qué habría pensado el último humano sobre el planeta si hubiese llegado a escuchar que llamaban a su puerta. Entonces mi mente dio un salto al recordar que seguía pendiente la tarea de terminar de matar a los zombis cibernéticos que me tenían acogotado en el nivel “New York”, y que además debía marcar mi territorio si es que no quería que mis juguetes fuesen desplazados por los glamorosos e impronunciabiles pufs de Cleo.

El timbre volvió a sonar insistentemente. Cuando me asomé por la puerta que daba al pasillo interno del

edificio, vi al corpulento y afable Jerónimo Tercero acompañado por su esposa Eurídice. Abrí de inmediato y los hice pasar. Me abrazaron diciéndome que me extrañaban, que querían ayudarme con la mudanza. Revisaron el lugar y dijeron que no estaba nada mal, pero que “Leró” también lo había entregado incompleto como el de ellos. Con lo de incompleto se referían a los acabados de ladrillo y concreto; les aclaré que de eso se trataba un *loft*, con su estilo industrial-urbano. Jerónimo Tercero no estuvo de acuerdo:

—Dejate de vergas... dejate de defender al Tarzán de bonsái ese. Vos sabéis que los apartamentos estos son más ordinarios que una pantaleta ‘e cartón.

Eurídice asentía y dio inicio al mismo recorrido emprendido minutos antes por Cleo, pero esta vez no colocaba los imaginarios muebles de diseñador, sino que mandaba a frisar mentalmente los ladrillos y quitaba el pasamanos de acero inoxidable de las escaleras y lo sustituía por balaustres. Ella explicaba que Tercero estaba obsesionado con la idea de decorar al estilo de una película francesa que se llamaba *Los miserables*, aunque dándole unos toques de su tierra con hamaca goajira incluida. Mientras nuestra vecina se explayaba en detalles, yo no dejaba de pensar en el momento en que Cleo fuera a la casa de Tercero y usara ese mismo título para definir el estilo decorativo de mi nuevo amigo. No quería que una impertinencia de Cleo arruinara una relación que apenas comenzaba, por lo que hasta consideré tatuarme una nota en la muñeca —así como en esa película donde el tipo

olvida todo cada cinco minutos— y escribirme en tinta roja brillante: “Cleopatra es como Guzmán Blanco”.

Seguí conversando con los Tercero sobre tendencias decorativas hasta que sentí como si un elefante se hubiese acostado encima de mis hombros. Busqué mentalmente la causa y obtuve la respuesta cuando vi a Cleo observar nuestra plática desde la planta alta en silencio y meditativa. Quise sacarla de esa pose pidiéndole que se acercara para conocer personalmente a Jerónimo. Ella mostró una sonrisa que yo ya me conozco y que le habrá costado articular unos cinco minutos, pero no les hizo una escena (aplausos por el esfuerzo). Cleopatra bajó de las alturas y apenas pisó el mundo de los mortales, Eurídice se le fue encima en una escena que me trajo a la mente la famosa serie *Cuando los animales atacan*. La carita de Cleo quedó apenas visible por encima del hombro de Eurídice y esta la batía y le decía que tenían que ir de compras para conocerse mejor. Jerónimo mantenía la sonrisa admirando la escena con gran satisfacción y aprovechó el cálido ambiente para apresarme contra su pecho.

—Al fin, gente normal —dijo.

Cleo y yo quedamos enterrados entre la grasa y la tela sudada de la familia Tercero, mirándonos desde el poco espacio que nos dejaban y con el oxígeno bajando a máxima velocidad. ¿Qué me decían los ojos de Cleopatra? ¿Era esa una expresión de agobio o resignación? Quizá me equivocaba al ver su cuello enrojecerse. ¿Sería posible que sus ojos me estuviesen diciendo “Qué vergüenza, Álvaro, tanto afecto y apenas nos estamos conociendo?”. O no. Tal

vez su entrega al abrazo del oso estaba advirtiéndome otra cosa, el despliegue de una estrategia para solicitarme algo a lo que ya me había negado o que sabe no aceptaré. Sin embargo, Jerónimo me apartó de las especulaciones al proponer que fuésemos a conocer a Casiraghi. Cleo aceptó de inmediato, quizá para zafarse de la incómoda ternura de los Tercero o porque el apellido del otro vecino le daba buena espina. En cualquiera de los dos casos, fue la primera en salir del *loft* directo a los ascensores. Eurídice no paraba de hablar diciendo que era la oportunidad perfecta para que pudiésemos integrarnos y, además, para que conociésemos a su nueva mejor amiga, la señora Casiraghi, a quien por supuesto, dicho sea de paso y que conste en acta, le gustaba que le llamaran por su nombre artístico: Mafer, y no por el que su madre o su padre, o puede que su abuelita, le pusieron con tanta ilusión.

Llegamos hasta el piso dos con la rapidez de todo lo que es nuevo. “No parece moverse”, le mencioné a Jerónimo alabando el ascensor. Él me pidió que no desesperara porque “no habéis visto nada”; sin embargo, consideró que no podíamos dar el paseo de bienvenida sin que nos acompañaran los Casiraghi. Eurídice explicaba cómo se habían conocido ambos clanes y de cuán orgullosa estaba de que el Gobierno le asignara a dichas familias la responsabilidad inicial de organizar el nuevo condominio. Hasta ahora, con nuestra llegada, solo faltaba por ocupar el *penthouse*, pero nadie contaba con información sobre los dueños.

—Es todo un misterio —apuntó Jerónimo.

Eurídice le pidió guardar silencio mientras mostraba a Cleo otra de las ocurrencias del estafador Leró: los timbres de cada *loft* podían ser personalizados al antojo del propietario, lo cual estaba muy bien, pero en mi caso no del todo porque podía ver llegar, o más bien escuchar, alguna melodía del baladista favorito de Cleo. Alguna vez llegué a creer que gran parte de las contradicciones en ella eran atizadas por el verbo perverso de ese cantante que estaba francamente obsesionado, sin ser Marx, en la idea de los contrarios. El contenido de algunas letras era toda una burla y varias veces —sobre todo al principio de la relación— se lo hice saber, pero desistí de machacarle el asunto porque estaba convencido de que preferiría dejarme a mí antes que a él. Tenía que escucharlo en el iPod, en el carro, en las cornetas de la computadora, en el *ringtone* del celular, mientras rimaba calor con frío, soledad con compañía y vacío consumista con iluminación metafísica. Era una verdadera tortura. Sin embargo, cuando apretaron el timbre de la puerta todo el pasillo resonó al compás de Eros Ramazzotti, y de pronto ya no me sentí tan mal conmigo mismo. Me consoló pensar que al menos no iba a ser el único en el *loft* al que le metieran su baladita casera.

Los Casiraghi se hacían esperar. Jerónimo comentaba que siempre era lo mismo “porque les gustaba darse bomba”, y que el peor era el Paolo, porque “ese no salía sin antes peinarse el peluquín”. Eurídice abarrotó la capacidad acústica del pasillo con su desmedida risa y después le pegó a Jerónimo en el hombro mientras le pedía que dejara de ser tan “burlista”. Cleo seguía tensa y trató de

ser cortés, pero estaba ya perdiendo el combustible para aguantar tanta carga. Cuando pensé que iba a reventar, la puerta se abrió un poco y un hombre blanco de ojos verdes se asomó por la rendija.

—¿Pero qué pasa ahora, Tercero? Está jugando la Juve.

—Haceme un favor, Paolo, dejá el aparatico ese y venite pal pasillo que te voy a presentar a los nuevos vecinos. —Entonces se apartó y quedamos claramente visibles desde la puerta.

Casiraghi gastó tres microsegundos en mí y luego se comió enterita a Cleo con una expresión en el rostro de “en quince años seré un viejito verde con los ojos verdes”. Destrabó el seguro y salió al pasillo a recibirnos. Me dio la mano y luego hizo lo mismo con Cleo, pero no se puso meloso estilo-viejo-continente, como Leroux, sino que más bien guardó la compostura y mantuvo la clase. Su esposa salió al pasillo preguntando con mucha finura qué sucedía. La mujer era alta y llevaba un vestido de flores combinado con unos tacones. Remataban su indumentaria unos aros grandísimos que llevaba de zarcillos y que captaron la atención de Jerónimo, no sé si de buena manera. Ninguno de los que participaba en esa ceremonia de presentación miraba los ojos del otro, sino que apuntaban a distintos lugares del cuerpo de los demás en un gesto involuntario, como si quisiéramos decirnos miles de cosas sin atrevernos a sacar nada que no fuesen palabras cortas y sencillas. Casiraghi presentó a su esposa como Eugenia, luego se atajó y reacomodó la frase llamándola Mafer. Ella no cedió en la sonrisa y puso la mano frente a nosotros. No



supe qué hacer porque parecía no un saludo propiamente, sino más bien un gesto masónico o parte de un ritual desconocido, así que no pude estrecharle bien la mano, tuve que conformarme con apretarle de manera incómoda cuatro de sus dedos. Cleo también le dio la mano y se sonrieron con la especial satisfacción de quien ha encontrado a su doble. Entonces quedamos como si estuviésemos encerrados en un ascensor, sin saber qué frase iba a quebrar el silencio. Por supuesto, Tercero tomó la iniciativa y le propuso a Casiraghi que nos acompañara a hacer un recorrido por el San Marino. Paolo volvió a comerse con los ojos a Cleo, para ver si valía la pena dejar sin apoyo a la Juventus, y aceptó. Sin embargo, vi que su esposa no estaba muy de acuerdo. Dijo que se quedaba e invitó a Cleo a tomar un vino de temporada, cuyo nombre pronunció con una gracia adorable. Eurídice quedó intrigada con el nombre del licor y Cleo no perdió oportunidad de ocupar el lugar que debía corresponderle en esta nueva relación. Volvió a repetir con tal exactitud y claridad la palabra *beaujolais* que de seguro provocó “que Balzac aplaudiera desde su residencia subterránea”, como decía mi hermano cada vez que Cleo se ponía en esas. Tercero arrugó la frente y yo rogué por que no fuesen a preguntar cómo se escribía esa palabra, pero Mafer y Cleo se abstrajeron de todos nosotros, con la sonrisa típica de las gemelas separadas al nacer, dejando a Eurídice literalmente rezagada en el umbral del *loft* Casiraghi. Jerónimo le hizo gestos a su mujer para que entrara y no intentara buscar la placa del

tractor que la había atropellado. Eurídice se tambaleó con éxito hasta la entrada del *loft* Casiraghi y no le vimos más.

Paolo cerró la puerta y junto a Tercero comenzaron a darme más detalles de los que necesitaba. Lo primero, que el Gobierno deseaba mantener una relación de estrecha cordialidad con los habitantes del San Marino, por lo que ante las autoridades Paolo Casiraghi y Jerónimo fungirían como voceros circunstanciales hasta que resolviéramos la forma de organizarnos. En este particular, Tercero mostraba una honda preocupación, pues no entendía cómo teniendo tanto espacio en las áreas comunes, la gente del *loft* prácticamente estaba confinada a sus apartamentos. Según su triste crónica, solo se podía percibir la vida en las residencias por las luces que se encendían y apagaban y por los carros que abandonaban o llegaban al estacionamiento. Aquello no era en lo absoluto deseable para un hombre que gustaba de la vida comunitaria.

—En La Pradera, la verga no es así —decía mientras sus ojos se perdían hacia donde las extensas áreas verdes concluían.

Paolo lo miraba con obstinación y apuntaba que ya ese tema estaba resuelto y alentaba a Jerónimo a que continuara detallándome los planes. Mientras transitábamos por el gimnasio y la sauna, ubicados en un segundo edificio mucho más pequeño situado en la parte lateral de la torre principal, Tercero explicó que luego de mucho pensarlo se dieron cuenta de que la mejor manera de integrar a la comunidad era a través de una fiesta de bienvenida. La idea lucía simple, pero al parecer no fue nada sencillo que Jerónimo

y Paolo se pusieran de acuerdo sobre quién la organizaría. Las peleas eran constantes —según contaba Paolo—, por lo que decidieron, “en aras de la amistad”, que cada familia se comprometiera a hacer una fiesta por separado. En el caso de los Tercero, aprovecharían que estaba próximo el final de octubre para organizar una fiesta de Halloween.

—Tengo un disfraz de muerto viviente, vergatario —apuntó Jerónimo.

Por su parte, los Casiraghi se harían cargo del Día de Acción de Gracias. Allí detuve la marcha y les pregunté así, textual:

—¿Y esa vaina? Nosotros no celebramos eso...

Busqué apoyo en Tercero, pero este solo se limitó a encoger los hombros y a señalar a Paolo:

—Pregúntale al doctor. —Y se rió. Casiraghi enrojeció, recogió las manitos y apuntando para arriba (conocido gesto italiano para apalancar todo planteamiento serio), dijo:

—Pero *ma che cosa dice*, ¿no han ido a una cena de Acción de Gracias? —preguntó Paolo.

—Solo por televisión —contesté.

—Cada vez que jarto sin que Eurídice me joda por algo, es una cena de acción de gracias.

Exploté de la risa (es que Jerónimo tiene unas vainas), pero Casiraghi seguía estático, inmutable, dispuesto a enseñarnos algo.

—¡Eh! Pues, ahí está... Será la primera celebración de sus vidas. Qué es mejor que meterlo primero —dijo, y procedió a hacerle otro gesto a Jerónimo que no me pareció muy amistoso, pero que a él lo puso a sonreír.

Pude comprender —entre las carcajadas de Tercero y los crudos ademanes de Casiraghi—, que estos sujetos no tenían una amistad sino una verdadera competencia, una olimpiada en la que ganarse al resto de la comunidad era la única medalla dorada y donde esta vez, era seguro, Jerónimo no iba a optar por un tercer lugar.

Retomamos el recorrido, mientras los dos hombres se peleaban discretamente por hacer el mejor comentario sobre la propiedad. No había mucho que pudieran agregar para mejorar las características del San Marino y Jerónimo constató ese pensamiento cuando reveló que el funcionario del ministerio había dicho que ese era el lugar escogido por Leroux y asociados como cuartel general. Era esa la única razón por la que el edificio fue construido; pobres de aquellos a quienes el francés no escogió como potenciales vecinos, se habían quedado en el aparato, completamente solitarios en su reclamo por tener una retribución de su dinero o al menos una vivienda alterna como compensación. En cualquier caso, cuando vi la piscina, la espléndida piscina ovalada, con su trampolín de tres metros y sus toboganes, estaba convencido de que ciertamente fui quien prestó el establo para que naciera Jesús. Mejor no me podía haber ido. Y todo lo tenía gracias a Cleo, a su tenacidad y persistencia. Se lo reconocí en silencio, pero cuando me llamó el tipo de la mudanza para decirme que habían llegado y que necesitaba cumplir con otras entregas, recordé los antojos de Cleo y su inexistente respeto por los planes trazados, por lo que dejé de alabarla pasando entonces a mentarle el padre, también en silencio,

y entablar un arduo debate con el conductor del camión, quien no lograba entender qué carajo pasaba por mi mente. Jerónimo casi que se mete entre mi mejilla y el celular para espiar la conversación, y amenazó al conductor cuando este preguntó “¿y quién carajo es ese?”, con la frase famosa de *Rambo III* donde le dice al ruso “Soy tu peor pesadilla”. Le pedí que no se metiera, pero él insistió y al final lo agradezco, porque puso a disposición los depósitos del San Marino para guardar temporalmente los artículos de mi antigua vida.

El problemón de la mudanza sirvió para que acortáramos la visita guiada. De cualquier modo, habíamos quedado en continuar el día siguiente para completarla. Nos devolvimos al *loft* de Casiraghi y allí enteramos a las mujeres de lo que sucedía. Eurídice no estaba, pero Tercero no se mostró sorprendido y se quedó a nuestro lado hasta que todo fuese resuelto. Cleo escuchó mi informe y de inmediato telefonó a su mejor amigo del mundo para contarle que mañana mismo debían comenzar la “operación”. Reía como nunca la vi sonreír, estaba en el *plus ultra* de la satisfacción e interrumpía la conversación con el Foucault para darle detalles a Mafer como si se conocieran de toda la vida. Cuando al fin, pasados diez inacabables minutos, cortó la llamada, nos despedimos de los Casiraghi y salimos rumbo a los estacionamientos, donde nos esperaba el diligente Teófilo con el camión de la mudanza.

Me acerqué y traté de ser el sujeto más bonachón y buena vibra del mundo, pero ya la relación con Teófilo estaba acabada, lo sabía por su frialdad, pero más por ese

solapado fastidio con que se responde a los jefes, a quienes por terrible obligación es necesario calarse. Lo he visto cientos de veces en los negocios, ya sea en el punto de la contratación o en la nada fácil temporada de diciembre. De igual manera, como te hacían saber que te odiaban, el subordinado que ha cortado el hilo sentimental también emprende su venganza como ahora lo hacía Teófilo: explotándose en atenciones y sonrisas hacia Jerónimo, y siendo un verdadero zamarro para soportar los chistes más crueles con tal de obtener el éxito de corto plazo. Jerónimo le decía Pedófilo y le zampaba sendos carajazos en la espalda dizque para acompañar la broma, y el Teófilo le respondía con más sonrisas y uno que otro comentario que alababa su perspicaz (más bien, inquietante) sentido del humor.

El conductor interrumpió el idilio entre Jerónimo y Teófilo y pidió acelerar los trámites. Subordinado y jefe mostraron inconformidad pero aceptaron las condiciones. Hasta ese momento Cleo se había mantenido al margen, pero al llegar al depósito empezó a dar órdenes a diestra y siniestra. A todos los hombres allí presentes, incluidos el conductor y los dos ayudantes, no les quedó otra que obedecer. Fue de esa manera que vaciamos el camión en tiempo récord y llevamos hasta el *loft* lo mínimo necesario para dormir.

Esa noche, en la oscuridad de la nueva casa y embobado por el zumbido característico del silencio más absoluto, pude soñar. Me transporté a un recuerdo infantil en el que estaba sentado, un domingo por la mañana, mientras mi mamá planchaba y el televisor encendido anunciaba

el comienzo del sorteo de la lotería. Como sucede con los sueños, pasé a la primera persona de la experiencia y, entre nubes y fragmentos difíciles de describir, entré al televisor y participé del *show*. Fui conducido hasta un cilindro transparente donde luego de unos minutos comenzaron a revolotear cientos, miles de billetes, y yo hacía enormes esfuerzos por lanzar arañazos a todos lados y no dejar escapar ninguno, pero los brazos que en un principio fueron ágiles terminaron convertidos en unas mazas de cemento, imposibles de mover. La gente que estaba como invitada al espectáculo gritaba cosas que no podía escuchar, se llevaban las manos a la cabeza y se burlaban cada vez que dejaba ir un billete. Era una situación desesperante; sin embargo, dentro de mí había una cierta calma que no lograba explicar. Entonces vuelvo a aparecer sentado al lado de mi mamá, quien ya no planchaba sino que estaba recostada en un sillón tomándose un café. Ella voltea a verme con sus ojos de madre, al principio muy abiertos y alegres, pero luego cambia la expresión y me dice llena de ira:

—Ese muchacho si es pendejo; si hubiese sido yo, lo agarro todo.

## La feria de las banalidades I

### Felices fiestas

La primera mañana en el San Marino fue una mañana de domingo. Un sol potente aprovechó la ausencia de persianas para calentarme por completo, y también para fastidiar los múltiples sueños que tuve esa noche. Rodé sobre el colchón y lancé el brazo para pescar a Cleo. Había despertado con una fuerte erección mañanera pero sin ninguna memoria húmeda que valiese la pena recordar, así que me pareció conveniente motivarme un poco en el cuerpazo adormilado de Rosa Cleopatra, antes de que apreciara mis intenciones y me mandara a darme un baño con agua fría. Pero Cleo no estaba en el lado de la cama que la noche anterior había reclamado como suyo para ese y los siguientes días hasta el fin de los tiempos. La llamé, pensando que estaba en el baño, pero no conseguí respuesta, así seguí acostado. Traté de dormir pero el brillo era demasiado. Caminé desnudo por el *loft* buscando a Cleo, diciendo su nombre por aquí y por allá, yendo hasta los



rincones más vedados de las áreas de servicio, sin ningún éxito. En la puerta del ascensor una nota me permitió saber que mi esposa se había ido con su amigazo Pedro Pedrito de *shopping* para amoblar por completo la casa. Por mi mente no pasó nada, excepto las ganas de meterme unas empanadas de carne molida y visitar al urólogo para preguntarle por qué mis erecciones eran siempre derrotadas por los antojos económicos de mi esposa.

Cuando decidí bañarme para olvidar todo el asunto, veo que un papel es deslizado debajo de la puerta del pasillo interior. Caminé sin hacer mucho ruido y al mirar por el ojo mágico vi a Jerónimo escabulléndose hacia los ascensores. Abrí la puerta y lo llamé. Él pareció sorprenderse, pero de inmediato sonrió y me dijo que sospechaba que no tendría nada que desayunar y que nos invitaba a ir a su casa. Le dije que Cleo no se encontraba, y luego de pensarlo unos segundos dijo:

—Sí, sí... Teo me dijo que salió temprano. —Renovó su invitación para desayunar esta vez solo para mí. Luego desapareció del pasillo.

Mientras me bañaba pensé mucho en Cleo, pero también en que el asunto con el *loft* me tenía un poco alejado de los negocios. Era necesario que la próxima semana le metiera más el pecho a mis deberes como patrono y no subestimara el dicho popular “el ojo del amo engorda al ganado”. De todas maneras confiaba en los supervisores, a pesar de que mi esposa los consideraba unos holgazanes. Bien difícil es conseguir “perezosos” que quieran pararse a las cuatro de la mañana, todos los días, para ir

diligentemente a trabajar hasta que el sol se ocultaba, y sin una retribución mayor que la estipulada por las leyes. Cleo, sin embargo, era inflexible en su juicio, y mucho más cuando le daba por meter a Pedro Pedrito en la conversa. Hablaba de que Henry Ford había dejado las cosas bastante claras para la sociedad futura. Contreras-Foucault acuñaba frases de pensadores griegos para apoyar las afirmaciones de su mejor, mejor amiga del mundo, pero cuando yo le contaba a mi hermano Manuel sobre dichas referencias literarias él me decía que el pobre de Sócrates era el ser más puteado de la historia y que si querían salvarle el culo a los ricos tendrían que citar a Pinochet y no a Platón o a Keynes.

Las palabras de Manuel me sonaban siempre tan sabias, me aliviaban. A decir verdad, lo admiraba mucho y nunca se lo dije —es una falta de mi parte—. Muchas veces, le contaba sobre mi desventurada posición en el trío no consentido de mi esposa y su amigote solo para escucharlo mentarle la madre mientras decía:

—Qué coño tienen los que se ponen el guioncito para meter a juro el segundo apellido. Te voy a decir algo, Álvaro, solo lo hacen para lavarse el criollaje con su reputísimo eurocentrismo.

Le entendía poco, para ser honesto, pero me daba una risa que se arrechara, porque así podíamos volver a viajar al bachillerato y a los momentos en que todavía vivíamos como una familia. Cosas de la nostalgia entre hermanos, supongo. Sin embargo, a Manuel había que atajarlo porque pronto se le iba la mano y entonces le daba por meterse

conmigo y decirme que era un “negrero” por tener a los empleados haciendo sándwiches y batidos, solo para que yo y Cleo nos diéramos la gran vida a cuenta de la plusvalía del pueblo. En los instantes en que se le inflamaba la vena de la frente, tenía que subir el tono también y botarlo del local, porque lo próximo en acontecer, como tantas veces había ocurrido, era que le metiera cosas locas a los trabajadores y les ardieran las ganas de hacer el tan añorado (por Manuel) Sindicato Único de la Franquicia Perrito Loco.

Durante el desayuno con Jerónimo y toda su familia fui alentado a explicar el origen del nombre de la exitosa franquicia. Les dije que nada había más tierno que los perros y más todavía cuando se enloquecían. Según el estudio que había pagado, el animal era una referencia obligada en la mente de los venezolanos, asociado a temas como la ternura y el compañerismo. Entonces tuve mi acto de clarividencia al trotar por el parque Los Caobos y ver a una muchacha agarrando a un dóberman que tenía cara de asesino serial. Ella lo trataba como un manso cordero y le caía a besos, mientras la baba del perro le llenaba la cara y la ropa. Estaba enamoradísima de esa atemorizante criatura y en un momento de la escena, le dice así no más: “... eres un perrito loco”. Fue el primer momento clave de mi camino empresarial. Por supuesto, le comentaba a Eurídice que a Cleo no le gustó para nada el nombre y prefería ponerle al negocio algo que hiciera juego con la palabra bistró. Propuso miles de opciones, pero todas estaban alejadas de la intuición nacida en aquel parque. Jerónimo me felicitó la fuerza que tuve para imponer aquel pálpito

y me llenó el plato por tercera vez con plátanos maduros y queso blanco. León Magno, el primogénito de Jerónimo, con una agudeza sorprendente, sospechaba que el nombre no era la única de las claves del éxito y me rogó que revelara el secreto. Jerónimo lo miraba con entrega y orgullo total:

—Decile la verdad. No seáis caleta —bromeó.

Tenían razón. El verdadero éxito, la segunda movida que me llevó al arranque económico fue un descubrimiento sencillo que solía resumir en una frase: *customización* de la comida. Al parecer nadie había dado con la idea de brindarle al consumidor la posibilidad de controlar el proceso de confección de su propia hamburguesa. No era un simple *self-service*, se trataba de mucho más, de un efecto psicológico. Como si se tratara de una especie de acto de magia, hice mi truco frente a la familia Tercero, allí mismo en la mesa. Tomé dos panes y los rellené con algunas cosas convirtiéndolo en un sándwich tradicional. Luego, agarré dos rebanadas de pan y se las entregué a León Magno. Le pregunté si prefería el pan cerrado, imposible de modificar, o los dos panes cuyo vacío era la invitación para ponerle absolutamente todo lo que se le antojara. Los hijos de Jerónimo escogieron al unísono la segunda opción. Jerónimo ahora vertió sus ojos de admiración sobre mí diciéndome:

—Eres un vergatario, es como el sitio ese de la carne en vara.

Ciertamente era el mismo principio del rodizio. Apliqué la operación a las hamburguesas, a las arepas, a los perros calientes y el dinero empezó a fluir. Lo demás está

compuesto por trabajo duro, una gerencia mitad influenciada por Cleo, mitad influenciada por Manuel y cabeza fría a la hora de hacer gastos.

La pasé de lo mejor en casa de los Tercero, los niños eran respetuosos y no gritaban en exceso. Los mayores, León Magno y Masedonio, luego de comer lavaron sus platos y ayudaron a levantar la mesa con todo y que tenían a Yedoska, la mujer del servicio que los ayudaba. Por otra parte, las morochas, Helena Emperatriz y Reina Virginia, se fueron con Eurídice a tejer unos escarpines “pa’ la sobrina Obdulia”. El último de los Tercero era un niño de tres años cuyo nombre, según Jerónimo, era absolutamente culpa de Eurídice: Jessy.

—Cuando lo vayan a joder en la escuela, te quiero ver Eurídice, ¡te quiero ver...! —rugía Jerónimo, francamente obstinado.

Del desayuno pasamos al punto donde se cortó el recorrido por el San Marino. Esta vez Casiraghi no nos acompañó. Jerónimo me llevó hasta el área de fiestas sin soltar la rabia que le guardaba a Eurídice debido al nombre del menor de sus hijos. Estaba clarísimo que el distintivo natal marcaba gran parte del curso de la vida y ponía ejemplos que a mí me sonaban a comiquitas, pero que para él eran asuntos en extremo delicados.

—Decime la verdad, Alvarito. ¿No es medio raro que se llame Yesi? No me digáis mentira, vos sois mi amigo.

Al verlo tan afligido, me apliqué al máximo para no generarle mayores traumas.

—Si lo envías a estudiar a Estados Unidos, no habrá ningún problema.

Jerónimo se detuvo y me puso una mano en el pecho, su cara reflejaba la sorpresa de quien ha visto por primera vez el final de *Sexto sentido*.

—Vos sois un genio. En cuanto empiece a hablar, lo mando con Plinio pa' Miami. No me lo van a joder.

La sola idea de que por mi culpa la familia Tercero pudiese separarse me puso mal del estómago. Pensaba que Eurídice iba a perder la fe que me tenía, ya rebajada al cincuenta por ciento luego de que Cleo le quitara a su mejor amiga. De cualquier modo ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Por lo pronto, disfrutaba de la caminata y de las reflexiones de Jerónimo en cuanto a lo que podría depararnos el futuro en ese lugar. Ambos compartíamos la idea de que el golpe de suerte que nos había llevado a ese sitio deberíamos agradecerlo de algún modo. Por ello, comenzamos a debatir si era una buena idea mandarle algunas flores y unas tarjetas de agradecimiento al francés en la cárcel. Jerónimo incluso llegó a insinuar que propondría hacer una ermita “pa' la Chinita”. No le dije que sí, ni que no... Recorrimos lo que pudimos de las áreas verdes, pero eran tan extensas que en un momento llegó a parecernos que definitivamente, si no hacíamos algo con ese lugar, iba a terminar convertido en poco tiempo en un bosque difícil de explorar. Jerónimo se quedaba pensativo mientras admiraba los largos y verdosos terrenos preguntándose qué sentido tenía para el francés todo aquel espacio. Después

me puso una mano en el hombro y me pidió permiso para hacerme una pregunta, lo cual le concedí:

—¿Cómo dejáis que tu mujer se vaya con otro hombre? Y me disculpáis, pero no entiendo una verga —lanzó. Sonreí, y aunque me pareció bastante confianzudo el Jerónimo como para entrometerse tan temprano en asuntos que no le concernían en lo absoluto, tomé como chiste aquella inquietud.

—Esos son como hermanos —le dije. Aunque también agregué lo que Cleo decía acerca de la sexualidad de su amigote.

Pero Jerónimo no parecía ceder en su meditación y me recomendó que me pusiera las pilas porque si no me iban a terminar “soplado el bistec”. Se sacó aquel consejo del pecho y cambió el ánimo. Sin negar que me traspasaron un poco sus preocupaciones, acepté ir con él a la sauna para disfrutar de los múltiples beneficios del San Marino.

Pensé que iba a necesitar ir al depósito por algo de ropa y uno que otro implemento, pero Jerónimo tenía el asunto resuelto. Aquello parecía un verdadero club, hasta *locker* apartado tenía ya. “González-Carter, *loft* 5A”, rezaba la etiqueta en el armario de metal y la propia llavecita. Jerónimo me pidió que lo abriera. Dentro estaba lo necesario para un buen rato de relajación: toallas, sandalias, prendas deportivas, todo de la misma marca comercial.

—Les hice un regalo a las parejas del San Marino —dijo feliz Jerónimo.

Me contaba con orgullo que sus importaciones de ropa iban muy bien y le pareció un gesto tremendo hacer

los regalos. Después se puso misterioso y trató de susurrar, desde luego sin éxito, que el funcionario del ministerio le filtró la data entera de los residentes del San Marino. A partir de allí y gracias a la necesidad de muchos por hacer pública su vida en Internet, reconstruyó corporalmente a sus vecinos en fichas personales bien detalladas que guardaba en su despacho. Le dije que aquello me parecía un poco *creepy*, pero más extraño me pareció que dijera que Rosa Cleopatra lo había dejado con los cálculos mal hechos y se puso a contornear las manos, mientras me daba un codazo diciendo:

—¡Vos sabéis de qué te estoy hablando, muérgano!

Se quedó inmóvil y le pregunté si podía desnudarme con algo de privacidad. Él me mete un golpe en la espalda, me dice que soy muy chistoso y me señala el *locker* de al lado, que claramente dice “Tercero-Marcial, *loft* 3AB”. Así que sin borrar la sonrisa empieza a quitarse la ropa y en menos de lo que tardé en quitarme las medias, ya él estaba en pelotas por completo. Estuvo un rato así desnudo revolviendo el *locker* a ver si usaba la toalla blanca o la beige. Al encontrar su color ideal, esperó que terminara de desvestirme para entrar juntos al sauna. Era muy familiar, el Jerónimo, y le gustaba al extremo el amorochamiento. No es que me disgustara pero, por favor, ¡los seres humanos necesitamos un mínimo de espacio! Esto deberían saberlo los Tercero. Pero no... El hombre seguía parado allí, con su inmensa humanidad llena de compañerismo, libre de las limitaciones y complejos que aquejan a otros de su



especie, atento a cualquier músculo que se moviera. Quizá Cleo tenía en algo razón con respecto al nuevo vecino.

En la sauna la cosa mejoró gracias al vapor. Ni siquiera noté cuando el Jerónimo dijo que no concebía estar allí con una toalla puesta. Al calor de la situación, le dije que se me había ocurrido una frase para su epitafio, pero él estaba como adormilado o atontado por los vapores y no me dijo nada. Dejé que las cosas fluyeran y me dejé llevar por la paz del momento. Unos minutos de calma bastaron para asentarme el espíritu, pero la experiencia no duró más allá porque algunas voces se acercaron. Toqué el hombro de Jerónimo. Él paró la oreja y me pidió relajarme porque se trataba de otros vecinos. Efectivamente, tras el vapor aparecieron dos hombres que se sorprendieron al vernos. Jerónimo apenas se inmutó y, con los ojos aún cerrados, cumplió con el protocolo señalándome con su dedo:

—Álvaro González —dijo. Luego, mostrándome al primer sujeto, un pelón alto y blanco, apuntó—: Ricardo Montes de Oca. —Hizo una pausa, y como si estuviese haciendo memoria, repitió el proceso—: Álvaro, este es Santiago Martínez del Trigo. —Dirigiéndose al segundo individuo.

Los tipos se limpiaron casi al mismo tiempo el sudor de la frente, pero no extendieron la mano, solo se limitaron a levantar la frente y las cejas mientras sus bocas se obligaban a pronunciar un “¡Hey!”. Buscaron acomodo en una banca lateral y empezaron una charla sobre importaciones y exportaciones. Más tarde llegó Paolo Casiraghi. Saludó a Montes de Oca y a Del Trigo, y luego nos dio

la mano. Jerónimo lo recibió con frialdad, cosa “antinatural” en un sauna, pero inmediatamente Casiraghi me aclaró que la “pataleta” del Jerónimo era porque ambos habían consentido hacer una encuesta *after-party* para decidir quién era el mejor de los organizadores. Yo escuchaba a Casiraghi y pensaba en toda la gente que de verdad tiene que dislocarse las vértebras para ganarse un quince y último, y que era vergonzoso inventar semejante idiotez. No obstante, el propio morbo y quién sabe si también uno que otro gramo de frivolidad ganada a partir de la mudanza, hicieron que mi cuerpo necesitara más detalles.

—Vas a ser nuestro árbitro —informó Casiraghi. Jerónimo se activó y pidió que fuese imparcial.

Estaba flotando en nubes surreales al enterarme de lo que pensaba hacer cada uno para ganarse los favores de los vecinos. Por supuesto, ambos se iban a reservar la mejor de sus cartas para cuando fuese el turno de jugarlas. Por lo pronto, se gastaban bromas pesadas sin que les atormentara su desnudez y la vigilancia impúdica de Montes de Oca y Del Trigo, quienes por cierto ya habían dejado sus disertaciones económico-morales en el punto de que era mejor importar que soportar las leyes laborales venezolanas.

Salimos de allí y acepté ir con Jerónimo a comer fuera del San Marino. Por más que le insistí, no me dejó subir hasta el *loft* para cambiarme la ropa. Nos fuimos en su camioneta, que apenas cabía por el portón de la entrada. En el camino a la ciudad pude detallar cosas que pasaron desapercibidas días antes. Una de ellas, la cantidad de afiches que colgaban de los postes de luz, en los cuales

intermitentemente se anunciaban distintos espectáculos. Hace algunos años viajé a Buenos Aires y en la avenida Corrientes pude distinguir un patrón que fue revelador del ser cosmopolita del porteño. Si caminabas por una cuadra, cualquiera, el recorrido iba a consistir en pasar delante de una heladería, un restaurante de carnes, una librería y un café. Dos pasos más allá, ibas a repetir el proceso heladería-restaurante-librería-café hasta que el recorrido concluyese en el estadio Luna Park. La analogía aplicaba en este caso, pero a diferencia de esa experiencia sureña ahora el patrón en los pendones que colgaban de cada poste era: charla de nueva era, conferencia de algún gurú de la gerencia, *show* de comedia en vivo, cursos de inglés, inversiones en Miami y continuaba así toda la avenida, intercalándose con algunas ligeras perturbaciones en: autoayuda-gerencia-comedia-inglés-Miami. Unas semanas después Manuel me haría una observación similar sobre la publicidad callejera de mi nuevo hogar, solo para decirme que lo significativo de la oferta es que no parecía entretenimiento o búsqueda de la sabiduría, sino un grito desesperado de ayuda, una escapatoria para el mundo real.

Comimos en un restaurante de Las Mercedes donde abundaban las camionetas estilo Jerónimo. Después de los filetes y las papas fritas, pedimos unos cafés y nos quedamos sumergidos en nuestras propias preocupaciones. Pensaba en Cleo y en cómo le estaría yendo en su día de compras. No quise considerar las palabras de Tercero sobre las intenciones del tal Pedro Pedrito, pero no puedo negar que se me revolvía la cabeza de culpa por no

acompañarla, o mucho peor, porque ella considerara que no sería buena compañía. El que estuviese con su mejor amigo, para llenarle de dopamina el cerebro con algún comentario sobre la tela de un sofá o el diseño vanguardista de una lámpara, me activó el instinto de defensa. Creo que sentía, por un lado, que debía hacer más por compartir las cosas que a Cleo le fascinaban, pero por otro lado, el hastío de atragantarme de minutos dedicados a escoger cortinas o centros de mesa abstractos tampoco me generaba mucho placer. Era esa la verdadera inquietud, cómo poder conciliar ambas aspiraciones sin que una parte sufriera el peso de la otra. Finiquité la cuestión considerando que lo mejor era lo sucedido, cada quien haciendo lo que le viniera en gana, sin poner restricciones ni arrastrando a nadie hacia lugares no deseados.

Desde el extremo de la mesa, a Jerónimo lo atormentaban otros asuntos. Tardó poco en contarme que necesitaba ganarse la buena fe de todos en el San Marino. Al parecer el Gobierno requería ocupar los terrenos aledaños para levantar un complejo habitacional con “vocación social”. Me podía imaginar los rostros de Casiraghi, Cleo, Del Trigo o Montes de Oca escuchando eso de la vocación social, o de la justicia social. De pronto serían vecinos de quién sabe qué clase de gente... tuve un ataque de risa. Tercero no pareció encontrar el lado chistoso y mientras, por un lado, me decía que no estaba convencido de que se mudara cualquiera a esa zona, por el otro reconoció que le encantaría comprarle unos apartamenticos a su compadre Arquímedes, para que no tuvieran que verse solo por

videoconferencia. Le pregunté cuál era el problema y fue entonces cuando me dijo que los terrenos eran propiedad del San Marino y no podían ser vendidos o cedidos sin el acuerdo unánime de todos los propietarios. Comprendí el afán de Tercero por explayarse en atenciones, lo cual me parecía –y no pensaba decírselo nunca– un esfuerzo vano, pues en cuanto los habitantes con pretensiones monárquicas del San Marino se enteraran de que los edificios gubernamentales llevaban el adjetivo “social” iban a oponerse de plano y ni Mandrake el mago iba a sacarlos de allí. Él sabía que su tarea no era sencilla, y aunque le dije que no tenía que echarse sobre el lomo tal responsabilidad, me confesó que se sentía comprometido con el funcionario del Ministerio de Vivienda.

—El tipo –susurraba Jerónimo casi al borde del llanto –dijo que yo era el hombre nuevo.

No supe qué decirle después de eso. Así que pedí dos sambucas para pasar el trago amargo de esa misión imposible y trasladarlo a otro estado mental. Mientras Jerónimo se dejaba abstraer por las flamas que encendió el mesonero sobre las pequeñas copas de licor, le pedí detalles del dueño del *penthouse*. Jerónimo movió la cabeza en señal de negación.

—Es rara esa verga. Vos sabéis que soy más metío que una gaveta y mirá que he tratado de averiguar. Le pregunté a Leo: “Escuchame, en los papeles del ministerio aparece como vendido, pero no está el nombre del dueño”. ¿Y sabéis que me respondió? “Mejor ni pregunteis. Eso es confidencial”.

Supongo que no hay una buena historia sin su acertijo. En el caso del San Marino, el misterio rondaba al extraño personaje que ocuparía el *penthouse*. Y era una interrogante que no solo me pertenecía. Según Jerónimo, lo tenían verde de tanta preguntadera, algunos porque deseaban comprar el lugar, otros porque querían asegurarse, creo yo, de que la pureza de sangre estuviese presente en cada rincón de tan impoluta residencia. El asunto no era una cosa menor, una simple inquietud; la duda, las ganas de saciar la curiosidad, tal conocimiento iba a convertirse en una verdadera meta para muchos de nuestros vecinos. Cada quien sabe su razón, la mía era simple curiosidad, asuntos de la cercanía, de querer saber quién vivía sobre mi techo. Créanme, no me motivaba otra cosa.

Al regresar al *loft*, Jerónimo insistió en acompañarme hasta la puerta. Al entrar, el lugar era otro. De haber vivido en una etapa donde el matrimonio estuviese fresco, es posible que Cleo me recibiera con un grito de “¡Sorpresa!” y acto seguido me mostraría todos los detalles de la remodelación. Pero no, Cleo estaba muy ocupada dándole órdenes a los instaladores para que no dejaran nada a medias o mal hecho. En cambio, fue el hijo de puta del Pedro Pedrito quien salió a recibirme con su cara repleta de felicidad y los dos brazos ocupados con una botella de vino y dos copas.

—Bienvenido al palacio de Cleopatra —me dijo el muy maricón.

Sin poder si quiera procesar lo que vivía volteé a ver a Jerónimo, pero él estaba muy ocupado matando a trancazos

mentales al amigo de Cleo. La mirada la sintió el Pedro Pedrito, pero se hizo el loco y apartándose del umbral le cerró la puerta en la cara.

—Ay, disculpen... debió ser una corriente de aire —dijo mientras revoloteaba hacia donde estaba Cleo batiendo en el aire las copas, el vino y las alitas que le iba a arrancar a puñetazo limpio.

Abrí de nuevo la puerta y allí todavía estaba Jerónimo, como petrificado con su ira y su mirada de odio. Le agradecí por el almuerzo y le pedí que me dejara resolver el asunto. Él se pasó por la cara las dos manos como lo solían hacer los tres chiflados y, después de recomponerse un poco, me puso una palma en el hombro y me aconsejó antes de marcharse:

—Ponete las pilas, ponete las pilas con ese...

Comencé a recorrer el lugar y no entendí cómo logró en un día aquel cambio. No sabía si achacárselo a las horas que pasó viendo series de televisión donde remodelan en cuenta regresiva, o a que la conjunción con su media naranja le otorgaba unos superpoderes que no había revelado. En cualquier caso, el *loft* había cobrado una magnificencia asombrosa. Adonde se mirara, el brillo y el lujo abundaba, y la ostentación era una cosa que no me arropó; de algún modo, me adapté a ella. Sin embargo, me recordó cuando fui por primera vez al Museo de Arte Contemporáneo a mirar una colección de Picasso, y fui enmudecido por un cierto sometimiento a la influencia del lugar, a la gente elegante que hacía comentarios incisivos sobre el cubismo y la decadencia bélica, y a la pose de Cleo al acercarse al

*Guernica* con la naricita levantada. Y fue exactamente lo mismo, porque en cuanto medio traté de tocar una lámpara de aluminio y cristal, una voz chillona y castrante hizo eco en toda la sala y en todas mis fibras con un:

—¡Por favor, cuidado lo rompes!

No quise siquiera levantar la vista para corroborar la sonrisa de satisfacción que iba a construirse en la boca del Pedro Pedrito, ni las miradas incómodas de los instaladores mientras sus pensamientos secretos gritaban: “¡Palomino, palomino!”. Entonces preferí apartar la mano, al mismo tiempo que también me apartaba de la sala y del cuarto y de todo el puto *loft* y de cualquier cosa que me atara sentimentalmente a él. Era definitivo, ese lugar no me pertenecía.

## Halloween

El mes que separó la remodelación del *loft* de la primera fiesta de la residencia estuvo lleno de cotidianidades que no valdrían la pena mencionar. Si acaso vale resaltar el hecho de que llegué a un acuerdo con Cleo para que me dejase instalar el Play Station en la sala cada vez que jugaba, con la condición de desinstalarlo al terminar. Su argumento era que el mobiliario Morten Georgsen iba a contrapelo con la imagen adolescente que mis pertenencias le daban a la sala, o alguna güevonada por el estilo. Cleo siempre creía que ganaba los debates sobre la vida en casa a punta de mencionar a diseñadores extranjeros, pero lo cierto es que mi silencio almacenaba otra cosa. Una derrota táctica,



una rendición muy bien pensada. En cuanto la mujer se iba para su trabajo, me paseaba desnudo por el *loft* y me ponía a ver televisión o a tocar guitarra con el culo bien pelado puesto en sus malditos cojines Oki Sato, y me revolcaba como un puto gato en sus alfombras iraníes hasta quedar extenuado o hasta que comenzaba a sentirme verdaderamente ridículo. Era mi venganza personal y la disfrutaba al extremo. Aprovechaba la flexibilidad de mi horario para lanzarme sendas cruzadas en contra de todo lo que oliera a nuevo y caro. ¡Ay de la Cleo si la escuchaba hablando por el celular alabando sus butacas Harvard! En cuanto se iba me lanzaba sobre esos muebles sin haberme bañado y comía cualquier vaina encima de ellos. Era una especie de Hannibal Lecter del mobiliario casero. Claro que después de la lujuria que sentía cuando desparramaba algún bollito con mantequilla sobre la piel olorosa y costosísima de las butacas, me aseguraba de limpiarlas muy bien para no levantar sospechas en la meticulosa Cleo, Cleo querida...

Otro asunto de ese mes es que volví al trabajo más activo que nunca. Tal y como lo supe siempre, los negocios estaban tan bien aceitados que mi ausencia o más bien descuido no los tocaron en lo absoluto. Eder, Efrén y Edgar Castillo, mis tres lugartenientes en cada uno de los locales de comida y que además eran hermanos nacidos y criados en el 23 de Enero, llevaban los restaurantes de un modo tan impecable que haría palidecer a cualquier mega corporación neoyorquina. La clave, a mi juicio, estaba en la manera en que los involucré emocionalmente; no se trató

de una estrategia netamente empresarial sino de una verdadera muestra de una nueva clase de espíritu gerencial. Cleo nunca estuvo de acuerdo en que al abrir los locales colocase en el acta constitutiva esto:

Art. 5: Los empleados y empleadas de la franquicia Perrito Loco C.A. tendrán la oportunidad de formar parte accionaria de la empresa pasados cinco años de servicio, si así lo desearan y de la manera en que lo estipula el reglamento...

Cleo me preguntaba que si estaba demente o si quería llevar la empresa a la bancarrota. Con paciencia le explicaba que había tenido una visión luego de ver la película del matemático esquizofrénico en la cual pregona, palabras más palabras menos, que era mejor la cooperación que la competencia. Ella casi me escupió un ojo en esa oportunidad (y cada vez que se acuerda del tema), pero le expliqué que había estudiado el asunto y que tal y como lo veía, las leyes de la economía estaban hechas para gobernar almas codiciosas, pero no para sacarle el máximo provecho a las virtudes humanas. Entonces, cuando todavía procesaba esa sentencia, aprovechaba para hablarle de *El principito* de Saint-Exupéry (su lectura favorita, aunque no creo que la haya entendido del todo) y a tocarle el tema de que a Will Smith le hubiese ido mejor en la película si se hubiese tropezado con un jefe como yo. Ella acusaba el golpe sentimental y me decía que sí por algunos segundos, mientras se acordaba de las desventuras de sus personajes favoritos. En

todo caso, me dejaba tranquilo un tiempo hasta que había que repartir los beneficios anuales y se le metía de nuevo el espíritu de Rockefeller y le daba por tratarme como un pendejo que llevaría a la quiebra el negocio familiar.

Sin embargo, los resultados estaban a la vista. Eder, Efrén y Edgar navegaban el barco con el ímpetu y entrega de algo que también les pertenece y además los hombres eran *full* agradecidos; tanto que al organizar los partidos de fútbol entre franquicias, me ponían de titular y no me sacaban nunca a pesar de que botaba los goles frente al hábil arquero del restaurante chino. Para los tres hermanos, el que estuviese en esa especie de vacaciones voluntarias debido a la mudanza era algo que se tomaban con mucho humor. Preguntaban por el francés, por Jerónimo y por Cleo y codiciaban los detalles como si se tratara de la llave a mi mente. Eder, el mayor de ellos, incluso llegó a proponerme que me tomara un año sabático para que pudiese adaptarme a las formas de mis nuevos vecinos. Se extendía en sus ideas de que el futuro era la gerencia a distancia y de que en unos pocos años no iba a necesitar si quiera poner un pie en el local. Le decía que eso ya era posible, pero él solo se reía y desmeritaba que le mostrara los miles de sistemas que estaban disponibles a través de Internet.

En una reunión de coordinación, los hermanos Castillo me informaron que deseaban pasar a otro nivel de la relación laboral. Los escuché con atención. Propusieron extender hacia el oeste de la ciudad la franquicia y no perseverar en el empeño de Cleopatra de hacernos famosos en las zonas ricas de la ciudad. Luego, para apoyar su posición,

me mostraron algunos diagramas de flujo escritos en unas cuantas servilletas, y en los cuales, con algunas intuiciones de microeconomía cultivada en la Sierra Maestra, demostraron o al menos ellos lo creyeron así que el sushi iba a convertirse en la comida preferida de los sifrinós del este. Edgar, el más joven y más astuto, dio el puntillazo con la observación oportuna de que toda la culpa era del modelaje de la televisión. Por lo que le entendí, en medio de su respiración entrecortada y sobreexcitada por su descubrimiento, en los ochenta la televisión mostraba a ejecutivos comiendo *hot dogs* en Manhattan y aquello había impulsado la moda urbana en las calles de Caracas, pero ahora las cosas se internacionalizaban y el éxito estaba asociado a los platos anémicos y descorazonados preparados con roles de salmón.

—No podemos ganar esa guerra —finalizó.

Efrén no había intervenido hasta ahora, pero al hacerlo fue enfático:

—Noooo, jefe... si no inventamos una, Perrito Loco se va pal barrio de los acostaos rápido.

Al hacer memoria sobre esa reunión, creo que los tres hermanos hablaron un poco como Efrén, con la misma cadencia y la misma severidad. Les dije en aquella ocasión que tendría que tocar el tema con mi socia Rosa Cleopatra, y ahí fue cuando exclamaron al unísono: “Naaaa, jefe, vamos fritos...”.

Poco entiendo, o quisiera decir que poco comparto la actitud de desánimo sobre mi posición en la empresa. Creo que pensaban que la verdadera jefa era Rosa Cleopatra,

que yo era una especie de capataz sin oportunidad de trascendencia. Es posible que la culpa haya sido mía por involucrar muchas veces a Cleo en las reuniones gerenciales y permitirle que me desautorizara en cada decisión tomada. ¿Cómo no iban a decir que estábamos fritos? Esas coordenadas que marcaban los hermanos Castillo se estrellaban con la pretenciosa Cleo, así como lo hacen las frágiles libélulas que aún no han aprendido de sus ancestros la palabra parabrasis. Para mi esposa, lo importante, lo trascendente de la franquicia era que sus amigos de la empresa petrolera comieran en ella, la conocieran, la comentaran, la recomendaran, se hicieran fotos mientras embadurnaban sus jetotas transnacionales con la salsa blanca. Por eso es que la idea de los emprendedores Castillo de irnos entre la avenida Lecuna y el Boulevard de Catia no solo no encontraría eco en ella, sino que la iba a odiar. La defensa preferida para apalancar su punto de vista era que sus amigos se perdían “de Plaza Venezuela para allá”, y movía la manito con un desdén que me recordaba a la madrastra icónica que viene haciendo maldades desde los tiempos que relatan los hermanos Grimm.

Incluso llegó a decirme, como si de verdad fuese bruja o tuviera poderes mentales para discernir el fondo del plan de los hermanos Castillo, que había pensado en “orientalizar” a Perrito Loco C.A. y servir sushi. La mujer siempre iba cien pasos delante de mí. Tenía esa facultad de sacarme las verdades con la miradita que dicen le echaba Yoko Ono a John Lennon cuando sospechaba que el pobre guitarrista no salía de su casa bañado y perfumado solo para

dar autógrafos. A veces prefería no tener nada en mente para evitar que lo sacara de mi cabeza sin permiso y me lo pusiera por delante como un trofeo de caza, mientras el gesto brazos-cruzados-piecito-batiente precedía a la frase “Dime qué me estás ocultando...”.

Gracias a cualquier cosa que esté allá arriba, la invasión japonesa nunca llegó a Perrito Loco C.A. porque se le atravesaron numerosas asignaciones laborales y el propio *loft*. Que por cierto parecía estar vivo y reclamarle a Cleo, como si fuese alguna especie de dios azteca, continuos sacrificios quincenales que consistían en nuevas piezas de diseño interior o algún cambio en el orden del mobiliario. Su fascinación por el lugar llegó al extremo de matar a nuestro perro imaginario Lucas y renegar de cualquier bestia que pudiese estropear con su cuerpo lleno de amor y necesidades biológicas su sofá Madison. El día en que salimos a buscar los disfraces para la fiesta de Halloween fue la última vez que escuché mencionar el nombre del perro, pero lo hizo de forma breve, mirando hacia la calle, imagino que tocada por la imagen sentimental de un caniche con su dueña. Pero la batalla estaba decidida a favor de los muebles y a partir de ese momento jamás se volvió a hablar de la posibilidad de ser despertados entre lamidos y ladridos felices.

Pasé la mañana tratando de comentarle a Cleo que por iniciativa de Jerónimo había invitado a Manuel y a su pareja para la fiesta de Halloween. Encontré mi oportunidad cuando Cleo tenía adormecidas sus ametralladoras en la observación extasiada de un trasto inútil (ella les dice

abstractos) que deseaba colocar en la esquina superior de la ventana, al lado de las escaleras. Consentí comprar el bendito florero, que –según decía la mentirosa, compulsiva y manipuladora vendedora– era una vasija ceremonial navajo, a pesar de que la etiqueta decía *Made in China* y de que seguro fue fabricada a petición de una compañía de baratijas suecas cuyos inversionistas eran de los Emiratos Árabes. Acepté pagar verdaderamente caro el “artículo ceremonial” solo para que el ánimo de Cleo se mantuviese en alto, y bueno, porque a decir verdad ninguna de las dos compinches, ni Cleo ni la vendedora, me pararon media bola cuando les señalé el “pequeño” detalle de la etiqueta.

Cleo se puso el perol debajo del brazo y con la felicidad de haberse conectado con sus antiguos ancestros navajos a través de la axila, escuchó atenta mientras le contaba que Manuel iría a la fiesta. Al principio no me dijo nada, pero luego me paró en seco en el centro comercial y me advirtió que no iba a tolerar ninguna indiscreción de mi hermanito, y con indiscreción quería decir aquella oportunidad en la que Manuel le entró a coñazos a uno de sus jefes porque el tipo había sido gerente de operaciones cuando ocurrió el desastre del *Exxon Valdez*. Le prometí que eso no iba a ocurrir y que yo mismo me encargaría de vetarlo de cualquier fiesta para siempre si se atrevía a hacernos un *show*. Puede que por la influencia del artículo ceremonial o porque estuve a punto de hincarme en dos chapas de refresco en pleno pasillo, pero al fin torció los ojos y aceptó. Por supuesto que aquel sobreseimiento de la causa que llevaba Manuel por la venganza perpetrada contra los

depredadores medioambientales no iba a venir así de fácil. Estaba acompañada de mi obediente resignación a usar el disfraz que ella eligiera para mí. Bueno, qué puedo decir... un sacrificio es un sacrificio. Lo tenía, como era usual, ya hecho en su cabeza.

Al llegar a la tienda preguntó directamente y nos pasaron hacia los probadores, donde luego de unos minutos trajeron los disfraces. Ya la época de revivir a Cleopatra había pasado, supuse que lo consideraba un exceso de literalidad. Con sus nuevas amistades había que probar algo distinto, pero nunca esperé que escogiese vestirse como Marilyn Monroe. La razón principal es que Marilyn es un icono en sí mismo y no necesita pareja. Hasta ese momento siempre combinamos el vestuario y elegíamos algo que pudiéramos lucir en equipo. Esta vez no, ella iba por su cuenta y me dejaba a merced de un maldito traje de Elvis Presley, que de nada más verlo daban ganas de morir por atragantamiento de pastillas y licor. Está bien, ambos eran contemporáneos, representan una época, todo el mundo los conoce; sin embargo, no comparten un lazo sentimental. ¿Por qué Cleo buscaba hacerse con el escenario entero sin compartir la estética? Le reclamé, pero estaba tan absorta en los detalles, en la peluca, el maquillaje, que me dijo que me disfrazara del esposo de Marilyn. ¡Sí, cómo no! Seguro en la tienda tenían un traje estilo Joe Di Maggio o del otro, al que le dieron el Pulitzer. ¡Wow!, qué alocado, qué impresión tan fantástica debía ser estar en la fiesta y contestar las permanentes preguntas sobre mi elección del disfraz, con la aburrida frase de “Soy el escritor,



se acuerdan, ¿no? Ya les muestro la foto en el telefonito”. Y esperar que todos me observen con compasión mientras en sus mentes se eleva un único pensamiento: “Debió haber venido disfrazado de eunuco”. Estaba molesto y medio con Cleo, así que le puse las cartas sobre la mesa diciendo que si ella iba a escoger un traje solitario, pues yo haría lo propio. Ella se acomodaba la peluca y me preguntó, con esa vocecita odiosa de superioridad y que además suena a “sorpréndeme, pequeño saltamontes”, qué tenía en mente. Entonces me empiné en mi nube de hombría recién rescatada y le informé que iba a ir disfrazado del último guasón que apareció en la película de Batman, y ella explotó en una carcajada que contagió a la jalamecate de la vendedora y me sentenció con una línea de realidad imitando al arte:

—No seas payaso, Álvaro.

Ese año fui Elvis Presley y, para más señas, no el Elvis joven que aún desconocía el poder de las anfetaminas mezcladas con Bourbon, sino el gordo y deprimente Elvis de Las Vegas. Cuando salimos del *loft* en dirección a la sala de fiestas, trataba de juntar toda la ira acumulada para odiar a Cleo, pero era una Marilyn tan bella que no tuve sino ganas de tirármela en el ascensor. Por supuesto que ni siquiera me le acerqué para darle un besito porque ¡ay de mí si le arruinaba el lápiz labial! De lo que sí no me pude contener fue de darle una tremenda nalgada, a lo macho vernáculo, pero lo único que provoqué en ella fue que pusiera los mismos ojos con que de seguro los colonizadores gringos miraron a los indios *cherokee* cuando estos se negaron a vivir en reservas.

De cualquier modo, su reacción (¿memoria genética? Es posible) no iba a quitarme el hecho de ser el único que tuviese la suerte de intentar tal manoseo con el mega cuerpo de la nueva vecina. Y me sentí muchísimo mejor al entrar al salón y corroborar cómo la jauría masculina por lascivia, y la femenina por curiosidad, quedaban boquiabiertas admirando a Cleo. Estuve a punto de decir “Sí, viene conmigo, háganse a un lado”, pero eso me iba a volver un Elvis mucho más triste, por lo que la dejé hacer su entrada por la alfombra roja sin dar oportunidad a que pensarán que, si yo era el esposo, sería porque tenía alguna relación crematística con las islas Caimán o porque me precedían veinticinco centímetros de la más absoluta virilidad.

El Jerónimo salió a recibirnos. Su disfraz de muerto viviente había quedado bien, aunque no le iba a decir que realmente parecía un leproso de la época de Ben-Hur. Estaba de lo más contento y veía a Cleopatra con ganas de decirle (y al final lo dijo):

—¡Una vuelteca, una vuelteca!

Menos mal que Eurídice llegó a tiempo para evitar que Marilyn enfureciera y matara por segunda vez al personaje de nuestro anfitrión. La matriarca del clan Tercero representaba una dura competencia para la voluptuosa Cleopatra y ella lo sabía, el duelo de miradas debió haber sido recogido en un video y guardado en una cápsula del tiempo, para que los humanos del futuro pudieran entender el verdadero sentido de la frase: Maldita perra. Sin embargo, hicieron una breve pausa en su duelo y se besaron/sin besarse en la mejilla y luego cada una cogió por su

lado. Marilyn en dirección a la mesa de Mafer Casiraghi, y la Pocahontas Eurídice a darle órdenes al *maitre* para que sirvieran todas las botellas y que no se fueran a encaletar alguna, como bien lo reza la costumbre de los mesoneros contratados en bodas, bautizos, quinceaños y demás reuniones misceláneas.

Jerónimo estaba contentísimo con la respuesta de los vecinos, así que aprovechó que nos encontrábamos a casa llena para presentármelos uno a uno. Fue una ventaja el que estuvieran disfrazados porque de algún modo eso les ahorró tiempo, además del trauma de tener que encarar los protocolos con una máscara imaginaria. Santiago Martínez del Trigo, por solo citar un caso, se mostró bien afable desde su traje de Fantasma de la Ópera. Nos presentó a su esposa, Alexandra (apellido ininteligible) del Trigo, y a su hijo Ethan, de unos cinco años, y que representó un verdadero problema para Jerónimo cuando quiso pronunciarlo porque él lo repetía como su cerebro lo escuchaba: Itan, y no como su mamá Alexandra quería que fuese dicho, que era algo así como Izhám. De nada sirvió que Jerónimo intentara poner la lengua en el labio y rebuscar en sus rincones más delicados e interculturales, simplemente no se le daba. Así que Martínez del Trigo cambió la conversación pidiéndole saber de qué se trataba la jugosa sorpresa que sería revelada al finalizar la noche. Jerónimo le picó un ojo y le pidió que no desesperara. Lo que sí dejó asentado en la mesa —sin ninguna timidez ni decoro— es que se había gastado un billete a pesar de que su mujer estuvo en desacuerdo: “Eurídice es como un

cochinito de porcelana, hay que tirarla pal piso pa' que suelte los cobres". Risas y más risas, de Jerónimo por supuesto. Abandonamos esa mesa escoltados por la mirada de la Alexandra (apellido etrusco o balcánico) del Trigo y avanzamos en la agenda.

Cleo, al darse cuenta de que se quedaba detrás del protocolo, nos cayó justo cuando arribábamos a la mesa de la familia Coelho Freire o como Jerónimo los presentó: los portu. Manos estrechándose, miradas, recelo y Cleo se mete entre Jerónimo y yo para no quedar fuera del acontecimiento. No hubo necesidad de que Tercero la presentara porque ella misma levantó la mano y luego de hacerse respetar como una Cleopatra Carter, linaje 100% autenticado, le pela el diente al Joao Coelho, hombre bonitico y muy acicaladito, y al parecer tremendo genio de las finanzas, y le dice:

—Pero... pueden llamarme C.C.

*Okay*, paren la cinta, quiero rebobinar y volver a ver a mi esposa. Sí, eso es correcto, utilizó su apodo para hacerse la interesante. Cuando tal cosa acontecía había que prender las alarmas porque algo tramaba, era muy similar a contemplar la transformación de Gokú en Supersaiyajin, es decir, todo un suceso. La manera en que deseaba que fuese dicho su nombre artístico era usando la fonología gringa *Ci-Ci* y no con la regular y castellanizada manera Ce-Ce, más rudimentaria y sin *punch*. Pues bien, sucede y acontece que el portu hasta se levantó de su asiento con su traje de pirata y le besó la mano, queriendo dárseles de galán de otoño. Pero peor fue la mujer del capitán pirata

—potencial pareja de *swingers*— que le echó un mega abrazo a *CiCi*, casi en el límite de la violación o más bien del toqueteo sensual de las mujeres liberales. Tercero se dio cuenta de que el asunto traspasaba las barreras de la cortesía primaria, pero en lugar de dar por terminado el episodio comenzó a preguntarme por Eurídice, porque tenía “deseos (muy apropiado el término) de que ella se integrara más con Cori” (denominación coqueta con que era conocida la esposa de Joao). Cleo no quiso seguir el recorrido y se aplastó en la mesa de los portu como si hubiese jugado metras con ellos.

En la tercera mesa solo estaban dos niños no mayores de siete años que hablaban con acento mexicano. Supuse de inmediato que se trataba de la familia de algún diplomático que cumplía misión en el país, así que al menos me pareció que el recorrido introductorio iba a traer alguna variedad extranjera real, pero cuando los padres llegaron del bife con sendos platos y extendieron la mano en señal de saludo, no tenían acento extranjero. Vestían con disfraces de príncipe y princesa árabes; sin embargo, eran los menos estirados de todos. Alberto Morales y Alicia Fonseca-Mazzarri le pidieron a sus hijos que se presentaran y de nuevo estos, con su marcado acento a lo Emiliano Zapata, resoplaron un Matías y un Mateo. Alberto, muy espontáneo, sintió que debía explicarme la prosa de sus hijos y le echó la culpa a las horas que pasaban diariamente viendo comiquitas. Expuso con preocupación que en su casa vivían una especie de mundo dual en el que no había tortas ni sándwiches, sino pastel y emparedados y donde

los cambures transmutaban en bananas y los papagayos se convertían en cometas. Jerónimo en un momento no captó la esencia del asunto y hasta lo desmeritó, pero luego los niños saltaron de la mesa para ponerse a correr por el salón de fiestas bajo los gritos españolizados de “Te voy a coger”, y solo entonces logró mal encajar algunas piezas diciéndome al oído:

—Vergación de vulgares.

No vi la importancia de explicarle lo que ocurría ni tampoco habría tenido tiempo, porque en ese momento Teófilo, el vigilante, hacía su entrada al salón de fiestas y le decía a Jerónimo, ignorándome por completo, que en la recepción estaban “unos individuos de mal aspecto que aseguraban estar invitados a la fiesta”. Sospeché que se trataba de Manuel y su pareja, pero como el pantalón apretaito estilo Elvis no contemplaba el avance de la tecnología, no tenía celular para asegurarlo. Jerónimo le preguntó a Teófilo si había preguntado el nombre. Teófilo apenado informó que no lo recordaba, entonces Jerónimo le dijo francamente molesto:

—¿Y pa’ que te regalé el librito *Mensaje a García*? No era pa’ que lo usaras de abanico... —Después le hizo prometer que leería el libro y pases hechas, nos dirigimos hasta la entrada del San Marino.

Abrimos la puerta principal y seguimos desde las cámaras de vigilancia del cuartel general de Teófilo la irrupción del temible Manuel González Nieto y su anónima acompañante a los predios de la clase privilegiada de Caracas. Cuando salimos a recibirlos, Jerónimo levantó a

Manuel con un abrazo y le besó la mano a la pareja copiando el estilo de Joao Coelho. Manuel hizo las cortesías y ahí fue cuando supe que la mujer que me iba a joder la vida se llamaba Elena.

Jerónimo les preguntó por qué no estaban disfrazados, pero Manuel, tan hábil que es, contestó:

—¿Quién dijo que no? Ella es Rosa Luxemburgo—Elena hizo un gesto muy a lo cortesana francesa— y yo soy el desclasado sinvergüenza.

Jerónimo no entendió el chiste, pero igual le contestó con una sonrisa:

—Vos sos burlista como tu hermano. Venite pa' que conozcáis a los que viven aquí.

Entrar con Manuel y Elena al salón tuvo un efecto contrario a cuando lo hice con Rosa Cleopatra. Esta vez la gente, lejos de ser cordial, nos lanzó una mirada clásica de tolerancia segregacionista, muy común en aquellos que lloraron en sus cabezas a Morgan Freeman cuando se enteraron por las noticias de que Nelson Mandela había muerto. Esa energía que se desprendía de la mente de los residentes originarios del San Marino y que caía encima de los traidores que traen extraños al sagrado templo, casi me dobla las rodillas. Sin embargo, causaba un efecto vigorizante en Manuel y Elena, puedo llegar incluso a pensar que hasta lo disfrutaban. Las caras de reproche que están a un paso del asco y la incredulidad eran para ellos vítores de halago, o al menos eso se deducía por la sonrisa altiva que mostraban al pasearse por el lugar. Jerónimo también disfrutaba de la atención, pero lucía más como el

dueño del circo que ha agregado nuevas excentricidades a su espectáculo y no como un desinteresado anfitrión.

El que sepa algo básico sobre el patrón de caza de las orcas, las ballenas asesinas más famosas de la TV, sabrá entonces que la sorpresa es su principal aliada. Pero, además, la enorme capacidad que tienen para proteger su territorio cuando ven amenazada su estabilidad por un depredador externo, es de veras una cualidad distintiva en ellas. Conocidas tales características, entonces es posible describir a cabalidad la manera en que Cleo –convertida ahora en una Marilyn Monroe muy decidida– nos cortó el paso. Manuel la saludó, pero ella lo ignoró por completo, sus ojos y atención los capitalizaba Elena. Era mucho más baja que Cleo y carecía de un cuerpo torneado en la fragua de los gimnasios caraqueños. Su cabello, dejado al azar de la brisa y la naturaleza, acrecentaba su aspecto anárquico; además, su rostro, que no podría ser caracterizado como bello, estaba más bien entre un no sé qué y una simpática fealdad. Su párpado izquierdo levemente caído torturaba a Cleo desde la simetría forzada por unos lentes de pasta estilo activista de las panteras negras. Ambas mujeres quedaron frente a frente y por un segundo en el salón entero se apagaron todos los ruidos. Aquel encuentro parecía la reedición de los enfrentamientos más memorables de la historia; un mano a mano que iba a dejar la imagen de los 300 espartanos contra el estereotipado ejército persa como una peleíta de borrachos. Cleopatra o Marilyn, o probablemente otro espíritu reencarnado, comenzó el diálogo:



—Manuel, Manuel. ¿Viniste con Frida Kahlo? O... déjame adivinar, ¿con una estudiante de antropología?

Cleo siempre odió la elemental simpleza del vestuario de las estudiantes de las carreras humanísticas.

Elena creció unos centímetros al usar el artilugio antiguo de la media punta. Sus botas de punketa parecían elevar el ajuar de los peleadores callejeros al peligroso terreno de la guerrilla urbana. Jerónimo abrió sus ojotes en la máxima expresión y me dio un toque discreto con el codo. Manuel perdió la altivez y pareció confundirse un poco con la reacción de su compañera. Eso sí me preocupó. Al parecer Elena improvisaba o rompía algún plan establecido. Cuando estuvo cerquísima de la cara de Cleo, disparó de vuelta.

—¿Marilyn? ¿En serio? Supongo que el disfraz de bruja hubiese sido una redundancia...

Un segundo más y Jerónimo hubiese tenido que gritar “¡Pelea de gatas!” y poner a Teófilo a recibir las primeras apuestas de las cuales se tuviera memoria en el San Marino, pero no hubo necesidad porque el despiste del *maitre* (o su falta de gusto por la violencia épica) puso entre Cleo y Elena una bandeja con copas aflautadas llenitas de champaña. Jerónimo exhaló su decepción y les fue pasando a Manuel y Elena las copas, mientras les pedía que lo siguieran para conocer a su familia. Los veía alejarse hacia destinos mejores, mientras yo —pobre de mí— me quedaba conteniendo la feroz embestida de Cleo. Enrojecida, pero sin quitar la sonrisa amena dedicada a cualquiera que en la distancia nos espiara, me recomendó por mi salud física

que mantuviera a raya al “mequetrefe” de mi hermano y a la “arrabalera” de su novia. Las palabras de veras tuve que buscarlas en mi archivo de traducciones televisivas de los ochenta y las encontré junto a “pelele” y “papanatas”, un poco más a la derecha de “cabeza de chorlito”. Luego, sin esperar a que contestara (poco le importaba lo que tuviese que decir), dio media vuelta y enfiló de nuevo hacia la mesa de los Casiraghi. Cuando estuvo a unos metros volvió a mirarme y me preguntó si la iba a dejar sola toda la noche.

—No, no, claro que no —le contesté, pero en mi corazón la respuesta era otra. Así que mientras el cuerpo se iba con Cleo, las ganas iban detrás de mi hermano y su acompañante.

Conocí a Stefano, el hijo mayor de Casiraghi, al llegar a la mesa. Por la cara de Paolo al presentarlo era obvio que el muchacho era su más grande orgullo. Stefano lucía un disfraz de gladiador romano o de Brad Pitt cuando hizo de Aquiles, en cualquiera de los dos casos su cuerpo de adolescente-preocupado-por-el-ejercicio me dejaba con la autoestima por la lona. Hablaba poco, casi siempre para apoyar el punto de vista de su papá acerca de que en este país no había futuro, y de que en cuanto terminara de estudiar en la universidad debía irse a Milán para extender las redes de la constructora Casiraghi allende los mares. Mafer y *CiCi* conversaban sobre platillos exóticos mientras degustaban la selección hecha por Eurídice. Hay que reconocer que, muy al contrario de lo que yo mismo habría pensado, Jerónimo y su esposa no corrieron riesgos y se fueron por la selección tradicional de canapés variados,

cortes de carnes y selecciones de quesos, con sus respectivos vinos del tinto al blanco. Había incluso una muestra muy cuidada de pescado fresco que era servido junto a una ensalada exótica en una bandeja de hielo. Creo que en eso ganó algunos puntos con sus invitados. Cleo tomaba un sorbo de champaña y apenas mordía unos canapés de salmón mientras le metía la coba a Mafer de que su pasapalo favorito era la fantasía de camarón vietnamita con hierbas silvestres. Yo no sé dónde carajo habrá comido eso, pero lo que sí sabía era que tenía unos orgasmos volcánicos cuando engullía unos chicharrones fritos bajando para Barlovento, siempre escondida en el aire acondicionado del carro tras sus mega lentes Dior y su sombrero a prueba de todo. Cori, la esposa de Joao Coelho, llegó a la mesa y allí sí que terminé excluido. Se gastaron unos cuantos metros cúbicos de aire parloteando de vinos y cepas, echándose las de que mirando la copita sabían si la uva había “sufrido estrés” cuando la arrancaron de la mata. ¡Ay, por favor! Luego se batieron una con la degustación y alentaron a *CiCi* a que determinara si las notas del vino estaban a un paso de la acidez característica del Burdeos o del dulzón de Madeira. Cori miraba y admiraba a Cleo con esos ojitos pervertidos y era seguro que por su mente no pasaba nada bueno cuando aquella decía sentir un “ligero sabor a cuero y cerezas al final del paladar”. “Cuero es lo que te van a dar, pedazo de pendeja, si no te avisas”, le dije a Cleo mentalmente, mientras me disculpaba por tener que irme para atender a mis propios invitados.

Al aterrizar en el espacio de los anfitriones, Manuel se divertía con Elena en el juego de imaginar lo que están diciendo en otras mesas. Y se reían a más no poder mientras ponían en boca de los residentes del San Marino frases que según ellos reflejaban el espíritu decadente de la clase alta de Caracas. Me pareció que sus juicios eran bastante superficiales y arrogantes, o puede que mi molestia estuviese causada por también ser blanco de su artillería generalizante. Sea lo que fuere, les pedí que bajaran la voz si pensaban seguir con la insultadera. Manuel me concedió ese minuto de paz solo porque pensaba, al igual que Marx, que al capitalismo había que reconocerle sus vinos y mujeres y apuntó con la boca hacia la mesa de Casiraghi, donde las tres mujeres seguían en sus meditaciones vinícolas sin preocuparse mucho por el resto. Luego me preguntó por los que allí vivían e hizo especial énfasis en Mafer, de quien decía estaba en el punto exacto en el que las mujeres casadas entienden que necesitan un amante o terminarán ahogadas en la bañera con una sobredosis. Elena se rió del comentario con mucha libertad —demasiada diría— como para ser la novia de Manuel. Creí que lo mejor era que se buscaran una fiesta menos zanahoria o que les presentara a los Coelho, pero allí mismo me pidieron que le bajara dos a la actitud monacal y que tratara de relajarme. Los hijos de Tercero, con excepción de León Magno y Masedonio, se pararon de la mesa para irse a jugar en un laberinto inflable que su papá mandó a instalar en las áreas verdes. Manuel quiso ir a buscar un trago verdadero con el barman y convidó a los hijos mayores de Jerónimo

para enseñarles por qué el cocuy es el mejor de los licores destilados por el hombre. De esa manera, Elena y yo nos quedamos solos por primera vez.

Por un momento estuve sin saber qué hacer o decir. No la miraba a los ojos y distraía la ansiedad en hacer que bebía de una copa que ya no tenía nada que ofrecerme. Elena me preguntó si estaba nervioso y no supe qué responderle, creo que le dije algo... nada importante. Ella se sonrió y me gustó. Había en su gesto un aire comprensivo y ligero, muy distinto a lo que respiraba a diario en el *loft* o en el trabajo. Era la muestra de una relación en la que nadie espera nada del otro y donde no hay mayor compromiso que con el instante que se comparte. Bebió lo que quedaba de la copa y me preguntó si allí se podía fumar; le dije que no, pero que a lo mejor afuera, lejos de los niños, era posible. Así que salimos para que fumara. Sin embargo, no podía dejar de pensar en que Manuel, a lo mejor, se incomodaría por que yo estuviese a solas con su novia, o peor aún, que Rosa Cleopatra estuviese siguiéndome con la mirada. Ella notó que estaba en ese trance y me volvió a preguntar si algo me preocupaba.

—No, no, nada —le dije.

Encendió un cigarrillo y lo aspiró con ganas, luego lo botó hacia el aire. Se acomodó los lentes para conversar con una vista clara de mí. Pasó el rato haciendo preguntas superficiales como la fecha en que me había mudado o si no sentía que el calor era inusual para esa época del año. Le contestaba sin aplicarme demasiado, esperando que agotara su cigarrillo y le diera por volver a la fiesta.

Pero ella estaba allí tratando de ver las estrellas y me comentó que casi todos los hombres con quienes tuvo algo más o menos serio quisieron enamorarla con algún poema sobre las estrellas o, en el mejor de los casos, acotando algún dato interesante de corte astrofísico estilo Discovery Channel. Cuando estaba a punto de contestarle que eso me parecía algo bueno y que yo había hecho lo mismo con Cleo, Elena comentó que aquello le parecía verdaderamente patético. Entonces me quedé con las ganas de hacer el comentario sobre lo que sabía de ondas gravitacionales o de las lunas de Plutón.

—¿No te parece deprimente ese cliché? —me preguntó, casi regañándome.

—Sí, por supuesto que sí... poco original —respondí, mientras lloraba un poco por dentro.

—Dígame cuando te sacan esa de Neruda que parece ser la única cosa que se aprendieron, de “La noche está estrellada, y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”. ¡Coño, pero coño, hombres del mundo, un poco de esfuerzo, por favor!

Cuando la vi tirar su colilla y aplastarla con sus botas intimidantes, tampoco creí conveniente confesarle que el primer libro que le regalé a Rosa Cleopatra fue el de los *20 poemas de amor y una canción desesperada*. En mi descargo, debo reconocer que traté por sugerencia de Manuel de obsequiar algo de Baudelaire, pero los únicos poetas malditos que existían en Caracas parecían vivir en esa época debajo del Paseo Anauco, así que no me quedó más remedio que meterle en un ramo de rosas rojas al vilipendiado

chileno que tantas familias ayudó a construir. Mal no me fue, a juzgar estrictamente por el resultado.

—¿Y cómo te enamoró Manuel? —interrogué para evitar que fuese ella quien tomara la iniciativa.

—Manuel y yo no somos nada. Bueno, creo que tiramos una vez pero estábamos borrachos y eso no vale. —Se sonrió mientras intentaba encender un segundo cigarro.

No entiendo mucho del psicoanálisis y creo que sigue siendo una tarea pendiente, pero aquella confesión, contrario a lo que pueda pensarse, me atravesó sin causar ninguna clase de daño. Más cataclismo me provocó que fuese tan zumbada y que con unos pocos minutos de conversa ya se atreviera a darme detalles íntimos. Ella pareció notar que no tuve ninguna reacción al comentario y después de unos segundos y varias bocanadas, preguntó si me había enrollado.

—Para nada, solo que es más información de la que deseaba.

—Ustedes son raros —exclamó, mientras enterraba la segunda colilla en la grama.

—Raros, ¿quiénes?

—Ustedes los ricos... Se la dan de globales y mente abierta, pero medio se les toca la religión, la política o el sexo y se enconchan como morrocoyes.

—Yo no soy rico —me apresuré a contestar.

—Tiene orejas de cochino, rabo de cochino, cabeza de cochino...

—Que no soy rico.

—¿Y entonces por qué vives como uno?

Masedonio llegó corriendo hasta donde me encontraba con Elena y dijo que Jerónimo me estaba buscando por todos lados para que participara en la rifa que organizaba. Me sentí terrible porque la conversación había tomado un giro interesante y ahora tenía que dejarla por la mitad, pero no podía abandonar a Tercero justo en el clímax de su celebración. Así que le pedí a Elena que me acompañara de nuevo al salón mientras le repetía (¿o me lo repetía a mí?) que no era un ricachón. Ella me ponía los ojos típicos del “Sí, cómo no” y me daba palmadas en la espalda, mientras me señalaba que prestara atención a lo que ocurría en la fiesta. Dentro del salón se había formado una especie de bululú. Mientras Tercero hablaba por el micrófono y nos pedía a los asistentes dirigirnos hasta las áreas verdes cercanas a la piscina, para que pudiésemos entender a cabalidad cuán importante era esta fiesta para él. Busqué infructuosamente a Cleo y tuve que seguir a la multitud, que ahora estaba más animada luego de las expectativas creadas por el locuaz anfitrión. Llegamos hasta el lugar donde se había levantado una pequeña carpa iluminada por potentes lámparas. Al acercarme entendí la locura de esta competencia desmedida. Una camioneta cero kilómetros del año iba a sortearse entre los residentes del San Marino. Simplemente no podía creerlo, mucho menos que hubiese un segundo premio —de consolación—, que consistía en irse con todos los gastos pagos a visitar los estudios de grabación de una exitosa serie televisiva sobre muertos vivos en California.



En un bombo estaban los nombres de cada propietario del San Marino. Jerónimo empezó a animar la velada mientras sus gritos provocaban un verdadero éxtasis entre los asistentes. Podía verles los ojos y estaba claro que Jerónimo había logrado conectarlos. No creo que el éxito estuviese en la posibilidad de tener la camioneta, pues no dudaba de que todos allí pudiesen comprar una similar, sino por lo que significaba la adrenalina de ser tocado por la suerte. De algún modo, según lo pensaba, es posible que la riqueza tuviera mucho de ese componente mágico que era no solo deseable, sino también necesario para lograr ascender sin tener que sufrir grandes penurias. Es bueno ser rico, no hay duda, pero que además de rico seas tocado por la diosa fortuna, bueno, eso ya es otra liga. Aunque Jerónimo tiempo después me confesaría que, llevado por la desesperación, pagó un detective privado para investigar a un bojote de residentes del San Marino y se enteró de que a la mayoría de ellos le daba por desestresarse a punta de traganíqueles y mesas de *black jack*. ¡Bien jugado, Jerónimo, bien jugado!

En aquella rifa muchos perdieron la clase cuando el bombo giraba y sus mentes comenzaban a sentir el bombardeo de las hormonas haciéndolos felices y recordándoles también los días felices de casinos, aperitivos y el éxtasis sobrenatural cuando veían sus cartones llenos y podían gritar en solitario y con toda propiedad “¡Bingo!”. Cuando el bombo se detuvo, Jerónimo, haciendo gala de una destreza nata para la animación, pidió la respectiva

mano “inocente” y descartó a Montes de Oca, que había elegido disfrazarse de Chewbacca.

—Alejá esa mano pelúa —le gritó ante la risa compartida de los que ahora lo recibían con un afecto desmesurado.

Supongo que a esa hora ya el licor estaba haciendo su efecto y eso ayudó a llenar la noche de una verdadera alegría. Entonces, como nadie se proponía, Eurídice le pidió a su hija Helena Emperatriz que escogiera a los ganadores. Máxima tensión. La niña tomaba un papelito, pero imagino que por los nervios allí mismo lo dejaba caer y eso ocurrió varias veces. Cuando al fin salió la papeleta, Eurídice la abrió e hizo que Jerónimo leyera que el elegido por esa fuerza sobrenatural conocida como Diosa Fortuna era: Paolo Casiraghi.

El hombre subió incrédulo y no de muy buena gana recibió las llaves de manos del propio Jerónimo. Después, como pudo, se alejó del destello de los *flashes* de aquellos ebrios que querían dejar todo registrado en el celular y trató de escabullirse, pero lo convidaron a subir a la camioneta como si se tratara de un concurso televisivo y no le quedó otra que cumplir su papel. Jerónimo se le acercó y le dijo algo al oído. Y a pesar de que pude ver el gesto, nunca supe cuáles fueron las palabras exactas. Tercero tampoco me lo reveló, así que suelo especular que ese pequeño, y para muchos, desapercibido detalle estuvo mediado por la frase: “Superáis esta verga y me pego un tiro”. Pero bueno, es solo una conjetura, nada más. El segundo premio se lo ganaron los Fonseca-Mazzarri, quienes estaban

supercontentos pues al parecer (¿casualidad o detective privado?) eran fanáticos de la dichosa serie.

Luego de la rifa la gente había gastado toda su energía y la fiesta se enfrió con rapidez. Tampoco ayudó mucho la selección musical de Jerónimo, consistente casi por entero de gaitas románticas. Por supuesto, nadie bailaba, lo que hacía que el ambiente estuviese relajado y sin pretensiones de llegar a las tres de la mañana, que era la hora cabalística escogida por Jerónimo para concluir las celebraciones. El hombre se desesperó y tuve que convencerlo de que olvidara la idea de bailar la canción de *Thriller* junto a su familia, y mucho más cuando me aseguró que habían ensayado la versión extendida. Fue cuando le hice partícipe de un descubrimiento personal y que, avalado por años de observación y registro paciente, concluía que si algo reconciliaba todas las clases sociales en Venezuela y lograba trascender cualquier ideología, creencia y estado de ánimo, no era el canto exaltado del himno nacional o la visión extasiada de la bandera tricolor batiéndose al viento, sino el momento de desatar la hora loca. Y estaba tan convencido de aquello que solo me bastó alentarlos y retirarme hasta el rincón de los cócteles para corroborar cómo el conductismo y los grados de alcohol podían encauzar a las masas con mucha más eficacia que el mejor de los discursos motivacionales. Entonces, mientras Eurídice conducía el hipnótico tren-cito bajo los compases de *Vamos pa' la conga* y la gente se entregaba sin resistencia a ser embarcada en el viaje al reino de la diversión, los ojos se me perdieron en su propia agenda y barrieron el territorio buscando a Elena.

Apenas recostada en una pared, desinteresada y discreta, sostenía un vaso vacío. “Allí estás”, me dije. Pero no fue hasta que murmuré esa frase que entendí la gravedad de la situación. Supe entonces que el origen de aquellas palabras no tenía asiento en mi cabeza sino en el corazón, y por primera vez en muchísimo tiempo me sentí feliz, secretamente feliz.

### **Cena de acción de gracias**

Traté de arrancarme el recuerdo de la fiesta a punta de trabajo. No comenté con nadie aquel destello incomprensible y fugaz que significó conocer a Elena. Preferí enfocarme en lo importante y dejar las tonterías y confusiones para momentos en que la economía no estuviese en recesión. De alguna manera, fue un buen método involucrarme con más tesón en la vida de los empleados de la franquicia. No sé por qué, pero esa afirmación de Elena sobre mi riqueza me mantuvo un tiempo cavilando y luego de algunas meditaciones hechas mientras atravesaba la autopista de Prados del Este, concluí que era una subfamilia de una nueva clase de rico. Me ayudó en el proceso una conversación que tuvo lugar en el restaurante de Chacaíto, donde dos testigos de Jehová debatían en los siguientes términos:

- Claro que es rico.
- Que no es rico.
- Que sí lo es...

—Que viva bien, no lo hace rico... Para ser rico tienes que reunir otras condiciones...

Justo en ese instante interrumpió Efrén, preguntando si consideraba apropiado darle el día libre a Karolis —una de las cajeras, que tenía náuseas mañaneras—. Irritado por la forma de involucrarme en un asunto que bien podía resolver sin mí, le pregunté si esa muchacha no había estado de permiso justo el día anterior. Entonces Efrén, llevándome hasta un rincón, me hizo partícipe de la comidilla del momento en la sucursal Chacaíto de Perrito Loco. Era un tremendo culebrón donde Karolis era la joven amante de Luisito, el motorizado del *delivery*, quien a su vez era esposo de la cajera de la sucursal Los Naranjos; esta tenía una ramificación tipo prima hermana con un mega delincuente robaquintas de Valencia, a quien los de la sucursal Chacaíto habían conocido en una fiesta. El tipo, según el juicio de la mayoría, era muy protector de las mujeres de su familia. Todo este *issue* pasional, que me había apartado de la conversa de los testigos de Jehová, sirvió para que Efrén se explayara en su vocación frustrada de vidente y me advirtiera —no sin antes hablarme de Obatalá y Yemanyá— que se avecinaba “sendo beta”, ya que la Karolis estaba triste porque “le habían metido un golazo”. Mientras intentaba procesar la información sentimental-laboral y contener los temores apocalípticos de los trabajadores de la sucursal de Chacaíto, vi cómo los testigos de Jehová ya se alejaban con sus bandejas y aquello me calentó más. Le rogué a Efrén que le diera ese día a Karolis y el siguiente, si así lo requería, o toda la semana hasta que se sintiera mejor. Me acerqué

al cajero que había atendido a los testigos y le pregunté si había escuchado la conversación. Entonces Robelí, un chamo de La Pastora, cuyo nombre dejaba cierta esperanza al menor de los hijos de Jerónimo, se vio en el dilema de quedar como un metiche o contarme lo que había escuchado. Optó por esto último y me dijo:

—Bueno, jefe, uno de ellos decía que pa' ir al cielo los ricos no tenían que pasar por el ojo de una aguja, nada de eso; entonces el otro (que me pagó con tarjeta) le preguntó qué había que hacer para entrar al cielo... Me da pena, jefe, pero el chamo le respondió: "solo ser un *ano* del valle..."

Mi hermano Manuel se habría suicidado de solo ver el rumbo que ha tomado "la única cosa que iba a salvar a Venezuela", seguro se hubiera ido hasta el cementerio a pedirle perdón a Herrera Luque por el estado actual de nuestra educación pública. Pero yo no era Manuel, así que felicité a Robelí por su máximo esfuerzo y le pedí que me alcanzara un refresco, porque tenía mucho en que pensar ese día.

Efrén —que por algo lo tengo de jefe en los restaurantes— se dio cuenta de que había metido la pata al sacarme de un asunto importante y fue a pedirme disculpas; de paso aprovechó para preguntarme si quería ser el padrino de su hijita recién nacida. Acepté y no solo dije que sí, sino que recomendé también a la petulante de Cleo como madrina. Ella por supuesto —con mucha cortesía y aduciendo problemas de agenda—, no aceptó. Pero no le quedó de otra que acompañarme al bautizo porque vivía aterrada de que, como acto de desagravio, los cocineros le escupieran la comida. Yo le decía que eso no importaba porque

ella no se rebajaba a comer con la clase obrera que iba a nuestros restaurantes y que en los suntuosos locales *gourmet* de Los Palos Grandes no trabajaba nadie perteneciente a nuestra empresa. Sin embargo, ella no abandonaba su paranoia y me contestaba con carita de loca: “Ellos se conocen”; acto seguido, tecleaba su teléfono celular y me mostraba alguna nota deseudoprensa donde se informaba en clave de *instant karma* que los dueños relacionados con negocios de comida rápida tenían un sesenta y siete por ciento de más posibilidades de morir en circunstancias misteriosas que aquellos que escogían, por ejemplo, el negocio de las floristerías. Sí, claro, todos los cocineros y mesoneros de los restaurantes de Caracas forman una especie de sindicato o red familiar que los hace una única inteligencia, como un cardumen que se traspasa chismes y curiosidades de un lado a otro, sin que el resto de los mortales conozcamos cuán sofisticado es su sistema de información y sus inconfesables planes de control global.

—Vaya que el *loft* le está sentando bien a mi esposa... —me dije cuando la escuché, y me lo volví a repetir cuando enfilé el carro hacia el sector El Observatorio del 23 de Enero.

Rosa Cleopatra se veía como cuando la Princesa de Gales visitó Somalia, con las piernitas recogidas y amarrándose a una sonrisa temerosa mientras espantaba a los niñitos que se le acercaban con la frase:

—Sé un buen niño y busca a tu mamá, ¿sí?

Pero después de que la matriarca de los hermanitos Castillo se le acomodara al lado, no le quedó más remedio

que someterse a la cercanía corporal de aquellos para quienes familia es todo el que entra a su casa. A mí me encasquetaron a la bebé de Efrén para que le sacara los gases y nos fuésemos acostumbrando el uno al otro y así evitar mayores complicaciones cuando llegara el que nos iba a echar el agua. Efrén andaba ya prendió a eso de las cuatro de la tarde y se paseaba por el lugar con la botellita de cerveza en la mano, supervisando con explosiva alegría los detalles. Su esposa Cler, que realmente se llama Cleranyg (no solo en el San Marino gustan de los apodos simpáticos), me traía pañales de tela para el reflujo, el tetero con agua para que no se deshidratara y el tetero con lechita tibia por si se ponía a llorar. De nada servía que le rogara se llevara a la niña hasta que llegara el compadre Toño, que era una especie de sacerdote no oficial que había bautizado a la familia Castillo desde que sus ancestros desertaron de las costas falconianas para establecerse a las faldas del Ávila cincuenta años atrás.

—Mira a la bandida esta, le gusta estar contigo —decía Cler al limpiar la boca de la bebé.

Pusieron música. Una salsa brava que hizo retumbar los vidrios y se expandió por el barrio como una bomba sónica. Entonces respiré y empecé a mover a la niña guiado por el influjo de *Che Che Colé* y fui hasta la ventana más grande de la casa para escapar del calor de esa hora. Sentir la paz de la niña reposando sobre mi hombro movió algo muy adentro. En la vista extensa de los callejones, de los edificios, de los ranchos y de la ciudad dividida, mi corazón también se fragmentó. Y a pesar de que intenté ahogar



el recuerdo de Elena bajo una catarata de obligaciones cotidianas, volvió a aparecerse zumbando a través del tibio aliento de la bebecita. Éramos la pequeña, esa ventana y la difusa imagen mental de aquella mujer flotando por encima del concreto. ¿Sería un episodio asociado a eso que conocen como reloj biológico o quizá culpa del estrés acumulado? Cualquiera opción era legítima. Pero no caí en la tentación de hacerme la pregunta, no era el lugar y no tenía tampoco la fortaleza para soportar la respuesta. Tan sensible estaba que en cuanto comenzó el ritual y el hombre prendió la vela y dijo unas oraciones, se me escaparon unas lágrimas. Y no paré de llorar —como la propia carajita viendo la parte final del *Titanic*—. La cosa fue tan incómoda que el bautista Toño, muy amable —debo decir—, me pidió alejarme un poco porque al parecer mis lágrimas le restarían potencia al agua bendita. Luego, como seguía con la moqueadera, se acercó a mi oído y dijo con discreción:

—Sea varón. —Y juro que al constatar que estaba robándole el protagonismo a la infanta traté de controlarme, pero estaba teniendo tal crisis de llanto que temí que las tormentas hormonales de la mediana edad se me hubiesen adelantado.

Cuando nos despedimos de la familia de Efrén, traté de evadir el asunto buscándole la lengua a Cleo con la cuestión de que a la niña la habían bautizado como Ximena, con X y todo, y no con una buena jota menos pretenciosa que le redujera problemas a la hora de hacer frente a las niñas de la zona. Además, hice constar que era sumamente interesante que ninguno de los otros niños

tenía los nombres típicos de las telenovelas, sino que ahora correteaban por allí haciéndose llamar Anabella, Isabela, Fabricio. Y le comenté sonriente a Cleo:

—¿Adónde se fueron las Marías, los Ramón, los José?

Pero ella no me concedía nada, ni un comentario de vuelta, ni una sonrisa. Tan insondable fue su silencio que ni siquiera en el carro tocó el tema de mi vergonzosa llorantina, ni en el *loft*, ni a la mañana siguiente, ni nunca. Sin embargo, ella tenía bien clara la forma de hacerme pagar el incómodo momento, y que además Efrén —en el último coletazo de la borrachera— la llamara comadre y la pusiera como testigo del ingreso de Ximena a las filas del catolicismo apostólico y romano.

Si algún día escribiera un libro, me gustaría abrir un apartado que se titulara *De la venganza y demás imperfecciones en el alma de Cleopatra Carter*. Allí posiblemente comentaría la manera en que mi bella esposa me soltó que, considerando los grandes sacrificios hechos para aceptar mis exigencias en la anterior fiesta de Jerónimo, ahora a ella le tocaba el turno de mover las piezas y decidir que iríamos a la reunión con Pedro Pedrito Contreras-Foucault, mejor conocido como el hombre que le evaporó los dólares a punta de atraparla en un sándwich de ensoñaciones fantástico-financieras sin anestesia. Porque si algo no he dicho es que la providencial y majestuosa remodelación tuvo como particular detalle, como letra pequeña, muy pequeña, pequeñísima, que él crearía un fondo a la medida de los sueños inagotables de Cleo. Aprovechó el tipo para meterle en la cabeza que el cielo era el límite y que lo mejor no era solo la remodelación,

sino la compra a futuro de los artículos de diseñador. Y esto no solo se redujo a las sillas Adelaide de la temporada primavera del 2020 o los sistemas de pared Copenhague que fuesen conceptualizados en el verano de 2018, sino que la cosa se fue extendiendo hasta casi alcanzar la estrafalaria decisión de invertir en la cría de los zorros y las focas que servirían como probable materia prima para forrar no un cojín, sino la idea de un cojín que surgiera para el agosto en que ella cumpliría la redonda cifra de cincuenta años. Tan alocada tenía a Cleo el Pedro Pedrito, que a veces la atrapaba espionando el canal bursátil revisando si los tifones de Japón habían impactado las expectativas de ganancia de la soja que se producía en Canadá, y si aquello reduciría la posibilidad de que no fueran bien alimentadas las vacas cuya piel iba a terminar siendo el soporte para su espectacular culo de ingeniera geofísica.

Era ese el gánster económico que me iba a tener que calar durante la fiesta de Casiraghi. A quien, por cierto, también se le habían volado los tapones con la celebración e hizo lo indecible para traerse al pavo que indulta el Presidente de los Estados Unidos para meterlo en un horno a 350 grados, y así demostrarle a Jerónimo que su truco barato con la camioneta iba a quedar como una chuchería al lado de sus planes. Por supuesto que no logró traerse el pavo, pero ese fue el comentario que soltó durante una sesión en la sauna y lo repitió hasta la mañana de la fiesta, cuando informó con pesar que las leyes migratorias no eran tan flexibles para los animales de granja y menos para aquellos que gozaron de la piedad presidencial.

De cualquier modo, Casiraghi hizo adornar todo el San Marino Loft con motivos navideños para que el ambiente se impregnara de la felicidad característica de dicha época. Consideré que hubiese sido más beneficioso que esperara un poco más y organizara una cena de navidad, pero Jerónimo me explicó que la decisión de Paolo Casiraghi no solo se basaba en sus ganas de ser el primer italovenezolano en celebrar una cena de acción de gracias en simultáneo con sus vecinos culturales del norte, sino que en diciembre el noventa por ciento de los habitantes del San Marino viajarían fuera del país. Tenía entonces más sentido esa decisión, aunque para ser honestos habría resultado más sencillo convocar una fiesta con el único motivo de compartir; pero así eran las cosas en aquel lugar y menos no se les podía pedir.

La noche de la fiesta, Cleopatra Carter lució como nunca. Puede que semejante al día de nuestra boda, pero incluso en aquel momento, que hasta ese día ocupaba el número uno de las veces en que mejor se ha visto, palidecía ante esa noche. Impecable sería la palabra, aunque también alucinante y fuera de este mundo. Había valido completamente la pena lo que pagó por el vestido y por las sesiones de masajes de la mañana. Estaba espléndida. Me preguntó qué me parecía y le repetí la palabra espléndida. Ella se miró en el espejo y su traje escarlata ceñido al cuerpo vibró con ella. Sin embargo, en sus ojos no terminaba de completarse la perfección, su sonrisa tampoco la acompañaba. Le pregunté qué le pasaba y solo me contestó:

—No sé, siento que me falta algo.

Fue una encrucijada la que apareció de pronto. Por un lado, estaba el camino: pregunta de nuevo y atente a las consecuencias, y por el otro: calladito te ves más bonito. Me acerqué y solo se me ocurrió tratar de abrazarla para decirle que nada le hacía falta. Pero ella percibió que pensaba apretujarla un ratito y a lo mejor confundió mi solidaridad con las ganas de saciar alguna erección repentina. *He sido el incomprendido, ni tú ni nadie me ha querido, tal como soy...*, fue la melodía que apareció en mi mente cuando se hizo la que necesitaba ir urgentemente al baño. Allí se encerró un buen rato, hasta que salió bien maquillada y con la vana idea de que el rímel era efectivo para ocultar unos ojos que han llorado.

Íbamos directamente al salón de fiesta, pero Mafer necesitaba que Cleo la ayudara a arreglar algunos detalles de su vestuario, por lo que hicimos una primera parada en el *loft* de Casiraghi. Stefano abrió la puerta y nos pidió esperar en la sala a que alguno de sus padres se desocupara. Levantó una mano con bastante soltura y allí mismo apareció un ¿mayordomo? que nos preguntó si nos apetecía algo de tomar. Ambos dijimos que no y preferimos irnos hasta la sala. Para disgusto de Cleo, Jerónimo también esperaba y a ella no le quedó de otra que saludarlo. Su saludo transformó la sala de Casiraghi en un enorme ascensor con su silencio incómodo incluido. Tuve que actuar para evitar el amargo instante, así que se me ocurrió comentar el hecho de que Paolo sí que había captado la esencia de lo que era un *loft*. Cleo echó una ojeada y aunque se conocía el lugar de memoria y cada cosa en él, apoyó mi punto con

una sonrisa. A Jerónimo, por supuesto, el lugar le parecía medio escuálido y carente de muebles o de los adornos típicos de todo hogar y echó de menos las fachadas de casas andinas pegadas en alguna pared o las rinconeras para guardar los recuerdos de bodas y bautizos, por ejemplo. Aquel juicio antiestético hizo que le saltara la ceja derecha a Cleo y no pudo digerir más cortesía:

—Es minimalismo, Jerónimo... A Paolo le fascina el minimalismo...

Jerónimo se transfiguró a punto del infarto:

—¿Cómo es la verga? Con todo respeto, Rosita, pero esas vainas raras con los animales no me gustan... vos sabéis que soy bien partidario, pero la Biblia dice que la cosa es solo entre hombre y mujer...

Cleopatra quedó atolondrada, pero no le replicó. Sin embargo, supe —por la manera en que respiraba— que el diálogo no había concluido, no al menos en su cabeza: “Es minimalismo —maldito marginal—; confundes minimalismo con zoofilia...”, dijo dentro de sí, y Jerónimo imaginariamente respondería: “¿Así es la verga? ¿Y minimalismo no es cuando alguien cree que una cosa tiene poderes sobrenaturales...?”; entonces ella respondería llenita de ira: “Eso es animismo —hijo de puta—”; y así seguiría el diálogo mental hasta que a Mafer o a Paolo les diera por aparecer. Jerónimo igual no se iba a quedar sin respuestas, así que siguió hablándose a sí mismo, considerando que ese era el asunto con la gente que se la pasaba viajando a Europa y creyendo que era posible “refrescar” la vida de pareja a

punta de “extremismos”. Después de unos segundos en su propia catarsis, nos miró y dijo:

—A final de cuentas, como diría Aristóteles —no el filósofo, sino el primo que atendía su negocio de importación de ropa deportiva—, la gente hace de su vida una pandereta y la toca como le da la gana.

A mí aquello me pareció de lo más lógico y así se lo hice saber a Cleo batiendo la cabeza en una clara señal de aprobación, pero ella mantenía sus brazos cruzados y de un momento a otro dejó de parecerse a *Mujer bonita* y se convirtió en la inflexible Reina de Corazones. En ese preciso instante Mafer la salvó de una apoplejía llamándola desde el segundo piso.

Cuando Jerónimo quedó a solas conmigo se me acercó preguntándome si tenía idea de qué tramaba Paolo para esta fiesta. Le contesté que en lo absoluto, pero de igual manera quise brindarle aliento al considerar que lo ocurrido en el Halloween era francamente insuperable y que cualquier cosa similar sería considerada un refrito. Después le dije, a manera de broma, que hasta el último segundo llegué a pensar que él y su familia iban a llegar en globo, así como lo hizo el Conde de Montecristo, al menos en la versión filmica. Jerónimo se entristeció horrores y me recriminó por qué no le había dado esa idea antes.

—No me digáis que vos estáis pensando hacer también una fiesta —exclamó en un arrebatado de paranoia.

Le dije que primero me lanzaba de un puente antes que tener que ser sometido al juicio de nuestros vecinos. Jerónimo no quedó convencido y volvió a reclamarme

varias veces el asunto del globo, incluso llegó a creer que pudo haber dado un tercer premio que consistiera en un viaje nocturno a través de la ciudad de Caracas. La imagen me gustó y francamente yo mismo habría querido ganar algo por el estilo, pero luego pensé en que la gente era a veces bastante ociosa y había demasiadas armas en manos inescrupulosas, así que agradecí que la idea llegaba tarde.

Paolo apareció vestido de luces. Nos sorprendió en el debate sobre qué cosas pudieron hacerse mejor durante el Halloween y lo primero que exclamó es que estábamos demasiado informales para la fiesta. Jerónimo tenía una guayabera blanca y pantalón negro. Yo, en cambio, llevaba saco y corbata y ya creía que estaba exagerando. Jerónimo le dijo que no se iba a cambiar y que igual no tenía un traje de James Bond como el de Casiraghi. Paolo se molestó francamente con Jerónimo, acusándolo de sabotear la celebración al no acatar las reglas. Se dijeron unas cuantas cosas, hasta que el anfitrión levantó la mano, al igual que lo había hecho su hijo antes y no sé de dónde volvió a aparecer el ¿mayordomo? (¿es en serio? ¿un mayordomo?) y guió a Jerónimo hasta la puerta.

—Y ni se te ocurra faltar, Tercero. Juega limpio —le dijo.

Paolo volvió a subir y me dejó tirado allí en la sala. Me senté en el sofá y al ver la decoración del *loft*, me pareció que iba a tener que enseñarle la palabra “frugal” a Jerónimo para que la usara delante de Cleo. Estuve un rato revisando una y otra vez el celular, enviándoles mensajes de texto a los lugartenientes Castillo para informarme de



la marcha de la franquicia y para comentarles que deseaba discutir seriamente la propuesta que me presentaron. Y cuando pensé que nada iba a arrancarme de la marcha habitual de mi vida, llegó un mensaje de un número no registrado con la palabra “Hola”. Sentí escalofríos. Podría ser cualquier cosa, una equivocación usual, alguien que deseaba contactarme por negocios, el fantasma de las líneas ligadas que tanto aquejó a nuestro sector de telecomunicaciones durante la década de los noventa. Pero no, ese mensaje traía encriptado en sí una carga sentimental muy fuerte, una proyección de mis deseos o de la batalla contra ellos. ¿Qué podría contestar? Tantas opciones, desde las formales hasta las arriesgadas. ¿Un “Hola” que regrese la pelota al otro extremo de la línea telefónica? Una pregunta sobre identidad e intenciones lucía como la apuesta segura. Pero la indecisión campeaba a sus anchas y sin decidirme a tomar ningún camino, ninguna opción, volví a estar rodeado por Cleo y la familia Casiraghi. Caminé junto a ellos por el pasillo rumbo al salón de fiestas y vi la gran mesa dispuesta para la celebración, vi a los esposos Casiraghi sentarse uno en cada extremo e invitar a todos a unirse al banquete; así la posibilidad de iniciar la conversación telefónica se apagó.

Estuve en el salón sin siquiera percatarme de lo que vivía. La mente aún recomponía el mensaje de texto como si se tratara de un código mágico que debía descifrar. Solo Pedro Pedrito Foucault me sacó de aquel estado con un carajazo (dizque saludo) que me dio en el hombro. Estaba acompañado de Joao Coelho y hablaban como si se

conocieran de toda la vida. Cori saludaba a Cleopatra, piropaba el vestido y su buen gusto, que parecía heredarlo de algún lado.

—¿Estás segura de que en otra vida no fuiste princesa? —le decía la “cariñosa” esposa de Joao. Allí entendí, gracias a los detalles oportunos del Foucault, que la teoría de los seis grados de separación funciona, y más para reunir a los idiotas.

Acontece que el Foucault y Joao eran amigos de un tiempo para acá a partir de un viaje que el primero hiciera a Curazao apenas la “dictadura implacable” que nos gobierna implementara la restricción de compra y venta de dólares. Echaron el cuento completo como si se tratara de una especie de encuentro tan o más importante que el famoso abrazo de Bolívar y Morillo o el apretón de manos de Yasser Arafat e Isaac Rabin. La historia comenzaba mientras ambos compraban piñas coladas a orillas de la playa y se quejaban de la obsesión que tenían los gobiernos de izquierda de cercenar la felicidad ciudadana. Se descubrieron como iguales allá en las soleadas costas caribeñas, y luego de conocer que los aquejaban las mismas inquietudes existenciales, acordaron asociarse para sacarle provecho a la situación de “profunda frustración moral” que vivían sus desdichados coterráneos, y que purgaban en continuos viajes a destinos paradisíacos del mundo. Estuvieron un rato así, hablando de sus experiencias, que bien valen un tratado por sí solo, y que será de gran ayuda cuando en trescientos años tengamos que explicarle a nuestros tataranietos por qué carajo la tierra entera se fue

a la mismísima mierda. Cori y Cleo les hacían el coro con sus risas y los alentaban a continuar hablando de cómo las nociones tradicionales de economía eran hechas trizas a través del empuje de novísimas transacciones financieras, que estaban más cercanas a la delincuencia organizada que al sueño de Milton Friedman. Aunque ahora que lo pienso creo que el gran Milton, pana burda de Manuel, quien lo tiene como el ser más detestable casi a la misma altura que Henry Kissinger y la mafia jázara, se habría sentido supremamente orgulloso de la manera en que Foucault y Coelho desarrollaban su propia interpretación de la mano invisible en una economía rentista.

—Excrementos del diablo —les dije. Ellos pararon de conversar y me observaron como quien ve llegar al hombre elefante.

—¿Has dicho algo? —preguntó Cleo.

—No, nada importante —contesté. Pedro Pedrito me estrechó en sus brazos olorosos a perfume entre cítrico, dulzón y metrosexual obsesivo, y le dijo a Joao:

—Yo sé qué le pasa a Álvaro, no quiere dejar de ser un cargapollos.

Cleopatra abrió los ojos y se puso en guardia porque ya le había advertido que cuando el tipajo de su amigo me volviera a llamar “cargapollos” (que era su manera de decirme que seguía atado al anacrónico concepto de que es solo el trabajo el que produce riqueza), le iba a re-partir la cara. Pero mi ánimo no estaba para darle lo que se merecía. En otro momento me habría afectado la autoestima, como la primera vez que lo dijo, pero ahora simplemente

me importaba nada lo que pensara él, Coelho, Cori y la propia Cleo. Sin embargo, no le di el gusto de acompañarlo en su chiste y le monté un tremendo cañón que le puso a temblar las rodillas, y lo sé porque el carajo no sonrió más y cambió el tono de la conversación, y en vez de hacer chistes o parecer afable, trataba de enmendar la torpeza diciendo que de algún modo había que valorar los espíritus empresariales como el mío, los cuales eran la base de la economía real.

Real era el jetazo que le iba a mandar y él lo sabía de seguro, porque Cleopatra ya se lo había advertido en algunas de sus conversaciones larguísimas por teléfono. Sin embargo, el *impasse* sirvió para que los tipos se expplayaran en tratar de reivindicar moralmente a quienes salen a ma-drugar cada día, levantándose con el alba solo para construir el país que deseábamos.

—¿Y tú, a qué hora te levantas? —le pregunté a Pedro Pedrito, y así sin tapujos y volviendo a su estado de malparido —tipo normal— me dijo:

—Pues a las once... —Y se rió contagiando de nuevo a todos.

Cleopatra le comentó a Cori y a Joao que su amiguito había por fin dejado la compañía petrolera para dedicarse a su verdadero sueño.

—Cuéntales, *Pítar*... cuéntanos a todos.

Y el hombre confesando que la humildad y él habían salido al campo un día, y solo él regresó para la cena, comenzó por reconocer que ser asalariado le parecía una tortura, un peso para el alma volátil de quienes viven de las

ideas, por lo que luego de algunas disertaciones sobre una supuesta balsa, en una supuesta tarde calurosa, en las supuestas selvas de Darién, entendió que debía dedicarse de lleno a su sueño, que era ser guía turístico.

—¡Va a abrir una agencia de viajes! —gritó Cleopatra y dio un saltito como para acompañar correctamente la emoción que la embargaba. Entonces me dijo—: Imagínate, Álvaro, ya no vamos a tener problemas con los pasajes y los hoteles, iremos de nuevo a París, a Viena, a Estambul.

A mí esos destinos me sonaron bien. Sin embargo, le dije al Pedro Pedrito que también debía ofertar destinos nacionales, como por ejemplo la Gran Sabana, pero arrugó su boquita brillante por la crema de cacao, confesó que “eso no es negocio” y se puso a dar explicaciones que sonaban tan ridículas que pronto vi que eran falsas. Al parecer su espíritu de aventura y amor por guiar a las almas nobles a lugares de ensueño solo tenía sentido si eran fuera del país. Aducía aspectos logísticos; mientras, un ceñudo Joao lo legitimaba diciendo:

—Buen punto, Pedro, buen punto.

De todos modos, Cleo apoyó a su amigote con el típico recurso de que los tepuyes están cerca y que podríamos visitarlos en cualquier momento, pero Praga o Berlín no. Además, añadió que ella le huía a los mosquitos y al turismo de aventura, y le pidió que abriera destinos más cosmopolitas que agroecológicos.

—Mientras más lejos, mejor... mucho mejor —dijo Pedro Pedrito. Y cuando ya se sentían embarcados en sus aviones disfrutando por adelantado del nuevo emprendimiento de

Foucault, les advertí que Casiraghi hacía sonar una copa de cristal con una cucharita a modo de campana.

Los mesoneros fueron apartando las sillas para que pudiésemos sentarnos. A mí me ubicaron al lado de Cleo y del miserable del Pedro “Estafa” Contreras-Foucault. Al frente tenía a Jerónimo y a Eurídice, quienes estaban de un humor terrible. Incluso entre ellos no se hablaban, lo que me hizo suponer que habían peleado. Estaban además de los Montes de Oca, los Del Trigo-apellido arameo, los Coelho-Freire y los Fonseca-Mazzarri, otras familias que no tuve tiempo de conocer durante la fiesta de Halloween. Paolo Casiraghi se levantó desde su extremo de la mesa y comenzó a dar una alocución exaltada que me recordó bastante al famoso discurso de Martin Luther King. Pero solo en su frase inicial de “Tengo un sueño”, porque lo demás era una clase extraña sobre ideas eugenésicas, que derivaban en una justificación mamarracha del porqué de esa fiesta. Habló de los pioneros europeos y de cómo se la llevaron tan bien con los nativos americanos y acusaba de “propaganda negra” eso que decían del último mohicano, defendiendo que en las tundras heladas el único enemigo era el frío y el hambre y que si alguien llegó a morir fueron las manadas de bisontes en estado salvaje. La cara de todos era de un jalabolismo supremo. Hasta el falso de toda falsedad, el amigo-novio de Cleo, se sobaba la barbilla asintiendo como si de verdad hubiese leído los tratados de Tocqueville. Después Paolo Casiraghi hizo un puente de filosofía trascendente y dijo que la decadencia del imperio inca estuvo en que vieron a los conquistadores como enemigos y no

como colaboradores dentro de una economía que indefectiblemente estaba destinada a la interconexión. No podía creer lo que escuchaba y menos podía creer que Paolo estuviera usando anotaciones para apoyar sus ideas, porque eso significaba que aquellas locuras no se las debíamos a las volubles circunstancias de la improvisación, sino que habían sido reflexionadas y avaladas con alevosía y ventaja. Para el punto clímax, Paolo nos consideró a los que vivíamos en el San Marino una clase de pioneros que se enfrentaban a territorios inhóspitos que era necesario conquistar. Entonces lanzó la bomba nuclear (el Nagasaki de Jerónimo) de que sometería a la consideración de los residentes y “legítimos dueños” la construcción de un club de polo en los terrenos baldíos pertenecientes al *loft*. Concluyó con la idea de que esta cena era para brindar por el mundo de oportunidades que se abría ante nuestros ojos y que se traduciría en jugosas acciones para todos. Éxtasis en la sala, copas subiendo y chocando, y yo solo alcancé a verle la cara a Jerónimo y ver su boca mordisquear la palabra: trimardito.

Luego de las palabras, un grupo de mesoneros se activó en una muestra de verdadera coreografía culinaria. Llevaban las cartas del menú y cuando la cena amenazaba con desgarrar el alma de Jerónimo, el Paolo Casiraghi levantó la espada y clavó con gusto supremo el filo entero en el corazón de la competencia. Pidió al chef Lulú que pasara al salón; era un tipo famosísimo que aparecía en el canal *Gourmet* de la televisión, y que había llegado al estrellato gracias a la cocina molecular. Las mujeres saltaron de la emoción y hasta Cleo, que nunca cocinó exitosamente un

huevo frito en su vida, pero era asidua a los programas de comida mediterránea, jaloneaba a Pedro Pedrito diciéndole:

—¡Es Lulú, es Lulú!

El chef levantó su mano y partió la muñeca en el aire, que era como su marca a la hora de saludar y despedirse en el programa, lo que siempre me pareció una mariconería comparada con la crema de cacao de Foucault. Más excitación. El hombre dijo (o nos metió la tremenda coba) que esa noche sería inolvidable, pues hacía unos pocos días que había llegado de Madagascar, donde había logrado reducir la esencia del penúltimo dragón de Komodo que existía en unos cuantos gramos de una sal deliciosa. Luego habló de otro viaje, no sé adónde carajo, creo que al Shambhala, en el que un monje le permitió acceder al secreto de la pimienta sagrada que tanto habían buscado los exploradores alemanes. En la gritería de halagos y jalamecatismo hacia Lulú, le escribí un mensaje de texto a Jerónimo:

Esos viajes son cortesía de Ayahuasca Airlines y unos jejeje 😄😄😄. Pero Jerónimo revisó el celular y apenas si sonrió, solo me contestó por cortesía a través de un emoticón feliz.

El *chef* estuvo un rato más diciendo que solo estaba allí porque estimaba mucho a Casiraghi, pero que en cualquier momento debía regresar a Corea del Sur, donde grabaría el primer programa de cocina hecho en una zona de conflicto:



—Solo la *buona cucine* salvará el mundo. —Y así se retiró hasta el lugar previsto por Paolo, desde el cual iba a preparar algunos platos a la vista de todos.

Pero allí no iba a acabar la venganza del Casiraghi. Como si lo del chef no hubiese sido suficiente, hizo levantar de la mesa a una pareja de comensales, a quienes reconocí de inmediato porque eran los actores jóvenes de una de las telenovelas de mayor audiencia en ese momento. Tan famosos eran que hacían que la altiva y aristócrata Cleopatra Carter se hermanara a las nueve de la noche con nuestra humilde descendiente chibcha, Cleofelina Salgado, mejor conocida como Nina, para asistir a las desventuras de la pareja televisiva. En uno de los últimos episodios que Cleo me obligó a ver, recuerdo a la muchacha protagonista rechazar a uno de sus pretendientes porque según debía guardarle respeto al hombre que amaba; sin embargo, en la escena siguiente dicho hombre se estaba zampando a la mala de la novela sin ningún complejo de culpa, aunque sí —no debo negarlo— presa de un monólogo interior donde decía que todo ese “sacrificio” era hecho en nombre del amor que sentía por la protagonista. Le señalé a Cleo aquella incongruencia, no usando alguna sentencia moral sino más bien a través de un: “Coño, así la vida es un jamón”. Pero tanto Cleo como Nina me miraron en aquella oportunidad con un desprecio terrible, e incluso llegaron a decir —en la cúspide de su hermandad— que el problema con nosotros es que no nos conectábamos con nuestro lado sensible.

El último de los célebres invitados de Casiraghi sepultó por completo a Jerónimo. Se trataba de un hombre que, por las referencias de Paolo, recién había sido nombrado como presidente de la Corporación Venezolana de Comercio Exterior. El anfitrión hacía bromas que solo él entendía, se moría de la risa con la frase siempre pavosa de “chiste interno” y continuaba explayándose en detalles como que conocía al tipo desde que ambos cursaron estudios en el IESA y que si alguien podía lavarle la cara a la sospechosa administración actual era aquel hombre, ya curtido en lo mejor de las ciencias neoliberales. El sujeto trataba de no sonreír, supongo que por si alguien de un servicio de inteligencia estaba grabando la velada, pero al fin aceptó la invitación de Paolo, se levantó de su asiento y saludó con tal naturalidad y energía, que bien parecía se estuviera deshaciendo de un peso íntimo. Ni el vestido de Cleo, ni el trío de mujeres-adictas-a-las-dietas-y-el-gimnasio de la Mafer, Cori y Eurídice, captaron tanto la atención de los hombres como lo hizo el zar del comercio exterior, a quien Paolo llamaba el Búfalo. Veía que el Pedro Pedrito estaba excitadísimo aplaudiendo al último de los invitados y casi hace volcar unas copas sobre la mesa porque hizo lo imposible por tratar de estrecharle la mano antes que el resto. No pudo porque la mesa era muy ancha, pero su triste espectáculo me puso un poco más alegre. Sin embargo, no era el único dispuesto a transitar por el solitario camino de la pena ajena, porque Coelho, sentado por azares del destino y de Mafer al lado del Búfalo, aprovechó cuando este se levantó a saludar para acomodarle la silla y

hasta espantar una pelusa que ¡oh! había osado posarse sobre su elegante traje. Para concluir, y puedo pensar que era parte de una conspiración a la altura de aquella que llevó a la muerte a Julio César, Paolo Casiraghi pidió un fuerte aplauso para Jerónimo Duncan Tercero:

—... nuestro único y singular vecino, a quien tantas atenciones debemos.

Había en esas palabras una sorna terrible y cuando la sala apenas estuvo cruzada por los aplausos míos y de Eurídice, supe que la conjura de los ricos estaba ejecutada. Jerónimo apenas si hizo un gesto de algún tipo. Creí que iba a sufrir un ataque en cualquier momento, por lo que no me quedé de otra que tomarme un buen trago del vino blanco que estaba sobre la mesa.

La comida fue espectacular, para qué negarlo. El chef Lulú sí que podía mezclar de manera diligente los más impensables ingredientes con las nociones de la mecánica cuántica. Vale destacar las langostas Schrödinger que, según explicó, venían de la famosa analogía física y que inventó mientras fundaba un movimiento para matar de la manera más humana posible sus materias primas. Alguien se atrevió a preguntar cómo entonces cocinaba a los crustáceos y entonces el chef Lulú, enrojecido, casi llora explicando que no había otra manera que vivas, en agua hirviendo, pero que si se tapaba la pecera y la olla con suficiente eficacia, al igual que en la analogía, los chef más sensibles y con membresía en su movimiento podían creer que en alguna dimensión los animalitos seguían vivos. Nadie, ¡escuchadme bien humanos que me leerán en el

siglo 22!, nadie puso cara de... qué coño está diciendo este tipo..., sino al contrario, mostraron una infinita tristeza por la historia de Lulú, hasta el instante en que sintieron la carne en la boca y entonces allí se les olvidó el dolor del pobre animal y se lanzaron a halagar la audacia del cocinero. Cleo, en un punto entre satisfecha por la jartazón de langosta y excitada por el vino, me dijo que debería culturizar más a los hermanos Castillo para ver si era posible relanzar Perrito Loco en un mercado más amplio con una comida más cercana a lo *gourmet* y menos a lo popular. Pero no me veía tratando de explicarle a Eder, Efrén y Edgar sobre la teoría del caos o el principio de la incertidumbre para que pudieran cocinar los tequeños fríos que sacaban de la nevera. Es más, creo que en algún momento en que les comenté la anécdota de la langosta, el único comentario que salió de Edgar fue:

—Nooooo, jefe, pero entonces o somos mariscos o somos moluscos...

Así que no, mejor me quedaba en la zona de confort, la cual implicaba obviamente decirle a Cleo:

—Sí, querida, buena idea, lo haré.

Jerónimo Tercero pasó toda la noche descolocado; además, pocos acompañaron su manera de decirle a Lulú que pensara en cocinar un plato típico de su tierra que llamaban patacón en agujero negro. El chef lo escuchó atento y hasta le partió la manito mientras le decía que lo iba a pensar, pero luego Casiraghi se acercó y le explicó verdaderamente lo que Tercero había querido decir y el hombre se ofendió a tal punto que pidió más respeto para sus

descubrimientos, pero al crispase en busca de una disculpa cometió el error de adelantar que su último plato era la demostración gastronómica del bosón de Higgs. Entonces Jerónimo arremetió, francamente desatado, asegurando que el único “bolsón” era él por haberle regalado tremendos premios a personajes tan malagradecidos y que si algo bueno había dicho el señor Jesús era que nunca había que darle perlas a los puercos. Eurídice se levantó y trató de calmar a Jerónimo. Yo mismo fui hasta su puesto (para lo cual tuve que caminar medio kilómetro para rodear la medieval mesa de Casiraghi) a pedirle que le bajara dos al espectáculo. Al tomarlo por el brazo, sentí un fuerte olor a licor que no provenía de las uvas cultivadas en Borgoña sino que estaba más cercano al destilado de una planta que suele abundar en los alambiques clandestinos de la frontera entre Paraguachón y Maicao. Eurídice me confesó entre susurros apenados:

—Es que ha estado bebiendo desde temprano...

Aquello fue suficiente para que supiera que no había otro camino que sacarlo de allí. Jerónimo, por supuesto, no iba a irse sin dejar una última declaración que se quedase en el alma y la memoria del chef Lulú, de los protagonistas de telenovela y del notable funcionario que nos acompañaban. Así que, alzando su mano, expresó en alta y sonora voz:

—Como dijo ya una vez Temístocles —no el estadista romano sino su excontador—ustedes no me botan, yo me voy...

Llevé contra su voluntad a Jerónimo a los ascensores, ayudado, por supuesto, por la fuerza mental de Eurídice,

quien lo amenazaba con ponerlo a dormir en el sótano si seguía dejándola en ridículo. El Jerónimo de veras estaba obtuso y se negaba a cooperar, pero en cuanto su esposa cambió el nivel de arpía suprema a la modalidad de manipulación nivel Dios, entonces el hombre que había elevado a la familia Tercero al montículo destinado a los exitosos, se desplomó. A ella le aparecieron unas lágrimas tremendas que humedecían las palabras: "... vos no me queréis Jerónimo, me quebráis el corazón...", y la inmensidad de su esposo se derretía en las respuestas amorosas y dedicadas: "... no digáis eso... que vos sabéis que lo que te quiero es verga...". Y en eso se la pasaron, en el *remake* maracucho de Romeo y Julieta hasta que logramos entrar al *loft* y poner al Jerónimo a descansar en su poltrona especial que había logrado comprarle a un hotel Four Season. Mientras, Eurídice se fue a retocar el maquillaje porque no pensaba irse a encerrar en su casa con la fiesta en su mejor punto, pero yo me quedé con Jerónimo para vigilar que la borrachera no le susurrara alguna que otra loca iniciativa. Tirado allí en la poltrona, se desabrochó la guayabera y el botón del pantalón. Miró hacia las esculturas de perros dóberman que custodiaban la entrada, resopló y después de darle un segundo de paz al silencio comenzó sus recriminaciones y maldiciones hacia Casiraghi, acusándolo de ser un demagogo y solo pensar en sí mismo. Luego pasó a destrozar la fiesta y a criticar que hasta en su afán de protagonismo le pusiera a la salsa el nombre del famoso jugador de básquet. No consideré pertinente explicarle a Jerónimo que cuando Paolo alababa la *gravy*

de Lulú, lo hacía porque esa era la traducción de la palabra salsa y no porque se refiriera a Greivis Vásquez. Pero Jerónimo estaba tan cómodo en su cadena de maldiciones a Casiraghi (arrepentimientos por no haber sido más osado en el Halloween, promesas de venganza...), que no pensé oportuno interrumpirlo. Me pidió que volviese a la fiesta para que fuese su espía y le terminara de contar hasta dónde iba a llegar la locura de su rival.

—No te quedéis aquí por mí —decía.

—No pensaba hacerlo, Jerónimo —le contestaba.

—Ve y disfruta, porque te lo merecéis —continuaba.

—Es lo que pienso hacer —exclamaba.

—Insisto, volvé con Rosita —finalizó.

Después volvió a resoplar y me tomó del brazo. Rogó que fuese objetivo y le contara si acaso la fiesta de Casiraghi iba a superarlo.

—Recordá a Cicerón cuando decía que “la verdad se corrompía tanto con la mentira como con el silencio”, así que contáme lo que veáis.

Le pregunté sonriendo si acaso ese Cicerón era algún familiar, pero Jerónimo, francamente molesto, me respondió que se refería al filósofo romano.

—Alvarito, no le tengáis miedo a los libros... —me aconsejó. No le dije nada más.

Bajé con Eurídice en el ascensor. Momento incómodo. La mujer no abrió la boca hasta casi entrar a la fiesta. Me tomó por el brazo y sin sutilezas me acusó de ser yo quien alentaba a Jerónimo a hacer todas las loqueteras que hacía. Fue como una patada en la zona más desprotegida, pero

como le vi en los ojos la llama antigua de las mujeres guajiras, preferí tragarme el orgullo y la rabia antes de verme envuelto en semejante berenjenal y le di la razón. Volvió a su puesto como si nada hubiese pasado y me dejó varado en la entrada, a merced de la mirada descortés de los adláteres de la mente maestra de Paolo Casiraghi. La única protección que tuve contra el mal de ojo de los potentados del San Marino fue que mi atención se desvió hacia el celular que vibraba en mi bolsillo. Otro mensaje me congeló:

¿No puedes hablar? ¿Estás castigado?

Contesté de inmediato:

¿Quién es?

Dos minutos, tres minutos mirando como estúpido el teléfono y me cansé de esperar la respuesta...

Al regresar al lado de Cleo, me preguntó si acaso no me daba vergüenza ser amigo del salvaje de Jerónimo. Le contesté que no, que me parecía más salvaje el chef Lulú cuando contó que el pavo que comimos fue asado a través de un acelerador de partículas. Mi linda esposa se ofendió terriblemente y viró el cuerpo con mucha gracia hasta que no vi sino su nuca. Creo que durante el tiempo que duró la cena, no volvió a dirigirme la palabra. Lo agradecí. Quien insistía en buscarme conversa era un señor ya mayor que estaba a mi izquierda y era del piso cuatro. Él y su esposa —una ancianita muy vivaz que no paraba de mostrarme fotos de sus hijos y nietos, que al parecer se habían ido del país— querían ser mis amigos a juro y no dejaron que disfrutara del postre. Felicitaron el buen gusto que tenía al escoger a mi esposa y pidieron que les mostrara fotos



de mis hijos. Les dije que no tenía siquiera planes de tener alguno. Ellos se mostraron sorprendidos pero comprensivos, no me juzgaron en lo absoluto. Sin embargo, la señora sí se empinó un poco por delante de su esposo para decirme en voz baja:

—Quien no tiene hijos apenas ve la mitad de la película. —Y me apretó el cachete de la manera tradicional en que suelen hacerlo las viejecitas prototipo.

La conversa se hubiese extendido, pero un estruendo llegó desde los cielos nocturnos. Un ventarrón entró por las puertas de cristal al tiempo que un sonido reconocible me dejó incrédulo. No era posible que fuese lo que sospechaba, pero sí, lo era. Casiraghi nos pidió ir hasta los jardines desde donde despediríamos al chef Lulú, quien debía irse hasta el paralelo 33 para demostrar que era posible reconciliar las ideologías a través de un menú equilibrado y lleno de carácter. Los comensales fueron disciplinados y diligentes para ir hasta los jardines, donde se había posado un helicóptero negro muy hermoso, que parecía haberse salido de la pantalla de alguna película de acción. Mientras el chef Lulú partía la manito y se despedía de los vecinos más adulantes, una energía sobrenatural me hizo voltear hacia la ventana del *loft* de Jerónimo. En ese momento, las luces de la casa se apagaron y las cortinas se cerraron. Vi al Jerónimo asomarse por una pequeña rendija para espiar el acontecimiento provocado por el aparato volador. Podía imaginarlo presa de una gran consternación, al evidenciar cómo sus vecinos le daban la espalda y se entregaban a sus placeres de clase a través de la mano

bondadosa de Casiraghi. Antes de abordar el helicóptero, el chef Lulú hizo un nuevo gesto para despedirse, muy similar al de Nixon cuando abandonó la Casa Blanca después de su renuncia. Pero luego se detuvo un segundo para, con un pie en el helicóptero y otro en la tierra fértil del San Marino, agradecer a su benefactor por traerlo a esta velada y además, darnos la primicia de que iba a lograr la paz entre las Coreas, porque había entendido que la culpa del conflicto la tenía el gusto autóctono por la comida picante. Silencio, motores encendiendo y de un momento a otro los aplausos llenaron los espacios verdes de la residencia. El helicóptero se fue despegando de la tierra y con él la figura esférica y enorme del hombre que había llevado la cocina a un paso de convertirse en religión. Creo que vi unas cuantas lágrimas y puede que otro peluquín volando al arreciar el remolino provocado por las aspas potentes.

Cuando ya las luces roja y verde del aparato desaparecieron en el horizonte oscuro de la noche caraqueña y cuando ya no eran sino un rumor en mi cabeza las palabras metafísicas de Lulú, estallaron los fuegos artificiales y Casiraghi pidió a todos que brindáramos por el futuro brillante que les esperaba a los propietarios del San Marino. Se formaron algunos grupos. Cerca de la piscina los más jóvenes, liderados por Stefano, el hijo de Casiraghi y León Magno, el hijo de Jerónimo. Rodeaban a la pareja de protagonistas de telenovelas y les hacían preguntas y ofrecían bebidas y risas gratis. En una zona del jardín se habían recostado las mujeres, para disfrutar de más vino mientras debatían las premisas dejadas por Lulú antes de partir.

En la mesa, cercanos al trono de Casiraghi, unos cuantos hombres bebían brandy y encendían habanos al tiempo que le preguntaban al Búfalo cómo le hacía para trabajar en el centro de la ciudad, tan alejado de la zona bancaria de Caracas. El hombre en los momentos iniciales fue comedido y respondía con frases cortas e inocuas, pero a medida que el brandy se le mezclaba en la testa con las copas previas de vino, fue sintiéndose a gusto y pasó a soltar la lengua con una indiscreción muy difícil de resistir.

Estuve dudando sobre a cuál grupo unirme, pero estar con los jóvenes me iba a hacer parecer una especie de depredador sexual y honestamente no tenía ganas de ir con Cleo y sus amigotas, que en ese momento habían saltado de la mecánica cuántica al debate sobre la existencia de ángeles guardianes; así que respiré hondo y me acomodé junto al contingente de detestables. El Búfalo se desenvolvía en *spanglish* con una comodidad pasmosa, pero luego entendí, cuando echó el cuento de su vida y de sus estancias en la Universidad de Chicago, que eran reminiscencias de una nostalgia que no terminaba de morir. Los ojitos de Pedro Pedrito adoraron al Búfalo y no perdían de vista un gesto, una palabra, nada. Montes de Oca, Del Trigo y el mismo Joao Coelho, estaban presos de un encantamiento brutal y puedo creer que si les daban un empujoncito iban a terminar aceptando cualquier clase de orgía. El placer que les daba cuando el Búfalo comentaba que estaba decidido a introducir reformas al país, especialmente en la compra y venta de divisas, hizo que Casiraghi ordenara al *maître* que descorchara la botella súper especial que le dio

en custodia. Era una botella de un *whisky* rarísimo del cual solo se hacían, según el Casiraghi, cien botellas cada veinticinco años. El *maître* sirvió él mismo todos los tragos. Lo probé y no me pareció la gran vaina, pero todos los demás casi que se masturban sobre la mesa y al igual que en el caso de sus esposas, empezaron a hablar de las diferencias entre las barricas de roble inglés y las de arce canadiense. Joao Coelho le preguntaba si sentía el gusto a madera “justo detrás del paladar” y yo solo pensaba, desde mi rincón silencioso, que los hermanos Castillo no habrían pelado semejante comentario. Luego de unos minutos de debate donde por poco no piden unas faldas y unas gaitas para ser más escoceses que William Wallace, decidieron que la noche se iba y aún no hablaban de lo importante. El Búfalo echó una ojeada a todo el lugar y dijo que desde hacía mucho no se sentía tan a gusto. Casiraghi le palmeó el hombro. Luego se dieron la mano y se miraron con afecto de borrachos. El hombre del comercio exterior sintió que les debía algunas respuestas y comenzó con el tópico geografía. Confesó que sentía miedo cuando se borraba de su referencia visual la Torre Previsora, la cual era como un faro que le marcaba las fronteras de su “verdadera ciudad”. Sin embargo, tuvo que llenarse de coraje las primeras veces que manejó solo hacia el centro de Caracas, hasta que aprendió una ruta segura que no abandonaba por ningún motivo. Claro que la cosa, a su parecer, mejoró cuando recibió el nombramiento y ya del camino se ocupaban los choferes. Todos lo miraban como si estuviesen al frente del primer hombre que conquistó el Polo Norte y movían

las cabezas en una sincronía de quienes comparten el mismo sufrimiento.

El Pedro Pedrito preguntó, con su lenguaje edulcorado y lleno de tecnicismo, cuáles serían las tendencias en los próximos años y qué opinaba del negocio del “turismo”. El Búfalo se mostró francamente interesado en la perspectiva económica del Foucault y le pidió detalles, incluso llegó a proponerle nuevas vías para expandir su visión hasta niveles más allá de lo imaginable. Entonces pronunció la palabra que los hizo delirar: el negocio está en la banca. Aplausos y bocanadas de humo. El Búfalo les dijo que consideraba que los banqueros venezolanos estaban demasiado achantados en la facilidad de vivir aquí. A su manera de entender, el petróleo le estaba haciendo un daño terrible al país, pero no como lo suponían algunos pensadores pasados, sino porque causaba una desatención, un relajamiento, en los hombres de negocio.

—Al igual que las guerras para EE.UU., la renta nos ha adormecido, se ha convertido en una zona de confort —proclamó mientras pedía que le rellenaran el vaso.

Desde su perspectiva afilada por los excelsos profesores de Chicago, no había mérito en la riqueza súbita si esta no venía acompañada de un valor agregado a la economía. Foucault se vio poco receptivo, al igual que el resto de oyentes, pero cuando yo mismo esperaba que el Búfalo les diera palo moral por ser una cuerda de vivos, el tipo habló de las finanzas de partículas y dijo que debíamos convertir el petróleo, el oro, el carbón y cuanta cosa guardara el suelo, en algo atractivo para los inversionistas internacionales.

El ánimo comenzó a subir. Expuso que lo importante no era el dinero, sino la ilusión del dinero y que además ya pocas cosas quedaban en la tierra que no tuvieran su clon en el mundo de lo virtual. Fue cuando les comentó a sus nuevos discípulos que era necesario prepararse para “el gran salto” que estaba dispuesto a dar en los próximos meses. Sentí que Joao se desmayó a unos metros de mí, pero fue una “ilusión de desmayo” porque realmente se amarraba los zapatos. El Búfalo comenzó a interrogar a cada uno sobre a qué se dedicaba, pero como siempre odié esas estrategias introductorias traté de escaparme, sin éxito.

—¿Y tú a qué te dedicas? —me preguntó. No quise parecer menos que nadie allí y no sé por qué dije lo que dije:

—Soy empresario.

La forma en que mal entoné la frase hizo que sonara falsa, más que eso, insegura. Pero ya el mal estaba hecho. Siguió interrogando y me hizo que le contara gran parte de la dinámica de las franquicias. En un punto me detuvo y algo consternado preguntó:

—¿Y tú no te traes nada de afuera? ¿No importas nada para tu negocio?

—No veo la necesidad —le dije.

Me sentí en el bachillerato al ver la cara de burla del resto. El Búfalo bajó la cabeza y pareció sumergirse en una profunda agonía.

—¿Has pedido créditos para tu negocio? —preguntó en voz baja.

—No me gustan los créditos —contesté. Abrió los ojos como si hubiese revelado algo muy vergonzoso.

—¿Cómo es la *fokin* vaina...? *Are you kidding me?*  
¿Estás diciendo que trabajas con tu propio dinero?

La respuesta afirmativa hundió el momento en una clase de subnormalidad. De pronto, no sabía dónde me encontraba y qué se suponía estaba mal o bien en mi vida. Foucault interrumpió como el propio niño delator con su clásico:

—Te lo dije, Álvaro.

Sin embargo, el Búfalo se mostró compasivo y pidió a sus seguidores que no me trataran con maldad, sino llenos de la bondad del turista que se topa con una especie en peligro de extinción. Solo así cambió la expresión de asco de todos y comenzaron a mirarme como si fuese una clase de maldito oso panda que ha perdido su última oportunidad de copular.

Después se les diluyó la atención puesta sobre mí, dejándome tirado en un rincón. Desde allí los veía entrecho-car los vasos y derramar el *whisky* mientras aseguraban que se venían tiempos de crisis pero, contrario a lo que supuse, aquello en vez de entristecerlos los llenaba de gran optimismo, pues su nuevo avatar les aseguraba que era en los momentos de incertidumbre cuando las fortunas podían ser amasadas. Después los invitó a pasar por su oficina para discutir los detalles técnicos, que era algo así como un eufemismo para decir que era en ese lugar donde se hacían las “marañitas” (Jerónimo *dixit*).

Volví adonde Cleopatra, quien no mostró mucho ánimo al verme. Le dije que deseaba ir a dormir, pero ella quería quedarse un rato más porque la conversación estaba

buenísima, es decir, que ya habían abandonado la charla sobre arcángeles y se sumergían en el complejo mundo intelectual que comienza con la frase: “Pídele al universo y se te dará”. Por su parte, los adolescentes se habían lanzado a la piscina y flotaban sobre colchonetas inflables, mientras los mesoneros hacían malabares para saciarles el deseo de atiborrarse de margaritas y piñas coladas. Stefano y León Magno dialogaban en unas tumbonas fuera de la piscina y miraban el cielo nocturno con bastante calma. Pensé que a lo mejor sus padres deberían aprender algo de ellos y hasta tuve ganas de aleccionar a Casiraghi y a Jerónimo, pero mi ánimo se desinfló en el ascensor. Entré al *loft* y sentí que Nina continuaba viendo televisión a esas horas. Al acercarme al cuarto de servicio la vi dormir con el aparato encendido. Apreté el control remoto y la pantalla pasó a negro. Sentí su respiración profunda y supuse que estaba en el estado alfa del sueño. No entiendo por qué coño lo hice, pero me acerqué a ella para sentir el calor de su aliento. Estuve tan cerca que no pude impedir darle un pequeño beso en los labios. Ella se revolvió en la cama y me espanté. Pero no salí del cuarto y ella tampoco abrió los ojos. Después de unos minutos allí, diluido entre la oscuridad y el cuerpo desprotegido de Nina, decidí que lo mejor era ir al cuarto principal y lanzarme sobre el colchón; me desvestí y antes de dormir revisé el celular. Había un mensaje en el buzón de entrada. Dudé un instante, pero decidí no leerlo porque tuve la sospecha de que si lo hacía ya no habría vuelta atrás.





## *Femme fatale*

Pasé la mañana entera evadiendo el teléfono. Busqué distracción en la televisión, en la prensa del día domingo, en una larga caminata por los alrededores del San Marino. De todos modos fui vencido a eso de las once de la mañana, al encontrarme de nuevo en el *loft* sin saber qué más hacer. Nina me informó que a la “Señorita Cleopatra” le dolía la cabeza, se había ido a dormir luego del desayuno y que había pedido expresamente no ser interrumpida. Circunstancia perfecta para encarar la realidad. Tomé el celular y el mensaje me golpeó directamente el estómago:

Es Elena, la amiga de Manuel. ¿Me recuerdas?

Claro que te recuerdo, quería decirle; es más, no he dejado de soñar contigo. Nada le escribí.

Durante el almuerzo llamé a Manuel. Hablamos de trivialidades, de qué pensaba de mis nuevos vecinos y de cómo le estaba yendo en su nueva cátedra en la universidad. Me llenó de detalles sobre la burocracia académica y de que estudiaba la idea de lanzarse a decano de la facultad. Le recordé que sus propios compañeros de partido le

recomendaron ser cauteloso porque no vivíamos en los años sesenta y que además él era muy explosivo como para asumir un cargo administrativo. Guardó silencio. Me disculpé si lo contrariaba. Dijo que no estaba pensando en mis palabras sino en otra cosa, algo que le costaba confesar. Aquello fue de lo más extraño porque Manuel no era sujeto de andarse con rodeos. Le dije que me contase, pero pidió que quitara el altavoz primero.

—Manuel, estoy comiendo...

—Es importante —insistió.

Volvió a quedarse callado. Solo su respiración llegaba desde el otro lado del aparato. Tomé el teléfono y me levanté de la mesa. Caminé hacia la ventana mientras Manuel comentaba que ya en la historia se habían registrado muchos casos similares, con lo cual no iba en contra de alguna ley y mucho menos en contra de los principios expresados por Frantz Fanon o por el sacrosanto manifiesto comunista. Se encontraba francamente consternado. Me pedía disculpas si acaso no le llegaban con claridad las evidencias que apoyaban su punto de vista y en vez de registros históricos o documentales terminaba tarareando la lírica de una famosa canción de Rubén Blades. Traté de convencerlo de que nos viésemos, de que se llegara hasta alguno de los restaurantes para hablar con mayor libertad, pero el hombre estaba muy urgido de soltar aquel peso. Por último, decidió que lo mejor era decir la verdad:

—Álvaro, necesito volver a ver a Mafer.

Por un momento pensé que no escuchaba bien, que a través de la línea telefónica me había marchado de nuevo

al bachillerato, a la circunstancia desastrosa que convirtió a Manuel en el dilecto apóstol de la lucha de clases. A los momentos en que llegaba muerto de la rabia a la casa y se acostaba mucho más iracundo, mientras despotricaba de la superficialidad inherente a la adolescencia de los clase media venezolanos. Papá y Mamá obraron mal, porque en vez de ser empáticos se reían, desmeritando el dolor que vivía. Para terminar de arruinarlo a todo, en cuanto lo atrapaban mirando por la ventana leyendo poesía, le llegaban cobardemente desde la retaguardia para decirle con estúpido mal entendimiento de padres: “¡Eeeeeecho... alguien como que está enamorado!”. Lo cual, por supuesto, más arrecho lo ponía y le hacía lanzar a Benedetti al suelo al tiempo que declaraba que el amor era un fetiche mucho peor que la propia mercancía.

Una noche lo sentí llorando sobre la litera. Tenía terror de preguntar qué pasaba, sin embargo, el amor filial pudo más, estiré el brazo y lo toqué. Él agarró mi mano y luego le fue más difícil disimular el llanto, no recuerdo cuándo dejó de llorar porque me dormí. Por la madrugada lo sentí acomodarse a mi lado, cosa que no hacía desde que tenía cinco años. Empezó a hablarme sin que pudiera seguirlo. No obstante, recuerdo que bajo el influjo de sus palabras empecé a soñar con el colegio y lo vi entrando al patio central a caballo como si fuese una tropa libertadora que buscaba la conquista del territorio enemigo. Un nombre se repetía en el sueño, en el cielo lechoso e informe, en las paredes, en las flores, en los árboles, en los pizarrones: Pierina Mazzone. Y la rubia salía a recibirlo y lo rodeaba

y le sonreía, pero nunca se montó en el caballo. Prefirió despedazarse junto con las piezas frágiles de artillería y desapareció cuando la alarma anunció que debíamos prepararnos para ir a la escuela. Durante mucho tiempo espíe a Manuel luego de aquella noche. Lo veía vagar solo en las horas de recreo, con sus libros bajo el brazo y una pequeña libreta de anotaciones, despegado de su entorno, arrinconado en su dolor profundo. Una que otra muchacha se le acercaba, supongo que por ese instinto maternal-amoroso que llevan en los huesos, le pedían versos y cartas de amor, pero nunca lograban sacarlo de aquella prisión. Odié a la Pierina mientras paseaba sus tetas recién aparecidas en el último verano, odié a la Pierina cuando reía con muchachos que no eran Manuel, odié a la Pierina cuando trajo la falda más corta que director alguno recuerde, odié a Pierina cuando rompió en el patio de recreo una carta que por el color y la forma había salido del pecho de mi hermano. Así que cuando Manuel me dijo por teléfono que no podía dejar de pensar en Mafer Casiraghi no quise reírme, sino preguntarle si no había aprendido lo suficiente de su paso por la secundaria, y aún más tuve ganas de preguntarle si acaso el mismo Che Guevara habría aprobado que uno de sus más fieles y capaces soldados se derrotara a sí mismo al entregarse a un sentimiento que no era amor ni nada, sino un capricho, una obsesión que debería ser tratada con recurrentes sesiones de terapia.

Accedió a que nos viésemos por la tarde en la sucursal de Perrito Loco recién abierta en Plaza Venezuela. Cuando se sentó con esa mirada de culpa y terror por verse

tan débil y desprotegido, sentí que era necesario usar una carta destructiva y arriesgada, pero supremamente necesaria. Entonces, como si fuese la partida de truco o de dominó más salvaje de la historia, lancé sobre la mesa con desmedida brutalidad el nombre de Pierina Mazzone. Manuel ni siquiera levantó la vista del shawarma que estaba comiendo, parecía un cachorro que ha mordido la pata del mueble o ha roto un costoso jarrón. Sin atreverse a mirarme, dijo que Mafer Casiraghi le recordaba terriblemente a Pierina. Que de no ser porque Pierina era más baja, hubiese jurado en la fiesta que se trataba de la misma persona. Le pregunté si era posible que el disfraz de diosa griega que usó Mafer durante el Halloween hubiese anulado su filtro para calibrar la realidad. Manuel desechaba cualquier cosa que le dijese y como el propio drogadicto incapaz de entender sutilezas, volvió a pedirme el número telefónico de la Mafer. Tuve que decirle que no podía hacer lo que me pedía porque conocía su comportamiento frenético y desbocado, y Rosa Cleopatra Carter Becerra me iba a matar, literalmente, si llegaba a servir de colaborador a semejante locura. Preferí continuar con las argumentaciones, inútiles por supuesto, que comenzaban con la ínfima cuestión de que Mafer estaba casada y que concluían con una máxima del propio Manuel para referirse a gente como mis vecinos:

—Ellos nos desprecian...

Nada causó efecto y llegó incluso a amenazarme con llegar hasta las puertas de la residencia y secuestrarla, como si se tratara del propio Paris llevándose a Helena de

Troya. Después pensé que ese era el motivo con el que se disfrazaron los Casiraghi el día del Halloween y me pareció todo un poco extraño. Manuel supo que no tendría éxito conmigo y desistió luego de comerse el shawarma. Quedó tirado en la mesa sin ánimo de tomarse su té de durazno. Me dio dolor, pero no podía ceder. Además de parecerme su capricho una autentica locura, me iba a arrastrar hacia el despeñadero y no estaba para tales circunstancias. Aproveché que su guardia estaba bien baja para comentarle que Elena me había contactado.

—¿Sabes algo de eso? —le pregunté. Manuel me miró con desdén.

—Elena es pana, pero está loca.

—¿Le diste mi número de teléfono?

—Sí.

—¿Por qué, Manuel? Puede causarme problemas con Cleo.

Manuel se levantó de la mesa y llevó la bandeja hasta el bote de la basura. Luego se quedó a mi lado y me puso una mano en el hombro.

—Le di tu teléfono porque los dos están faltos de afecto.

Cuando Manuel se fue del local me quedé enredado en su último comentario. Me molesté, no debo negarlo. Pero luego se me pasó cuando hice una medio revisión honesta y encontré que era posible que la hipersensibilidad de los últimos días tuviese un origen, una razón. De todos modos, dejé de enfocarme en mí. Comencé a perderme en especulaciones imaginarias, en las cuales veía a Elena escribiendo en su diario sobre la necesidad de encontrar al

hombre de sus sueños, mientras páginas enteras acaparaban las preguntas infaltables sobre si su soledad o el fracaso de sus relaciones se las debía a su físico o personalidad. Después podía verla teclear mi número de teléfono, llena de coraje luego de beber algunas copas de vino, sopesando si sería correspondida o, por el contrario, si podía sumarme a la lista de sus desencantos.

Pasaron dos semanas antes de que me decidiera a escribirle. Ya estábamos a mitad de diciembre y había tenido un pequeño altercado con Cleo porque ella insistía en que debíamos ser los primeros clientes del estafador de Foucault y viajar a Perú, que en ese momento era, junto a Curazao, Panamá y Colombia, uno de los destinos predilectos de la novel empresa de su amigo. Empresa que, por cierto, no tenía ninguna oficina, ni dirección fiscal, ni un teléfono local y que funcionaba casi por completo en la estructura cerebral del Pedro Pedrito y en el interior de un pequeño maletincito que una vez llevó a nuestra casa y que le bastaba para guardar, por los momentos, folletos turísticos y una calculadora. “¡Estafa! ¡Estafa!”, le gritaba a Cleo cuando su amigote abandonaba el *loft* y le señalaba los aspectos más básicos sobre por qué su negocio era tan lucrativo e informal. Ella hervía de odio y me decía que nunca entendía nada de cómo avanzaba la tecnología y que ahora, con el teletrabajo y la división por proyectos, ya no era esencial tener una oficina para considerarse exitoso. Le contestaba que, a mi juicio, la única razón por la que el hombre no terminaba de echar raíces era porque no quería que lo ubicara la división de legitimación de capitales.



Cleo seguía enfadada y yo le acrecentaba la rabia, porque en realidad no podía decirle que la razón para no viajar era que esa iba a ser la última navidad con su padre.

Cleo desistió de viajar, pero me hizo pagar (cree ella) con el hecho de que pasaríamos las festividades con su familia en el *loft*, que ella escogería la cena navideña y ya no dejaría a mi criterio el regalo de Santa, por lo que en los próximos días recibiría instrucciones precisas sobre qué obsequio comprar. Tan linda mi Cleo, siempre llena del espíritu de la Natividad o, como diría la esposa de Coelho:

—De nuestro *Baby Jesus*—Pronúnciese: beibi yísas.

Accedí con naturalidad para mantener la coartada, lo que me llevó a decir unas cuantas maldiciones y a zapatear el suelo como muestra de inconformidad. A Cleo aquellas señales le bastaron para pensar que la cuestión estaba zanjada y desapareció del *loft* rumbo a su oficina hasta la casi medianoche, o hasta que le chuparan la última gota de petróleo al subsuelo venezolano. Me encerré en el baño y sin negar que el corazón estaba sensiblemente acelerado, escribí:

Hola, Elena. ¿Nos tomamos un café?

Creí que iba a desplomarme en la ducha, sentí que me espían, que alguien había encendido alguna alarma y esta gritaba: “Infidelidad en proceso, esto no es un simulacro. Repito: no es un simulacro”. Abrí la ducha y me desvestí. Mientras me bañaba entendí por completo la práctica católica de lavar los pecados. Yo no solo les eché agua, sino que me los enjaboné por completo y hasta les puse el doble de champú que otras veces. El timbre del

teléfono me sobresaltó. Tenía un nuevo mensaje. Con la espuma cayendo sobre el suelo me precipité y leí que me citaba a eso de las cuatro de la tarde.

Ok

Le escribí, volví a la ducha con los ojos cerrados y de pronto el sonido de la regadera se convirtió en una auténtica catarata. Nunca me costó tanto vestirme. Muchas veces Cleo me acusaba de ser peor que Einstein y me pedía variar la ropa cotidiana. Dejar los *jeans* y las chemises unicolor y quizá enfocarme en un estilo algo más (como *Pítar*) contemporáneo, o la traducción aceptada: *Hipster*. Estaba harto de explicarle que no podía variar tanto mi estilo y menos teniendo de subordinados a los intolerantes de los hermanos Castillo, quienes no perdían oportunidad de burlarse de los clientes que llegaban hablando como si mascararan chicle, que se ponían lentes de pasta sin necesitarlo y pantalones tan apretados que le daban una verdadera dimensión a la expresión: segunda piel. De solo pensar en que de un día para otro, sin anestesia, sin prepararlos a través de indirectas y comentarios dejados con hábil artesanía, llegaría calzado con unos zapatos estilo duende y una franela ajustada con el logo de los Rolling Stones, me provocaba náuseas. Casi el mismo estremecimiento que sentía en los momentos en que miraba el espejo y me daba cuenta de que nunca en mi vida dudé tanto en qué color de ropa usar. Terminé por ponerme una camisa manga larga y un saco, los cuales maldije mientras transitaba por la autopista de Prados del Este. A veces me topaba con mis ojos en el retrovisor y me decía: ¿qué carajo estás haciendo? Ese

que está allí no eres tú. Álvaro González es un hombre que gusta de la paz del matrimonio y el trabajo con horarios. Álvaro González es un tipo tranquilo, que al contrario del 99.99% de seres humanos, no odia los domingos a las seis de la tarde, sino que los espera casi con la misma calma que los lunes por la mañana. ¿Quién es entonces este que maneja rumbo a los jardines de La Estancia para encontrarse con una mujer que apenas conoce? ¿De quién son esos ojos que me observan, que parecen pedirme algo?

No entiendo cómo no me maté en la autopista porque llevaba tal grado de abstracción que no recuerdo más de la mitad del recorrido. Me estacioné cerca. Miré el reloj. Puntual como siempre. Respiré y me di una última ojeada en el espejo retrovisor. Maldito saco, dije antes de bajarme. Hacía calor y yo transpiraba de los nervios. Quise entretenerme comprando un helado en la entrada de los jardines, pero luego pensé que me iba a manchar los dientes o que a lo mejor me caería mal y tendría que buscar un baño en el peor de los momentos. El heladero haitiano tuvo que volver a guardar la mercancía luego de mi negativa y dijo algo que no entendí, pero que sonó a una mentada de madre con acento vudú. Quise pagarle igual, pero él no aceptó. Supongo que estaría cansado a esa hora como para calarse a un sujeto tan indeciso, nada que ver con mis ancestros que fueron hasta su tierra doscientos años antes para planificar rebeliones y grandes guerras. Creí que lo mejor era disculparme diciéndole: Hermano, soy lo peor que ha parido la generación bicentenaria. Pero cuando estuve a punto de pronunciar semejante estupidez, escuché

que una mujer me llamaba desde lejos con una mano en alto y un vestido que seguía la misma dirección del viento.

Algún día fundaré una compañía que se dedique a fabricar tarjetas postales y colocaré mensajes reflexivos como el siguiente: “Deja de preocuparte por la primera cita, nunca será como la imaginas. Ni mejor ni peor, solo diferente...”. Elena me hizo sentar en un pequeño mantel que tendió en la grama. Luego cruzó las piernas, y desde su posición de loto, me lanzó su primera flecha anticipado:

—Así que eres de esos hombres que usan saco y corbata. —Y activó su gran cara de duda. Luego me dijo—: Ahora, puedes criticarme.

Se levantó y dio una media vuelta, luego volvió a sentarse. Su vestido estampado se mezcló con las luces y la sombra del árbol y por un momento pensé que desaparecía en un giro interminable.

—Nada que objetar —le dije.

Empezó a señalarme algunos puntos del lugar y a hablarme de los jardines, de la gran casa colonial, de la edad de los árboles, de su idea de demoler los muros que separaban los jardines de la ciudad y de convertir el espacio en un área verde de libre acceso las 24 horas. No paraba de hablar, tampoco se quedaba sin oxígeno. Solo decía cosas y cosas, como si estuviese muy nerviosa o muy loca. La primera impresión que tuve es que no tenía muchas habilidades sociales.

—Dime algo que no te guste de mí. Mírame bien y no me mientas —dijo.

Alzó la barbilla, miró a la izquierda y luego a la derecha para que apreciara su perfil. Se quitó los lentes y acercó su rostro para que prestara atención a su párpado caído. Me pareció tierno el gesto, pero no pude traducir de manera adecuada el pensamiento.

—En general, está bien...

¡Qué iiiidiota...! Después de que a este planeta le ha costado tanto parir un Rubén Darío, un Rafael Cadenas, Gustavo Pereira, Benedetti, una Gabriela Mistral, un Neruda, Frost, Byron, Valéry, Elliot, Whitman, Sylvia Plath, Alfonsina Storni, Li Po, Tagore... a ti se te ocurre solo decir “En general, está bien”. Mereces ser fusilado, patético ejemplo de hombre promedio. Más vale que lo arregles, porque en estos momentos ella debe estar creyendo que eres parte de la especie más odiada por las mujeres que recién inician una relación: los “uno más del montón”. Igual, ella mantuvo la sonrisa diciéndome que podía liberarme del saco. Lo hice y arremangué mi camisa, mientras ella miraba cada una de mis acciones. Quería saber cosas de mí, qué había estudiado y por qué, cuál era mi música favorita y si fumaba. Respondí a casi todo con frases cortas, no como si estuviera en un diván, sino más bien como si rellenara un formulario de empleo. Creo que hacía mucho tiempo que no hablaba de esos temas. Hasta había olvidado que no terminé la licenciatura por culpa de la franquicia. Elena me preguntó si eso me incomodaba y solo le permití saber que no me gustaba dejar ciclos abiertos. Lo que oculté fue que en los últimos tiempos, quizá desde la mudanza al San Marino, comenzaba a echar en

falta no haberme graduado, sobre todo cuando escuchaba a todos mis vecinos decir que eran economistas o abogados y luego pasaban a detallar sus posgrados en Alemania, Inglaterra o Estados Unidos.

Nos levantamos para ir a buscar café. Conversamos hasta el anochecer, sin que Cleo apareciera en ninguna línea. Tampoco le pregunté si había alguien en su vida y eso estuvo mejor, porque de algún modo no me hacía sentir como un miserable que le ocultaba a su esposa esta clase de encuentros. Era una libertad que me permitía disfrutar del momento sin mayores preocupaciones que elegir un buen tema de conversación. Elena me interrumpía para interrogarme sobre si había leído las noticias del día y preguntaba qué pensaba del genocidio palestino y de la hipocresía del Consejo de Seguridad. Asentía por simple automatismo, mientras hacía notas mentales para recordar comprar periódicos serios y dejar de alimentarme con los suplementos deportivos que los hermanos Castillo ponían en el mostrador. Cuando pasó al tema de las películas, me sentí como Maradona en México 86, allí sí que no podía pretender dejarme varado en el desconocimiento y conforme ella preguntaba yo le respondía como el que más. Mencionaba que no iba a perdonarle a Kubrick haber “arreglado” lo del Apolo 11 y eso me causó gracia porque Manuel opinaba lo mismo. Habló del último festival de cine independiente y de que con mucho pesar tenía que poner subtítulos para poder entender las películas de Almodóvar o Campanella.

Ella parecía disfrutar de la charla y de cuan cercanos nos encontrábamos en nuestras respectivas estéticas. Era

una buena oportunidad para preguntarle por qué me había buscado. Elena se sonrió y dijo, de pronto, que sentía ganas de fumar, miró a la mesa y soltó así no más:

—Me gustas.

Al sentir cómo esas palabras recorrieron mi cervical, llenando cada espacio con particular escalofrío, pensé “Oookey, ahora o te levantas de la mesa o te despides de la ilusa pretensión de creer que esto puede ser solo una inocente velada”. Sin embargo, algo se iluminó por la forma simple y sincera en que esa confesión se desprendió de su boca. Me provocó una sonrisa incontenible y tonta, así como las ganas de quedarme allí toda la noche. Elena me preguntó si podía acompañarla a casa de unos amigos. Vi el reloj y pensé demasiado la respuesta, así que ella se disculpó y dijo que no quería causar problemas. La encrucijada apareció en mi vida y una vez más tomé el camino del infierno.

Le escribí a Cleo un largo mensaje donde le explicaba las graves consecuencias que podrían derivarse de irme a la casa y no conciliar las cuentas en las sucursales y el problema mayor que significaba para la moral de los trabajadores que les dejara sin apoyo durante la jornada de limpieza. Fue el mensaje más largo de la historia, el más enrevesado y torpe. Para cualquiera con dos dedos de frente la ruptura de la rutina sería detectada con gran facilidad y acontecería lo inevitable: el interrogatorio, la persecución, la duda. Sin embargo, Cleo contestó con un “Ok” y nada más. De todos modos, no pude quitarme la sensación de ser perseguido y de creer que cada rostro en la ciudad me reconocía.

Llegamos a casa de los amigos de Elena y salió a recibirnos una mujer que estaba embarazada y llevaba a un bebé envuelto en una tela con motivos africanos, creo. Dentro de la casa se celebraba una especie de reunión donde convergían los últimos vestigios de la humanidad que ha desechado la esclavitud de afeitarse por las mañanas, ya sea las caras o las axilas. Bebían cocuy y se sentaban donde podían mientras hablaban de música, de las pretensiones vanas de los humanos por alcanzar la felicidad a través de lo material y de anécdotas cuyos referentes geográficos estaban en el sur del país o en alguna barriada caraqueña. La luz era tímida y el olor a cualquier cosa flotaba por todos lados. Elena me introdujo diciendo mi nombre y se sentó al lado de una mujer que sostenía un cuatro. Un hombre barbudo me observaba con atención, su cara era la comprobación de que en cualquier momento iba a ser consultado sobre mi vida. Pensé que debería tener una coartada, decirles que recién llegaba de rescatar focas bebés en el Ártico y de que próximamente iba a embarcarme en una cruzada para detener la construcción de una hidroeléctrica en la selva amazónica. Pero como supuse que quedaría como un imbécil si Elena ya se había adelantado en los detalles, me comprometí con decir la verdad. Sin embargo, nadie me preguntó a qué me dedicaba, no les interesaba qué había hecho durante el día o qué opinaba de la economía, o si me preparaba a marcharme del país para radicarme en algún país europeo. El gordo barbudo, que por Elena supe apodaban Tresmilarepas, estiró su brazo de ser mitológico y me dijo que si quería tomar cocuy. Me



puso la botella al frente y supervisó que bebiera a discreción, no uno, no dos, sino tres tragos. Luego se hizo a un lado para que me sentara con él. Elena quedó justo al frente. El círculo fue completado cuando llegó una pareja con más niños y más instrumentos musicales. Las mujeres aún amamantaban y se bajaron el sostén con la naturalidad de quienes se comprometen con una idea. Yo igual trataba de mirar a otro lado para no estorbar con alguna indiscreción el momento, pero muchas me buscaban conversa y contestaba con rapidez y siempre con alta tensión. Ellas se reían y le preguntaban a Elena sobre mí. Elena hablaba, pero decía cosas que nunca le conté y que supuse las habrá sacado del lengua suelta de Manuel. Cuando Tresmilarepas escuchó que era el dueño de la franquicia Perrito Loco, se emocionó y me dijo que siempre comía allí. Me preguntó si leía el buzón de sugerencias pues al parecer era un asiduo de hacer propuestas. Más cocuy gratis. No uno, no dos, tres tragos. Los niños que recién llegaban empezaron a corretear con un tambor y unas maracas y de pronto no pude escuchar nada más del barbudo. Nadie parecía darse cuenta del ruido que hacían o les parecía un fondo musical ya conocido. Elena hablaba con sus amigas, pero de vez en cuando me miraba. Sonreía al hacerlo. Preguntaba si estaba bien. Yo le decía que estaba bien, pero en un momento me pregunté qué hacía allí. La mujer del cuatro empezó a cantar una canción, poco a poco el ruido de los niños se fue disipando y caímos en un estado de meditación profunda. Alguien encendió unos inciensos. Tresmilarepas se

apartó de mi lado y buscó un tambor. Siguió la canción. La atmósfera cambió y con ella mi aprehensión inicial.

Dejé a Elena en su casa dos horas después. No recuerdo cómo pasaron las cosas, pero me fui a despedir o se fue a despedir ella y le rocé los labios. Nadie dijo nada. Ella se volteó antes de abrir la puerta del edificio y saludó desde la distancia. Más tarde, cuando quise reconstruir esa noche, solo me llegaron fragmentos sueltos, o mejor dicho, unidos por la urgencia de darle sentido a lo ocurrido. Tresmilarepas; la mujer del cuatro hablándome del cosmos y de la necesidad de conectarnos con él; Elena sonriendo; el cocuy; los niños preguntándome quién era; yo frente al espejo del baño de esa casa, del *loft*, mirándome en silencio, sin atreverme a hacer las preguntas obvias, las necesarias.

Fue imposible volver a ver a Elena ese diciembre; sin embargo, ya no pensaba en otra cosa. Cleo y yo pasamos la Nochebuena en el *loft* junto a sus padres, también la víspera de fin de año. Charles estaba encantado con la nueva casa y no dejó de hacer comentarios subliminales sobre su estado de salud. Decía que ya su misión estaba cumplida y que en cualquier momento se iba a ir sin ningún remordimiento. Cleo le pedía que dejara de hablar con ese tono porque le daba mal feng shui a la casa, y se ponía a abrazarlo y a darle besitos en la cabeza calva. A Rosa mamá se le aguaban los ojos, pero se mantenía estoica. Supuse que también compartía el secreto, lo cual me hacía sentir como un miserable. Así tendría el alma de transformada por la noticia de su inminente partida que le pidió a Cleo

que para el fin de año invitara a mi hermano Manuel, con quien deseaba limar asperezas ideológicas.

Ese 31 de diciembre ya no quedaban reminiscencias del Charles boina-verde. Estaba sentado en las lujosas poltronas compradas por Cleo, hablándole a Manuel sobre cuánto lo habían marcado las primeras imágenes de la vida indígena en Venezuela. Hablaba desde su exotismo extremo, pero Manuel (ya advertido de la condición de Charles) se mostró receptivo y en algún momento hasta le dijo que debería escribir un libro sobre los inicios de la industria petrolera. Charles se mostraba pensativo y sonreía, y hablaba de los campos que recordaban a cualquier club de golf de la Florida, y de la transformación de las ciudades bajo el impulso de la vida cosmopolita.

El teléfono celular estuvo en mis manos durante esas dos celebraciones, esperando algún mensaje o indeciso sobre si enviar alguno. Cuando Cleo me preguntaba qué tanto miraba el telefonito, le respondía la verdad: Jerónimo dice que Casiraghi lo tiene loco con los villancicos en inglés. Y ella salía en defensa explicando que eran las gaitas de los Tercero las que estaban acabando con la paciencia de los habitantes del San Marino. Traté de no discutir con ella, y me concentré en prestarle atención a Rosa mamá, quien estaba solitaria como siempre escuchando las historias de Charles y las respuestas de Manuel. Comimos y tomamos ponche y *whisky*, todos envueltos en una calma que nunca antes tuve. No hubo necesidad de mirar el reloj cuando se acercaba el fin de año, porque como parte de la guerra sónica entre Jerónimo y Casiraghi, el primero

de ellos conectó su equipo de sonido a todos los parlantes del San Marino y tuvimos a juro que vivir el ritual que empezaba con *Las uvas del tiempo* y concluía con “Me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá...”. Luego, la cuenta regresiva y la explosión de abrazos cuando ya entramos en un nuevo año. Abracé a Charles, a Rosa mamá y a Manuel y dejé a Cleo para el final. Quedamos como en una burbuja. Ella me besó y la besé. Me abrazó muy fuerte. Como nunca. También la abracé y por un momento creí que ambos nos estábamos despidiendo.

Cuando HAL es completamente desconectado –es decir, cuando muere– la nave reproduce automáticamente el video donde se informa a los astronautas del verdadero objetivo de su viaje. Dave Bowman descubre de repente que tanto HAL como sus difuntos compañeros astronautas y él mismo son todos víctimas de una misma mentira. Quienes planearon la misión confiaron más en una inteligencia artificial que en la inteligencia humana y para ello decidieron mentir a los astronautas humanos, pero hemos descubierto demasiado tarde que la inteligencia artificial, ante una mentira, se enfrenta exactamente al mismo tipo de dilemas morales o existenciales sin aparente solución. Es decir: la inteligencia artificial también puede terminar siendo neurótica y por lo tanto imperfecta. Los organizadores de la misión cargaron a HAL con una responsabilidad y un peso psicológico excesivo.

Finalmente HAL se quebró bajo la presión y él, como quienes le rodeaban, lo terminaron pagando con la vida.

El ser humano no puede crear nada mejor que él mismo.

EMILIO DE GORGOT

2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO, EXPLICADA PASO A PASO

## La feria de las banalidades II

### Éxodo voluntario

Charles murió a finales de enero a eso de las seis treinta de la mañana. Lo recuerdo porque esa noche me quedé a cuidarlo y sentí la máquina con su zumbido macabro y lo primero que atiné a ver fue el reloj del noticiero en la tele. Desde que mis padres murieron no había vuelto a ver el rostro de un difunto. Estaba apacible, puedo decir que hasta sonreía. Creo que se fue mientras soñaba o atrapado en un pensamiento que lo hacía feliz. Antes de dormir me pidió que le diera agua y se disculpó por lo mal que me había tratado. Le dije que no importaba, que ya nada importaba, pero él insistió, me tomó del antebrazo e hizo que le viera a los ojos mientras pedía disculpas. Decía que si de algo podía arrepentirse era de haber gastado gran parte de su vida en recriminaciones y amarguras. De lo que no se disculpó fue de haberles lanzado tantos *fuck* a los líderes rusos de la Revolución de Octubre, y a su compatriota Jimmy Carter, el cual, pensaba, había sido infiltrado en la sociedad

norteamericana para socavarla desde sus cimientos. Aunque en algún momento dispensó al expresidente demócrata, pues decía que al final no era su culpa ser como era.

—Solo es una víctima de la ingenuidad utópica de Kennedy—dijo.

Tosió varias veces en la noche y tuve que limpiarle la sangre de la boca. La enfermera me dijo en el pasillo que sus pulmones estaban muy mal y que dejara de buscarle conversación; me preguntó si estaba preparado para cualquier eventualidad, para lo inevitable. Le contesté que sí, pero mentía. Llevaba más de seis meses en la espera de lo que ya conocía; sin embargo, siempre es distinto y nada prepara del todo al espíritu. Tomé café en el pasillo, en una máquina automática que al principio devolvía los billetes que ingresaba. Cuando regresé a la habitación, Charles estaba con la vista en la televisión y le costó reconocermé en la oscuridad. Dijo un nombre que no pude atrapar, luego se le aclaró la mente a medida que me acercaba y pareció aliviado al verme. Me senté a su lado en la cama, acomodé su almohada y volvió a tomarme del antebrazo, dijo que no podía irse sin revelarme la verdad sobre Cleo. Entonces habló y me llevó hacia el pasado, a las barracas donde convivía en largas jornadas con las mujeres que no tenían cabida tras las alambradas que separaban a los empleados norteamericanos del resto de seres humanos. Y me infló la cabeza y el corazón de revelaciones que no sentí me pertenecieran, pero a las cuales estaba atado ya sin remedio. Al terminar la confesión quise saber exactamente qué deseaba que hiciera con aquello, pero nunca contestó, no podía

hacerlo pues el tiempo se le iba en mover la cabeza y toser sangre. Tomó mi mano y la mantuvo apretada contra la suya, y creí que le escuchaba decir:

—Ya sabrás qué hacer. —Luego se durmió y ya no supe más nada de su estancia sobre la tierra.

Cleo y su mamá llegaron por la mañana. Ya les había adelantado la noticia por teléfono. Ambas rompieron en llanto a través de las líneas telefónicas y también cuando estuvieron frente al cadáver. Se abrazaron un largo rato, cosa que nunca vi antes. Lamenté que fuese un momento como ese el que las uniera, pero igual creo que a Charles le hubiese agradado. Hicimos los trámites y ya para la tarde estuvimos en la funeraria. El entierro fue al día siguiente y en él estuvieron todos los empleados de las franquicias de Perrito Loco. También gran parte de los amigos de Cleo e incluso uno de los gerentes principales, creo que era el de Relaciones Públicas, porque llegó con dos inmensas coronas de flores con el logo de la compañía y el nombre de la familia escrito en escarcha. Como el Pedro Pedrito no podía pasar desapercibido, dio unas palabras luego del cura y habló de Charles como si acaso hubiese llegado con él directamente desde Texas. Luego abrazó a Cleo y se metió entre los dos a la fuerza, aprovechando que el sacerdote me dijo si no quería yo también decir algo. Quise negarme, pero el peso de las miradas colectivas pudo más que mi pánico escénico. Sin embargo, no recuerdo lo que dije, solo podía ver a la gente asintiendo como si acaso estuviese efectivamente tocando fibras muy profundas y los llevara hacia consideraciones existenciales elevadas. Manuel,



tiempo después, me aclaró que lo único que hice ese día fue mezclar las vivencias de Charles en Delta Amacuro con el discurso que le da el Replicante a Rick Deckard en *Blade Runner*. Lo consideró un tributo muy especial y en suma original. Cleo no opinó lo mismo. Apenas me puse a su lado me reclamó que lo mínimo que podía haber hecho era preparar unas mejores palabras para el momento. Esa fue la señal de partida, desde ese instante su humor se enrareció aún más y me eligió como el blanco perfecto para canalizar el dolor que la pérdida de su padre le causaba.

Fue más o menos en febrero cuando comenzó con la idea de que estaba considerando irse del país. Sentía que ya Venezuela no tenía nada que ofrecerle y que además la situación política no estaba como para hacer planes a futuro. Sus ansias de marcharse coincidieron con las de los Coelho, quienes comentaron durante una cena que deseaban radicarse en Oporto para atender unos viñedos que Cori había heredado de su madre. También mencionaron el hecho de que en el país no se podía vivir, y que se la pasaban aterrorizados con ser secuestrados o despedazados por alguna banda criminal. Les pregunté si conocían algún caso reciente de hechos delictivos, y lo consideraron una ofensa. Cleo me preguntó si yo no veía la televisión y los noticieros; que mostraba una insensibilidad extrema. No volví a tocar el tema durante la cena y me dediqué a escuchar sobre el pánico que sentían, justo antes de que dijeran a las nueve de la noche que se iban a ir a una fiesta que iba a durar hasta el amanecer.

Dos días después de aquella velada con los Coelho, Cleopatra Carter me emboscó (como era lo usual) justo antes de dormir, para informarme que por la mañana iríamos a una feria de empleo y estudios en el extranjero que iba a tener lugar en el *lobby* de un lujoso hotel. Le contesté que sí. ¿Para qué argumentar? De todos modos, se sentó a un lado de la cama revolviendo los folletos explicándome, mientras trataba de dormir, las ventajas de irse en un momento en que los países industrializados cada vez más requerían profesionales como ella. Después empezó a reclamarse por qué no había sido más disciplinada para concluir los cursos de francés, alemán, italiano, japonés y portugués a los cuales asistió algunos fines de semana, y que abandonó uno a uno conforme iba cambiando de idea y gusto por los lugares a los cuales consideraba debía marcharse. Me preguntaba constantemente si estaba dormido, y las primeras veces le decía “Seeeeeeeh” para que me dejase descansar, pero luego ya no supe más de ella, hasta que puntual a las seis me despertó para ser los primeros en la fila de la feria. Por supuesto, ya me había escogido la indumentaria apropiada para cautivar a los posibles empleadores o receptores de nuestras mentes (y almas) en fuga. Así que tampoco critiqué que me vistiese con una camisa azul claro y un pulóver y me obligara a terciarme un bolso de cuero de medio lado, pues a su juicio debíamos vernos como jóvenes con potencial para entender la lógica mercantil y no como ancianos en busca de una mejor seguridad social.

Cuando llegamos no pude estacionar en el hotel. Dejé a Cleo para que fuese haciendo fila mientras estacionaba

el carro unas cuadas después. La línea de gente era larguísima, terrible, estaba rematada principalmente por grupos de jóvenes que no pasaban de los veinticinco años y que vestían con el atuendo *yuppie* casual que Cleo me obligó a usar. Después de dos horas logramos pasar hasta un inmenso salón de exposiciones donde se encontraban decenas de pequeños cubículos con gente de muchos países que mostraban (vendían) las ventajas de irse a trabajar a Canadá, el Reino Unido o Singapur. Cleopatra estaba extasiada, iba de un lado a otro tratando de colocar en una tabla prediseñada la noche anterior, matrices, flujogramas, algoritmos que sintetizaran las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de los destinos. Escuchamos a los australianos, quienes nos urgían de ir en busca del territorio inexplorado de su continente acompañados de sus infaltables canguros y tasas de impuesto carísimas. Lo mismo con las universidades neoyorquinas, quienes se posicionaban como las favoritas entre los asistentes. Escuché a algunos delante de mí hablar de que no podían con la inseguridad en Venezuela y que de solo pensar que vivirían cerca de la Quinta Avenida ya la paz interna los poseía. Quería tocarles el hombro y decirles que si no les sonaba el 11 de septiembre y que las series de televisión no estaban basadas en violaciones, robos, asesinatos y mutilaciones que solo nacían de la imaginación fértil de los guionistas. Pero no tenía el menor sentido siquiera hablar. Cuando completamos la mitad del recorrido, a Cleo se le antojo ir por un “bocadillo” (así lo llamó) para hacer más ameno el día. Mientras pedía un *mocaccino* y un *bagel* para ella, yo

comí un mini *lunch*. Le preguntaba si acaso estaba segura de lo que hacía. Ella no levantaba la vista de los folletos. Escribía anotaciones y de vez en cuando revolvía el *mocacino*; aunque después de un tiempo de evitarme contestó, así con esa ligereza muy propia de las Cleopatra Carter del mundo:

—Todos se están yendo...

No más escuché esa sentencia, solo se me ocurrió pensar en los Castillo, que recién se habían asociado con otro de sus primos para abrir un taller mecánico por Propatria; y pensaba en Karolis, quien soñaba con su bebé y quien me había pedido ayuda para construir un anexo cerca de su mamá; o en Jerónimo, que inundaba el país con más sucursales de su tienda de ropa deportiva; o en nosotros mismos, que hacíamos preparativos para abrir el primer Perrito Loco fuera de la capital. Incluso pensé, sin que se me escapara en voz alta, en el titular de un periódico que leían en una mesa delante de mí y en el cual se informaba que medio planeta se venía a Venezuela, porque descubrieron que teníamos la mayor reserva de petróleo del mundo.

A media mañana asistimos a una actividad donde nos hablarían por videoconferencia venezolanos que ya estaban viviendo en otros países. Era como el acto principal. Cinco recuadros se encendieron sobre un fondo negro y aparecieron los rostros de quienes simbolizaban la esperanza de un mundo mejor. Cada uno hizo una exposición en la que daba consejos sobre cómo hacer más fácil la experiencia y además contestaban preguntas del público. Todas las respuestas a las dudas de los asistentes,

como por ejemplo en torno al carácter de los locales, sobre qué esperar al llegar y en general sobre cómo transcurría la vida cotidiana, eran respondidas con dos palabras que podían ser adaptadas a muchas frases: Tranquilidad y orden. Para argumentar por qué debíamos emigrar, la lógica se centraba en asuntos de ornato público y estructura cívica. Comentaban que los conductores respetaban el rayado peatonal, o que los motociclistas no jugaban al suicida, sino que transitaban como un vehículo más, o que se podía ir de fiesta hasta las tres de la mañana sin mayor preocupación que tener dinero para pagar las cuentas. Sin embargo, quizá tocados por la culpa o la presión psicológica, admitieron que la integración era muy difícil y que prácticamente las amistades se resumían a otros inmigrantes como ellos. Además, confesaron con algo de rubor que el frío era terrible y que añoraban el clima de Venezuela. Esas palabras aplastaron la emoción del ambiente, por lo que uno de ellos rápidamente volvió sobre el hecho de la “tranquilidad y el orden” como si se tratara de un mantra al cual los asistentes respondían con: “Oh sí... tranquilidad y orden... tranquilidad y orden”. Por último, se les escapó que la cultura tributaria los tenía por el suelo, pero que ellos la asumían como el costo a cubrir por todo buen ciudadano y recomendaron irse luego de obtener un título universitario, aunque no explicaron por qué.

Al terminar la videoconferencia, Cleo se fue directo al *stand* de los canadienses y se quedó cuarenta y cinco minutos preguntando hasta el más mínimo detalle. Como el tema me cansaba al extremo y nada más ver el listado de

requisitos aceleraba la hinchazón del hígado, preferí ponerme a caminar por la sala de exposiciones. Vi un filtro de agua y me acerqué. Unos muchachos estaban a mi lado y hacían un recuento de quiénes se habían marchado del país. Contaron anécdotas, algunas deprimentes, otras no tanto, pero el tópico general era la idea de que en Venezuela era imposible alcanzar los sueños. Habría querido unirme a la conversación para señalarles que ellos mismos acababan de hacer un recuento de personas que se fueron tras una expectativa que acabó destrozada por la realidad. ¿Qué malditos sueños persiguen?, grité dentro de mí, pero la voz me rebotó hasta el recuerdo y pensé en Elena.

—Yo no me quiero ir —salió de mi boca.

Ellos me observaron con asco supremo y me lanzaron sin delicadeza:

—¿Ah? Ok... o sea, nos tocó el viejito loco. —Se apartaron hasta el *stand* de universidades belgas.

Continué errante, distraído en los grandes afiches de empresas transnacionales que buscaban nuevos talentos siempre y cuando conocieran la palabra sinergia y cumplieran con esa especie de nociones metafísicas llamadas motivación al logro, buena presencia e iniciativa propia, que según Manuel son la tríada de la exclusión social y que, desde su punto de vista, son palabras sofisticadas para ocultar lo que realmente quieren decir los reclutadores, que es: si eres negro, indio o gordo o feo, pues no eres ni proactivo, ni resiliente, ni nada. Por fortuna, cuando regresé por Cleo ya esta se despedía de los canadienses con muchas sonrisas y unas cuantas planillas de preacuerdo.

Les decía cositas en su francés machucaó que ellos recibían con mucho beneplácito, mientras ella seguía sin preocuparse por el monto de dinero que debía tener en el banco para ser considerada una extranjera con potencial. Hasta nos regalaron unas pelotas antiestrés y unas libretas de anotaciones con aforismos sobre el éxito y la motivación, por si acaso llegábamos a sentirnos agobiados con la idea de una nueva vida.

Mientras manejaba de regreso al San Marino, Cleo lloró un poco al recordar a su papá y echar en falta que no estaba allí para enterarse que cumpliría con uno de sus sueños: irse a vivir de nuevo al hemisferio norte. No tuve muchos deseos de interrumpirla en sus meditaciones en torno a los deseos del viejo Charles para no armar un problema innecesario, pero estoy por completo seguro de que él no quería regresar a su país, a pesar de que gastaba el día entero quejándose de Venezuela y caracterizando el alma del suramericano con los clásicos estereotipos de quienes se criaron imbuidos por la ética protestante y el espíritu del capital. Yo intuía que su proceso de adaptación estaba completo y lo que menos deseaba era resetear de nuevo su vida y costumbres. Lo que sí apunté es que marcharse al norte no era la papa pelada que le mostraron los tipos de la feria. Ella, por supuesto, saltó de la molestia y se revolió en su asiento, acusándome con términos gerenciales que se usan para hablar de aquellos que no muestran un espíritu motivado y se rehúsan a identificarse con la misión, visión y valores de la empresa. En este caso, la corporación recién fundada se llamaba “Cleopatra Carter quiere irse del país”

y el único subordinado no estaba mostrando habilidades para el trabajo en colectivo.

—Deberías leer más sobre resiliencia —me dijo.

Siguió citando a Chopra y hablando de gestión del cambio y hasta quiso colar que a lo mejor lo que tenía era miedo a superarme por algo relacionado con el principio de Peter. Incluso se atrevió a mencionar a nuestros compadres, Alberto y Rita, que desde hacía cinco años vivían en Miami y me pidió hacer memoria de cuán felices eran y de lo bien que les estaba yendo. Torcí los ojos y la dejé navegar en sus recuerdos selectivos de nuestra estancia en la Florida, mientras a mi mente llegaba el diálogo que tuve con Alberto luego de que pasáramos la tarde dando vueltas en un *mall* y de que las mujeres se fueran a dormir y quedáramos solos en la cocina. Envuelto en la sinceridad y fortaleza que le dieron tres botellas de cerveza, me tomó de la mano y me dijo con los ojos temerosos de que su esposa Rita (un clon de Cleopatra Carter) lo escuchase:

—No se venga, compadre... esto es horrible... no se venga. No crea en Rita y sus cuentos, no le haga caso. Me cobran hasta por respirar...

Luego de eso se soltó a detallarme con tremenda solidaridad la estructura invisible de la cual no me hablaron los que estaban sentados en los *stands*, ni los rostros flotantes de la videoconferencia, ni los repatriados que aseguraban que su regreso al país se debía no al fracaso sino a un reacomodo de expectativas vitales. Lo que menos quería era ser un pesado que criticara a quienes sentían que era en Nueva York o Luxemburgo donde se escondía la



felicidad que en Venezuela no encontraban. Le pregunté a Cleo si recordaba aquella película de fantasmas donde las aterradas víctimas iban de casa en casa huyendo de los espectros, creyendo que la culpa era de los lugares, de las paredes, los sótanos oscuros y de las historias pasadas, y al final terminan dándose cuenta de que no hay escape, porque son ellos la causa de su propio horror. Ella respondió afirmativamente, pero no logró hacer ninguna conexión valiosa con lo que acabábamos de vivir.

Esa noche le mentí de nuevo a Cleo. Le dije que comenzaría una nueva rutina de ejercicios nocturnos y que estaría en el gimnasio, pero lo que hice realmente fue largarme hasta las áreas verdes del San Marino y lanzarme en la grama a mirar el cielo. No pude reprimir el deseo y llamé a Elena. Ella se mostró entre sorprendida, molesta y desinteresada.

—Solo necesito alguien con quien hablar —le dije.

Pasamos dos horas conversando sobre mi día, de lo mal que me sentía por tener que irme del país y de que era imposible hablar del tema con mi esposa. Ella estuvo paciente y comprensiva, no hizo lo que usualmente hacen todos, escucharte un poco y luego ponerse como ejemplo para terminar girando el foco de la conversación hacia ellos. Me desahugué como si ella supiera de lo que hablaba, no tuve que darle muchos detalles para que entendiera lo que me pasaba.

—Eso del matrimonio me enferma. Es una cosa antinatural... —me dijo. Y argumentó que un conjunto no

anulaba la naturaleza individual, sino que más bien debería potenciar las virtudes y descubrimientos de los sujetos.

En un punto dijo que necesitaba irse a dormir, pero no pude dejarla. Se molestó un poco y me reclamó que no se negaba a escucharme para ayudar en el difícil tránsito de la monogamia, pero que tampoco estaba para estar de mártir y menos ser espectadora de un circo que no le concernía.

—De pronto, tengo un desespero por verte —le solté. Ella se mantuvo en silencio, no la sentía siquiera respirar.

—¿Sigues allí? —pregunté.

—Sí, estoy aquí, te escucho.

—Necesito verte, Elena.

—Álvaro, estás pasando por una crisis. Vete con tu esposa y resuelve tus asuntos.

—Vamos a vernos mañana, donde tú quieras, a la hora que quieras.

—Álvaro...

—Te lo pido... no me hagas que te recite a Neruda.  
—La escuché sonreír y fue suficiente para mí.

Mientras esperaba su respuesta noté algo extraño en el San Marino, un cambio en su apariencia habitual. Quería comentarle a Elena pero arruinaría el momento, así que con la vista en alto hacia el fenómeno que perturbaba la habitual atmósfera del *loft* esperé por ella, que volvió a retomar la conversación y me echó en cara que de veras le había dolido el que pasara tanto tiempo sin llamarla, que solo sus clases y el yoga le habían impedido llenarse de rencor contra mí. Continuó un rato más hasta que dijo basta y aceptó verme de nuevo. Le prometí que no volvería

a estropear las cosas, pero ella me cortó en seco para hablar con seriedad.

—No prometas nunca nada, Álvaro, es mi condición.

—La acepté.

Finalicé la llamada con una paz que tenía tiempo sin sentir. Solo la inesperada variación de la cotidianidad del *loft* se atravesaba en lo que pudo haber sido un momento perfecto. De todos modos, cuando vibró el teléfono consideré que esa noche no iba a irme a la cama con asuntos irresueltos en la cabeza. El mensaje de Jerónimo, preciso y a la vez dramático, me produjo un *déjà vu*, la idea de haber leído algo similar mucho antes:

Han tomado el penthouse

## **El gran Gatsby**

Volví a ver a Elena y la conseguí más hermosa que nunca. Su párpado caído, el cabello rizado en su caótico despeinar. Esa tarde hablamos como si entre la noche que pasamos con sus amigos y el momento de reencuentro no hubiese ocurrido nada más. Esta vez ella fue la que tomó la iniciativa y contó de todo. Se había inscrito en un curso de fotografía recién comenzado el año y allí mantuvo una relación fugaz con un tipo. Sentí que era su pequeña venganza, echarme en cara el torpe manejo que tuve de nuestra relación. Tampoco quería ahogarla con recriminaciones y con una actitud egoísta. En cualquier caso, qué podía decirle si yo era casado y cada día dormía acompañado. Así que, con enormes esfuerzos, le pregunté por el tipo y por cómo se sentía. Elena desestimaba la importancia de aquel hombre y lo describía asociándolo con el cometa Halley, por la manera en que iba y venía de su vida. Así supe que el sujeto no era una cosa tan casual, sino que se asemejaba a una presencia latente que levitaba por encima de Elena y que era un añadido a tomar en cuenta. Sin embargo, la energía que ella desprendía para saltar de un

tema a otro fue lo suficiente para alejarme los fantasmas y relajarme. Me preguntó si deseaba irme del país y por qué lo hacía. Reconocí que la decisión no me pertenecía y que era presa de una inercia imposible de controlar. Ella se molestó al evocar las razones que le daban sus estudiantes de último año para marcharse y me confió una teoría que comenzaba a ganar fuerza en ella: no había consideraciones económicas o neuróticas para emigrar, sino más bien históricas y éticas.

—Odio a quienes se consideran *ciudadanos del mundo*, me parecen patéticos —confesó. Le dije que exageraba un poco y que no debía molestarse tanto por el tema—: Te voy a decir algo, Álvaro... Es el mayor plan de desarraigo de la historia. Mano de obra barata y voluntaria, sumisa y obediente.

Como estábamos en un restaurante pequeño, sentí que los vecinos de las mesas cercanas se interesaban y no de la mejor manera, en las reflexiones de Elena. Siguió con vehemencia en sus meditaciones, decía que la élite era élite porque estaba bien clarita de sus orígenes y de su agenda. El empleado del local nos trajo la cuenta sin que la solicitara. Para mí, la indirecta fue suficiente. Le pedí a Elena que camináramos y nos extendiéramos sobre sus puntos de vista en otro lugar. Pero al salir a cielo abierto la mujer cambió de tema y me di cuenta de que en el fondo tenía un alma de provocadora nata. Yo, por el contrario, prefería pasar anónimo y transparente en mi condición de habitante de la ciudad. Creo que ella percibió mi alivio al salir del local,

porque me preguntó si me había incomodado que los aspirantes a sifrinos del restaurante nos botaran de allí.

—No es eso..., solo que no me gustan los problemas.  
—Creo que en ese instante Elena me asumió como una especie de proyecto personal, porque nuestra relación tomó un ritmo ascendente cuyo único objetivo era quitarme el acartonamiento que, según ella, me había producido la sumisión social.

Ese mismo día me pidió que estacionáramos en el último sótano de un centro comercial. Se pasó al puesto de atrás y me dijo que la acompañara. No hubo mucho juego, ni poesía, solo la seguí en la acción desorganizada de sus labios, de los senos desnudos, de su mano guiándome a través de algunos puntos que la hicieron gritar un poco. Quedamos extenuados y llenos de risa, regados en el asiento trasero y escuchando el aire acondicionado limpiar un poco la humedad producida.

—Faltan nueve lugares —reveló.

Tomé aquello como un verdadero reto. Los días que siguieron le di más responsabilidades a los Castillo en la franquicia, mientras yo me concentraba en el plan de Elena de hacer el amor en espacios públicos. De esa manera, terminamos cogiendo en el baño de un restaurante árabe cerca de Altamira; en el ascensor de un edificio residencial elegido al azar; en un salón de la Facultad de Economía de la Universidad Central; en el Parque del Este; en Los Caobos; en la Cinemateca Nacional viendo una retrospectiva de Buñuel; en el mirador de Manzanares. Conforme avanzábamos, marcaba imaginariamente el mapa de la

ciudad y lo convertía en un territorio poblado de memorias orgásmicas. Al avanzar por cualquier autopista, los puntos de referencia dejaron de ser los edificios famosos o las obras de arte urbanas y fueron reemplazados por pequeños jadeos, por eyaculaciones, por uñas enterrándose en la espalda, por pantaletas a mitad de los muslos y por respiraciones entrecortadas. Nunca me sentí más vivo.

Mientras me entregaba a Elena, más me desprendía de Cleo y toda la neurótica actividad que implicaba llenar los requisitos para ser tomados en cuenta por el Gobierno canadiense. Además, estaba perdiéndome de la transformación que vivía el *loft* bajo el influjo del nuevo vecino.

Manuel lo apodó “el Gatsby” luego de que le contara las cosas que la gente hacía por él. Ninguno en el San Marino lo había visto de cerca. Acaso prefiguraban su imagen y carácter por las alucinaciones colectivas que elaboraban cuando una figura de hombre se paseaba tras las cortinas del *penthouse*. No salía casi nunca y cuando lograba escabullirse de la atenta vigilancia de Teófilo, las cámaras de seguridad captaban una figura borrosa, unos lentes de sol y una gorra de los Yankees. El primero en hablarme de él fue Jerónimo. Dijo que había subido numerosas veces hasta el *penthouse* pero no logró que le abriera la puerta. Lo primero que llamó la atención de Tercero no era la manera en que se escondía de la vista del resto de vecinos, sino que hasta los momentos no le había puesto una canción al timbre de su casa como lo había hecho el resto.

—Es un excéntrico. —Meditaba esto cuando conversábamos el tema en la piscina o la sauna.

Según, Cleo, Paolo y Mafer se habían vestido con ropas de cóctel y habían ido a llevarle una cesta de frutas, vinos y otras delicatessen (o *delicatessen*, como decía Cleo) para entablar amistad, pero lo único que recibieron del otro lado de la puerta fue un “Puede dejarla en la entrada”. Ambos especulaban que, por el tono y el extraño acento, el Gatsby era un hombre de mundo, versado en los placeres más excelsos a los que puede humano alguno acceder, posiblemente descendiente de alguna dinastía merovingia.

Más tarde, pude enterarme que Montes de Oca y Del Trigo usaron varias veces sus drones para intentar espiar al nuevo vecino, sin ningún tipo de éxito. De las imágenes que pudieron obtener y que fueron analizadas en una reunión a la que convocó Paolo a sus amigos del San Marino y en la que estuve presente gracias a la intermediación de Mafer, se podía inferir que el nuevo vecino gustaba de resguardar su privacidad al extremo, pero aquello no pudo impedir que aparecieran algunas siluetas que en la opinión de Coelho, Montes de Oca, Del Trigo y Casiraghi referían a un jarrón de la dinastía Tang, la primera copia de un extravagante libro del cual solo podían verse los planos de una edificación y un portarretrato con la cara de un hombre que evocaba algunos recuerdos nada definitivos. Varias veces revisé las imágenes, pero no podía ver lo que ellos veían. Estaba comenzando a pensar que el Gatsby solo existía en la mente de los habitantes del San Marino, pero aquello tampoco era cierto, pues en las noches podía sentir (el piso del *penthouse* era mi techo) los pasos de alguien que vagaba por el apartamento.



Para Jerónimo, conocer la identidad del nuevo vecino se convirtió en una verdadera obsesión, pues consideraba que al ganar esa amistad el resto de los propietarios volverían al redil de donde Paolo los había sacado a través de engaños.

—Por cierto, ¿ya tenéis al ganador de las fiestas? —me preguntaba Jerónimo cada vez que me veía.

—Pronto. Estoy elaborando un análisis exhaustivo —le contestaba.

No podía decirle que ahora el tiempo se me iba en estar con Elena. Jerónimo cerraba los ojitos y decía que yo andaba en algo raro, pero no volvía a preguntar. Sin embargo, me puso fecha de una semana para declarar al vencedor. Le aseguraba que tendría su resultado, pero no me podía comprometer con ninguna de las partes. Él estaba de acuerdo y se marchaba adonde fuera para seguir en sus cavilaciones sobre cómo cautivar al Gatsby. Era extraño, pero nadie parecía haber notado ninguna variación en mí desde que estaba con Elena. Sin embargo, yo mismo me percibía distinto, como ligero, capaz de saltar de un edificio sin hacerme daño o correr un maratón entero sin cansarme. Puede que la única que sí pudo haber sospechado algo fue Rosa mamá, con esa clase de sabiduría que no entiendo de dónde les viene. Me piropeó la camisa una vez que vino al *loft* a almorzar y después concluyó que los tonos azules me sentaban mejor. Era una excelente observación. En el clóset había abandonado por completo los colores pastel y la paleta de marrones y ocre. También deseché las camisas de cuadros beige y crema, y desestimé

los consejos de Cleo sobre el hecho de que la tendencia era volver al estilo de los setenta. El cambio tampoco vino solo. Se lo debo a Karolis, nuestra mejor trabajadora de Perrito Loco sucursal Chacaíto. Ella sí que lo supo desde un principio. Tampoco es que me vigilaba mucho, pero para un atento observador era al menos sospechoso que la misma mujer fuese a la misma hora, los mismos días, a sentarse en la misma mesa, a pedir siempre lo mismo, e irse justo en el instante en que yo cruzaba por la puerta para abandonar el local. Karolis, con la barriguita que ya comenzaba a notársele a través del uniforme, me dijo que se alegraba por mí. Cuando le pregunté a qué se refería, me picó el ojo y me dijo: nada... Entonces se puso a hablarme en clave como si estuviera en la serie *Misión imposible* y me aconsejaba:

—Debería considerar usar más chemises y *blue jeans*.

Una mañana, ya a punto de salir del *loft*, me detuve en el espejo y me di cuenta de a qué se refería Karolis: la combinación de pantalón con su respectiva correa, al juntarse con una camisa manga larga sin arremangar, me quedaban como para ganarme el concurso Libido Cero; peor aún era el pálido tono apio de mi rostro al usar tantos colores pastel juntos. Busqué unos *jeans* y desempolvé una chemise que nunca usaba por considerarla demasiado casual. Cuando le pregunté a Cleo si notaba algo diferente en mí, la neurosis le impidió ver algo distinto; era una especie de ceguera por estrés:

—Álvaro, no tengo tiempo ahorita.

Cleo no percibió nada —estaba demasiado metida en sus papeles bilingües, preguntándose si era mejor Quebec, por su herencia francesa, o Toronto por el empuje moderno—. Salí vestido de ese modo y Elena notó el cambio de inmediato.

—Pareces un chamito —me dijo con una sonrisa sincera. Luego de un tremendo abrazo me convidó a su apartamento, donde pasábamos las tardes entre películas y hamburguesas cortesía de Perrito Loco.

El apartamento de Elena estaba repleto de libros, caían por todos lados sin obedecer ningún patrón determinado. A veces los recogía y trataba de ponerlos en las estanterías o uno sobre otro, pero ella me acusaba de romper el delicado equilibrio de sus investigaciones. Después de las películas hacíamos el amor, o a veces era al revés, en cualquiera de las dos modalidades siempre terminábamos mirando al techo y hablando de cualquier trivialidad, como por qué hay gente que no puede escuchar música sin convidar a los vecinos o, por ejemplo, por qué se escogió la orquídea como la flor nacional y no las trinitarias, que abundan tanto y florecen en cualquier época del año.

Habitualmente ella proponía los temas y yo le daba mi opinión. Se reía mucho, decía que yo tenía una cultura general por encima del promedio, pero que seguía atado a muchos prejuicios de clase. Particularmente me gustaba cuando se ponía entre filosófica y anarcoide; me lo ponían duro automáticamente sus críticas ácidas a la sociedad de consumo y a la manera estúpida en que constantemente se decía que Venezuela era un crisol y un país café con leche,

lo cual a su juicio era una estrategia de mercadeo para ocultar la verdadera carga de racismo. Pienso que la excitación me la provocaba que fuese tan diferente y sus ideas de la vida tan distintas a las blandenguerías con que me criaron —nunca le dije que veía el Miss Venezuela o que me daba sentimiento escuchar las promociones navideñas en los canales de televisión—. A cierta hora, al final de la tarde y el comienzo de la noche, nos despedíamos con un beso y cierto vacío en el estómago.

Fue Elena quien me ayudó a escribir el informe sobre el ganador de las fiestas, lo hizo como una consideración (y para librarme de esa dura responsabilidad), pero también porque según ella esos datos eran interesantísimos para sus clases de psicología social. Le conté hasta el más mínimo detalle sobre el Halloween y sobre el Día de Acción de Gracias. Ella reía sin parar cada vez que mencionaba a Lulú o la borrachera de Jerónimo, pero le entró una rabia incontenible cuando supo del Búfalo y más de lo que pensaba hacer Casiraghi con los terrenos del San Marino. Me asusté incluso cuando dijo que iba a mandar a invadir esa vaina y poner unas banderas al grito de “¡Tierra y hombres libres!”. Le pedí que no se metiera en eso y a regañadientes me lo concedió. Sin embargo, a pesar de que Casiraghi le parecía un imbécil, más imbécil le pareció Jerónimo por estar buscando la aprobación de los ricos. Ambos coincidimos en que Paolo había logrado atrapar con mayor éxito el espíritu de la celebración, que a juicio de Elena no era más que:

—Exaltar las superficialidades propias de los pendejos que piensan que con dinero lo tienen todo.

El día en que di los resultados, senté a Jerónimo y a Paolo en un restaurante lujoso. Pensé que era un buen lugar para que ninguno se atreviera a hacer una escena, pero por encima de eso deseaba entendieran que ambos pertenecían a ese mundo y que en vez de pelear, la mejor salida consistía en la mutua cooperación. Abrí un papel y me puse solemne a la hora de mencionar al ganador. Jerónimo recibió la noticia mucho mejor de lo que supuse. Esperaba de su parte malas palabras y proverbios griegos, pero al escuchar que su archienemigo le había ganado la mano, se levantó de la mesa y dijo que debía atender una llamada. No volvió más. Quedé solo con Casiraghi y no supe de qué hablar. Sin embargo, aprovechamos para comer y meter la cabeza en el celular para revisar los mensajes de texto una y otra vez, luego repasar el nombre de los platos en el menú y después mirar cada detalle del restaurante con atención especial. Cualquier estrategia para que el tiempo transcurriera y termináramos con esta farsa de la cortesía.

A pesar de la dinámica y el gusto que le había tomado, Paolo Casiraghi me sorprendió con un asunto que no me dejó dormir tranquilo esa noche. Empezó introduciéndose al tema con mucha sutileza, explicando que luego de meditarlo y conversarlo con Coelho, Montes de Oca y Del Trigo, había concluido que yo era el “más mente abierta” del *loft*. Pero cuando esperaba que me saliera con algo “minimalista” (Jerónimo *dixit*), tomó un camino distinto

para revelar que necesitaba mi consejo en asuntos del corazón.

—Es vergonzoso, pero no puedo decirle esto a nadie más...

—No tiene que contarme nad...

—Creo que Mafer me está engañando...

Se me contrajo el corazón y como el propio estúpido culpable, volqué la copa del agua mineral. Un mesonero vino a limpiar, me disculpé cien veces, tosí y volví a disculparme. Miré a Casiraghi y él seguía con atención cada uno de mis gestos, de mis impresiones. Tomé un poco de pan y empecé a untarlo con mantequilla. Le pregunté con deseos de fortalecer el carácter:

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé... ya no es la misma. Se ha vuelto una extraña, cambió su rutina, le puso clave de acceso a su celular... no lo sé...

—Quizá no es nada...

—Cómo que no es nada... me está engañando, lo sé. ¿Y quieres que te diga desde cuándo está pasando esto, a-m-i-g-u-i-t-o...?

No me gustó para nada su tono, ni su postura, ni la entonación de la palabra “amiguito”, la cual hacía que su rostro adquiriera el matiz, puede que la expresión, de un futuro asesino pasional. Apretaba el cuchillo y el tenedor y empalaba los pobres pancitos, supongo que ejercitando su instinto de matar para cuando descubriera al infeliz —¿Manuel? ¡No, no... espero que no!— que estaba levantándole a Mafer.

—Desde que llegó ese que tú llamas el Gatsby —inspiró largo—. No más apareció el tipo en el San Marino y ya mi esposa no fue la misma. ¿Qué piensas que debo hacer?

—Pero qué puedo recomendarte, no soy un experto en el tema...

Casiraghi levantó el arco de los ojos, diciendo sin decir “Sí, como nié’...”. El temita y la indirecta y quién sabe lo que pensara el pendejo, empezaron a molestarme.

—¿Y ese gesto?

—¿Cuál gesto? —Le personifiqué su mueca de escepticismo.

—Ese gesto...

—Vamos, Álvaro... no te molestes... es que a todos nos parece muy raro que Cleopatra esté siempre con Pedro y tú lo permitas...

—Pero qué carajo... ¿en qué siglo viven ustedes?

—Es que no sé... mi padre, mi abuelo y mi tatarabuelo decían que “amistad entre hombre y mujer bonita no existe”. Pero... eso no está mal... digo que seas tan mente abierta...

Hubiese querido lanzarle un vaso de agua, pero eso no me habría traído ningún beneficio. Recordé algo de un libro que Cleo me regaló hace unos años con un título como *El nuevo gerente* o *La gerencia 2.0*, que decía expresamente: “Si quiere tener éxito en el mundo de los negocios, controle sus emociones”. Gracias, Cleo querida. Respiré y pensé que era la oportunidad para tomar ventaja.

—Bien... Paolo —sonreí—. Así que sospechas del Gatsby... bien, qué interesante... Cuéntame más...

Lancé los consejos que sabía o que aprendí de tanto ver telenovelas con Cleopatra y Nina y recurrí a la matrix general que contiene en sí misma cuanta situación amorosa ha ocurrido o ha de ocurrir de aquí a la eternidad: la mitología grecorromana. Casiraghi se interesó en las historias de los dioses, en el enamoramiento por los mortales, en las bajas pasiones y las venganzas con o sin moraleja. Como el tipo se sentía más italiano que Garibaldi, consideró que lo que estaba padeciendo era resultado de proceder de una estirpe que gustaba del drama humano —no se lo refuté—; además, hasta llegó a pensar que lo ocurrido con su esposa Mafer era producto de que ella era “mitad suramericana” y eso era como una especie de tara genética que la inclinaba a la promiscuidad. Arrugué la frente y traté de detenerlo con “No sé si fue bueno el ejemplo...”, pero Paolo ya parecía tener alumbrada la cabeza con el asunto de la mitología y relacionó el San Marino con un hábitat divino y a sus moradores con los destinos trágicos de sus ancestros europeos. En cualquier caso, creía que el Gatsby, como todo buen Zeus, deseaba venir desde su privilegiado *penthouse* a tomar como mujeres a quienes le daba la gana y eso él no lo iba a permitir. ¡A por él!, le grité... pero corregí y creo que le dije ¡*Forza azzurri!* o algo por el estilo. Casiraghi comió rápido su fideuá y pagó la cuenta.

En el camino para recoger unas referencias laborales que Cleo me pidió buscar, llamé a Manuel. Contestó con desparpajo y negó cada uno de los cargos que le imputaba. Se reía. Le parecía el asunto muy chistoso, pero juró por la memoria de nuestro padre que había reflexionado en mis



palabras y que el tiempo se le iba en preparar su trabajo de ascenso, que llevaba por título *Erotismo del oprimido*, y que según él terminaba por completar el pensamiento de Paulo Freire. Lo conocía y podía oler que me ocultaba una parte de la historia, pero tampoco tenía pruebas suficientes con que acusarlo. Lo dejé tranquilo para que se dedicara por entero a su labor académica, pero antes de despedirse pidió que escuchara algo de su trabajo, pues se encontraba con un bloqueo mental.

—Dime qué te suena mejor: llamo plusvalía amorosa a la apropiación egoísta de los sentimientos individuales, o... aquel que controla la base material determina la superestructura sentimental... y, esta es la última, lo prometo... la victoria del proletariado pasa por el control de los medios espirituales de producción...

—No entiendo un carajo de lo que hablas, pero tampoco soy estúpido. Si te estás cogiendo a la Mafer Casiraghi te advierto que no voy a estar para levantarte del piso...

—Que no, tío, que no —contestaba sin dejar de reír.

De regreso al *loft* no encontré a Cleo en casa. Nina me informó que había salido temprano con sus papeles (carpetas de la empresa migratoria), pero que no le dijo sobre su destino. Un fantasma recorrió la sala, el fantasma de las palabras de Paolo Casiraghi. La parte del cerebro más primitiva me impulsó a tomar el teléfono y pedirle explicaciones a Cleo. Preguntarle dónde y con quién estaba; arrecharme de lo lindo si acaso me decía que con el Pedro Pedrito. Pero las otras neuronas, más curtidas en el arte

de la humanidad y la complejidad de la vida gregaria, me dijeron que empezarían a medirme con la misma vara y ya las tardes con Elena iban a peligrar. En ese momento caí en cuenta de lo que hacía y no me sentí bien. Era un desorden que no estaba en mi espíritu y no por alguna culpabilidad relacionada con los votos matrimoniales o con los diez mandamientos, se trataba de otra clase de sensación, de malestar. Salí del *loft* para buscar un aire que no oliera a culpa y pensé que una sesión en la sauna me relajaría.

Allí encontré a Jerónimo. No me saludó. Traté de hablarle pero no tenía ninguna respuesta de su parte. Me disculpé, le confesé que estuve a punto de declararlo ganador pero que me arrepentí porque no había ningún mérito en una victoria falsa. Al menos tendría que concederme eso, pero el hombre ni siquiera arrugó la cara, nada, estaba con la vista puesta en un punto y de allí no la movió ni un segundo. Entendí que seguir en la misma tónica iba a terminar de alejarlo aún más o quizá generaría una reacción muy contraria al perdón. El vapor esa noche era excesivo, severo, así que fui hasta el termostato y me di cuenta de que lo habían movido algunos grados. Temí por mi vida, la típica reacción de a quienes las películas han llenado de miedos pendejos, pero que igual no por paranoides carezcan de cierta factibilidad. Me aseguré de que la puerta continuara abierta y me reí al verme realmente envuelto en la consideración de que Tercero buscara venganza mátrandome en la sauna, en una clásica escena digna de televisión. Después pensé que nadie sabía que estaba allí, que a lo mejor Jerónimo borraría, junto a su secuaz Teófilo, las

grabaciones de las cámaras de seguridad y moriría sin poder evitarlo. Estuve a punto de salir de la sauna, preso un poco de las tonterías que me habían secuestrado la razón; sin embargo, Jerónimo comenzó a hablar.

—Vos sabéis, Alvarito... no vengo de cuna de oro, pocas veces veía a maíta y a paíto, me crió mi abuela, mamá Julia. Pasé el hambre hereje y vendí desde empanadas hasta agua de coco bajo la pepa e' sol de Maracaibo pa' poder medio comer. ¿Sabéis qué pensaba cuando tenía que limpiar el parabrisas de una camionetota? No decía marditos ricos, no; decía vergación, yo quisiera vivir así. Mamita Julia odiaba a los ricos, les mentaba la madre cuando salía a planchar montañas de ropa y los volvía a mardecir al regresar. Una vez no le pagaron el día porque y que según había quemado una camisa, esa vez no comimos. Ella me dio agua y a mis hermanos más agua, me decía que estudiara, que esa era la única venganza contra los que tenían cobres. Pero en el fondo y lo descubrí con el tiempo, Alvarito, yo sabía que la única venganza no era tener un papelito, ir a la universidad, ser profesor; la única venganza contra los ricos es tener más billete que ellos. Eso es lo único que les duele, lo único que les hace bajar la cabeza. Y vos sabéis que yo soy terco, pero estos güevones no me van a joder. Esos terrenos van para el Gobierno y te voy a ser claro, no es porque yo esté con la verga de la justicia social, no; es porque nadie me va a volver a mirar por encima del hombro...

Estuve detenido en los ojos absortos de Jerónimo. En los pliegues de esa vida oculta que nunca se ve, pero que

a la larga es la que gobierna verdaderamente a los individuos. Pensaba en su abuela y en la pobreza, en la manera en que consideraba iba a alcanzar su propia redención y la de sus antepasados. Él estaba en ese San Marino viviendo una cruzada contra fuerzas que estaban más allá de su control y temía por su estabilidad psíquica cuando se encontrara (de nuevo) contra el áspero muro de la realidad. No es una guerra que puedas ganar, quise decirle, e incluso estuve tentado a hablarle en los términos que a veces usa Cleo para congraciarse con Nina. Usa referencias acerca de la felicidad más allá de la materia y de valorar los pequeños placeres como el regalo menos comprendido de todos. Pero al final decidí no hacerlo porque iba a sonar tan hipócrita como Cleo, quien sí cree bastante en lo material y se pasa por el forro “las maravillas de lo cotidiano” si le ponen al frente una prenda de oro. Jerónimo se levantó, se quitó la toalla y se secó la cara. Se me acercó desnudo mientras yo temblaba porque no fuese a revelarme más intimidades sentimentales.

—Te perdono porque vos no sabías lo que hacías —me dijo tomándome del antebrazo. Y después, para completar la escena, sentenció—: Ese pendejo del *penthouse* va a saber lo que es bueno.

Me acosté largo a largo en el banco de la sauna y cerré los ojos sin temor de que Jerónimo me dejara morir asfixiado allí. Pensé en lo que acaba de vivir y en las ganas que tenía de contárselo a Elena, pero también pensé en Cleo y me vino a la mente su cuerpo perfecto en algún hotel con el maldito de su amigo “gay” o con cualquier otro. Estaba

desajustado por completo, convertido en un barquito de papel en medio de un tsunami. Dormí por algunos segundos, minutos quizá, y al abrir los ojos me exalté. El vapor se había disipado y me di cuenta de lo ridículo que vuelve la soledad a un hombre desnudo. Esa noche, Cleo no llegó a casa.

## El evangelio según San Lorenzo

Cleo dijo que se había quedado con su madre y que trató de avisarme sin ningún éxito. Decía que debía poner más atención a mi teléfono celular.

—¿Y si hubiese tenido una emergencia, Álvaro? —repetía con la misma molestia del borracho que sube la voz para huir hacia adelante y evitar el reclamo.

No le dije nada, tampoco llamé a Rosa mamá para corroborar. ¿Qué sentido tenía? Y, además, con qué moral podía decirle algo. Durante las semanas que siguieron se comportó peor. Gastaba el tiempo en el *loft* metida en las planillas del viaje o visitando virtualmente futuras casas y zonas residenciales. Cuando no estaba en el apartamento sino en su trabajo, las horas las consumía en tareas muy importantes que tomaba por decisión propia, porque aseguraba que subirían muchos puntos en su currículum. Espiaba de vez en cuando los documentos que teníamos que entregar a la embajada canadiense y me daba cuenta de que no iba a tener ningún problema en ser asimilada a la sociedad. Sin embargo, cuando por encimita me ponía a llenar el autocuestionario sobre aptitudes, actitudes,

logros y potencialidades, reconocía que yo no era material valioso para los quebecqueños, montrealenses y/o torontianos. Al comentarle el hecho a Cleo, contestaba no con risas sino con rabia y decía que la culpa era mía por no haber sacado la licenciatura y porque además no hice especializaciones y cursos en el IESA como lo recomendó Pedro Pedrito. Le recordé que si no seguí en la universidad fue porque consideré que las franquicias fueron mi verdadera tesis doctoral y que esas planillas valían mierda si uno tenía un millón de dólares en un banco gringo.

—¿Los tienes? —me preguntaba molesta.

—Aún no —contestaba.

—Entonces, señorito Álvaro, tienes que apelar a tus destrezas y habilidades, entiéndase estudios —sentenciaba muy segura de sí.

Cada vez con mayor frecuencia aparecían ese tipo de discusiones. Mi manera de evadirme era dejarla con sus victorias argumentativas e irme directo hasta donde Elena para desahogarme cogiendo tres horas seguidas. Elena me dejaba reposar a su lado, y aún cuando habíamos acordado no hablar de terceros al estar juntos, era imposible que el tema del viaje no saliese a relucir.

—No vayas a cometer el error de quedarte por mí —decía. Me molestaba que dijese esas cosas, pero ella tenía claro que nuestra relación no iba a ir a ningún lado porque no veía en mí el carácter de los que toman decisiones radicales. Prefería no hacerse ilusiones y mucho menos escuchar esos deprimentes discursos falsos donde el hombre casado dice que va a dejar a su esposa.

Luego añadía:

—Álvaro, las promesas de hotel y las electorales tienen la misma comprobación histórica, idéntica similitud psicológica. Ambas se vuelven mierda después de la eyaculación o de la elección —decía con una firmeza intraficable. Después de esas palabras, qué otra cosa podía hacer sino callarme la boca hasta que me ordenaba—: Váyase para su casa.

Podía sentir en los huesos la tristeza con que pronunciaba esas palabras. Ella hacía un esfuerzo enorme por que no la viera débil o triste cuando me despedía, pero su sonrisa era una delatora brutal. Creo que nunca pude compartir una noche, despertar con ella, saber cómo amansaba la maraña de pelo, si es que lo hacía. Si prefería cepillarse los dientes antes o después de tomar el café, saber si lo tomaba o se inclinaba más bien por el té o los jugos naturales. Esos detalles que pueden parecer minúsculos, pero que si se acumulan con la suficiente paciencia terminan por construir eso que llaman vida de pareja.

Odiaba dejarla, pero no podía hacer otra cosa. En el viaje al *loft*, escuchaba el motor del carro hablarme, decir que confiara en él, que podría llevarme lejos, huir de cada cosa a la que fuese arrastrado sin remedio. Varias veces, especialmente cuando el viaje a Canadá era una posibilidad cada vez más cierta, escuchaba al motor y pasaba de largo la entrada del *loft* y me perdía por las calles vedadas para los humanos comunes, los límites donde los ricos de verdad tenían sus residencias permanentes. Vuelta tras vuelta, veía las mismas fachadas y los nombres repetirse,



hacían alusión a rincones de Francia o Grecia. A veces usaban con cierta gracia exótica una voz africana o indígena. Pero ya pasados unos minutos, la dinámica que había construido me devolvía a mi casa, donde era recibido por Nina y sus cenas imperdibles y por la energía maníaca de Cleo, quien cada vez con más frecuencia metía en los diálogos palabras en francés o inglés.

A mediados de año llegó la venganza de Jerónimo, o un *show* que él consideraba un pase de factura por haber perdido la gracia de los vecinos. Hasta pagó un anuncio comercial en una televisora deportiva para promocionar la primera competencia de drones que tendría lugar en Venezuela. Hasta ese momento no lo sabía, pero al parecer los aparatitos tenían su buena cantidad de fanáticos y gozaban de la atención popular entre los que, ya sea por contar con una herencia o un negocio dudoso, no tenían necesidad de ir a trabajar. Al menos no pasarse ocho horas en la oficina, que era el tiempo necesario que, según mi papá, Dios estableció en la Biblia. La competencia reanimó la vida en el *loft*, la cual, por cierto, había caído en una rutina palaciega que únicamente parecía ser disfrutada por las generaciones más jóvenes. Yo, por ejemplo, ya no frecuentaba la sauna y la piscina, mucho menos el gimnasio. Sin la amistad de Jerónimo como motor principal, de alguna manera la vida en el San Marino transcurría metido en mi casa y de allí a alguno de los restaurantes. Para esa fecha ya Cleo iba adelantada con los trámites del viaje, pero no me permitía inmiscuirme demasiado porque a su parecer iba a quitarle el ritmo que llevaba. Se

encontraba en su estado de loto y despachaba los larguísimo cuestionarios para la visa en un instante. Mejoró su pronunciación del francés y ahora le hablaba a Nina con una elegancia que tan solo de escucharla ya un plato de carne asada se transformaba en un *magret de canard*. Hasta Nina comenzó a contestarle *oui* y a decirle *Madán Cleopatré*, pero como la cosa le sonaba a medio burdel le pidió que dejara de hacerlo.

Jerónimo fue a llevarme personalmente la invitación para que asistiese a la competencia. Le dije que no tenía drones y que lo mío eran los videojuegos. Me acusó de no madurar (como si lo de los drones fuese muy de gente adulta y madura) y de no entender que su gesto significaba que volvía a ser su amigo. Le agradecí que volviera a recibirme en su iglesia, pero no se tomó muy bien que me burlara de la religión, ahí fue cuando supe que el hombre le metía seriamente al catolicismo. Como no me vio mucho interés, me preguntó si era por los cobres para comprar la máquina. Pensé que aquello me salvaría de ser parte de semejante ridiculez, pero no contaba con que estar de nuevo a la diestra de Jerónimo tenía sus ventajas, entre ellas disponer de parte de su dinero. A la semana llegó una caja al apartamento, contentiva de: un dron (baterías incluidas).

Cleo casi explota de la rabia cuando vio el aparato y por supuesto me advirtió que no fuera a quebrar una lámpara o un florero, diciendo que lo mejor era que lo usara en el jardín como el resto de los hombrecitos del San Marino. Por supuesto, hice a Elena confidente de cada detalle y fue ella quien me dijo que nos fuéramos hasta un parque a

probarlo. A la mujer se le dio de inmediato el control sobre la máquina volante. Pero como todo adulto que se precie de tal, perdía el interés a los veinte minutos y se ponía a leer un libro de Bryce Echenique. El día de la competencia mi pobre dron llegó con un ala medio quebrada porque lo estrellé contra una columna del centro comercial. El asunto no es cómico, pero sí actual. Efrén Castillo me escuchó mencionar el cuento de la competencia y me hizo llevar el juguetico a Perrito Loco. Decía que en Japón iban a abrir restaurantes sin mesoneros, solo atendidos por “roboses”, y que a lo mejor aquella idea podía hacer que Rosa Cleopatra viera con mejores ojos a los Castillo y quizá olvidara la idea del viaje (los Castillo estaban francamente consternados con que nos fuésemos del país). En todo caso, el experimento salió mal porque Efrén, con solo media hora de prueba, ya se creía un tipo con licencia y capaz de emprender hasta una misión militar. Le montó encima una bandeja con un shawarma y trató de entregar la orden a unos veinte metros. Síntesis: el dron se estrelló y yo tuve que pagarle la tintorería y una semana gratis de almuerzos al vigilante del centro comercial que se prestó gustoso al experimento.

Cuando Jerónimo vio el estado del dron me regañó de inmediato. Dijo que tenía un papel importante dentro de su estrategia de vuelo, pero que ahora tendría que improvisar. Tomó como una señal que de las cuatro hélices se hubiese dañado una.

—Sacá cuentas —me dijo al sumar las hélices intactas.

Era su día de suerte. Miró hacia el *penthouse* y saludó al hombre en bata que se asomaba. Era la primera vez que el Gatsby se dejaba ver en público. Jerónimo me contó que había observado que el tipo curioseaba por entre las cortinas cuando Montes de Oca y Del Trigo sobrevolaban el San Marino con sus drones, por lo que concluyó que debía montarle un espectáculo que le hiciera descender de su pináculo para reunirse con ellos. Ese día incluso llegó un canal de televisión para registrar la competencia. Entrevistaron a Casiraghi y a algunos curiosos que llegaron de urbanizaciones exclusivas de Caracas, Carabobo y Aragua. Nadie sabía muy bien de qué iba la competencia y muchos creyeron que se trataba de una exhibición de “pericia y coraje”. Miraba el cuadro general y solo pensaba qué dirían los aviadores de la Segunda Guerra, o aventureros reales como Lindbergh o Amelia Earhart, sobre estos hombrecitos que derrochaban testosterona en tan peligrosas travesías a través de árboles de parques y carreteras urbanas, mientras bebían sus refrescos y sus mujeres se bronceaban admirando sus bíceps en tensión máxima cuando debían presionar a través del pulgar un botoncito del control remoto.

La cosa mejoró cuando Jerónimo se subió a una tarima y comentó que la competencia tenía diez mil dólares como premio único e indivisible. Nada mal, Jerónimo, nada mal para un día domingo. Sin embargo, la sonrisa de todos se borró cuando conocieron que las reglas eran que no había reglas y que el ganador iba a ser aquel que lograra mantenerse más tiempo en el aire. Dichas esas palabras, Jerónimo

mostró el juguetico que levantaría vuelo y todos quedamos atónitos. Era un dron militar. Nada que ver con el dron de Casiraghi, que terminó por lucir como una máquina de hacer café al lado de una centrífuga nuclear. Algunos se medio molestaron, pero el premio era tan apetecible que nadie quería quedarse por fuera. Como no iba a competir, Jerónimo me dio una toallita y pidió que le ayudara a secarse el sudor cuando la competencia apretara.

—Somos como Batman y Robin —dijo con un tono bastante sentimental.

Casiraghi, Coelho y compañía escucharon el comentario y se lanzaron a murmurar entre risas incontenibles.

—Déjalos, Alvarito, que ellos no saben del sentido de la amistad —expresó Jerónimo. Y yo con ganas de decirle: “¡No me ayude compadre, se lo suplico, no me ayude!”, pero me limité a sonreír sin mostrarle los dientes en señal de protesta.

Un juez certificado en eventos de este estilo mandó a los competidores a alinearse con la vista en frente del *loft*. Sus drones estaban delante de ellos y después de unos segundos, pidieron levantar la vista con dirección al *pent-house*. Lo único que faltó fue que Jerónimo le gritara al Gatsby “¡Los que van a morir te saludan!” y arrancara a conquistar no entiendo qué. Sin embargo, no hubo necesidad de discurso porque el Gatsby entendió el gesto y agitó la mano con gracia, aquello se tomó como la señal de partida.

Creo que más tiempo duraron los drones en encender y elevarse que Jerónimo en destrozarlos. Uno a uno fueron

cayendo y los tristes dueños iban detrás de los restos entre lágrimas y maldiciones. El que más resistió fue Casiraghi, aunque siento que no fue casualidad, sino una manera de Jerónimo de alargar su venganza. Sin embargo, luego de una pequeña cacería el dron de Casiraghi se precipitaba a tierra y con ello quedaba sellada la victoria de Tercero. Jerónimo se hizo poner una medalla y alzó una copa que era casi de su tamaño. El Gatsby aplaudía desde lo alto y el resto de los competidores parecieron entender, al fin, que fueron usados como piezas en el tablero existencial de su vecino del tercer piso.

No obstante, Jerónimo no pudo disfrutar mucho tiempo de su victoria. La atención se la robaría un curioso personaje que llegó caminando junto con un séquito de unas diez personas, entre guardaespaldas, asistentes y alguien que cargaba una bandeja con un vaso de algo que parecía jugo de naranja. El hombre llegó con su vestuario combinado y un suéter amarrado al cuello. No tuvo necesidad de presentarse porque la gente comenzó a murmurar: es Lorenzo, es Lorenzo. De todos modos, supongo que para no ceder un milímetro en el efecto que causaba, una de las asistentes se adelantó al grupo y dijo algo así como:

—¡Señoras y señores, recibamos con un fuerte aplauso a Lorenzo Barboza!

Bueno, no fue así exactamente, pero más o menos. La mujer se acercó y pidió hablar con el organizador de la competencia. Jerónimo salió al paso y luego de conversar algunos segundos, se dirigieron donde el señor Barboza y su séquito y el hombre con la bandejita y el jugo se habían

detenido. Mucha de la gente que llegó a la competencia se había marchado y solo quedaban los residentes del San Marino y la música estridente que explotaba desde dos cornetas gigantes en la tarima. Jerónimo se veía serio desde la distancia; Lorenzo, por el contrario, movía las manos sin despeinarse, señalaba el cielo y simulaba trazar el vuelo de un avión con la palma de su mano. Jerónimo avanzó un paso como para abrazarlo (ya me conocía su movimiento), pero los guardaespaldas le cerraron la posibilidad. Lorenzo tomó el jugo y bebió un sorbo, mientras la asistente parecía explicarle algo a Jerónimo. Este asintió afirmativamente esas palabras y solo se dio media vuelta y regresó a la tarima. Lorenzo estuvo un rato más en la distancia, hasta que se acabó su jugo y regresó sobre sus pasos atravesando las áreas verdes del *loft*.

Todos rodearon al reciente ganador y le hacían preguntas. Jerónimo gustaba de esta atención y se hizo esperar antes de decir algo. Entonces reveló que Lorenzo lo invitaba a su casa para una fiesta y que podía ir acompañado si así lo deseaba. Mejor que no, porque Montes de Oca y Del Trigo se excitaron demasiado con la noticia y empezaron la aduladera desvergonzada diciendo que era previsible que Jerónimo cautivara la atención de Lorenzo, pues había demostrado ser un piloto excelente y con nervios de acero al emprender las estrategias aéreas. Coelho ya iba por el mismo camino, pero se detuvo al escuchar que Jerónimo le ponía una mano en el hombro a Del Trigo mientras le decía:

—Jalá, pero no te guindéis.

Sin embargo, Del Trigo no se molestó sino que sonrió de manera placentera, casi con la misma intensidad con que lo hacía el vigilante Teófilo cuando Jerónimo lo escogía para burla. Casiraghi se mantenía expectante pero sin participar en la conversación, prefería cruzar los brazos y tratar de contener la visible emoción que también lo embargaba por la notable visita. Gracias a Coelho supe que el Lorenzo era el banquero más famoso del país, dueño de una fortuna incalculable y que, según se oía decir, le precedía una estela admirable de ancestros que se levantaron de la nada y que ahora se ranqueaban con los más poderosos del mundo.

Las esposas del San Marino no se tomaron muy bien que la invitación fuese hecha únicamente para los hombres, les pareció en extremo sectario y tanto Cleopatra como Mafer se opusieron enérgicamente a quedarse en casa. Le dije a Cleo que la reunión era de negocios, o al menos esa fue la razón que le dieron a Jerónimo por teléfono, pero ella se ponía a soñar solita e inventaba historias donde Lorenzo Barboza la escuchaba articular algunas frases y de inmediato la investía como vicepresidenta de su emporio financiero. Cuando le decía que entonces no íbamos a irnos a Canadá si eso sucedía, se lo pensaba un poco mejor y fantaseaba entonces con que era nombrada Gerente Corporativo de algo para el hemisferio occidental. Cuando no tuvo más que decir y tampoco logró que intercediera ante Jerónimo, me obligó llevar a su cámara de vigilancia humana, el Pedro Pedrito. Pensé que el tipo iba a ser una carga y que tendría que estar con él para que no se sintiera descolocado. Para mi sorpresa, quien



terminó excluido fui yo. El Pedro Pedrito, al parecer, se había convertido en el mejor amigo de Coelho, Montes de Oca y Del Trigo. La noche de la fiesta hablaban de viajes y se hacían bromas mutuas sobre cómo se veían en esmoquin. El Búfalo también fue invitado y recibió su dosis de veneración respectiva antes de que Casiraghi lo monopolizara por completo. Así que quedé solo porque el Jerónimo estaba sumamente nervioso y no hablaba.

Nos fue a recoger al *loft* una limosina enviada por Lorenzo. Jerónimo saltó y dijo “yo voy adelante”, pero el chofer aclaró que se estilaba que los invitados fuesen en la parte central. Ya en el carro nos pusimos a curiosear el interior, mientras el Búfalo describía a nuestro anfitrión como el nuevo mesías. Se mostró extrañado de que nos hubieran invitado, pues se decía que el Lorenzo era bastante ermitaño y pocas veces se le veía en el país. La única posibilidad de seguir sus pasos era a través de las publicaciones que de él hacían las revistas de farándula cuando reseñaban su asistencia a alguna gala de la monarquía española o británica, a cenas de beneficencia en Washington o al foro económico mundial de Davos.

Recorrimos áreas que jamás pensé que existiesen allende las fronteras del San Marino. Cruzamos mansiones gigantescas que variaban en estilo y forma según íbamos acercándonos a nuestro destino. Jerónimo se mostraba sorprendido de que semejantes edificaciones estuvieran tan escondidas, pero el Búfalo sabiamente le aclaró que de eso se trataba y que así como rezaba el consejo bíblico “estar en el mundo sin ser del mundo”, estos seres que han

entendido la clave de la riqueza consideran un mal necesario “estar en Venezuela sin ser de Venezuela”. Después, como la cosa creó un halo de metatrascendencia, también habló del tema de la inseguridad, de los secuestros y de la necesaria reclusión que almas y mentes tan nobles deben tener para poder producir ideas. Veía a Jerónimo y volví a percibir esa mirada de la sauna, cuando reveló detalles de su infancia y esa declaración infantil de “Vergación, yo quisiera vivir así”. Creo que en ese momento comencé a verlo menos como un amigo y más como otro habitante de los que abundaban en el San Marino. Eso me entristeció un poco y me desconecté un rato en la limosina, recostado en los cómodos asientos con la vista puesta afuera, atestiguando el aumento de altura y anchura de los castillos urbanos a medida que nos distanciábamos de la ciudad.

Al llegar, Casiraghi y Jerónimo coincidieron en la puerta de la limosina. El afán por querer ser el primero en salir nos mantuvo retenidos unos incómodos dos minutos, mientras ellos resolvían a punta de argumentos vacíos el porqué merecían guiar la comitiva. Finalmente, se impuso la contextura de Jerónimo y que el Búfalo hiciera un gesto de “déjalo, ya nosotros tendremos nuestra oportunidad”. Nos recibió la asistente de Lorenzo Barboza y nos guió a través de una alfombra roja que llevaba al *lobby* gigantesco de una hermosa casa. La luz era imponente y bajaba desde una lámpara extensa que abarcaba medio salón. Era como estar metido dentro de una tienda Swarovski y que de pronto nos atravesaran cientos de reflectores desde el exterior. Los ojos de los profanos del San Marino centellaron

al contacto del brillo y el lujo. Pero no iba a ser la entrada la que dejara como establos los apartamentos donde vivíamos. Estancia tras estancia, era posible apreciar que aquello no estaba diseñado por un arquitecto cualquiera. El Pedro Pedrito captó la atención de la asistente de Lorenzo cuando se desgañitó nombrando cada pieza, cada mueble, la textura de las alfombras, la “exquisitez” con que era combinado el Baccarat de las lámparas con el “inconfundible estilo de Philippe Starck”. La asistente pareció sorprendida de la erudición y este se sintió que volaba, que se desprendía del perraje que lo acompañaba y era reconocido como un sujeto distinto. Claro, hasta que la propia asistente lo bajó de esa nube con el tono y la sonrisa más terrible de todas:

—Ah, sí... es de Philippe. ¿Lo conoce usted? —Pedro Pedrito se ruborizó de inmediato.

—Bueno, solo por las revistas de diseño.

—Sí, fue lo que pensé —agregó la asistente y dejó de sonreír.

En otro momento me hubiese burlado, es posible que hasta le habría dicho alguna pesadez, pero algo no me permitió hacerlo en ese instante. De algún modo, fue la primera ocasión en que me puse de parte del Foucault y de su cara avergonzada. El resto de la comitiva siquiera notó lo que había ocurrido, seguían el paso de la asistente hasta que llegamos a un lugar descubierto que ella denominó como el jardín. Era gigantesco y terminaba en un pequeño lago artificial que, según nuestra guía, fue mandado a construir por Lorenzo para pescar. Nos sentaron en una mesa cerca de una pequeña tarima, en la que una

orquesta de cuerdas interpretaba piezas famosas de música académica.

—El único que falta es Joe Black —les dije a todos para bajar la tensión, pero la asistente volteó a verme con una sonrisa de conmiseración que me espantó.

—Tomen asiento y disfruten la velada.

Quería preguntarle sobre la conveniencia de seguir usando la palabra velada en una época adicta a las bombillas eléctricas, pero desistí para no ser expulsado del reino de Lorenzo. Igual se lo comenté a Jerónimo, pero este seguía tenso. Solo se relajó cuando le dije que estaba sudando como un cochino y fue allí cuando medio despertó de su estrés y luego de agradecerme el llamado de atención, sacó un pañuelo y se lo pasó por toda la cara y cuello. No éramos los únicos invitados, pero sí los que llegamos primero. Banqueros, constructores, dueños de canales de televisión comenzaron a aparecer y a ocupar las mesas contiguas. Lo extraño, y que por nada del mundo iba a mencionarle a Cleo, es que esos tipos sí llegaron con sus esposas o “amigas especiales” sin el menor problema. Casiraghi también notó el hecho y le achacó a Jerónimo no haber prestado suficiente atención a las condiciones de la invitación. Pero Tercero contestó que no estaba en casa ese día, así que dejó sin responder la acusación, por lo que a Casiraghi no le quedó más que ponerse a cuchichear con el Búfalo. Hablaban bajito, como tramando algo, pero nada podía escucharles, aunque a veces, cuando la música de los violines se atenuaba, quedaban en el aire algunas

frases sueltas que era imposible recomponer en un diálogo coherente.

El hombre se hizo esperar. Luego de unas dos largas y aburridísimas horas le dio por salir. La asistente lo anunció desde un parlante ubicado donde tocaba el cuarteto de cuerdas. Los invitados a la fiesta se levantaron para aplaudir cuando Lorenzo avanzó desde su casa hasta el jardín. Vestía un esmoquin blanco con un corbatín negro. En cierto sentido, me recordó a la primera ocasión en que conocí al malandro de Jacques Leroux. Sin embargo, nuestro actual anfitrión desprendía un encanto natural, la habitual postura de aquellos para quienes estas fiestas, las loas, los aplausos y las adoraciones, son parte del decorado cotidiano, un día más en la vida. No me gustó ver la cara de Jerónimo al contemplar a Lorenzo. Mostraba una necesidad profunda, no sé si de amor, o de aceptación, o de respeto, o puede que todas ellas. Incluso la posición de Casiraghi fue mucho más digna, a pesar de que al hombre se le notaban las ganas de zumbarse a los pies de Lorenzo para jurarle lealtad absoluta.

El anfitrión subió hasta la tarima y saludó a los músicos. Luego agradeció a los invitados por tomarse el tiempo para compartir “en familia”; también agradeció a su asistente por la organización del evento y esta abrazó aún más la libreta de anotaciones y se entregó a su jefe a través de una sonrisa que estaba muy cercana al culto religioso. El Lorenzo tuvo tiempo para reflexionar un poco sobre el significado de la amistad y su misión de devolverle al país su estatus de crisol de razas y nacionalidades. Incluso llegó

a decir que nos veía como un gran puerto donde llegan y salen los espíritus emprendedores para quienes la patria es la medida de sus ambiciones. El jardín reverdeció de aplausos y creo que Jerónimo sintió que había encontrado al fin el profeta verdadero.

La fiesta comenzó y el cuarteto de cuerdas se aplicó al extremo para no dejar el ambiente desprovisto de una buena representación de música europea. El champán comenzó a fluir, así como las muestras de comida *gourmet* que eran cocinadas en el momento y a petición. La ostentación no era abrumadora, no al estilo de Jerónimo o Casiraghi; sin embargo, podía notarse que cada cosa en sí misma era una pieza que sobresalía sin proponérselo. Desde la platea hasta las servilletas, o la manera en que nos atendían los mesoneros, o la energía que desprendían los invitados. De alguna manera la estridencia faltaba, porque a diferencia de mis vecinos del San Marino, esta gente no tenía que aparentar o demostrar nada. Lo eran ya, sin necesidad de decir una palabra. También el Lorenzo se encargó de establecer las jerarquías y a medida que transitaba por las mesas, el Búfalo detalló que atendía en primer momento a los de su clase, los banqueros y que luego iba con embajadores y cónsules. Seguían los artistas plásticos, escritores y músicos, de los cuales seguramente era mecenas, y de allí saltó a los políticos locales.

Estoy seguro de que todos en la mesa resintieron que el Lorenzo Barboza esperara hasta último momento para atenderlos. Cuando los penúltimos invitados se marcharon, hasta el Búfalo consideró que lo mejor era mantener

el decoro e irnos también, pero la asistente nos atajó cuando nos levantábamos y pidió disculpas porque el señor Lorenzo atendía una videoconferencia muy importante con su sucursal en Hong Kong. Eso fue música para el Búfalo y el resto, quienes sonrieron encantados y volvieron a sentarse. La asistente levantó una mano y unos pocos segundos después ya teníamos de nuevo champaña y más comida.

Paolo Casiraghi, por fin, lanzó la pregunta que debimos haber hecho desde un principio. ¿Por qué nos invitaron a la fiesta? Jerónimo respondió que el invitado era él y que ellos no eran sino invitados del invitado. Hubo una medio pelea entre el ego de los asistentes, que fue resuelta de inmediato por el Búfalo con el sencillo razonamiento de que ya éramos ganadores por el hecho de estar sentados allí. Todos parecieron recibir esas palabras como una sesión de masaje espiritual. Montes de Oca fue el primero en lanzarse a las mieles del ensueño al proponerle a un inexistente Lorenzo que le permitiera ser su principal proveedor de materia prima para sus industrias. Fue el mejor juego de la noche, porque uno a uno se divertieron al recrear el paraíso terrenal al lado del magnate. Cuando fue mi turno, el Búfalo me increpó con esa actitud descortés que parece decir: “y con ustedes, la oveja negra de la familia”. Preguntó qué esperaba de la reunión y como supe que mi primer pensamiento le desagradaría, solté el segundo:

—Es fácil acostumbrarse a la buena vida... —y levanté la copa para brindar por un mundo de oportunidades.

El Búfalo se tomó a bien la manera en que resolví el cuestionamiento. Brindamos, reímos y afortunadamente

nadie preguntó más, pero si lo hubieran hecho habría dicho que lo primero en venirme a la cabeza al entrar a la casa de Lorenzo fue el epígrafe que abre la novela de *El padrino*<sup>1</sup>, y que siempre me repetía Manuel cuando hablaba sobre la forma en que se construían las grandes y maravillosas fortunas en Venezuela. Era por lejos su frase favorita.

Lorenzo apareció una hora después. Pidió disculpas, y lo hizo de manera tan elegante, tan cortés, que hasta a mí se me olvidó cuánto nos había hecho esperar. Preguntó si habíamos sido bien atendidos y solicitó que sirvieran más licor. Estaba muy feliz y fresco, como si se acabara de despertar por la mañana. Preguntó nuestros nombres y a qué nos dedicábamos, volví a decir que era empresario. Foucault, como no podía quedarse en la retaguardia, dijo, el muy jalabolas, que él era dizque *influencer* en un campo que recién se abría espacio en Internet. Lorenzo puso sus manos bajo el mentón, apoyó sus codos en la mesa y seguía cada una de nuestras palabras con especial atención. Subía las cejas cuando describíamos nuestros trabajos y sonreía con mucho carisma. Pensaba que un hombre así, al menos con esa pinta, debió haber recibido mucho maltrato en la secundaria, sobre todo por su cuerpo desgarbado y andrógino. No sé por qué reflexionaba en eso al mirarlo, en vez de concentrarme en sus palabras. Su ropa, cada accesorio, su a leguas costoso reloj, no me permitían conectarme por

---

1 El epígrafe en cuestión es: “Detrás de cada fortuna hay un crimen” de Honoré de Balzac, escritor francés (1799-1850). El autor de *El padrino* es Mario Puzo, escritor estadounidense (1920-1999).



completo. Mandó a llamar a los cinco chef que habían trabajado esa noche y nos los presentó. Felicitó a cada uno en su idioma nativo, era un ser sobrenatural. Uno de los mesoneros le acercó una copa y le preguntó si quería champaña, él lo detuvo con la mano y llamó a la asistente. Esta se precipitó con una botella de agua mineral que sacó de un bolsillo, le puso un pitillo y se la dio; luego despachó al mesonero como si espantara una gallina. Lorenzo dio algunos sorbos y pidió continuar el recorrido de nuestras vidas. Jerónimo habló de su familia y sacó de su cartera unas fotos para que Lorenzo los conociera. Casiraghi subió los ojos con fastidio y cuchicheó con el Búfalo algo. Se rieron.

Lorenzo preguntó si alguien trabajaba para el Gobierno. El Búfalo se puso rojito y levantó la mano. Igual no habría tenido necesidad porque Coelho y Foucault lo señalaban con extrema diligencia. Lorenzo debe haber captado la aprehensión del Búfalo, que ya no parecía tan seguro y tan arrogante, y le hizo saber que no tenía nada de qué avergonzarse, aunque sí pedía que entendiera sus palabras como un manifiesto de principios y no como un ataque. Entonces, habló. Dijo que él estaba en guerra desde hace mucho tiempo. Una batalla enfurecida contra este capitalismo imperfecto que no permitía que las fuerzas productivas cogieran vuelo. Al parecer, la explicación venía de atrás, desde los españoles, que eran más dados al proteccionismo que al liberalismo de corte británico. También achacó los males a la influencia católica y detestó que Bolívar malinterpretara la doctrina liberal. Después guardó silencio y se sonrió. Comentó que un amigo suyo,

un premio nobel de literatura, le había comentado que teníamos una idea errónea sobre nuestros héroes y eso nos había marcado. El Búfalo interrumpió a Lorenzo diciendo que siempre consideró sospechoso que Bolívar no le pusiera nombre a su caballo, a diferencia de otros hombres notables que dejaron a los Bucéfalos, a los Pegasos, a los Rocinantes, como testigos de la historia real e imaginaria. La asistenta negó con la cabeza y le advirtió que guardara silencio. Nuestro anfitrión apenas si se dio por aludido con la reflexión metafilosófica del amigo de Casiraghi. El Búfalo se enterró en la silla lleno de vergüenza. Sin embargo, Lorenzo no lo dejó morir.

—Tiene en algo razón. No somos sino anónimos devorados por la ambición de algunos —concluyó.

Foucault y Coelho estaban por aplaudir, mientras que pude percibir una ligera lágrima brotar de los ojos del Búfalo. Lorenzo tomó dos sorbos más de agua y consideró que lo próximo en acontecer era la revolución en la mentalidad laxa del venezolano, la transformación del espíritu dionisiaco provocada por la benevolencia del clima, ese que le llevaba a estirar la mano y recoger sin siquiera haber sembrado, alejado de las revelaciones que surgen al individuo cuando conoce las inclemencias de las cuatro estaciones y la voluntad que es necesaria e impostergable antes de que las nevadas y el frío se lleven la vida.

—Es el espíritu sacrificial el que debe prevalecer y empoderarse del alma humana. Y es allí cuando el sector bancario, más que ningún otro, tiene algo que decir. Difumina los límites entre mundo financiero y

mundo físico. Las fronteras entre lo material y lo inmaterial. Sacrifiquemos lo real, por lo posible.

Era esa su revolución, la que nos haría pasar, según él, de testigos marginados a protagonistas de la historia.

—Comparto esa visión, señor Lorenzo, la comparto —dijo extasiado el Búfalo.

Lorenzo arregló un mechón de su cabello y preguntó si acaso nos sumábamos a las filas de su ejército para luchar en esa guerra contra el conformismo y la intervención estatal en los asuntos individuales. Foucault, Coelho, Montes de Oca y Del Trigo, ahora sí que aplaudieron sin pena y decían: “¡Estamos en guerra también!”.

Me parecían una cuerda de aduladores de la peor estirpe. Por favor, ¿en guerra? De seguro ni se dieron unos coñazos en la escuela y ya andan como si supieran de qué trata la palabra. Supongo que cuando se enteraran de que estar en guerra significaba que no tendrían su cereal con leche por las mañanas o su nutella en la nevera esperando por sus antojos nocturnos, ya se les acabaría el entusiasmo de estar invocando semejante escenario. En cualquier caso, la euforia se mantuvo hasta que el mismo Lorenzo se encargó de exterminarla con una solicitud.

—Señores, necesito los terrenos del San Marino...

La asistente nos acercó a cada uno una pequeña carpeta donde había fotos satelitales, croquis, documentos legales y algunos otros insumos que a juicio de Lorenzo nos harían tomar la mejor decisión. Jerónimo no podía creerlo y tampoco Casiraghi; a los demás parecía darles igual y revisaban los papeles con mucho entusiasmo, hasta el

Búfalo y Foucault, que ningún pito tocaban en el asunto, se mostraban maravillados.

—¿Y bien? —preguntó Lorenzo—: ¿Es un trato? —dijo antes de volver a tomar agua mineral.

Coelho, Montes de Oca y Del Trigo tomaron la iniciativa y expresaron su deseo de colaborar cuanto pudiesen. Sin embargo, Casiraghi y Jerónimo mostraron reticencia y parecieron estar de acuerdo en que esa decisión no les competía solo a ellos y que deberían consultarla ampliamente con el resto de los vecinos.

El Búfalo abrió los ojos todo lo que pudo al escuchar a su mejor amigo. Hablaron un poco entre susurros, pero el tono fue en ascenso conforme el color de la cara de Casiraghi pasaba al rojo.

—Tenemos que pensarlo —volvió a repetir. Jerónimo lo acompañó con un gesto de cabeza.

Lorenzo perdió la candidez, pero no la postura. Se levantó de su asiento y se sacudió a su asistenta, quien trataba de apartarle la silla.

—Espero no haberme equivocado con ustedes —dijo mientras el Búfalo estaba a punto de sufrir un colapso.

—¿Saben lo que le ocurrió al último que se negó a colaborar? —preguntó.

—¿Lo mató? —indagó Foucault con un hilito de voz.

—¿Pero qué dices? —replicó Lorenzo—. Lo llevé a Dubái para que entendiera en qué podría convertirse si aceptaba unirse a mi labor...

—¿Y su labor es...? —me atreví a preguntar.

—Hacer el trabajo de Dios...

Dio media vuelta y se fue. No se despidió de nadie, al menos yo no vi que lo hiciera. Sin embargo, en el viaje de regreso Foucault y Coelho empezaron una conversación sobre una fiesta que nadie vivió. Sobre los atributos de su nuevo héroe y de cómo este los trató. Parecían adolescentes peleando por el amor inventado.

—¿Viste cómo me miraba cuando hablé? —decía Foucault.

—Me guiñó el ojo cuando me uní a su ejército —agregaba el Coelho llenito de pasión. Y continuaron así, sumando al Búfalo, Montes de Oca y Del Trigo a su noche soñada y cada quien aportaba detalles y hasta piropearon a la asistente, aunque no tanto como lo hicieron con Lorenzo. Jerónimo y Casiraghi se mantuvieron en silencio, cada uno en extremos distantes de la limosina, con la vista puesta en la noche a través de las ventanas. No sé en qué pensaban, aunque podría lanzar algunas sospechas.

Al llegar al *loft*, me despedí de Jerónimo y subí de inmediato al apartamento. Cleo seguía despierta, sumergida por entero en los papeles del viaje.

—¿Y? —me preguntó.

—Y qué...

—La fiesta, Lorenzo Barboza...

—Bien, normal... habla varios idiomas —le dije.

—¿Y estaba con Margarita de Borbón?

—¿Quién?

—La infanta Margarita, en las revistas dicen que son amantes...

—No, no la vi... aunque el tipo tiene pinta de cualquier cosa menos de semental...

—Deja la envidia, Álvaro.

—Es la verdad.

—¿Y de qué hablaron? ¿Por qué los invitaron?

—El tipo quiere los terrenos del San Marino. Creo que a Jerónimo y a Paolo no les gustó la idea...

—Pues, si a mí me lo preguntan, se los daría gratis. Te aseguro que hará algo mejor con ellos que nosotros. Lo llaman el rey Midas de Latinoamérica...

—El rey Midas... vaya título...

Cleo siguió con el cuestionario y pasó a los detalles de la casa, pero como no supe contestarle apropiadamente sobre qué tipo de lámparas tiene o el estilo con el cual decoró su vestíbulo, llamó a su amor, el Pedro Pedrito, que según por lo que escuché, también estaba a punto de llamarla. Se lanzó a un lado de la cama moviendo los piecitos como la típica adolescente, mientras Foucault de seguro le llenaba la cabeza con mundos imaginarios a la altura de los deseos de ambos. Me eché un baño y de allí fui directo a la cama, sin vestirme. Cleo puso el celular contra el colchón y me dijo que no iba a dormir desnudo, que fuese a ponerme algo para no arruinar la seda egipcia de cuatrocientos hilos. Me levanté con la rabia a mil, pero accedí para que dejara de molestarme. Volví al colchón, y a la sábana, emperifollado con el pijama que ella más adoraba y que más calor y sarpullido me provocaban.

—Mejor, mucho mejor —dijo.

Dormí acompañado de la conversación de Cleo y Foucault. Así que sin poderlo evitar, me hicieron soñar con Lorenzo. Lo veía descender del cielo, ataviado con una nube que le tapaba el sexo, y acompañado con su asistente que parecía un ángel. Ella no tocaba un arpa, sino que hacía apuntes en una libreta con forma de arpa. Se acercaban a los terrenos del San Marino mientras la gente se aglomeraba para recibirlos. Algunos aplaudían y otros lloraban emocionados. Cuando tocó el suelo empezó a dar un discurso que no pude escuchar. Una luz llegó desde el cielo y cegó a todos. La asistente/ángel daba instrucciones y guiaba a las gentes hacía el resplandor y ellos como mansas ovejas caminaban llenos de fe. Comencé a gritar: “¡No sigan la luz!”, pero en cuanto lo dije la cara de Charles apareció dibujada en el cielo azul. La mandíbula se abrió y de ella salieron miles de pájaros que decían: “Despierta, Álvaro. Despierta, por favor”. Abrí los ojos. Cleo ya dormía. Había una vibración que me costó identificar. La rastree por el cuarto, hasta que tropecé con el celular. Un mal presentimiento me llenó al ver el nombre de Jerónimo brillando por la pantalla. No sé por qué, pero pensé en Mamá: “Llamada de noche, llamada de muerto”, decía. Apreté sin convencimiento el botón del teléfono y escuché su voz. Eran las cuatro de la mañana.

## La tragedia griega

Las palabras de Jerónimo no estaban cargadas de malas noticias, sino de sus pesadillas. Me confesó que eran recurrentes y escondían un hecho real. En los sueños siempre volvía a la misma casa de ladrillos y techo de zinc, a los amigos de la cuadra, a los trabajos diarios. Un conejo aparecía en el relato, lo había recibido uno de los niños del barrio de manos de una mujer rica. Extrañas cosas suceden en los semáforos cuando se mezcla la infancia y el sol de mediodía. Jugaron con el conejito, se olvidaron de trabajar, jugaban con el animal, se olvidaron del deber. El muchacho lleva el conejo a su casa, lo presenta, lo reciben como uno más. Después comienza un nuevo día, más trabajo, menos propinas, algunos si quiera bajan los vidrios. Los niños vuelven a casa, van a buscar al animalito, quieren jugar, entenderlo mejor. Al entrar en la casa, un lugar de bloques grises sin frisar, con escasos muebles, el conejo no aparece. Hay ruidos al fondo, en el patio, junto al fregadero, donde se mezcla la cocina y los enseres de plástico y peltre. El amigo de Jerónimo, cuya identidad no



menciona, llama al animal por el nombre que hace unas horas ha decidido ponerle. Pero el conejo no aparece. Su padrastro lo ve llegar y le dice: “A ti te toca la mejor parte”. Jerónimo dice que usualmente despierta sin saber qué sigue, pero que luego la memoria lo traiciona y aunque ya está del lado de lo real, sabe qué pasó con el conejo. Y me cuenta los detalles y ya no sé si habla de la pesadilla o de la memoria. Pero me deja revuelto, guindado del insomnio. “Te toca la mejor parte...” es la frase que repica en mi mente cuando ya por fin Jerónimo se siente con ánimos de irse a descansar. Agradece que lo haya escuchado y se disculpa.

Si hubiese sabido que aquel día sería el más largo de mi vida, habría tomado un relajante para volver a dormir. Encendí la televisión y me quedé en la sala con la intención de recorrer los canales sin seguir un plan establecido. Nina despertó y se sorprendió de verme lanzado en el sofá. Me aconsejó tomar más té y menos café y quizá no andar tanto de fiesta en fiesta. Parecía, al hablarme, que estaba consternada con mi vigilia repentina. Le dije que no se incomodara e hiciera las cosas como si no estuviera allí. Preparó huevos revueltos y pan tostado y me llamó a comer. Cleo se unió al desayuno veinte minutos después, me acusó de haberla desvelado con tanto ruido. Dijo que ese día el consulado iba a darle información sobre la solicitud de visa y quién sabe si una prospectiva positiva en torno a la residencia permanente. Sentí que esa última palabra se quedó en el aire más tiempo del normal, revolviéndose en una onda que no moría. Bien, allí estaba entonces, en la recta final. A las puertas de afrontar un cambio de vida

que no había decidido ni querido. El aire empezó a faltarme y por un momento juro que iba a desmayarme.

—¿Se encuentra bien, señor Álvaro? —preguntó Nina.

—Estoy bien, solo sírvenme más café, por favor.

Cleo no levantaba la vista del plato, revisaba de vez en vez su teléfono celular. Por cortesía, por retórica, porque no me quedó otra opción, pregunté si necesitaba que la llevara al consulado. Ella levantó los ojos y dijo que no, que prefería ir sola. Ambos volvimos la vista a nuestros respectivos desayunos supervisados por Nina, quien de seguro para esa fecha ya sabía que nuestro matrimonio era el desecho que deja la costumbre al pasar demasiadas veces por los mismos cuerpos.

Salí en cuanto pude a ver a Elena. Fui hasta la universidad y la encontré en su clase de psicología social. La vi por la ventana de la puerta y ella rio al verme, también sus estudiantes. Esperé unos minutos afuera, dando vueltas una y otra vez en el mismo pasillo. Leía las carteleras estudiantiles y los poemas épicos que escribían en los baños. Ella salió y nos fuimos a comer en una cafetería cercana. Al sentarnos, me dijo que se alegraba de que hubiese tomado la iniciativa de ir a visitarla. No pude contener mi cara y ella supo, de inmediato, que no traía información que pudiera querer. En cuanto dejé salir que el viaje era una posibilidad cierta, cambió la expresión. Buscó en su cartera unos cigarros, pidió la cuenta, ordenó los platos en la mesa, cualquier cosa que la alejara del contacto visual. Le pedí que me mirara, tomé sus manos, sudaba, temblaba un poco también. Tomé su mentón y le pedí que no me

dejara solo en esto, pero me quebraron los ojos más tristes que recuerde.

—Eres un egoísta —me dijo limpiándose con una servilleta. Trataba de conservar el ligero maquillaje que llevaba.

—Siempre eres tú, tú, tú y tú... y vienes aquí... y tengo que consolarte el alma.

—Por favor, no te pongas así... sabíamos que esto era una posibilidad —contesté con la sensación de haber lanzado un vaso de vino sobre un mantel blanco.

—Eres un maldito insensible —dijo mientras se levantaba de la mesa. Traté de retenerla, pero apartó la mano con violencia.

—No quiero que me busques más, no quiero verte nunca más en mi vida, Álvaro González. Vete para tu mierda de Canadá o para donde te dé la puta gana. Vete con tu mujer y con tus malditos complejos de hombre inseguro... eres un...

No pudo terminar la frase porque se le atragantó la fuerza vocal con las ganas de llorar. Se fue en dirección a la facultad y me dejó a merced del resto de los comensales, que ahora me observaban como si fuese el peor de los hombres sobre la tierra. Me sentía así. Di vueltas por los pasillos con el rostro de Elena cortándome las venas, provocando parálisis repentinas en mi pecho. Estaba lleno de una confusión que no lograba nombrar, así que llamé al único que podría sacarme de ese estado, pero para variar Manuel no contestó el teléfono. Y no lo hizo en ese momento, ni en las dos horas siguientes. Solo me encontraba

con la contestadora automática y su voz advirtiéndolo a evangélicos, católicos y vendedores de paquetes turísticos abstenerse de dejar un solo mensaje en su buzón. Me recosté en una banca y me dejé llevar un rato por la idea de qué pasaría si decidía no irme del país. Pero al tomar fuerza ese pensamiento, eran otros los ojos que se volvían pedazos del llanto. No podía, simplemente no podía pensar que Cleo sufriera por mi culpa, cómo iba a vivir con aquello, con ese complejo de culpa. Odio dejar muertos por el camino, pensé. Puede que haya sido exagerado el razonamiento, un síntoma de las cosas que me comían el hígado recostado en esa banca pública. Amo a Rosa Cleopatra, la amo, me decía, aunque cada vez sonaba con menos fuerza en mi cabeza y corazón, hasta que terminé con una pregunta: ¿la amo? Quería responder sinceramente sin el martirio del cura o la vigilancia del policía interno, mucho menos con la mirada pesada de la solterona maestra del catecismo y sus consejos sobre el matrimonio. Estaba seguro de que no contesté esa pregunta, porque la respuesta me aterraba, convertía mi mundo en un terreno quebradizo y desconocido. Me incitaba a caminar en las aguas infestadas de lo nuevo, quizá Cleo tenía razón y tenía un grave problema con la gestión del cambio, o puede que haya sido Elena quien tuviese razón y mi cuerpo no fuese otra cosa que la fortaleza invencible donde los complejos más vacuos de los hombres cobardes hallan su templo. Iba a morirme de tanto pensar, de escuchar el reloj marcar cada segundo en una marcha indetenible hacia lo inevitable.

El teléfono celular vibró en mi bolsillo y rogué por que Manuel apareciera para darme unas cuantas bofetadas entre filosóficas y realpolitik, que me dijera lo mismo que me decía una y otra vez: “Si Dios existiera, si fuese verdaderamente un Dios y quisiera a los seres humanos, les diría: ‘¡maldita sea, no se casen a los veinte!’ ”. Sin embargo, no era mi hermano sino Jerónimo quien saltaba desde el otro lado de la línea para pedirme, rogarme, que le hiciera un gran favor. “Es importante. Veníte esmollejaos pal *loft*”. Acepté aquella intermediación como la oportunidad de sacudirme tanto conflicto mental. Fue la mejor decisión que pude haber tomado.

Jerónimo me recibió en el estacionamiento. Estaba distinto, más distraído, disperso es la palabra correcta. Decía que el Paolo Casiraghi le había pedido que lo acompañara a una tarea que solo hombres orgullosos pueden hacer. En el momento, me pareció una declaración retórica, de esas que se dicen para llenar el vacío. Le pedí que se despreocupara y esperásemos por lo que tuviera Paolo que decir. Sin embargo, Jerónimo saltó a contarme que su hijo León Magno le reveló que las cosas en casa de los Casiraghi no estaban muy bien y que las peleas eran cada vez más frecuentes.

—Vos sabéis que Leoncito y el hijo de Casiraghi, Stefano, son muy buenos amigos, se la pasan todo el tiempo juntos y comparten esas intimidades familiares. Le he dicho a Leoncito que no se meta en esos brollos, pero vos sabéis cómo son a esa edad. Y, bueno, ya que hablamos

de los muchachos quería consultarte algo, Alvarito. ¿Vos creéis que sea normal...?

Casiraghi apareció en el estacionamiento con un pequeño bolso de medio lado, lucía más alegre de lo habitual. A decir verdad, no era alegría sino una energía un poco fuera de lugar que le hacía perder su habitual aplomo. Estaba más gritón de la cuenta y me saludó con un carajazo en la espalda que quise devolverle con un codazo. Jerónimo abrió los ojos como si quisiera decirme algo, pero ya Casiraghi se unía a la conversación y nada quedaba fuera de su atención.

—Entonces, ¿nos vamos? —preguntó Casiraghi.

Miré a Jerónimo esperando que él tomara la delantera. Contestó afirmativamente. Antes de salir, Casiraghi bajó el vidrio y habló con Teófilo, le dijo con firmeza:

—Si el tipo sale del San Marino, me llamas.

Teófilo se paró firme y contestó con solemnidad militar que así lo haría. Jerónimo iba adelante y yo en el asiento de atrás. Los ojos de Casiraghi golpeaban los míos por el espejo retrovisor con demasiada frecuencia como para sentirme a gusto. Al fin supe por qué lo hacía.

—No esperaba que vinieras, Álvaro. Pero te lo agradezco. Verás, mi abuelo me dijo antes de morir que los lazos de amistad son los únicos... —guardó silencio y esperó a que continuara, pero como no lo hizo lo interrumpí.

—Los únicos qué, Paolo.

—¿Cómo?

—Los lazos, son los únicos qué... —dije.

Casiraghi se carcajeó un poco entre lo maniaco y lo verdaderamente maniaco.

—No lo sé... se murió antes de completar la frase. Pero bueno, allí me quedó ese pensamiento y yo lo completo como quiero. Hoy diría que los lazos de amistad son los únicos que valen la pena, los únicos reales, lo demás son mentiras, mierda, son putas... —Casiraghi hizo tambalear el vehículo y tuve que agarrarme al asiento delantero. Jerónimo me señaló tímidamente su celular. Como no entendí a la primera, abrió los ojos y volvió a señalarme su aparato. Escuché un mensaje que llegaba a mi teléfono.

Jerónimo Tercero

Paolo se volvió loco pa la verga!

Recibido 15:45:46 15/08/2007

Alvarito

¿Q pasó?

Recibido 03:46:58 15/08/2007

Jerónimo Tercero

Q le encontró a Mafer un mensaje de un tipo...

Recibido 15:52:04 15/08/2007

Alvarito

Que terrible

Recibido 03:53:44 15/08/2007

Jerónimo Tercero

Sí triste. M dijo q vamos por vendeta o una verga así. Será su hermana o una prima???? :O

Recibido 03:56:58 15/08/2007

Al leer el último mensaje supe que el sentimiento de malestar que me aquejaba desde la madrugada no tenía que ver con que recibiera las memorias infantiles de Jerónimo, o la noticia del viaje o las lágrimas de Elena. Era un evento profético que se refería a este momento. Solo rogaba por que Manuel atendiera el teléfono, pero seguía la contestadora respondiendo a cada intento. Traté de calmarme, de pensar que tal vez hoy estaba suspendido en el universo el refrán “si algo puede salir mal, saldrá mal”. No hay nada por lo cual perder la cabeza, lo mejor era guardar la compostura y hacer desistir a Casiraghi de ese viaje inútil.

El trabajo de sacarlo del estado de furia contenida era inútil. El hombre si acaso nos miraba y limitaba la conversación a pequeñas líneas existenciales que casi siempre referían a su abuelo y a los recuerdos que guardaba de las vacaciones en el Mediterráneo. Aunque luego se aventuró a explicar la problemática interpersonal en Suramérica a partir del análisis del clima, y que si en algo concordaba con Lorenzo Barboza era que la mata de cambur había hecho un daño tremendo al espíritu del suramericano.

—Lo quieren todo fácil —dijo con el acento más italiano que nunca.

De cualquier modo, sabía que esa línea que lanzaba mientras apretaba con fuerza el volante parecía hacerla a



fuera quien fuera estuviera con Mafer. Callé cuando consideré a Casiraghi un caso perdido, pero fue en ese instante que Jerónimo agarró aire y actuó. Le dijo que él mismo había pasado por una situación similar y que la resolvió con terapia de pareja y mucha comunicación. Aunque luego admitió, en honor a la amistad, que pagó a unos guajiros para que le metieran un buen susto al que intentó levantarse a Eurídice. Siguió en sus reflexiones al mejor estilo Costa Sur del Lago y recomendó que lo mejor era irse a un prostíbulo y pagar con la misma moneda.

—¿No opináis lo mismo, Alvarito?

Aquella pregunta era mi oportunidad para explicarle a estos idiotas de qué iba mi filosofía de pareja y tal vez así dejaran de considerarme un cornudo, o en su jerga “un mente abierta”. Expliqué que no tenía el menor sentido vivir con la paranoia de la infidelidad. La fórmula era simple y partía de la premisa de que la carne es débil. Les expliqué la ley de Murphy y también les dije que lo mejor era que, si llegaba a ocurrir, cualquiera de las dos partes que pecase lo hiciera de una manera tan perfecta y elegante que diese la impresión de que nunca hubiese ocurrido. A eso se resumía mi máxima. Jerónimo volteó a verme:

—Vos sois raro, Alvarito. —Se echó a reír.

Ambos eran una pérdida de tiempo. De todos modos, no estaba dispuesto a rendirme y dije que era posible que estuviésemos persiguiendo un espejismo.

—Una vez tuve un espejismo mientras me cogía a una colombiana en Maicao. Vi el futuro, el billete de lotería... —interrumpió Jerónimo.

—Visión, Jerónimo, ¿no será que tuviste una visión?  
—le contesté.

—No, estoy seguro de que era un espejismo.

—Estoy hablando en serio, Jerónimo. Mira, Paolo, a lo mejor no es nada... un mensaje equivocado...

Paolo detuvo el carro en plena autopista, no sé cómo no nos matamos. Ni siquiera se orilló. Sentí los cornetazos y maldiciones de la gente pasarnos por encima.

—Es el maldito Gatsby el que se está cogiendo a la muy puta, *zoccola, cagna, battona*... Tiene el nombre en su celular. —Paolo respiraba con dificultad y la cara se le llenó de venas imposibles para un humano.

Me lancé en el asiento de atrás, sin saber qué más decir. El carro volvió a tomar velocidad y aproveché para maldecir que Manuel seguía con el teléfono apagado.

Pienso que nadie supo qué otra cosa agregar. Jerónimo se hundió en el asiento delantero y enviaba mensajes de texto. Intentaba hacer lo propio, pero con Cleo abstraída en su proyecto de emigración y Elena odiándome de por vida, lo único que podía hacer era premeditar algunas acciones por si lo peor llegaba a ocurrir. Casiraghi manejó fuera de sus dominios, demasiado lejos, en las zonas periféricas de la ciudad, en los terrenos que nadie apetecía y que estaban poblados por bases militares y carreteras nacionales que unían la capital con la zona central del país. Fuimos a dar a un pequeño pueblito turístico cuya actividad comercial estaba mermada por ser día de semana. De cualquier manera, a medida que avanzábamos por la carretera unos niños se acercaban para ofrecernos dulces

en conserva y fresas con crema. Casiraghi bajó el vidrio y preguntó por una dirección, el niño le dijo que lo ayudaría solo si le compraba algunas galletas. Casiraghi respiró y guardó silencio. Abrí la ventana trasera y llamé al muchacho, le compré dos paquetes; Jerónimo pidió otro para él porque decía que al paso que íbamos esa sería nuestra cena. Compré otro. El niño entonces dio la dirección que Casiraghi solicitaba, la de un motel local. Volvimos al silencio. Sin embargo, Jerónimo nunca conoció el proverbio que reza “si tus palabras no son mejores que el silencio, entonces cállate la bocota”.

—*Pasionaria*, ¿a quién se le ocurre? Qué falta de clase. Si yo fuera dueño de un motel, le pondría un nombre con gancho, así como Gold Member o Garganta Profunda. —Jerónimo al fin clausuró su intervención con algunas disertaciones sobre psicología del color y la importancia de un logo llamativo para influir en la clientela. Tuvo suerte de que Casiraghi estaba demasiado ensimismado como para lanzarle un puñetazo. Igual, no se quedó tranquilo y se revolvía en su asiento hablando ahora para sí. Al percatarse de que no me interesaba su monólogo, volteó a verme—: ¿Y a ti, Alvarito, no se te ocurre algo? —preguntó.

Hice ademanes de que guardara silencio y señalaba a Casiraghi para ver si le bajaba intensidad a su verborragia. Paolo nos pidió callarnos porque nos aproximábamos al motel. El sitio tenía un gran anuncio donde resaltaba un corazón y la palabra “pasionaria” en rojo intenso. Además, notificaba que poseía televisión por cable, agua caliente, y lo mejor de todo, discreción garantizada. Pasamos de

largo y estacionamos a unos trescientos metros. Ya eran más de las cinco de la tarde. Bajamos del carro y comenzamos a caminar por la vía, rodeando el motel. Casiraghi improvisó un camino que nos llevó hasta una pared lateral desde donde era posible, con algún esfuerzo, ver por completo las habitaciones. Eran cabañas separadas y cada una contaba con su propio estacionamiento. Jerónimo también observaba y decía que los moteles habían evolucionado. Pensaba que era un buen negocio y que haría algunas cuentas para saber si era posible invertir en alguno. Paolo si acaso intervenía. Solo miraba y respiraba entrecortado, con demasiada fuerza o demasiada dificultad, le sonaba la nariz y los pulmones se le hinchaban. Su cuello se enrojecía intensificando el blanco de su camisa. Dijo:

—Van a verse a las 6:30. Ella va a llegar primero, luego él. Cuando estén dentro de la cabaña, ustedes se van...

—¿Y qué coño piensas hacer? —le pregunté, con el corazón acelerado.

—Matar al maldito Gatsby. —Se sacó del pantalón una pistola que me trancó la garganta—. Y después, la voy a... matar... esa perra, desconsiderada...

Fue demasiado para Casiraghi, se puso a llorar como un niño, o bueno, como llora un hombre que sufre. Jerónimo miraba la pistola y por primera vez lo vi enseriarse, entender la dimensión del problema en que estábamos metidos. Le puso una mano en la espalda mientras le daba consejos sobre la vida. Eran las cosas más sensatas y sabias que le escuché a Jerónimo desde que lo conocía. Un compendio de razonamientos entre lógicos y espirituales que me alejaron

de Casiraghi y me pusieron a pensar en mis propias intimidades. Puede que haya subestimado a Jerónimo, o desmeritado lo importante de su naturaleza. Casiraghi siguió llorando desconsolado y en un momento abrazó a Jerónimo sin soltar la pistola. Puede que si no se hubiese aparecido el carro de Mafer lo habríamos convencido de volver y tomar otro camino. La vida tenía otro plan para nosotros. Paolo volvió a entrar en cólera cuando el carro plateado de su esposa entró en el garaje de una de las cabañas. Apretó de nuevo el arma y allí las palabras de Jerónimo perdieron eficacia. Le pedí que pensara en Stefano, en el dolor que iba a causarle, pero estaba enfocado en su revancha, en continuar por la senda más oscura. El celular de Paolo sonó en su pantalón. Contestó la llamada tratando de mantener la entereza; no habló en ningún momento, solo escuchó. Al cortar, nos informó que el Gatsby había salido de la residencia. Supe que nos dirigíamos sin remedio al error más grave de nuestras vidas.

—No voy a ser parte de un crimen —le dije. Paolo dirigió su furia hacia mí, incluso vi el cañón de la pistola cruzar mi línea visual.

—¿Crimen?! ¡Solo defiende lo que me pertenece! —escupió Casiraghi.

No iba a entrar en diatribas con su ceguera de odio o de amor, que ciertamente se parecen bastante. Solo le di la espalda y empecé a caminar por la carretera, Jerónimo vino detrás de mí y me dijo que no podíamos dejarlo solo, que sería peor. Que tenía un plan pero que necesitaba de

mi ayuda. Pensé que abandonaba la villa de la locura para internarme en el club psicótico regentado por Jerónimo.

—Lo mejor que podemos hacer es llamar a la policía y que sean ellos los que detengan esta estupidez —le dije.

—Mijo, en qué país creéis que estáis. Eso es en las películas, Alvarito. Llamá a la policía, andá, marcá el número.

Jerónimo me alcanzó su propio teléfono. Lo tomé y presioné el número de emergencia. Al principio tenía una ligera esperanza, la impresión de que atendieran al primer repique, luego al segundo y así hasta que la propia llamada se cortó. La cara de Jerónimo no permitía mayor interpretación.

—¿Y? ¿Ya viene Superman en camino? —dijo sin sonreír.

En cualquier caso, lo que iba a decirle era mucho más importante que su pequeña victoria:

—¿Dónde está Paolo?

Ambos salimos espantados hasta donde lo habíamos dejado. Nos asomamos hacia el motel y pudimos verlo con paso firme hacia la cabaña en la que estaba Mafer. Mientras corríamos tras él, saqué el teléfono y traté de llamar a Manuel. La contestadora de nuevo..., y la tragedia a cien metros. El momento era absolutamente irreal, como si alguien estuviera contándolo y yo lo estuviera viviendo a través de esa voz, o como si fuese parte de un recuerdo lejano que ya uno no sabe si realmente tuvo lugar. Jerónimo fue el primero que llegó hasta donde estaba Paolo y se le abalanzó antes de que tocara la puerta de la cabaña. El “tacle” los lanzó hacia un pequeño jardín lleno de flores

plásticas. A pesar de que se revolcaban en la tierra y forcejeaban en busca del arma, no emitían ruidos y hablaban entre dientes, no sé si para no alertar a Mafer o para seguir una de las reglas del motel escritas en el cartel de entrada: “Evite los gritos y otros ruidos molestos para el bien de los demás clientes”. Jerónimo logró ponerse sobre Paolo y reducirlo completamente.

—Molleja de coñazo, Paolo, me partiste la jeta... malayo.

Una gotitas de sangre empezaron a caer sobre la cara de Casiraghi, eran pequeñas pero constantes y se mezclaban hasta casi desaparecer en su piel enrojecida. En la cabaña de al lado una pareja se asomó y desde la ventana les dijo que pagaran una habitación y dejaran los espectáculos en la calle. Jerónimo, todavía montado sobre Casiraghi, miró a los curiosos y cuando era seguro que iba a dedicarles parte de su repertorio verbal, lo detuvo el que la puerta del garaje donde estaba Mafer comenzó a abrirse. Jerónimo levantó a Casiraghi del suelo con una fuerza sorprendente, lo arrastró hacia un lado y allí aguardaron sorprendidos. El carro de Mafer salió y abandonó el motel. Paolo se zafó del agarre tenaz de Jerónimo y se introdujo en la cabaña antes de que la puerta del estacionamiento cerrara. Ya no podíamos hacer nada, ahora la acción iba a desarrollarse ajena a nuestros ojos y apenas tendríamos solo la imaginación para dibujar lo peor.

Jerónimo se acercó y con la vista en la cabaña soltó que sería una buena idea llamar a un abogado. Ambos nos quedamos en silencio y aunque no comentamos el asunto,

creo que esperábamos el ruido del fatal disparo, puede que algunas cosas rompiéndose, los gritos de una pelea entre hombres que comparten más de lo que quisieran. Nada salía de aquel lugar. Tomé la decisión de entrar mientras Jerónimo me decía que lo dejara llamar primero a su abogado para saber qué hacer. Como no le hice caso, me pidió que al menos usara un pañuelo para abrir la puerta y que tuviese cuidado con tocar el cuerpo del delito o el arma del crimen. Pasé a una pequeña salita cuya vista daba directo al cuarto. Paolo estaba sentado allí. La pistola a su lado. Pensé de todo, desde que sería testigo de un suicidio, hasta que me dispararía solo para darle escape a su ira contenida. Jerónimo entró detrás y empezó a recorrer el cuarto, sin creérselo. En un momento lo vi un tanto decepcionado y se sentó a un lado de Casiraghi. No habló. Nadie habló. Un empleado del motel llegó hasta la puerta y preguntó si nosotros habíamos pagado por la cabaña. Después como que se atrevió a mirar con más detalle y pidió que pasáramos por caja primero. Casiraghi se levantó de la cama, tomó la pistola y salió de la cabaña. El empleado quedó congelado. Jerónimo le pidió no preocuparse por nada. Luego preguntó si tenían alguna clase de circuito cerrado de televisión. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Haceme un favor y borra las últimas dos horas...  
¿Sí?

El empleado seguía confundido, pero estiró la mano y aceptó los billetes. Salimos hasta la puerta de la cabaña y



vimos a Casiraghi irse del lugar. Jerónimo volvió a meter la mano en el bolsillo y miró al empleado.

—Haceme otro favor. Pedime un taxi.

El hombre fue diligente y consiguió un taxi de inmediato, el problema es que el tipo tardó en llegar. Nos sentamos en la oficina de administración. Jerónimo comenzó a indagar sobre los detalles del negocio. Parecía muy interesado en la rentabilidad y en las dificultades propias que derivan de atender un sitio así. El empleado estaba gustoso de compartir toda su sabiduría y le confesó que era un negocio redondo, sin pérdidas. Que si tenía algo que objetar era que se gastaba demasiado al lavar las sábanas y que, además, el acto amatorio ponía a la gente muy hambrienta, por lo que ejercían mucha presión sobre las dos cocineiras que regentaban la cocina.

—Por lo demás, no hay nada mejor —concluyó.

Mi celular repicó, casi de inmediato también lo hizo el de Jerónimo. Cleo me dijo aterrada que Mafer Casiraghi la había llamado porque Paolo la había alcanzado en la autopista y estaba muy violento.

—Va hacia el San Marino —dijo con sobresalto.

Le comenté que esperábamos un taxi y que haría lo posible por llegar. Le pedí que llamara a la policía, ella me dijo que ya lo había hecho, pero que nadie le contestó la llamada. Cuando terminé de hablar con Cleo, Jerónimo me comentó que León Magno estaba preocupado porque Stefano estaba en una crisis nerviosa. Al parecer había hablado con Paolo y este no paraba de decirle que lo perdonara por lo que estaba

a punto de hacer. El tipo del motel escuchó la conversación y nos dio otra opción para salir de allí.

Jerónimo manejó la moto. Tuvo que dejar su reloj y una cadena de oro como garantía. El empleado quedó conforme y hasta nos despidió como se despide a los héroes. Me aferré a Jerónimo con fuerza en la parte trasera de la moto. No era muy fanático de la decisión que habíamos tomado, pues el riesgo era demasiado. Jerónimo trataba de hablarme, contaba anécdotas de los golpes que se dio mientras aprendía, o que participó de joven en algunas carreras ilegales. Quería que se enfocara en la ruta y le hablaba con fuerza al oído, aunque me desestimaba y contestaba que no lo agarrara tan fuerte porque le iba a hacer perder el equilibrio.

Así avanzamos hasta la ciudad y de allí con dirección al San Marino. Sentía que el teléfono me repicaba pero era imposible que pudiera sacarlo del pantalón. Hacerlo hubiese significado que tal vez rodaríamos por el pavimento, con eso toda esperanza de detener a Paolo. A mitad de camino el tráfico de vehículos se intensificó y le pedí a Jerónimo que bajara la velocidad. Él apenas si me escuchaba y pasaba con temeridad por entre los vehículos sin dejar de tocar la corneta:

—¡Abra paso, abra paso! —decía. Cerca de un semáforo una alcabala policial comenzó a hacernos señas para que nos detuviéramos. Jerónimo bajó la velocidad y me preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Párate, no hay otra opción.

—Agarrate, Alvarito, que tengo una idea.

Jerónimo pasó muy cerca de una moto policial y le dio una patada. Esta cayó en el asfalto con un ruido terrible, de al menos dos años en la cárcel. La cara de los policías era una mezcla entre odio policial e ingenuidad. Los tipos levantaron la moto y la alcabala y apretaron el acelerador para seguirnos. Pensé que como iba a fungir de chaleco antibalas antes de llegar al San Marino, lo mejor era llamar a Elena y despedirme. Jerónimo, en cambio, estaba poseído por una energía increíble y gritaba tonterías a medida que aceleraba el motor. Los policías pronto nos dieron alcance, por lo que Jerónimo optó por maniobras cada vez más arriesgadas entre los vehículos aglomerados por el tráfico de esa hora. Me sentía un drácula caraqueño, desesperado por llegar a su castillo antes de que el sol apareciera para achicharrarlo. Quise saber si Elena, al conocer la historia, iba a pensar lo mismo. Así que hice el esfuerzo de sacar el teléfono, cosa que resultó más sencilla de lo que supuse. La llamé. No contestó. Pensé que me iba a morir de la tristeza, también me sentí un poco egoísta porque mi corazón le quitaba protagonismo al drama de la pareja Casiraghi, a la angustia de su hijo. El teléfono repicó. Era Elena quien llamaba. Fue tosca y fría al principio.

—¿Qué coño quieres? —Su voz era áspera y nada amena, pero la recibí con la misma alegría del naufrago que escucha la sirena de un barco.

—Elena, es posible que muera hoy. Pero ya no estoy triste, porque al menos pude conocerte. —Ella se quedó en silencio y cortó la llamada. No me importó. Lo que había

dicho era suficiente. Tanto que ya no necesité abrazar a Jerónimo y mucho menos sostener el celular. El aparato cayó al asfalto y se destrozó con el impacto. Jerónimo se desbalanceó un poco e hizo una pausa en sus gritos dementes para preguntar:

—¿Y eso qué fue?

— Mi teléfono, creo que lo perdí.

—No el teléfono. Lo que dijiste. —La voz de Jerónimo se transformaba al chocar con las ráfagas de aire.

—No lo sé, no lo sé.

Los policías nos ordenaban detenernos. En un momento sacaron las pistolas y dispararon al aire. Estoy seguro de que, de no ser por nuestras ropas y el lugar al que íbamos, nos hubiesen volado la cabeza. Puede que creyeran que estábamos drogados y que aquella estupidez había sido un acto para canalizar de manera anárquica alguna crisis de la mediana edad. Comenzaba a anochecer y el tráfico continuaba denso. Jerónimo aprovechó para cambiar de canal y acercarse al hombrillo, luego cruzó con extrema violencia en la salida que llevaba al San Marino. Me pidió contestar el teléfono que repicaba en su pantalón. Cuando lo tuve, mi oído recibió noticias terribles de parte de Teófilo. Paolo estaba como loco dando vueltas por el *loft*, buscando a Mafer Casiraghi y había tratado de forzar la cerradura del *penthouse*. Le dije que íbamos en camino y que llamara a la policía, pero después lo pensé mejor y dije que ya no hacía falta, porque ya la ley nos perseguía. Le rogué no desesperarse y tratar de mantener a todos alejados de Casiraghi. En un momento Jerónimo aceleró mucho

más y tomó un camino improvisado. Estuvimos a punto de matarnos cuando comenzamos a tropezar con el terreno escarpado y caímos en una carretera de tierra, por debajo de la vía principal. Los policías nos miraban desde la distancia y no se decidían en hacer la maniobra.

—¿Qué haces, Jerónimo? —Este respiró y compartió su plan. Al parecer, en un momento había decidido que esa era la única forma efectiva de llevarlos hasta el San Marino para hacer frente a la difícil situación, pero luego le llegó la visión de que podrían matarlo.

—Alvarito, somos nosotros quienes debemos resolver este asunto. Como Batman y Robin.

Sus palabras, todo, me pareció un sueño, una locura. Incluso cuando volvió a encender la moto y nos pusimos en marcha y aclaró que por supuesto él era Batman, creí que iba a despertar en cualquier momento.

El camino de tierra nos llevó hasta una urbanización privada y de allí volvimos a incorporarnos a la autopista. Teófilo nos recibió en las puertas del San Marino. Apenas podía hablar, dijo que Paolo estaba armado y tenía a Mafer por los lados de la piscina. Revisamos las cámaras de seguridad y pudimos ver el alboroto que se había armado. Mafer y Paolo hablaban sentados en una silla, pero la pistola seguía aferrada a la mano derecha de Casiraghi. Jerónimo le dio instrucciones a Teófilo para que saliera a buscar a la policía, le explicó que con suerte él y yo lograríamos desarmar a Paolo. No conversamos de ningún plan y no podía saber qué tramaba Jerónimo, así que llegué a la piscina creyendo que íbamos a encabezar los titulares del

día siguiente. Los vecinos del San Marino seguían la escena alejados desde los jardines y otros desde las ventanas de sus *loft*, algunos grababan con sus teléfonos. Cleo no estaba entre los mirones, pero sí Eurídice, quien le pidió a Jerónimo hacer algo para que no mataran a su amiga.

—Voy a lanzarme encima de Paolo, mientras tú te llevas a Mafer —me ordenó el patriarca de los Tercero. Era la idea más simple, redonda, estúpida y vacía que había escuchado.

—Vas a hacer que te maten y también a Mafer —le dije molesto. Jerónimo se detuvo y puso sus manos en mis hombros.

—¿Viste el calibre de la pistola del Paolo? —dijo mientras sus ojos completaban el mensaje.

—No —le contesté.

—Calibre 32, treinta y dos, un tres y un dos... ¿yo vivo en qué piso? ¿Y en cuál vive Paolo?

—Tres y dos —respondí sumergido en una espesura indescifrable.

—Es mi día de suerte, Alvarito. La Chinita ha hablado.

No podía creer lo que escuchaba. Supe que iban a matar a Jerónimo, que la desgracia iba a posarse sobre la familia Tercero, sobre el más inocente, como siempre suele suceder. Habría querido decirle que las estadísticas estaban en su contra y que los periódicos están repletos de amigos, de terceros (vaya casualidad), que por meterse en donde nadie los llama han salido con la peor de las partes. El hombre estaba resuelto y nada lo hubiese detenido. Caminamos hasta donde Casiraghi y vimos a Mafer

completamente aterrorizada mientras Paolo le hablaba de cuando se conocieron, o de que esa noche ella iba a recibir su merecido. Jerónimo se quedó a unos dos metros de la pareja. Casiraghi apretó la pistola y la dirigió hacia donde estábamos. Escuché a los vecinos del San Marino vociferar con asombro, cumpliendo muy bien su papel de mirones.

—Paolo, soltó el revolver... que te vas a desgraciar la vida. Pensá en Stefanito, va a quedar con un trauma —dijo Jerónimo.

—Váyanse al carajo, ustedes dos... No respondo si te acercas, Jerónimo.

Mafer se echó a llorar. Estaba sensiblemente paralizada, sin posibilidad de hacer otra cosa más que dar gritos y suplicar por la vida de todos. Paolo la miró sin dejar de apuntarnos.

—Confiesa, maldita. Dime pues, hace cuánto te coges al tipo.

Mafer lo miró con una rabia tremenda.

—Nuestro matrimonio era una farsa, una mentira, Paolo. Dios mío, cuántas veces te pedí el divorcio, cuántas... —La última palabra fue un grito, su voz se transformó en llanto y su cuerpo fue a dar al piso. Y allí continuó con sus preguntas retóricas, más apagada y triste—. Cuántas —decía.

—Cállate, al menos ten la decencia de callarte —respondió Paolo. Su cara estaba deformada por la ira, sus ojos eran la marca de la locura. La tensión en su cuello, en sus manos, era evidente. Sentí a Jerónimo aprestarse para dar un salto hacia Paolo. Sin embargo, Paolo volteó a vernos

y puso la pistola en su sien—. Yo no puedo con esto... que Dios me perdone—dijo.

Un silbido fortísimo, agudo, nos sacó por un momento de la fatalidad. Venía del *penthouse*. El Gatsby estaba montado en la pared de su balcón apenas cubierto con una bata de baño. Las manos abiertas como un cristo rebelde y su voz emitiendo silbidos potentes. Casiraghi quitó la pistola de su cabeza y la apuntó hacia la figura del Gatsby. Miró a Mafer y le preguntó cómo coño iba a serle infiel con semejante ser humano. Mafer se limpió la cara con la mano y echó un vistazo hacia donde la bata del Gatsby ondeaba libre, dejándolo desnudo por completo.

—¿De qué mierda estás hablando, Paolo?—dijo Mafer visiblemente confundida.

—Te vas a arrepentir toda la vida—dijo Paolo tomando el arma con las dos manos. Disparó dos veces y en ninguna cerró los ojos.

El cuerpo del Gatsby se desplomó desde el *penthouse* y vibró sin intensidad cuando tocó el suelo. Cayó a poca distancia de nosotros, como a tres metros. Su vista quedó fija en el cielo y apenas si se le notaba alguno de los disparos. Parecía que meditaba en algo muy profundo, en ideas que lo llevaban lejos de la tierra. Su boca apenas abierta y su barba descuidada le daban un aspecto bohemio y agradable. No recuerdo que alguien hablara, ni en la piscina, ni tampoco en las zonas tomadas por los propietarios devenidos en espectadores de tan escandaloso espectáculo. El único ruido fue el de Jerónimo lanzándose contra Paolo, luchando por el control de la pistola. Fue una pelea corta



que fue resuelta por Jerónimo tomando a Casiraghi por la cintura y arrojándose con él al agua. Y allí los vi llegar hasta el fondo, lanzarse golpes y perseguir la pistola plateada, hasta que se quedaron sin aire y volvieron a la superficie para echarse a un lado de la piscina.

Cuando la policía llegó, esposó a Casiraghi y también a Jerónimo. Prefirieron no correr riesgos. Cercaron con cinta amarilla el área donde se hallaba el cuerpo del Gatsby y comenzaron a interrogar a los vecinos del San Marino. Eurídice dejó atrás cualquier diferencia con Mafer y corrió para abrazarla y proveerle el máximo de atenciones. Lo mismo hicieron Stefano y León Magno. Teófilo llevó a los oficiales a su cuartel general y luego de revisar las cintas dejaron libre a Jerónimo. Me pidieron algunos detalles sobre los sucesos y conté absolutamente todo. Pasaron dos horas hasta que se llevaron el cuerpo del Gatsby. Fue tiempo suficiente para que cada uno de los propietarios se acercara a saciar al fin tanta curiosidad. Coelho, Montes de Oca y Del Trigo intentaron tomar fotografías, pues seguían afirmando que ese rostro se les hacía familiar y que era posible que la realeza lombarda en cualquier momento reclamara justicia por el asesinato de uno de los suyos. Jerónimo me pidió que fuésemos hasta la comisaria para apoyar a Paolo, pero también para ponernos en contacto con los familiares del Gatsby. Desistí porque estaba demasiado cansado y también porque necesitaba buscar a Cleo, que no había aparecido en ningún momento.

Eran las dos de la mañana y Cleo no había llegado a la casa. Esta vez sí llamé a Rosa mamá, pero no supo darme

explicaciones, la sentí nerviosa y apenada. Me dijo que tal vez no era nada, que de seguro en cualquier momento aparecería. Nina tampoco tenía información sobre el paradero de mi esposa. Lo único que ambos sabíamos es que ese día tendríamos noticias sobre la decisión del Gobierno canadiense. Era posible que las cosas tuvieran que ver con eso. Desde el teléfono de la casa la llamé a su celular, pero no contestó. Llamé a Pedro Pedrito Foucault y apenas si quiso colaborar. Tampoco se mostró preocupado. De lo que sí quería hablar era sobre la muerte del vecino del *penthouse* y las teorías que se manejaban en torno al crimen. Le tranquilé el teléfono.

Me di un baño y por poco me quedo dormido bajo el agua caliente. Estaba exhausto, con Cleo ocupándome la mente por entero. Es extraño porque en ningún momento me sentí intranquilo o presa de algún pensamiento paranoico que me hiciera salir a dar parte a la policía. Una intuición me hacía considerar que mi esposa no corría peligro. Así que me eché en la cama a repasar el día, a tratar de creérmelo. Pensé en Manuel y en la muerte del Gatsby, en ese cuerpo en caída libre y en que ahora la vida de los Casiraghi iba a cambiar por entero. También pensé en el mayordomo que Paolo tenía, no sé por qué pero lo imaginé a esta hora fumando en la cocina, sin poder dormir, meditando en qué sería ahora de él, adónde lo llevarían las pasiones intensas de sus patrones. Busqué la comodidad entre las sábanas y allí me quedé, atravesado por imágenes que parecían un insomnio infiltrado por el fluido errático de los sueños. Me avergüenza decir que presa de esa

inconsciencia sentí un deseo profundo de poseer el cuerpo de Mafer Casiraghi y tirármela en las profundidades de la piscina, mientras todo el San Marino nos observaba con la fascinación y sorpresa de quienes asisten a un acuario.

Cuando desperté, Cleo estaba sentada a mi lado. Aún no amanecía, puede que haya sido, a juzgar por la tenue luz, cerca de las seis.

—Tenemos que hablar —me dijo.

Le contesté que lo sentía, que trataría de ser mejor esposo, de no llegar al extremo de los Casiraghi, de recuperar el tiempo perdido. Aunque no lo sintiera, le expresé mi deseo de irme a Canadá. Ella sonrió. Lo hizo sin amor, aunque fue compasiva. Como si mirara a un perro adulto en una perrera municipal, un animal que sabe no va a adoptar y al cual trata de acompañar al menos con cierta simpatía. Tomó mis manos y me dijo:

—Álvaro, me aprobaron la visa. Voy a irme a Canadá.

Quise alegrarme, pero algo en esa declaración no estaba bien. Me incorporé en la cama y pregunté cuándo era la fecha del viaje, hablé de las cosas que había que resolver, de las franquicias, los detalles financieros. Ella apretó mis manos, como no lo había hecho nunca:

—Me voy sola, Álvaro. Creo que es el momento...

—Pero, ¿y nosotros? ¿Me negaron la solicitud? Podemos apelar la decisión...

Cleo soltó una lágrima. Una pequeña gota solitaria que fue a parar a mi mano.

—Nunca presenté tu solicitud...

Fue cuando lo entendí por completo. Era el final de nuestra relación. Y fue a eso de las siete de la mañana, en el instante en que el cuarto se calentaba por el sol, que pude ver su rostro tan juvenil y bello como el día en que me la presentaron en la universidad, el día que logré sobreponerme a las pretenciosas maneras con que decía su nombre, el día en que la vi sonreír. De pronto, al perderla, supe que la había amado y que de veras ella era más en mi vida de lo que siempre pensé. Estaba triste, aunque no al punto de querer llorar, sino más bien con esa melancolía que da sueño y que te provoca un cansancio inmenso y ganas de dormir para siempre y no despertar nunca más.

Ella se fue a bañar y yo me levanté para irme a sentar en el sofá de la sala. Nina me preparó un café y me preguntó si quería esperar a *Madán Cleopatré* para desayunar. Le sonreí. Dije que sí, que preparara la mejor de sus recetas y nos acompañara. Ella pareció sorprendida y nerviosa.

—¿Celebramos algo, señor Álvaro?

—Claro que sí, Nina —le dije—, celebramos la humanidad.

Comimos los tres en la mesa y hablamos de asuntos que nunca antes habíamos conversado. Cleo trataba de no mirarme y yo lo agradecía, porque en algún momento sentí que podría quebrarme un poco. Eran muchos años y a pesar de que mi cuerpo entero sabía que aquella era la mejor decisión de todas, resentí que fuese ella quien hubiese tenido el valor de hacerla realidad. En cualquier caso, ¿qué sentido tenía pensar en el pasado? Allí estaba ese presente

que debía vivir y un futuro que no tomaba ninguna clase de forma.

Después del desayuno Cleo me pidió salir a caminar por el San Marino. Fue una caminata relajada y espontánea. Ella se veía desprendida y muy ligera, como si la decisión la hubiese rejuvenecido de pronto. Se veía en paz. Le di detalles de la cena con Lorenzo Barboza y ella seguía pensando que lo mejor era darle los terrenos. También creyó que había arriesgado la vida de manera muy insensata por culpa de Jerónimo. En ciertos momentos hacía amagos por regañarme, aunque inmediatamente se aguantaba y cambiaba el tono. A lo mejor sentía que ya aquello no era su departamento. Hablamos muchísimo, como si estuviéramos conociéndonos ese día. En un momento nos echamos a tomar el sol en un paraje lejano del *loft* desde donde era visible la ciudad. Me dijo que esa misma noche iba a irse y que de ahora en adelante consideraba que lo más sano era que nos entendieramos a través de Foucault. No vi la necesidad, pero ella insistió. Para adelantarse a mis propias ideas, dijo que no tenía nada con el Pedro Pedrito y que solo le pareció que él era una opción correcta. Ella guardó silencio y luego me hizo saber que era buen momento para hacer una única pregunta, indagar con total sinceridad sobre cualquier cosa que se nos ocurriera. A su juicio, era el mejor tributo que podíamos hacernos como pareja. Consideré entonces preguntar algo que me aquejó desde que llegamos al San Marino:

—¿En qué pensaste cuando entramos al cuarto principal?

Ella se sonrió, esta vez con afecto, y reconoció que los años me habían otorgado la facultad de “leerla bien”. Suspiró y se sentó tomándose con los brazos las piernas.

—Que me hubiese gustado haber llegado a esa habitación con otro hombre —dijo sin mirarme.

Resentí esas palabras, supongo que en algún lugar del ego masculino, o de una que otra fibra que guardara afecto sincero por ella. Aunque recordé a Elena y supe que aquello era lo mínimo que Cleopatra podía hacer como desagravio por una infidelidad que aún desconocía. Sin que tuviera necesidad de preguntar, comenzó a relatarme pasajes nebulosos de su pasado. De la adolescencia vivida en Caricuao, de su primer amor, quizá de su único amor. Se vino en lágrimas y no supe si abrazarla, aunque al final lo hice. El tipo la embarazó. Tragedia de marca mayor, sorpresa que ignoraba. Sin embargo, lo que estaba por venir era aún más importante. Cleopatra se repuso, me vio a los ojos y descargó en ellos todas sus frustraciones, sus recriminaciones.

—No podía quedarme con él, aunque lo amara... Era joven, pero sabía que podía aspirar a más, a algo mejor. ¿Qué me esperaba a su lado? ¿Bordar manteles, mientras esperaba que llegara la hora de hacer la cena? Entonces mi papá me dio la oportunidad y me llevó a la clínica y aborté. Fue como curarse una gripe, apenas si tuve algún dolor. Sin embargo, Álvaro, cargo ese vacío aquí —y se tocó el pecho—, y ese lugar, todo ese lugar, lo único que hace es que me duela ese vacío.

Se puso a llorar y la abracé. Aún con las lágrimas des-  
parramándose sobre su rostro me pidió perdón, porque el  
viaje a Canadá le removió los recuerdos, la necesidad de  
volver a ver a aquel hombre antes de partir. Le pregunté  
si se había acostado con él y me dijo que sí. Varias veces,  
pero que la madrugada de hoy se habían despedido para  
siempre. Volví a sentir el orgullo apretujándome el estó-  
mago y el corazón. Me cayó mal, y aunque era un egoísta  
porque lo propio había hecho yo con Elena, no pude evitar  
entristecerme bastante. Se quedó entre mis brazos un lar-  
go rato. Vimos la ciudad cambiar al paso de grandes nubes  
que jugaban con la luz y las sombras que llegaban del cielo.  
Ella se recuperó y sin que me dijera nada, confesé que no  
estaba en mí juzgar a nadie. Le agradecí su impulso y el  
que apareciera para hacerme alguien mejor. Cleo se sonrió  
y me abrazó fuerte. Clavó sus ojos y supuse que ya vendría  
mi turno de hablar sobre Elena. Pero entonces me hizo dos  
preguntas que me trastocaron por completo:

—¿Cuál es tu mayor secreto, Álvaro González? ¿Qué  
cosa no te atreves a decirme?

No llegó Elena a mi mente. Ella desapareció como un  
aspecto para nada importante de la historia entre Cleo y  
yo. En cambio, apareció la voz de Charles Carter hablán-  
dome desde la ultratumba o desde el pasado. En un viaje  
hacia el Delta, a lugares que parecen no existir sino en la  
imaginación y en los que tuvo la experiencia más extra-  
ña de su vida. Y lo narró para mi memoria, como si sus  
ojos enfermos no vieran la muerte sino la reconstrucción  
infinita de ese momento, en el tono exaltado con que los

conquistadores, o los cronistas o los poetas posteriores, describieron el mundo recién descubierto. Habló de la noche en que llegaron por provisiones al penúltimo muelle antes de salir costa afuera, vía Trinidad y Tobago. Habló de los indios y de los músicos, de la carne de cochino y del pescado frito. Habló de una mujer que llevaba una bebé metida en una tela. Del llanto insoportable y del olor del alambique destilando licor. De las primeras horas de la mañana, cuando el cielo se aclara y solo se siente el olor del río y el humo de los fogones. Y vi a Cleo en los ojos de Charles y la vi ahora frente a mí, con su respiración llenando las cosas insignificantes y entendí que mi vida a su lado se resumía a ese preciso momento. Que aquel instante bajo el sol del mediodía, nuestra historia debía completar un círculo perfecto y archivar-se para siempre en un lugar donde no hubiese espacio para la duda o la decepción. Así que la tomé de los brazos, le pedí que se levantara y le mentí como se le miente a quienes se ama profundamente y a quienes se les debe mucho más que una disculpa. Le dije que bailara conmigo, allí, a plena luz, mientras tomaba aire para confesarle que mi mayor secreto, lo que jamás me atreví a decirle, era que odiaba dormir con pijamas.





## Memoria final

Nunca le dije que había sido adoptada, que Charles la recogió de la orilla del río donde la dejaron para que la marea alta hiciera su parte. Qué sentido tenía decirle eso. ¿Acabar con el sentimiento que la ataba a su padre, destruir la cercanía frágil que recién establecía con su madre, la verdadera, la que la crió, la que se desveló cuidando sus fiebres? Nadie merecía eso. Estoy seguro de que Charles nunca habría querido que Cleo padeciese un dolor semejante. Tomé la mejor decisión.

Cleo se marchó del *loft* ese mismo día, pese a mi insistencia. Se fue a vivir con Rosa mamá hasta que tuviera lugar la fecha del viaje. No quiso tampoco verme de nuevo para así no remover sentimientos inútiles. Al menos eso me dijo Foucault, quien fungió de intermediario sentimental y jurídico. Establecimos que lo mejor era dividir cuanto tuviésemos, lo que incluía las franquicias, las propiedades y lo que estuviese acumulado en los bancos. Al final, pude comprarle sus acciones en Perrito Loco, lo que a la larga me permitió tener algo que hacer luego del divorcio.

En el San Marino, luego de los sucesos trágicos, tuvieron lugar transformaciones radicales en la vida de todos sus propietarios. Los Coelho terminaron por irse del país y nos invitaron a una pequeña cena a la cual solo asistimos Eurídice, Jerónimo y yo. Nos hablaron de sus expectativas y recomendaron que nos marcháramos de ese lugar maldito en cuantouviésemos oportunidad. Montes de Oca y Del Trigo tomaron la decisión de quedarse en el país, pero se mudaron del San Marino. Decían que era imposible conseguir en otra parte del mundo los niveles de rentabilidad que podían lograr en Venezuela y que ese era su objetivo, no emigrar. Aunque luego me enteré por Jerónimo que habían decidido conservar sus negocios aquí pero vivir en Miami, lo cual a su parecer les daba una visión mucho más global y sincera del mundo.

Paolo Casiraghi apenas estuvo dos meses en la cárcel y solo le acusaron de perturbar el orden público. Su esposa no presentó cargos y se conformó con el divorcio y la mitad del bien común para Stefano. La historia de Paolo debería ser parte de algún libro. No más salió de la cárcel se convirtió en una celebridad, porque le achacaban la muerte de uno de los hombres más buscados por la justicia internacional. Aquel que llamaban el Gatsby en realidad era Andrés Giraldo, jefe del Cartel del Norte de Santander. De profesión desconocida, su oficio eran las drogas y las armas, había comprado a Leroux el *penthouse* y solo pudo conservarlo gracias a que logró sobornar al funcionario del Ministerio de Vivienda. Fue gracias a Jerónimo y su capacidad para los detalles que la policía pudo reconstruir la

historia y con ello exonerar de culpas a Paolo Casiraghi. Cuando se logró acceder al *penthouse* descubrieron que el hombre apenas si vivía en el lujo. Su muerte tampoco la produjeron los disparos de Casiraghi. El Gatsby no seguía la regla de oro de los narcotraficantes de alejar la nariz de la mercancía. Cerca del lugar desde el cual saltó, se encontraron muestras de drogas sintéticas de alta potencia.

No solo la ley y los actos desafortunados ligaron largo tiempo a Jerónimo y Casiraghi. Para la sorpresa de los padres, aunque no de la comunidad del San Marino, los hijos mayores, León Magno Tercero y Stefano Casiraghi, decidieron hacer público un amor que al parecer, según me dijo la propia Eurídice, fue a primera vista. A Jerónimo le costó digerir mucho más la buena nueva que al propio Paolo, a quien le bastó para ser feliz saber que no había asesinado a nadie en este mundo. Los detalles sobre la relación de amor adolescente y el proceso de aceptación de parte de las familias llegan a mis oídos a través de Mafer Casiraghi, mi nueva cuñada.

Sí, era cierto, el muy hijo de puta de Manuel logró conquistar a la Mafer Casiraghi con el despliegue de una estrategia que bien valdría ser llevada al cine. Por lo que me han contado las veces que visitan los restaurantes, el Gatsby era el nombre clave que ambos decidieron utilizar en las ardientes sesiones de mensajes telefónicos. Desconocían que las cosas iban a tomar aquella dimensión y mucho menos que, ciertamente, los habitantes del San Marino asumirían como de uso frecuente el apodo con que Manuel decidió llamar al icónico personaje del

*penthouse*. Eso dicen ellos, pero sé que es mentira. Estoy seguro de que Manuel tenía bien claro por qué hacía lo que hacía. Estaba convencido que de haber sido descubiertos como en efecto sucedió, la atención iba a centrarse en el inaccesible y misterioso habitante. Es un irresponsable, pero la pasión provoca esas situaciones. Lo del motel nunca me quedó claro, aunque para ellos es motivo de una risa cómplice. Una sesión de sexo vespertino que se vio truncada porque a Manuel el carro no le prendió y tuvo que posponer el encuentro. Otra casualidad afortunada. Quizá no hay cosas malas, sino fortunas muy camufladas. De haber llegado al motel, otra historia habría sido escrita.

Mafer luce cambiada bajo el influjo de mi hermano y Manuel también ha tenido sus transformaciones. Ella ahora no utiliza anglicismos y dice que ciertamente el co-cuy supera el Cabernet Sauvignon y aunque aún no acepta parecerse a Simone de Beauvoir, como le recomienda Manuel, dice que el sexo es mejor cuando ambos se enfrasan en defender puntos de vista disímiles. Misterios del morbo, supongo. Manuel, por su parte, ya no se viste como un profesor de filosofía subpagado, sino que intenta al menos una vez por semana llevar saco y una camisa por dentro del pantalón. Los hermanos Castillo se burlan de él cuando lo ven y me dicen que nada escapa a la influencia de una mujer.

No más Cleo abandonó el *loft*, estuve muy tentado a volver con Elena. Sin embargo, los meses se escurrieron sin que pudiera entender por qué nunca tuve la fuerza de llamarla. Un día coincidimos en la presentación del

trabajo de ascenso de Manuel y decidimos que al menos un café nos debíamos. Hablamos muchísimo, del tiempo que no nos veíamos y de cuánto habían cambiado nuestras vidas. Ya ella estaba con un tipo, un profesor de la universidad; sin embargo, eso no nos alejó. Multiplicó los café y las tardes juntos, hizo crecer una amistad creo que mucho más valiosa. Evitábamos caer en la tentación de hablar de nuestras tardes de sexo y caricias pasadas, y nos enfocábamos en mi trabajo y en la nueva vida como hombre soltero. Le contaba que me había asociado con los hermanos Castillo para abrir una franquicia de talleres mecánicos, que en este caso sí estaban localizados hacia lo que ellos llamaban “su parroquia” o su territorio, y que incluso los dejé escoger el nombre del negocio cuando supe que pensaban homenajear al tipo que los había bautizado.

Fue Elena quien me acompañó el día que fui a buscar mis últimas cosas en el *loft*. Lo había puesto en venta y aún tenía que deshacerme de algunas cajas inútiles que quedaban en la sala. Cuando llegué, Nina estaba allí para recibirme. A pesar de que le dije que se fuese conmigo a trabajar al restaurante, ella pensaba que lo mejor era dedicarse a cuidar a Rosa mamá y emprender su propio proyecto personal, que consistía en elaborar un recetario de cocina. Se despidió y se marchó diciendo que no iba a llorar, pero igual se fue llorando hasta que se montó en el taxi que la esperaba en las afueras del *loft*.

Jerónimo me vio a través de la calle y me pidió que no me marchara sin despedirme de él. Allí nos quedamos toda la tarde Elena y yo, tomando café y escuchando que

le había comprado la mitad de la empresa a Casiraghi para obligarlo a ser más exitoso.

—Vos entendéis que ahora somos familia. —Me picaba el ojo sin mucho convencimiento y con una expresión que no sabía si eran ganas de llorar o de reír.

También me pidió consejo porque era terco y decía que no iba a dejar que Lorenzo Barboza se quedara con el terreno del San Marino. Supe que Barboza había contratado al Búfalo y había logrado, a través de un juez corrupto, liberar a Jacques Leroux para que este introdujera una demanda por daños y perjuicios y de esta forma recuperar el *loft* arrebatado. Elena le dio algunos consejos y el que parece que le fue más útil fue el de proponer vender parte de los terrenos a una empresa funeraria. Según ella, esa idea iba a ser unánimemente acogida por los propietarios del San Marino, pues qué mejor para un rico que tener una barrera sanitaria que los aleje de los pobres, que los blinde contra todo.

—Nadie va a meterse con un terreno sagrado —concluía. Jerónimo la escuchaba y me decía que me casara con esa mujer, que era lo mejor que me había pasado.

Cuando el final de la tarde llegaba, le dije a Elena que me esperara en el *lobby* mientras buscaba lo que me hacía falta en el *loft*. Sin embargo, la verdadera razón es que deseaba estar solo antes de abandonar aquel lugar. Despedirme en soledad. Toqué el timbre y escuché aún la balada que Cleo había programado. Me pareció que no era tan odiosa como antes lo había creído. Recorrí los cuartos, miré por las ventanas y bajé las persianas. Hacía nueve

meses desde que Rosa Cleopatra Carter Becerra había partido para Canadá. Por su madre sabía que le estaba yendo muy bien y que no le fue difícil integrarse. Incluso llegó a decirle que estaba pensando tener un hijo en cuanto se asentara. No sé por qué pero esa idea me entristeció y lo hizo porque nunca consideré ser padre, al menos nunca mientras estuve con Cleo; sé que ella tampoco lo deseaba, aunque a veces hablara del tema, más como una acción táctica que como un llamado del corazón. Sabía que tendría éxito y que sería feliz, que lograría dar con eso que buscaba. Se me hizo fácil imaginarla con un tal John, o Paul, o Robert caminando por algún parque mientras empujaban el coche de su hijo. Lo peor es que sentía que cuando aquel momento llegase, no lo iba a saber. Ante la soledad de ese apartamento, ya desprovisto de toda señal de que allí fue vivida una historia, una breve historia entre un hombre y una mujer, supe muy adentro que jamás iba a volver a ver a Cleo. Y así como me despedí de las paredes, de los pasillos y le di un último vistazo al bello piso de parquet, también me despedí para siempre de la que fue mi esposa.

Cerré la puerta con un breve dolor en el pecho y salí al estacionamiento. El carro no encendió, así que tuve que buscar a Elena en el *lobby* del edificio y pedirle a Teófilo que llamara un taxi. Él seguía en su actitud seca, pero al ver a Elena bajó la guardia y dijo que ya estaba por terminar su turno y que podría acercarnos hasta la ciudad. Lo agradecemos. Unos minutos después apareció con una camioneta destartalada, en la que apenas cabían dos personas en la cabina. Así que mientras Elena se subió en la



parte delantera, yo tuve que irme en la batea completamente a la intemperie.

De esa forma, abandoné el San Marino. Con la idea de cuánta vida puede contener un año y cuán rápido desaparecen las estructuras que ya nada significan para el corazón. Admiré el cielo nublado y recibí agradecido la lluvia que empezó a caer. Teófilo me permitió ir en la parte delantera a pesar del reducido espacio y hasta me alcanzó un papel para que me secara el rostro. Elena y él continuaron una conversación sobre las particularidades del negocio de la seguridad y yo me descolgué hacia las gotas que inundaban el mundo. Mientras el parabrisas refractaba las luces rojas de los vehículos que se amontonaban en la autopista, me recosté del vidrio de la ventana y juro que pude escuchar un susurro, más bien un rumor, que no pude identificar. Fue entonces que pensé que nuestra vida no es sino la vida de aquellos que conocimos y que la única historia que vale la pena ser contada es esa cuyo final contiene la esperanza de un nuevo comienzo. Sonreí y me acurruqué mientras escuchaba a Elena cantar, con la vista siempre al frente, una canción de amor. Luego, cerré los ojos.

FIN

## Epílogo

### La breve confesión de Charles

Me levanté a orinar, y la vi. La mujer ponía a la bebé en la orilla del río. La pequeña lloraba y era el sonido más tierno y espantoso que pudiera escuchar. Terminé de hacer lo mío. Me dije que aquel no era mi asunto, que debía volver al muelle y partir cuanto antes. Pero fue imposible. La imagen ya estaba en mi mente y no pude sacármela. Volví hasta donde las había visto. Ahora la mujer, más alejada, no se decidía a abandonar a la niña. Del agua emergió un pequeño caimán. Olió a la bebé y la movió un poco con el hocico. La mujer entró en pánico y se metió en la selva. El caimán comenzó a mordisquear la tela que la cubría. Supe que debía hacer algo, así que me acerqué y lancé una piedra al río. El caimán volvió a meterse al agua, aunque en el intento trató de arrastrar a la criatura. Salté hacia la bebé y pude tomarla antes de que el animal la llevara con él. Era un milagro que estuviera viva. No era su destino vivir; sin embargo, allí estaba en mis brazos. La llevé hasta el

campamento y se la presenté a mi mujer. Ella la vio como una señal, una bendición también. Decidimos ese mismo día que debíamos irnos de aquel lugar, y que tendría el nombre de su nueva madre y el del bote que me llevó hasta el Delta: Cleopatra.

Hospital Clínico Universitario, 27 de enero, 3:40 a.m.

## Índice

De quiénes somos y cómo llegamos...	9
Humanos parodia	31
La feria de las banalidades I	79
Felices fiestas	79
Halloween	95
Cena de acción de gracias	123
<i>Femme fatale</i>	161
La feria de las banalidades II	181
Éxodo voluntario	181
El gran Gatsby	195
El evangelio según San Lorenzo	213
La tragedia griega	239
Memoria final	273
Epílogo	
La breve confesión de Charles	281



EDICIÓN DIGITAL  
MARZO DE 2017  
CARACAS - VENEZUELA

# Un loft <sup>para</sup> Cleopatra

En esta su primera novela, *Un loft para Cleopatra*, José Negrón Valera (Trujillo, 1981) relata el último año de vida en común de Cleopatra Carter y Álvaro González, una pareja que por un giro inesperado de la fortuna logra irse a vivir a una de las zonas más exclusivas de Caracas. Allí tendrán acceso al mundo de la clase privilegiada, con quienes compartirán una vida estrafalaria. Pronto se percatarán de que, más que un cambio de residencia, habían iniciado una aventura de consecuencias inimaginables.

*Un loft para Cleopatra* aborda la crisis de una clase que se desenvuelve entre las estafas inmobiliarias y la fuga de talentos, desesperada por alcanzar eso que le vendieron desde niños... el *american way of life*.